

2364

E.S.RUS



Atlantis Ediciones
Narrative Books

Primera edición

Marzo 2021

©E.S.Rus

© Ediciones Atlantis

Calle Virgen de las Nieves, 62

28300 Aranjuez (Madrid)

918.65.77.36

atlantis@edicionesatlantis.com

www.edicionesatlantis.com

ISBN:987-84-123432-6-7

Depósito Legal: M-6026-2021

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»



Atlantis Ediciones
Narrative Books

2364

E.S.RUS

NOTAS DE LA AUTORA

Me gusta definirme como “zorda”. Desde que nos inventamos el término un día entre risas y debates con mi “familia sotanera”, decidí incluirlo en mi rol como sumisa.

Según redactamos en su momento, esta fue la definición “oficial”:

ZORDA: Término acuñado por los miembros de El Sótano para designar una mujer extremadamente morbosa, desinhibida, sexualmente libre y sin complejos, que necesita las 24 horas del día para satisfacer su morbo (así como expresarlo abiertamente).

Las zordas provienen de la unión de Zorra y Cerda, no se sabe con exactitud si en realidad es un cruce genético o una mutación de la especie humana. Su capacidad de morbo aún no conoce límite, pudiendo llegar a pasar días en estado de humedad.

Suelen agruparse en manadas y se defienden unas de otras, llegando a un nivel considerable de agresividad en caso de sentirse amenazadas. Se comunican mediante gruñidos y gemidos. Su alimento favorito suele ser una buena polla, que en su jerga llaman “Seta”, aunque no desprecian otro tipo de sustentos.

Una vez aclarado el término, quisiera advertir al lector del contenido de las páginas que vienen a continuación. Si eres un amante del sexo duro o has probado pequeñas prácticas básicas, te aconsejo ir con tiento en la lectura. La historia no tiene escenas extremadamente violentas (al fin y al cabo, no dejan de ser prácticas

comunes en una relación sadomasoquista con un nivel alto de dolor), pero sí que pueden causar algún mal trago al leerlas si no sé está familiarizado con este trato.

También quisiera aclarar que estoy completamente en contra de la violencia no consentida, venga del género que venga. He tenido experiencias cercanas de abuso y puedo asegurar que los he denunciado y combatido con vehemencia. La violencia es violencia, es decir, el abuso de un ser humano sobre otro. La diferencia con respecto a una relación de abuso es que en una relación sadomasoquista existen pilares básicos como el SSC (Sensato, Seguro y Consentido) y el RACK* (*Risk Aware Consensual Kink*). Estos términos son los que sustentan una sana y fructífera relación BDSM y, de la que puedo decir, con orgullo, formo parte activa.

Hasta aquí la parte formal. Ahora viene el por qué, qué se me encendió en mi cabecita masoquista para empezar a escribir algo así.

Por un lado, fue poner por escrito mis fantasías, mis ilusiones y mis sueños como sumisa, cosa que, hasta hoy (afortunadamente) sigo experimentando bajo la firme mano de mi Amo. Y, por otro lado, las ganas de leer algo que estuviese a mi nivel de violencia.

Me explico: soy una lectora compulsiva de relatos eróticos. Desde mi *Edad Prohibida* y *Las edades de Lulú* (que leí demasiado joven) hasta la colección completa del *El Marqués de Sade*, siempre he consumido relatos con un alto nivel de contenido sexual: Me familiaricé con conceptos como las pulsiones del Eros y el Thánatos, ensayos sobre el dolor y el placer... en fin, que tenía el listón masoquista demasiado alto... y llegó el señor Grey y se me desinfló el globo.

* En español el equivalente es RACSA (*Riesgo asumido y consentido para prácticas de sexualidad alternativa o no convencionales*)

Me gusta la violencia en los relatos. Me gusta leer sobre humillación, dolor y sexo violento; pero también sobre lo que significa ser sumisa, sierva sexual y posesión de otro. Al no encontrar nada que me satisficiera, decidí escribir lo que me gustaría leer.

Aprovechando una instrucción de mi Amo de escribir un relato, partí de la idea de la película *The Pet*. No es que tenga una trama succulenta, pero la idea de adoptar una mascota humana siempre me sedujo, y es, además, una de mis fantasías recurrentes, el resto fue saliendo solo.




Quisiera dar las gracias a todos y cada uno de los integrantes que han estado y están aún en El Sótano. Sus historias y vivencias compartidas en el grupo me han inspirado para recrear cada escena. A mi corrector-editor Antonio (Jasp). A mi psicóloga, que me ha dado las herramientas para quererme y aceptarme. Por supuesto, como no, por encima de todo, quiero dar las gracias a mi Amo, por despertarme del letargo vainilla y por darme mil razones para compartir mi morbo con el mundo. Estoy donde estoy gracias a ti.




NOTAS DEL EDITOR




Debido al alto uso de lenguaje soez y de índole ofensiva de los personajes, se recomienda al lector ser objetivo y comprensivo con su actitud y forma de expresarse. El uso del lenguaje duro es parte del universo ficcional de la historia.




Capítulo 1




Madrid, 30 de abril de 2018

REFERENCIA: 2375	TAMAÑO: Grande	Protectora de Mascotas LA CASITA
EDAD: 40	NIVEL DE ACTIVIDAD: 8	
RAZA: Perro	NIVEL DE OBEDIENCIA: 8	
SEXO: Macho		
CARACTERÍSTICAS Y ESPECIFICACIONES DEL SUJETO		
<p>CUIDADOS: 2375 es bastante sensible al trato. Tiende a sentirse abandonado si no tiene el nivel de atención necesario. No es aconsejable dejarlo solo demasiado tiempo.</p> <p>HISTORIA: 2375 llegó a la protectora con una depresión severa por negligencia de su anterior amo. Tras pasar unos meses en tratamiento, logramos recuperarlo y ya está preparado para un nuevo hogar. En el caso de 2375, la protectora tendrá un seguimiento más exhaustivo para asegurar que su nuevo amo/a lo cuida convenientemente.</p>		
FECHA DE ENTRADA: MIRAR HISTORIAL	FIRMA: 	
ALTA PSICOLÓGICA: MIRAR HISTORIAL	FIRMA: 	
REINCIDENCIA: SI NO	AMOS ANTERIORES: 5	

REFERENCIA: 2308	TAMAÑO: MEDIANO	Protectora de Mascotas LA CASITA
EDAD: 25	NIVEL DE ACTIVIDAD: 4	
RAZA: CERDO	NIVEL DE OBEDIENCIA: 7	
SEXO: MACHO		
CARACTERÍSTICAS Y ESPECIFICACIONES DEL SUJETO		
<p>CUIDADOS: 2308 necesita de una buena alimentación, tiene alergia a los lácteos. Es importante extremar la cautela y darle siempre piensos específicos.</p> <p>HISTORIA: 2308 lleva en la protectora cerca de dos años. Es bastante tranquilo y puede ser una grata compañía si le gustan los paseos y las actividades caseras.</p>		
FECHA DE ENTRADA: Mirar historial	FIRMA: 	
ALTA PSICOLÓGICA: Mirar historial	FIRMA: 	
REINCIDENCIA: SI NO	AMOS ANTERIORES: 2	

REFERENCIA: 2325	RAZA: caballo	Protectora de Mascotas LA CASITA
EDAD: 58	TAMAÑO: pequeño	
SEXO: Trans (sin operar)	NIVEL DE ACTIVIDAD: 8	
	NIVEL DE OBEDIENCIA: 9	
CARACTERÍSTICAS Y ESPECIFICACIONES DEL SUJETO		
<p>CUIDADOS: A pesar de su edad está en una forma física excelente. Requiere de una alimentación muy equilibrada y no debe permanecer en lugares cerrados demasiado tiempo (padece claustrofobia)</p> <p>HISTORIA: 2325 Es una de las primeras yeguas de la protectora. Estaba emparejada con 2326, aunque tras su fallecimiento entro en una gran depresión y volvió a la protectora, se recomienda un trato suave y cariñoso y un nivel de adiestramiento medio.</p>		
FECHA DE ENTRADA: Mirar historial	FIRMA:	
ALTA PSICOLÓGICA: Mirar historial	FIRMA:	
REINCIDENCIA: SI NO	AMOS ANTERIORES: 3	

REFERENCIA: 2368	RAZA: Gato	Protectora de Mascotas LA CASITA
EDAD: 32	TAMAÑO: Grande	
SEXO: Sin Definir (genitales femeninos)	NIVEL DE ACTIVIDAD: 7	
	NIVEL DE OBEDIENCIA: 4	
CARACTERÍSTICAS Y ESPECIFICACIONES DEL SUJETO		
<p>CUIDADOS: 2368 requiere de un alto nivel de actividad física, es gran compañía a la hora de practicar cualquier deporte. Requiere de una alimentación específica para mascotas muy activas.</p> <p>HISTORIA: 2368 lleva en la protectora desde hace dos años. Fue abandonada por su último dueño por no estar lo suficientemente atlética. La anorexia casi acaba con su vida en dos ocasiones. En la actualidad está recuperada, aunque tiene pequeñas recaídas de autoestima que suple con las visitas regulares a nuestro psicólogo del centro.</p>		
FECHA DE ENTRADA: Mirar historial	FIRMA:	
ALTA PSICOLÓGICA: Mirar historial	FIRMA:	
REINCIDENCIA: SI NO	AMOS ANTERIORES: 6	

REFERENCIA: 2347	TAMAÑO: pequeño	Protectora de Mascotas LA CASITA
EDAD: 46	NIVEL DE ACTIVIDAD: 7	
RAZA: zorda	NIVEL DE OBEDIENCIA: 8	
SEXO: hembra	CARACTERÍSTICAS Y ESPECIFICACIONES DEL SUJETO	
<p>CUIDADOS: Esta raza requiere de un cuidado especial. En el nivel de actividad sexual debe estar muy por encima de la media. 2347 tiende a la depresión por aburrimiento, lo que obliga al dueño de esta mascota a tener siempre una actividad en mente.</p> <p>HISTORIA: 2347 lleva en la protectora cinco años. Aunque de forma intermitente, nos ha sido devuelta varias veces por la complicación de su mantenimiento.</p>		
FECHA DE ENTRADA: Mirar historial	FIRMA: 	
ALTA PSICOLÓGICA: Mirar historial	FIRMA: 	
REINCIDENCIA: SI NO	AMOS ANTERIORES: 4	

— **V**aya... —José Ángel ojea muy interesado el catálogo que había sobre la mesa—. Cuánta información... estoy abrumado. Podría pasarme el día mirando referencias y no sabría cuál elegir.

Ama Lucía suelta una carcajada. Desde el otro lado de la mesa de caoba observa cómo aquel desconocido, pronto un buen cliente, ojea página por página la mercancía de la que disponían. Si bien para muchos no eran más que seres usables, acompañantes de reciclaje o bienes con demasiados defectos, para ella son valiosas piezas capaces de transmitir mucho placer. Eso sí, con los cuidados adecuados.

Parecía mentira lo bien que estaba funcionando aquel negocio y lo bien que la hace sentir. En apenas cinco años, había pasado de tener aquellas tres yeguas maduritas a convertirse en la dueña del más importante centro de protección y reciclaje de sumisos y esclavos del país. No dejaba de ser un gran beneficio social y, además, le estaba aportando una muy buena posición dentro de los círculos a los que

aspiraba desde joven. Se la consideraba una dama de gran categoría, eso la enorgullecía enormemente.

Vuelve la vista al catálogo y a su potencial cliente. Página tras página van pasando por los ojos de José Ángel, examinando el amplio abanico de mascotas de la protectora: perras, cerdos, caballos, algún que otro indefinido... Tenían hasta zordas. ¡Oh, sí!, la mejor clasificación animal que podría tener nunca una esclava. Muy valoradas, aunque complicadas de mantener.

—¿Abrumado? —dice ella con suficiencia—. Es lógico que se sienta así. ¿No había venido nunca a la protectora de mascotas?

—La verdad es que es la primera vez. Todas las que he tenido siempre fueron a través de contactos personales o de mercados privados.

—¿Todas las que ha tenido? —Ama Lucía pone un tono de desaprobación—. ¿Quiere decir que ha tenido varias y las desechó?

—No de la manera que usted cree. Cuando uno decide tener una sumisa, al principio se deja influenciar por internet, los vídeos, las imágenes... Las subastas tienen un género bastante atractivo a los ojos, ¡y las muy perras se venden extremadamente bien! Lo malo es que, con el tiempo, la experiencia y el aguante no llega a ser el que se requiere y, al final, de una manera u otra, una de las dos partes tiene demasiadas expectativas y acaba defraudado. Puedo asegurarle que, salvo una excepción, de la que no quisiera hablar por el momento, todas las sumisas con las que dejé de tratar siguieron adelante. Es más, aún sigo en contacto con alguna. Yo mismo les he presentado nuevos amos y las ayudo siempre que está en mi mano.

«Soy clásico hasta en las despedidas, pero creo que he cometido demasiados errores en el pasado. Es por eso por lo que en esta ocasión me he decidido a venir aquí, necesito asesoramiento. Esta vez quiero elegir bien —mira hacia la ventana—. ¿Tiene usted

a las mascotas en algún recinto para poder verlas?

Ama Lucía vuelve a reír, la inocencia de los clientes primerizos no dejará nunca se sorprenderla.

—¡Madre mía! ¿Se imagina? ¡Si tuviéramos aquí a todas las mascotas, tendríamos que tener un hotel! —sin dejar de sonreír, se levanta de su gran asiento de cuero y, rodeando despacio la mesa, se dirige el mueble-bar a servirse una copa de vino—. Voy a contarle cómo funcionamos: nuestros bottom recuperados están en libertad vigilada, es decir, tienen un trabajo, una casa... son relativamente independientes. Les enseñamos a no engancharse económicamente del amo, de forma que, en caso de desencuentro o incluso problemas de abuso, no tengan que estar obligados a mantener la relación por miedo a no saber desenvolverse fuera de ella, lo que ocurre más veces de las que imaginamos. Y no solo con los amos, las amas también pueden llegar a ser muy crueles. Aquí, en el centro, tenemos a los que están en proceso de adaptación y curación en libertad vigilada.

—¿Libertad vigilada? Eso sí que es interesante. Cuénteme más.

—Todas nuestras mascotas, una vez han venido a nuestro centro y tras pasar un período de adaptación y sanación, muchas han llegado en muy mal estado y con unas secuelas psicológicas importantes, les implantamos un chip que nos transmite de forma continuada información precisa sobre su estado de salud y geolocalización. De esa forma nos aseguramos de que están bien y no son forzadas ni vuelven con sus amos anteriores.

«Cuando un cliente contacta con nosotros, como ha hecho usted ahora y tras pasar una entrevista, como comprobará en unos minutos, activamos los chips seleccionados. Ellos reciben una descarga eléctrica y así saben que, en cuarenta y ocho horas, deben

presentarse a la subasta. ¿Por qué 48 horas, se preguntará? porque han de prepararse bien para ser examinados. Somos muy estrictos a la hora de mostrar nuestra mercancía, el servicio debe ser exquisito y no se les permite el menor error de imagen o aspecto. Es preferible ir despacio para evitar fallos o sorpresas innecesarias, ya me entiende. ¿Una copa de vino?

—¡Vaya! —José Ángel cada vez está más sorprendido. ¿Cómo era posible que nunca hubiese escuchado nada de aquel centro? La cabeza se le llenó de preguntas, su curiosidad iba en aumento—. Sí, por favor.

—¿Le sorprende? Si algo hemos aprendido tras estos años de experiencia es que los ojos nos engañan, lo importante es saber engranar los morbos personales y complementar cada mascota con el amo adecuado—. Tras servir las dos copas y tapar la botella, Ama Lucía se vuelve hacia José Ángel y le ofrece una—. Hoy en día, con tantas redes sociales y a la velocidad en que todo se desarrolla, la sociedad consume de igual manera una tapa de jamón que una relación. Si entra por los ojos, lo cogemos. En cambio, si el tiempo entre nuestra elección y el disfrute del producto se alarga más de lo necesario, nos aburrirnos y desechamos el producto.

«Por esta razón, en esta protectora, mercado o llámelo como quiera, nos tomamos el tiempo de selección muy en serio. Es muy importante que cada cosa vaya donde tiene que ir —aprovecha una pequeña pausa para degustar su vino y, de paso, se vuelve a sentar en el sillón de cuero al otro lado de la mesa—, que las elecciones sean bien masticadas y que se conformen las parejas amo/mascota como si de los ingredientes de un buen guiso se tratase. Además, no tenemos ni una sola foto en nuestro catálogo, como habrá podido comprobar. Únicamente hacemos referencia a su edad y a su tamaño, sobre todo

por una cuestión práctica. Si se elige una mascota grande, tanto las jaulas como sus elementos de juego deberán ir acorde con su tamaño.

José Ángel levanta las cejas en señal de sorpresa, esa sería la primera vez que elige sumisa sin ver cómo es físicamente. Echa un vistazo de nuevo al catálogo ¡Ni una maldita foto! Eso no le hace mucha gracia, aunque piensa que a lo mejor no es tan mala idea. Minutos antes, él mismo había comentado el fracaso con sus otras sumisas, precisamente porque las eligió por su físico... *y joder, que buenas estaban*. Siempre puso como principal requisito el culo, si no tenía el culo terso y bien prieto no le resultaba apetecible. Admiraba los cuerpos esculturales, los pechos turgentes, la piel oliendo a mango. Él ya se encargaría de corromperlos, deformarlos y magullarlos, para esto estaban, al fin y al cabo.

Ese es el problema que se encuentra siempre, pocas sumisas llegan a aceptar ese nivel de corrupción corporal. Las cicatrices tienen doble significado: por un lado, aporta el orgullo de quien las lleva por ser un recuerdo físico de una experiencia; por otro, una firma imborrable si cambias de dueño o se acaba la relación. Todas sus sumisas, sobre todo las más jóvenes, evitaban estropear su valioso cuerpo, su valioso rostro...

Su rostro...

.....

—*No, por favor, Amo... ¡la cara no!*

—*Calla, puta. ¿No te enseñaron en tu colegio de monjas a poner la otra mejilla?*

—*¡Amo, por favor...!*

—*Si lloras va a ser peor y lo sabes.*

—*Amo... ¡Amo! Rojo... R... ¡Aaah!*

.....

Ama Lucía lo mira fijamente, esperando a que hablase.

—¡Uy! Discúlpeme, tenía la cabeza no sé dónde. Bien... vale, bien. Me parece bien. No sé cómo saldrá, pero me pongo en sus manos. ¿Entonces qué tengo que hacer? ¿Cómo elijo yo a mi mascota? ¿Qué requisitos me piden ustedes?

—No mucho. Lógicamente, que tenga liquidez suficiente para su mantenimiento y un lugar habilitado para las necesidades específicas de su mascota. No podrá comprar un caballo si no tiene un lugar exterior donde pueda salir a trotar o un gato sin su cuarto de juegos, ¿comprende?

—Claro, tiene lógica.

—Empecemos pues, ¿con qué tipo de animal de compañía se siente usted más cómodo?

—¿Eh? ¡Ah sí, animal! Un perro. Llámeme clásico —José Ángel sonrío de medio lado como disculpándose—. De momento prefiero no innovar, ya buscaremos un animal más... exótico en otro momento.

—Bien, un perro entonces.

Ama Lucía abre la carpeta que tiene delante y desengancha un bolígrafo de la tapa. Comienza a escribir.

—¿Sexo?

—Hembra, por supuesto —José Ángel se da cuenta de que ha sonado demasiado categórico. Volvió a dibujar la sonrisa de disculpa—. Ya ve. Clásico, clásico.

—Bien, tenemos muchas, como puede comprobar en el catálogo. Habrá que ir recortando las opciones. Veamos, ¿qué nivel de obediencia busca?

—Necesito un alto nivel de obediencia. No me gusta jugar al “sí, pero no”, soy un hombre pragmático. Si no quiero algo lo digo, y si quiero algo, se me debe responder con obediencia y diligencia. Simple.

—Bien. Apuntemos obediencia nivel... —levanta la vista y

apunta con el bolígrafo directamente a los ojos de él—. ¿Ocho?

—¿Y si dijera diez?

—¿Busca esclava?

—No, no tengo tiempo para adiestrar a una esclava.

—Entonces un nivel ocho es más que suficiente para una sumisa. Deben tener sus límites y opinión si viene al caso.

Ama Lucía sigue apuntando cosas en la libreta. José Ángel estira el cuello imperceptiblemente y consigue ver escrito en el cuaderno la palabra “turbio” seguido de numerosas interrogaciones. Le sube un calor extraño desde el pecho a la cara. *¿Qué cojones...? ¿Me está psicoanalizando o qué?*

—Oiga —logra sacar José Ángel de su garganta, tensa como un palo seco—. No le gusto, ¿verdad?

—¿Por qué dice eso? Usted es el cliente y va a comprar a una persona a la que agredirá, amordazará, azotará y hará todo tipo de prácticas dolorosas con alto riesgo de daño físico permanente. De igual manera que esa persona, una vez se convierta en su propiedad, debe confiar ciegamente en usted porque así es su deseo, yo tengo una responsabilidad muy grande entregándosela y debo asegurarme de que es el amo adecuado, no un abusador. No es que usted no me guste, de primeras no confío en nadie —de pronto, Ama Lucía se da cuenta de que ha endurecido demasiado el tono de sus palabras. Carraspea y sonrío, hablando con un tono más conciliador—. Verá, es mi responsabilidad. Debo desconfiar siempre en un principio para, poco a poco, ir conociendo al cliente. Es mi trabajo, como también lo es que salga usted de aquí con la sumisa que más se adapte a sus necesidades. Le aseguro que voy a encontrarle la perra perfecta y quedará encantado.

Le ofrece un cuenco de frutos secos.

—¿Algo de picar?

—¡Me cago en su puta madre! ¿Quién cojones ha puesto esa puta riostra tan baja? ¡Cómo me salga un chichón, voy a reventar a ostias a alguien!

—¡Laura! ¿Qué te ha pasado?

Dani se gira hacia donde se encuentra su compañera, que está sentada en el suelo con las manos en la frente, todas sus herramientas se han desperdigado en el suelo por el golpe. Al ir hacia ella para socorrerla, pisa una llave y da un pequeño traspies. Laura lo mira, alarmada.

—No, si ahora encima te resbalarás y te caerás también tú.

—Lo que sea para verte reír —se burla Dani—. Anda, déjame ver que te has hecho.

Se acerca a ella y le toca la frente. Ella lo aparta de un manotazo.

—Joder, me duele muchísimo... ¡En toda la puta frente, Dani! ¿A quién se le ocurre atornillarle tan bajo? ¡Y no me vengas con que soy demasiado alta, que me cago en la puta!

—Relájate, anda. Échate agua y yo lo cambio.

Laura, con las manos en la frente, sale como puede al servicio y se mira al espejo. Tiene una raya enrojecida en medio de la frente.

—Mieeerda... —balbucea para sí. Lo que le faltaba ahora... tener que explicar al de riesgos laborales el accidente en pleno montaje y yo sin casco... Mejor sería cerrar la boca, es incluso probable que alguno de los compañeros lo hubiera hecho adrede y no quería darle esa satisfacción.

Coge un par de toallitas del dispensador, las empapa en agua fría y se las pone encima de la marca. Vuelve al escenario donde están los compañeros continuando con el montaje, hoy es el último

día para colgar toda la escenografía en varas y estaban de trabajo hasta arriba.

—¡Chicos, ¿aprovechamos y paramos para desayunar?!

Como si hubieran escuchado la campana del final de clase, todos dejaron lo que estaban haciendo y, en pocos minutos, el descontrol de golpes, *clicks-clacks*, *fuuus* y “¡Baja vara!” fue dando paso al silencio del desayuno, lo que aprovecha Laura para darse un paseo por el montaje y comprobar que todo se estaba ensamblando correctamente. La responsabilidad final era suya y no quería que ningún clavo, sujeción o anclaje fallara. Tener miles de kilos suspendidos sobre la gente en el escenario durante la función no era ninguna tontería, todo debía funcionar a la perfección.

Era su primer encargo como responsable de una escenografía. El hecho de ser mujer ya era un hándicap para abrirse camino en el mundo de la carpintería, un área reservada a los hombres desde hacía cientos de años. Su cara redonda, sus ojos grandes y la nariz pequeña no la ayudaban en absoluto a la hora de promocionarse para dirigir proyectos. De hecho, le habían creado muchos problemas a la hora de trabajar. No la tomaban en serio o, simplemente, la veían demasiado ingenua para un puesto de responsabilidad. Así que, para contrarrestar todos aquellos signos juveniles, desarrolló una capacidad extraordinaria para blasfemar, insultar y contestar obscenidades que dejaban sin palabras incluso al más animal del equipo. No dejaba de ser otro acto de inmadurez, pero este parecía que le abría más puertas. Lo interiorizó hasta que se hizo parte de su carácter, que ya era fuerte de por sí.

Y ahí estaba ella, a sus cuarenta y dos, aunque aparentaba mucho menos. Por fin le habían pasado los planos y la construcción de los decorados de *La Tabernera del Puerto* en el teatro de la

Zarzuela de Madrid. No iba a dejar ningún cabo suelto.

Poco a poco, van volviendo los técnicos del teatro junto con sus compañeros del taller al escenario. Hay mucho que hacer aún, pero con un poco de suerte y si no hay más contratiempos, mañana por la mañana maquinaria dejaría paso a luces y podrían descansar.

Laura aprovecha para ir al camerino, que le han habilitado como oficina, a comprobar los planos.

—Muchas gracias —José Ángel acepta el aperitivo que le ofrece su anfitriona—. Discúlpeme por la salida de tono, simplemente me sentí analizado y no estoy acostumbrado.

—Discúlpeme usted también, no quería que se sintiera incómodo. Sigamos con su lista de cualidades.

Ella vuelve al cuaderno, esta vez lo inclina ligeramente para evitar nuevas incursiones espías del cliente. Repasa las notas y, como gesto de reconciliación, simula que tacha la frase de marras. Sonríe y levanta la vista.

—Vale, todo correcto. Ahora nos falta la práctica esencial y el nivel de masoquismo, cuál sería la práctica que no podría dejar de hacer, la que considera esencial... Es importante tener en cuenta también los límites de las mascotas y que, a quien elijamos, no considere esa práctica como una “línea roja”.

—Mi práctica favorita, sin la que no puedo pasar, es el látigo. Si bien me puedo adaptar al nivel que tenga mi nueva perra al inicio, voy a ir graduando hasta llegar a mi nivel de sadismo y aquí ya entro en el siguiente punto. El nivel que espero es bastante alto o, si acaso, que tenga una gran capacidad de superación y me

asegure que va a llegar.

—Mmmm, veamos... Apuntemos entonces un nivel alto. Más adelante le comentaré el protocolo, por supuesto tendrá que calibrarla usted. A ver, deme un momento, que pase todas estas notas al programa y, creo, que tenemos todo para comenzar.

Ama Lucía activa la pantalla del ordenador con un movimiento oscilante del ratón y, tras tres o cuatro clics, empieza a pasar las notas al programa, tiempo que dedica José Ángel para observar la estancia y, de paso, escudriñar en los pensamientos de su anfitriona.

Así que esta señora bajita y rechoncha es ama... Evidentemente, la persona que tenía delante tenía más pinta de encargada de un supermercado que la de una castigadora y sádica dominatrix. Iba vestida correctamente, como una oficinista, ni tacones de aguja y cuero... Nah, fijo que no se come una rosca, que va de lo que no es y ha montado una ONG para gente con problemas que necesita olvidar los suyos...

Justo lo que pensaría su mentor, ¿o era él quien realmente seguía pensando así? ¿Huía de una forma de dominación o se negaba a sí mismo?

José Ángel siempre tuvo claro el papel de una mujer en su vida. Sus padres no tuvieron que explicárselo, lo veía en casa todos los días. No eran ricos, pero papá se manejaba en compraventas inmobiliarias y podía permitirse un buen chalé. Tuvieron suerte, la zona se sobrevaloró enormemente en unos años y pasaron de estar rodeado de descampado seco a tener de vecinos a políticos, futbolistas y gente de mucho dinero. Mamá florero era la que se encargaba de las relaciones sociales, era feliz así.

En lo relativo a las chicas desde joven se encontró con muchos problemas, le gustaban las mujeres con carácter, sobre todo para someterlas, pero al mínimo gesto de severidad le acusaban de machista y

lo mandaban a hacer puñetas, con lo que nunca llegó a encontrar su lugar. Se zambulló en las redes, en el porno, que cada vez era más violento. Sus fantasías juveniles más recurrentes, mientras se masturbaba, las protagonizaban mujeres cercanas a él, atadas, violadas, colgadas o pidiendo perdón a gritos por haberle gritado o suspendido, o haberle obligado a comer alcachofas, las putas y asquerosas alcachofas... *¡No, mamá! ¿Qué te he dicho, mamá? ¡Qué no me pongas alcachofas! ¡No me gustan las alcachofas! Tumbate en la puta mesa, mamá. ¡En la puta mesa he dicho! Te voy a meter las alcachofas una a una por el culo con una cuchara. Lloro, puta. Está caliente sí. ¿Qué? ¿Qué quema? ¡Yo te voy a explicar lo que es quemar!...* y se corría entre intensos espasmos y con la mandíbula dolorida de apretar los dientes.

Ingrid... su primera relación sadomasoquista. Vino de Erasmus a Madrid y, casualidades del destino, se alojaba cerca de su facultad. Se veían de vez en cuando en el bar de enfrente, aunque no más de una mirada interesada.

La noche de la fiesta de final de carrera, mientras echaban la cuarta revancha a los dardos cabrones, en los que el perdedor debía beberse una pinta de un trago, las amigas de Ingrid andaban de caza. Ella ya marcó su objetivo y fue a saco a provocarle.

—¿Y tú dices que manejas el dardo? ¡Se te va la fuerza por la boca!

—Ey, soy el puto amo con el dardo. Tengo un dardo que atraviesa paredes, princesa.

—¡Ja, paredes! Tú y tu dardo con una tía contra la pared os hacéis pezqueñines —con el dedo índice simula que se le baja la erección.

Se acercó a ella, encendido como un toro frente al trapo rojo, medio tambaleándose, le dijo bajito al oído:

—Si tú eres la tía de la pared, te aseguro que ibas a acabar

en urgencias...

Ella soltó una carcajada sonora.

—Te agotarías al primer asalto, cariño. No tienes fuerza ni para media ostia.

Dos horas después, sobre el capó del coche, Ingrid acabó con las bragas, la blusa, el sujetador, la entrepierna del pantalón y el esfínter anal desgarrados, con el cuerpo cubierto de marcas de cinturón y numerosas rojeces de los puñetazos. Ambos sudando como dos animales y exhaustos de pura felicidad.

Ama Lucía lo saca de nuevo de su ensoñación.

—Ya tenemos todos los parámetros en el programa. Ahora cruzaremos los datos y veremos a quienes nos muestra. ¿Algún detalle más que añadir?

—Sí, no sé si es relevante o no... pero me gustaría que aceptase un nivel de maltrato alto.

—¿Maltrato?

—Sí. Tono fuerte, tener un trato duro. No suelo ser cariñoso, aunque la cuidaré y respetaré en todos sus límites, por supuesto.

—Ah, vale. Eso es esencial. Humillación es un nivel alto también. —Una idea se cruzó por la cabeza de Ama Lucía—. Voy a añadir un parámetro más... No sé, tengo un palpito —en la casilla “animal” añadió, al lado de perro, zorda.

Ama Lucía teclea algo en el ordenador, golpea con el dedo la tecla ENTER. Inmediatamente salen siete fichas en la pantalla. Ella acerca la cara como acto reflejo y se coloca las gafas de cerca, sonrío con timidez.

—La edad no perdona, ¿eh? —comprueba si el cliente sonrío al menos con su comentario, pero no. *En fin*, desiste de ser simpática—. Bueno, vamos a ver quién nos sale por aquí. Tú no...

tú... Mmm no, tú sí, tú... ¡Uuuh! ¡Qué interesante! Esta es buena...
Tú sí.

Tras una primera criba, finalmente hace un clic. Un par de segundos después, la impresora escupe tres fichas. En el ordenador se abre una ventanilla del sistema con el siguiente mensaje.

SEÑAL ENVIADA.

Eran las doce y media de la mañana.

Laura vuelve del despacho con la carpeta del montaje cuando, en medio del pasillo, un calambre potente detrás de la oreja la asusta, haciéndola soltar los papeles que llevaba en las manos. Un calor intenso le recorre el cuerpo. Sonríe feliz mientras se recompone y recoge los documentos del suelo, mirando a su alrededor por si alguien del equipo la ha visto. Vuelve al escenario mientras del bolsillo del pantalón del trabajo saca su móvil.

Cuarenta y ocho horas a partir de ese momento. El móvil indica las doce y media.

—Joder, hay que meterse prisa. Mierda.

Se da cuenta de que ha dicho esa frase en voz alta y lo mira un compañero.

—Laura, ¿estás bien?

—Sí, claro. Me acordé de algo y se me ha ido la cabeza, nada malo. A ver, ¿por dónde íbamos? Nos queda montar el puente y arreglar el bastidor de la casa.

—Y toda la parte del barco, Laura. Vuelve —se burla saludando con la mano abierta.

—Joder, es verdad. Perdona. A ver, traigo los planos. Esto

tiene que acabarse hoy por mis cojones.

Pero Laura ya no puede concentrarse.

Hacía bastante tiempo que no la convocaban a una subasta en la Protectora. Es consciente de la dificultad que entraña que alguien la quisiera para sí, de hecho, salió bastante tocada de su última relación. Dominación y amor no son buenos compañeros, al menos en su caso. Laura no tenía ningún interés en enamorarse, lo dejó bien claro durante el adiestramiento en el centro de acogida. Confiaba plenamente en Ama Lucía y, si ella la había seleccionado, sería por algo.

El día transcurrió con normalidad, a las ocho de la tarde maquinaria ya había acabado y pudo permitirse bajar el ritmo y dedicarse tiempo así misma.

Ya en el sofá del apartamento, duchada y con la ropa de trabajo en la lavadora, Laura se sirve una copa de vino para acompañar el kebab que recogió de camino a casa. Mientras cena y se relaja, deja que su cerebro se centre en lo más importante en ese momento: la subasta en la Protectora. No puede evitar ilusionarse, aunque Ama Lucía siempre le decía que no debían hacerlo, por eso se prepararía a conciencia. Laura coge una libreta y empieza a hacer una lista de menesteres, no quiere que nada se le pase por alto: lo primero sería rematar el montaje, para así poder pensar más en ella misma; aprovecharía la mañana para prepararse para la subasta, y luego, a la tarde, se pasaría por el teatro para el estreno. Pediría el siguiente día libre, una vez que se ha estrenado la obra apenas la necesitarían.

Piensa en la entrevista, protocolo; siempre ropa negra, código

de color para los bottom, ella no tenía problema porque siempre vestía de negro, así que unos simples pantalones y un top de manga corta serían suficiente. El problema venía después, la primera sesión. Ahí si tendría más que preparar.

Pediría cita de urgencia para depilarse a primera hora de la mañana. Cristina era de confianza así que la cogería sin problema. Uñas, peluquería y gimnasio, aunque no en ese orden necesariamente; lo malo era aquella marca roja en la frente, Laura se enfada consigo misma por torpe. *¡Qué golpe más tonto, coño!* Va al baño y se mira en el espejo con detenimiento, se frota la frente con el deseo infantil de que la marca desapareciese como si fuese una mancha de tomate. Le dolía y ya presentaba tonos morados. *Imposible*, no había forma humana de disimular aquello y seguramente no habría desaparecido para el día de la subasta. Sabe que Ama Lucía le hará pagar la torpeza y el no haberse cuidado, confía en que no sea muy dura.

De vuelta al sofá continúa su lista: preparar la lencería, el collar de sumisión con su número de mascota grabado en la chapa identificativa, zapatos y medias; el maletín personal con los juguetes básicos, regalo de Ama Lucía tras la recuperación, que también habría que lavar y desinfectar. Comida suave y solo líquidos a partir de las ocho, laxante nocturno antes de acostarse y el enema de cinco minutos en el último momento.

Entre listas y ensoñaciones, Laura se va tarde a la cama. No para de darle vueltas, ¿sería ella la elegida? ¿Será que Ama Lucía ha dado con el amo adecuado para ella? ¿Y si la ha seleccionado por error? Se regaña a sí misma por ser tan negativa y se consuela con pensamientos positivos. *Va a ir todo bien*. Además, si no la eligen, al menos se llevaría una buena sesión en el cuerpo, que le vendría de

perlas. Necesita su dosis de dolor como el aire para respirar.

José Ángel no consigue pegar ojo, había vivido demasiadas emociones aquel día. Curioso lugar y curiosa, muy curiosa esa Ama Lucía, parecía casi irreal. Él solo iba a la entrevista a satisfacer su curiosidad y, cuando salió de allí, ya tenía tres posibles sumisas que, según aquella mujer, eran compatibles con él. Si aquello no funcionaba, al menos la experiencia se la llevaría igual, tampoco perdía nada. Al fin y al cabo, no dejaba de ser una subasta más, aunque le inquieta mucho el tema del físico. ¿Serían gordas y rollizas? ¿Estarían llenas de cicatrices? ¿Tuertas o feas? ¿Y si no le ponían en absoluto? ¿Le tocaría sesionar sin ganas? Se va a gastar una pasta... bueno, tampoco tanto contando con que sesionaría en cuarenta y ocho horas con tres mujeres y, además, si la cosa funcionaba tendría una puta nueva para él solito. Si, eso sí que lo echaba de menos, ya está cansado de tener que ir al gimnasio a liberar tensiones. Con una puta que aguantase palizas y guantazos durante horas sería feliz, de hecho, si lo piensa bien, lo que le importa ya no es sí sería guapa o no... al fin y al cabo, no sería más que su puto saco de boxeo.

Se levanta de la cama, decidido a no luchar más por dormir y baja a la cocina a hacerse un café. Mira la esquina que queda entre el mueble y la pared, una silla está ahí colocada solo para rellenar el hueco. Pondría una jaula ahí, así le haría el desayuno antes de despertarle con una buena mamada.

De pronto, su cerebro cae en la cuenta: no quería excitarse con una jovencita que le sirviera, quería una perra de verdad, una puta personal que hiciese las veces de gimnasio en una tarde de desahogo, que recibiese la descarga de rabia contenida y que, además, fuera feliz

y disfrutase sirviéndole y gozase de cada golpe o herida causada. Y el látigo... si conseguía que aguantase, se moriría de placer.

En ese instante, José Ángel comprende las palabras de Ama Lucía. No hacía falta ninguna foto atractiva, aquella subasta iba a ser como si fuese a una entrevista de trabajo y lo que necesita es a alguien que haga bien ese trabajo. *Vale*, se dice a sí mismo, ya sabe lo que tiene que hacer. La cabeza empieza a darle vueltas, las ideas vienen y se agolpan para salir a la superficie. Tendría un día y poco más para prepararse una sesión de la ostia, llevaría a aquellas tres putas al límite del dolor y del placer, y la que aguantase... esa conseguiría el premio gordo, se cagaría de verdad.

Se sienta a la mesa de madera del comedor, la misma donde dejó la carpeta de la protectora al llegar a casa, y comprueba las notas y las fichas. Lee con detenimiento toda la información de cada una: sus límites, sus fobias, sus niveles... El sistema de selección incluía una entrevista con las tres juntas fuera de rol, es decir, como iguales, sin juego de poder de por medio. *Qué bueno*, así serían ellas mismas y le contestaría con franqueza y naturalidad. Después de eso, vendría la sesión, quince minutos con cada una por separado y en el orden que quisiera, para terminar con media hora con las tres justas. *Joder*. José Ángel ya estaba salivando.

Empieza a organizar el día siguiente: barbero, gimnasio, ¡el traje! Tenía un traje específico para las sesiones hecho a medida, confeccionado con una tela elástica carísima y super liviana capaz de soportar el movimiento y el sudor, similar al que utilizaban los bailarines, regalo de su mentor. Llevaría el traje al tinte para que le dieran un repaso y haría una visita a la tienda Madrid Fetiche, necesitaba nuevas herramientas de placer: plugs anales, fustas, correas; ya vería allí. Tendría tres perras, bueno, dos perras y una zorda... ya

preguntaría en la entrevista que clase de mascota era aquella.

Volvió a alegrarse de la idea de Ama Lucía de las cuarenta y ocho horas. *¡Si que hacía falta organizarse!*

En el dormitorio suena el despertador, son las seis menos cuarto de la mañana.

Madrid, febrero de 2000

—*Ya solo te queda elegir tu nombre.*

—*¿Un nombre de ama?*

—*Exacto.*

—*Me gusta Lucía, Ama Lucía.*

—*¿Cómo te sientes?*

—*Fuerte, segura y con ganas de comerme el mundo.*

—*¡Vaya, qué gran respuesta! —Almudena inclinó la cabeza a modo de reverencia y le sonrió orgullosa—. Se ha ganado una caña, Señora. Invito yo.*

Por fin, Carmen Pastrana murió definitivamente en aquel momento. La cárcel, los años de terapia, el curso de defensa personal y la rehabilitación; todo aquello quedaba atrás.

Lo más complicado de todo aquel proceso fue aceptar el BDSM, su condición de ama, separar sus traumas con los hombres por los problemas derivados de su adicción al sexo, de su deseo sádico de infligir dolor en ellos por puro placer... si no hubiera sido por Almudena, jamás lo habría conseguido, todavía no podía creerse que existieran “psicólogos bedesemeros”.

Cuántas trabas pone la sociedad para aquel que decide ignorar

la norma y dejarse llevar por sus morbos... si ella, la Carmen adolescente, hubiera sabido todo lo que sabía ahora, jamás habría caído en el error, en todos y cada uno de sus errores en realidad.

Su mote del instituto era “La Ninfa”, así se cuidaban los compañeros de clase de que ningún adulto supiera que la estaban insultando, ya que puta ninfómana sonaba demasiado duro a su edad. Todo el que se acercaba a ella era con la única intención de comprobar todo lo que se rumoreaba sobre ella y poder contárselo a sus amigos.

—*¿De verdad que existe eso? Joder, que chollo. Una adicta al sexo.*

—*Dicen que se come las pollas de tres en tres, que su culo tiene el tamaño de su boca y que gruñe como un animal.*

—*Ya ves, me contaron que a uno lo dejó lleno de marcas de arañazos y que hasta que no le hizo sangre no se corrió, la muy puta. Encima lo lamió.*

—*¡Venga ya, eso es asqueroso!*

—*Te lo juro, y te deja que te corras en su cara como las putas de los vídeos, y lo lame.*

Esos rumores la construyeron poco a poco, la definieron mientras pasaba de chico en chico, de hombre en hombre. Primero dentro de su círculo de amigos, más bien conocidos, pero a ella le daba lo mismo; después a través de teléfonos y revistas de contactos ofreciendo sexo muy duro y salvaje en anuncios, lo que se tradujo en una serie de malas experiencias relacionadas con drogas, violencia no consentida y autodestrucción que la mandaron de una patada a la cárcel, acusada de cargos de homicidio imprudente. Todo fue un accidente, el pico de una mesita estratégicamente colocada y un golpe de pie fortuito demasiado alto fueron la mezcla explosiva

aquella noche.

Pero ella sabía la verdad: no fue un golpe fortuito ni actuó en defensa propia, quería quitárselo de encima, quería dejar de necesitarlo.

En el atestado policial contó que no sabía exactamente en qué momento el sexo duro se convirtió en una pelea. Ambos tenían contusiones: ella un ojo hinchado, un golpe en la espalda de haberla empotrado contra el quicio de la puerta, el hombro y la muñeca dislocados, y un golpe en un costado que la hacía andar medio torcida; él, aparte del “traumatismo craneoencefálico incompatible con la vida”, contaba con arañazos encarnizados por todo el pecho y la espalda, golpes en todo el cuerpo y la mandíbula enrojecida.

Le cayeron solo tres años de cárcel bajo la justificación de “un acto de sexo violento que se les fue de las manos”, además de la asistencia regular a terapia durante ese período de tiempo. Ahí fue donde conoció a Almudena.

Capítulo 2

Madrid, 2 de mayo de 2018

Dando un traspies, Laura consigue llegar al teléfono. *¡Quién coño es! ¿No veis que estoy puto dormida? ¡Mierda!* A duras penas enfoca la vista en la pantalla del móvil, al entrecerrar los ojos ve “Dani Taller” en la pantalla. *Ay nooooo, nada bueno.*

—Si...

—¿Estabas dormida? ¡Lo siento!

—Qué

—Es importante, anoche se dañó un bastidor durante el estreno y nos acaban de avisar para repararlo.

—¡Venga ya, ¿cómo lo han hecho?! —Laura activa el “manos libres” y empieza a preparar café—. ¡Anoche no vi nada!

—Creímos que fue un golpe sin importancia, pero esta mañana al comprobarlo vimos que se ha rasgado la tela del forillo y se ve un huevo... Tú tienes la camioneta, ¿podrías pasarte por el almacén y traerte el forillo de *Agua, Azucarillos y Aguardiente?* Lo sustituiremos y arreglado.

—Ay, no... —a las doce y media tenía que estar en la subasta, mira el reloj en la pantalla. *Son las... nueve y media.* Vuelve a colocárselo en la oreja—. Vale. A toda leche, me da tiempo. En una hora estaré allí. ¿El del pasillo del jardín?

—Sí, ese. Gracias, amor. Sé que es tu día libre, pero es muy grande para mi coche.

—¡Qué coño gracias, dos cervezas!

—Cuatro, prometido.

—Chao.

Mal empezamos...

La cabeza de Laura se divide en dos. Comprueba que todo lo de la subasta estaba en orden y mete la ropa que se pondría en la bolsa, no quería mancharse moviendo mierda en el almacén. *Menos mal que anoche lo tenía todo listo*. A toda leche, Laura mete el café en un termo y sale corriendo a por la camioneta.

Para cuando entrega el bastidor en el teatro, son las once y cuarto. Laura se dirige a la subasta lo más rápido que le permite el tráfico del centro. *Aún hay tiempo*. Va tan nerviosa que ni ve al Audi que está girando y, cuando se da cuenta, casi choca contra él. Un largo pitido la asusta y frena en seco.

—¡Gilipollas! ¿No sabes mirar?

—¡Eh, perdona! ¡No te vi!

—¡Qué vas a ver, imbécil!

—¡Imbécil tu puta madre!

El conductor del Audi saca la cabeza por la ventana, Laura ni lo mira. Está demasiado ocupada intentando maniobrar entre los coches que se cruzan y los que esperan en el semáforo.

—¡Qué te apartes!

Laura señala con la mano extendida al tráfico y gira la cabeza. Está encendida de rabia, igual que un árbol de navidad.

—¿Pero no ves que no puedo? ¡Hostia!

—¡Mucho bicho para una mujer!

—¡Vete a tu cueva, troglodita!

Los coches de detrás empiezan a pitar, impacientes. Entre gritos e insultos, Laura recula con la camioneta, pone el intermitente y retoma la circulación. *Hijos de puta con pasta... ¡No podía ser un día peor!*

Para cuando aparca la camioneta en la parte de atrás de la casita, así llamaban sus miembros al centro de acogida, ya eran las doce menos cuarto. *Bien*. Tenía tiempo de sobra, podría arreglarse sin problemas. Estaba todo bien, respira hondo y sonríe para sí. *Soy la polla.*

Entra por la puerta de la cocina. Esperaba encontrarse con alguien conocido, pero no es así. Ha pasado mucho tiempo desde que estuvo ahí como refugiada, un año eterno e inolvidable, pero no podía estar más agradecida de haber encontrado a Ama Lucía.

Pensando en eso se dirige al baño. Necesitaba aclararse con agua y un retoque de maquillaje natural, no quería parecer una puerta. La frente sigue luciendo un óvalo morado, aunque ya no tenía tan mala pinta como antes. Laura luciría su marca con orgullo.

Saca del estuche el collar de las subastas con su número grabado, “2364”, y ejecuta el correspondiente ritual: recogerse el pelo con un elástico para dejar el cuello libre, tomar el collar entre las manos, llevarlo al pecho y besarlo; todo ello mientras pensaba su oración.

Este collar es el símbolo de lo que soy. Juro ser fiel a mí misma, respetarme y valorarme como ser único, y lucirlo con humildad. Soy sumisa y me quiero por ello.

Tras recitarla mentalmente, se coloca el collar en el cuello, lo cierra en el punto donde siente la presión justa para que le resultase incómodo, aunque sin llegar a ahogarla. De esa forma le enseñaron a llevarlo.

De pronto, todas las tensiones desaparecen. Laura había dejado de existir, ahora solo quedaba la sumisa registrada como 2364. Preparada y lista, 2364 se dirige al despacho donde la esperan, llama a la puerta y espera a recibir el permiso para pasar. Son las doce y cuarto.

En esta ocasión, Ama Lucía no se encuentra tras la mesa sino al otro lado del despacho, sentada en el pequeño sofá junto a la librería. Frente a ella, una mullida alfombra acoge a una sumisa, desnuda y colocada en posición de espera. Tres sillas apiladas en fila enmarcan el borde de la alfombra, una de ellas tiene un pequeño montoncito de ropa doblada.

2364 responde con un “buenos días” tanto a Ama Lucía como a su compañera sumisa 2309, tal y como marca su protocolo. Se acerca a una de las sillas y se desnuda tranquilamente prenda por prenda, doblándolas para colocarlas en una de las sillas libres. Una vez desnuda, se acerca a Ama Lucía, se arrodilla y le besa el tacón.

—A sus pies, Ama Lucía.

—Colócate al lado de tu compañera, aún queda alguien por venir.

Pocos minutos después, casi rozando la hora convenida, entra la tercera sumisa. Esta efectúa exactamente el mismo ritual que 2364 y se coloca en la misma posición que ellas, concretamente al otro lado de 2309.

—Bien, ya estáis las tres. Sabéis a que habéis venido, una de vosotras será propiedad de Amo Kayser. Sabéis lo que os voy a decir, pero no me cansaré de repetirlo. Esto no es una competición, no habéis venido a ver quién es la mejor. Habéis venido a ofreceros y él elegirá a quien crea compatible con él. No gana ninguna, no pierde ninguna. ¿Ha quedado claro?

—Si, señora —responden las tres al unísono.

—No me dejéis en mal lugar, pero tampoco quiero que finjáis para contentarme. Si veis algo que no os parece bien, debéis decirlo, sobre todo en esta primera entrevista. Sed correctas y sinceras, ¿entendido?

—Sí, señora.

—Bien. Inspección.

Las tres se levantan de forma simultánea, abren las piernas en un ángulo de 45 grados, elevan la barbilla ligeramente, abren la boca y colocan las manos detrás de la cabeza con los codos bien separados.

Ama Lucía pasea a su alrededor, despacio, fusta en mano para corregir posturas y faltas. Inspecciona a las tres chicas con detenimiento: nalgas, espalda, depilación, uñas, el aliento a menta, el pelo suelto y el collar con su placa identificativa bien colocado.

Mira contrariada a 2364.

—Pero ¿qué te ha pasado en la frente?

—Un golpe con una madera, señora.

—¡Qué torpe eres! No aprendes, ¿eh?

—No, señora.

—Extiende las manos boca arriba.

2364 obedece y Ama Lucía golpea con fuerza tres veces cada mano, la sumisa aguanta la sentencia sin emitir quejido alguno, apenas aprieta la mandíbula tras cada fustazo. Duele, pero no debe inmutarse o será peor, sabe que puede ser mucho peor. Tras recibir los seis golpes, recupera su postura.

—Vuelta.

Las tres se voltean a una, abren las piernas en ángulo de 60 grados, doblan el torso y apoyan las manos en el suelo, exponiéndose en cuatro ante ella.

Ama Lucía usa esta vez el mango de la fusta, lo hunde ligeramente en un pequeño bote de vaselina con esencia de eucalipto y, una a una, va frotándolo en sus coños, repasándoles bien desde el corte vaginal hasta el conducto anal. Una vez hecho, introduce el mango varias veces hasta notar que llega al fondo, lo mueve varias veces y lo saca, comprobando siempre que la fusta sale limpia. Repite la operación con cada una, un intenso olor mentolado invade la estancia.

—Estáis listas, no pienso permitir que mis perras huelan mal. Vestíos, os espero en la sala de reuniones —le entrega la fusta a 2309—. Límpiala y desinféctala. Pase lo que pase hoy, sabeis que os quiero y estoy orgullosa de vosotras.

José Ángel está inquieto en aquella sala, lleva casi media hora esperando solo, aunque atendido como un marqués. Una de las sissys de Ama Lucía le ha traído una copa de vino, algo de picar y el periódico del día. En la portada del periódico hay una nota adhesiva de su anfitriona, en la que transmite sus disculpas y le pide que aguarde unos minutos.

Poco después, Ama Lucía entra en la estancia con una sonrisa de oreja a oreja, se nota su buen humor. Se saludan cordialmente con un buen apretón de manos y comentan tres o cuatro cosas a modo de introducción social, como una muestra de que hay confianza y todo fluye positivamente. Ama Lucía tiene buenas vibraciones respecto a él.

Con una señal, avisa a las tres chicas y entran en la sala. Por fin las ve.

—Señor Kayser, le presento a 2309, 2364 y 2350.

José Ángel saluda a las tres mujeres con un correcto apretón de manos.

—Les recuerdo a los cuatro que en esta entrevista no hay rol, por lo que el trato será entre iguales. La educación y el respeto entre vosotros se dan por hecho. En la mesa supletoria tenéis un pequeño aperitivo, por si os apetece tomar algo. Me retiro para que podáis conocerlos con tranquilidad.

Ama Lucía sale de la habitación y cierra la puerta suavemente. En el pasillo que da a la cocina se cruza con Peggy, este inclina la cabeza en señal de respeto al pasar a su lado. Ama Lucía le extiende la mano para que la bese sin mirarle, él la toma entre las suyas la lleva al hocico de la máscara de cerdo que lleva puesta.

—Asegúrate de que la mazmorra está en perfecto estado de uso. Temperatura, herramientas y mobiliario incluido.

El sumiso asiente.

—Buen chico. Si todo sale bien hoy, te daré tu premio.

Al sumiso se le abren mucho los ojos, inclina la cabeza en señal de respeto.

—Puedes marcharte.

El esclavo vuelve a inclinarse y, con el repiqueteo de los tacones sobre el parqué, marcha a cumplir la orden de su dueña. No puede estar más feliz.

Ama Lucia sonrío orgullosa. Tener a aquellas personas a su cargo y hacerlas sentir plenas y felices dando rienda suelta a sus morbos la reconforta, la enorgullece.

Su estancia en la cárcel no fue fácil, pero agradeció al destino, la suerte o lo que fuese que flotaba en el aire por haberse encontrado con Almudena durante aquel encierro. En las sesiones de terapia a la

que asistía semanalmente aprendió a conocerse y a comprender su “trastorno”, como lo calificaba la OMS al no retirar el BDSM de la lista de enfermedades mentales, y a canalizarlo en algo consensuado, controlado y mucho más placentero que todo lo que había hasta entonces. Su naturaleza dominante, su deseo de ser obedecida, sus morbos; todo aquello que sentía pero que no le había creado más que problemas resultó ser algo normal, hasta sano si se sabía gestionar emocionalmente.

Con el tiempo se le fueron restando meses de condena, todo gracias a los trabajos sociales que realizaba. Al dar con el centro de ayuda a mujeres maltratadas encontró un propósito: su interés por cuidar a personas dañadas. Siempre de la mano de Almudena, Ama Lucía fue localizando a sumisos que habían pasado malas experiencias: palabras de seguridad no respetadas, dependencias monetarias indeseadas, abandonos, malos tratos y trastornos depresivos severos... todo hasta llegar al presente.

Si bien dentro del mundo “vainilla” existe todo un protocolo de rescate y ayudas sociales a las víctimas de actos violentos, el sadomasoquismo tenía muchos vacíos legales. ¿Qué se considera maltrato si disfrutas recibiendo palizas a diario, si te atraviesan con agujas o te asfixian con tu consentimiento? ¿Si las humillaciones, las vejaciones y las marcas corporales son tu día a día en una feliz y prospera relación? Solo el bottom sabía cuándo no estaba siendo respetado, solo el bottom podía pedir ayudar cuando eso ocurría.

De ese modo, uno de los objetivos clave dentro de su programa de protección, una vez que el proyecto de la protectora estuvo en marcha, además del más costoso debido al enorme desembolso que supuso, fue la implantación de los chips. Si bien parecía un simple sistema de localización, el fin último era garantizar la posibilidad

de rescatar a las mascotas si se sentían amenazadas o en situación de peligro.

Un día, mientras cenaba con unos amigos ingenieros, uno de ellos comentó que trabajaba en una aprendedora de monedas, una máquina que capaz de registrar mil monedas del mismo valor pasándolas automáticamente por una ranura, sin importar el estado en que se encontraran: gastadas, nuevas, de cara, de cruz, dañadas, oxidadas, sucias; todo el proceso almacenado en la memoria de un ordenador que almacenaba la correspondencia en su valor. Todos esos miles de datos recopilados se instalaban dentro del programa de cualquier máquina expendedora, de esa forma siempre que un cliente metiese una moneda de un euro, independientemente del estado de esta, la pantalla de la máquina reflejaba la cantidad de 1 EURO.

Gracias a eso, una bombilla se encendió en la mente de Ama Lucía. En ese proceso estaba la respuesta, la manera de poder rescatar a sus protegidos, sobre todo a aquellos con una alta tolerancia al dolor.

Durante varios días, un equipo de grabación guardaría en un archivo a cada uno de los bottoms pronunciando su número identificativo seguido de la palabra PETANCA en diferentes tonos, volúmenes y con todo tipo de objetos en la boca; incluso simuló una sesión real con niveles extremos de dolor y les hizo repetir el código de rescate docenas de veces. Todo ese archivo de audio se almacenaba en el programa de la protectora para que, en caso de peligro o amenaza, el chip implantado enviase al servidor una señal de geolocalización, activando el protocolo de rescate en la central.

Afortunadamente, hasta ahora solo se había utilizado en simulacros y funcionaba a la perfección, gracias a todo el dinero invertido. Solo pensar que alguien pudiese herir a uno de sus

protegidos, la mataría del disgusto.

Aun así, Ama Lucia nunca bajaba la guardia y aquel tipo, Kayser, hizo saltar sus alarmas desde el primer paso que dio dentro de su despacho, desde su primer “buenos días” y el apretón de manos. Había activado sus propios protocolos internos... y no sabía por qué.

José Ángel analiza internamente su situación. La reunión avanza mejor de lo que esperaba, aunque ninguna de las tres se acerca al ideal que tenía para su sumisa, ni físicamente ni tampoco la edad, las ve maduras, curtidas. Aun así, en el trato y la conversación le dan mil vueltas a cualquiera de las chicas con las que había estado nunca, un valor añadido que estaba descubriendo mientras hablan. Si algo dejan claro es que ya habían jugado a la inocencia, saben lo buscan, tanto en sus morbos como en su sumisión, y hasta dónde están dispuestas a entregarse a su futuro dueño.

La verdad, piensa José Ángel, *las tres están al mismo nivel*, aunque la que más le llama la atención era aquella que se hace clasificar como zorda... *zorda, curioso animal, también interesantes sus morbos y su forma de vivir el BDSM*. Si bien las dos perras buscan un trato más protector, la zorda desecha el trato cariñoso y busca algo más distante, no por su condición, sino por su carácter. Aquello que la diferencia como especie, y también resulta un tema de debate interesante esta mañana, es en el plano sexual: es una mujer completamente desinhibida y necesita un trato sexual continuo. Eso no quería decir que estuviese teniendo sexo constantemente sino que, de alguna u otra forma, cada acción que realizaba a lo largo del día

debía tener una connotación sexual.

Preguntando sobre sus prácticas, las tres coinciden en ser flexibles y adaptarse a cualquiera. Sus niveles de dolor son altos, aunque es interesante ver los matices: en una el dolor era prioritario, en otras secundario primando siempre la servidumbre. Por un momento, José Ángel se plantea quedarse con las tres, hasta disfruta con la fantasía de comprarlas... si él tuviera la pasta de su mentor, ni dudaría, pero por desgracia podía darse con un canto en los dientes por poder costearse aquella subasta tan particular.

A la par que las escucha, va analizando sus gestos, sus caras; de hecho, una en concreto le resulta familiar y no sabe por qué. No recordaba haber coincidido con ella en ninguna sesión... sin embargo, algo tenía aquella señorita que le hablaba de dolor, humillación y dilataciones anales sin tapujos. *Igual en alguna fiesta de hace tiempo... Imposible. No, ni de coña da el perfil de las fiestas. En fin, ya saldrá.*

Oyen unos golpes suaves en la puerta, Ama Lucía pasa sin esperar permiso. Sonríe abiertamente al comprobar que han trasladado la bandeja de los aperitivos al centro de la mesa, señal de que están cómodos.

—Veo que la reunión está siendo agradable, ¿me equivoco?

Las tres sumisas se levantan de sus sillas. José Ángel hace lo mismo por educación.

—La verdad, señora, estoy más que encantado de haber pasado una mañana tan agradable. No veo el momento de poner en práctica lo que estas señoritas y yo hemos hablado. ¿Me puede indicar dónde está el baño, por favor?

—Por supuesto. Al fondo del pasillo, pasada la cocina.

José Ángel ojea las dependencias de la Protectora mientras

camina por el pasillo hacia el servicio. *Curioso sitio, nadie diría que una propiedad así perviviría en plena ciudad de Madrid.* Observa la decoración de aquella casita de campo transformada en todo un centro de operaciones bedesemeras. Se asoma a la rústica cocina y localiza la puerta del baño. *Por fin.*

Mientras se asea las manos, ve algo a través de la ventana del servicio que le llama la atención. Se asoma curioso, lo que ve le provoca un calor intenso que le sube a la cara.

—Hija de perra... ¡ya sé de qué me sonaba!

Aprovechando la ausencia del cliente, Ama Lucía habla con las tres sumisas en la sala de reuniones.

—¿Y bien? ¿Qué tal os encontráis?

Las tres sumisas hablan con libertad de lo que sienten tras aquel encuentro: buen rato, interesantes temas de conversación y todo perfecto. Ninguna de las tres tiene problema en dar el siguiente paso: sesionar con el señor Kayser. Ama Lucía las invita a prepararse en la mazmorra, allí cada una tenía preparada su jaula donde esperarían su turno las tres desnudas y en posición de mesa, con sus herramientas de juego dispuestas en el suelo frente a la jaula.

—Recordad una cosa: esta sesión es solo una toma de contacto. Aún no sois propiedad, por tanto, el nivel al que llegaréis será únicamente el que os hayáis puesto vosotras. En el momento en que os sintáis incómodas o no queráis seguir, vuestra palabra de seguridad es sagrada. Si la pronunciáis, terminará vuestra permanencia en la sesión, ¿entendido?

—Sí, señora —respondieron las tres al unísono.

—Bien. Marchaos.

A José Ángel le hierve la cabeza... *¡Venga ya! ¡Es imposible!*
¿La zorra que lo llamó troglodita en la Castellana era ella? Ya ni se acuerda de su número, veintitrés no sé qué. ¿Cómo puede cambiar alguien tanto en apenas...? ¿cuánto tiempo pasó? ¿Apenas una hora?

Se enjuaga la cara para refrescarse intentando eliminar aquella sensación de rabia contenida que sentía, solo de pensar en sesionar le invade la incomodidad, algo que no le gusta en absoluto.

José Ángel intenta calmarse, igual no era ella, posiblemente se hubiera equivocado. Hay cientos de camionetas iguales y, en el fondo, tampoco se fijó tanto en la tipa del volante. Era imposible, ¿cómo iba a ser la misma aquella histérica? *Troglodita*... la verdad es que le molestó mucho aquel insulto, claro que él tampoco se quedó corto con su respuesta. Seguro que era una equivocación.

Vuelve a la sala de reuniones donde le espera Ama Lucía sentada con una carpeta cerrada ante ella. En esta ocasión, otro esclavo doméstico ataviado con un arnés de argollas y pantalones de cuero de culo abierto, luciendo una rampante cola de perro, es quien se encarga de recoger lo que habían dejado. Este le resultó menos violento, las máscaras de animales le ponían un poco nervioso.

—Espero que haya ido todo bien —comenta Ama Lucía.

—Por supuesto, estoy deseando que comience la sesión. Una cosa nada más, he visto que tiene aparcada una camioneta blanca en la parte de atrás. Estoy buscando una de segunda mano de esas características y a lo mejor podría preguntarle al conductor...

—¿Una camioneta? —le interrumpe Ama Lucía—. Cómo no

sea de alguna de las chicas... Nosotros los repartos los hacemos a empresas, no tenemos ninguna en propiedad.

—Bien, gracias. En fin, perdón por mi comentario fuera de contexto.

—¡Ah, ningún problema! Siéntese, hay que hacer un par de cosas antes de la sesión. Las tres sumisas le esperan en sus jaulas, así que tómese su tiempo. Queda firmar el acuerdo de daños.

Le entrega una carpeta con una especie de contrato en el que figura el respeto por el SSC, la palabra de seguridad PETANCA, las normas de higiene y de protección, la certificación médica de enfermedades venéreas de las tres, así como tres o cuatro advertencias sobre el mobiliario y el cuidado de las instalaciones.

José Ángel lee todo con atención y firma.

—Bien, le acompañare a la mazmorra. A la entrada tiene un vestuario donde puede prepararse como guste, está completamente equipada. En el frigorífico tiene zumos, bebidas sin alcohol y algunos sándwiches, por si quiere tomar algo. Alimentar o no a las chicas dependerá de usted.

—Vaya... ¡Muchísimas gracias, está en todo! Una última cosa, ¿tiene usted un rotulador?

—¿Mm? Sí claro, en la oficina. Pasamos por allí de camino y se lo doy.

—Seguramente les tenga que escribir los números en la cara. ¡Soy malísimo en matemáticas!

Las tres chicas se reúnen en la mazmorra. No están nerviosas,

pero sí expectantes. Esa no sería la primera vez que sesionan en grupo y aquel lugar era para ellas como su propio dormitorio, aunque ellas tres juntas nunca habían coincidido al mismo tiempo. Siguiendo las indicaciones de Ama Lucía, las tres chicas disponen sus herramientas de juego frente a sus jaulas. Como era habitual en las sesiones grupales con la dómina, las tres se dan un sincero abrazo en grupo y se desean suerte y disfrute máximo. Ninguna sabía que ocurriría, todo estaba en manos de aquel Señor Kayser, él dispondría y ellas lo vivirían. Sería excitante a niveles únicos, las tres lo saben.

Sin más que decir, se desnudan y entran en sus jaulas.

A esperar...

Tras unos minutos, José Ángel entra impecable por la puerta de la mazmorra, lleva consigo una bolsa de deporte negra con sus instrumentos personales de tortura. Se para y observa detenidamente aquella estancia. Ese lugar le recuerda una peculiar sala de danza: tarima flotante clara, paredes blancas, a excepción de una con un enorme espejo en toda su extensión. Justo en el suelo, están dispuestas las tres jaulas con las tres perras desnudas esperando, en silencio, respirando. Ya volvería a ellas, sigue observando.

Mobiliario de madera clara con revestimiento de cuero negro, equipado hasta el último detalle: grandes ganchos en el techo, dos de ellos con sendos polipastos de cadena, anclajes también en el suelo dispuestos en varios puntos, cruz de San Andrés, una espaldera de madera, dos potros, uno más grande y tapizado y el otro más sencillo con maderas ajustables a varias alturas, una robusta plataforma regulable motorizada en el centro, una barra americana anclada de

techo a suelo, una torre de colchonetas revestidas con fundas de goma, un par de pufs rectangulares de piel negra, un sillón y una serie de butacas dispuestas en fila a lo largo de la pared.

Lo mejor de todo es el mueble modular, dispuesto con herramientas de tortura en toda su extensión, frente a él. Se le abren los ojos como a un crío frente a un escaparate de bicicletas, en su interior un pequeño José Ángel estaba dando saltos de alegría. *Dioooooos, jesto es el puto paraíso!* Esperaba estar a la altura de todo aquello.

Vacía su bolsa en la encimera del mueble modular, dispone todo su arsenal y, tras pensar un rato, elige una fusta para la presentación. Se gira hacia las jaulas donde aguardan a cuatro patas sus perras, al menos durante una hora y quince minutos.

—Mirad hacia el frente —las tres obedecen a la vez. *Joder, que subidón...* —Quiero explicaros lo que va a pasar a partir de ahora —pasea de jaula en jaula observando los objetos que han colocado en el suelo y juguetea con ellos con la punta de su zapato—. Me habéis conocido en mi entorno personal, igual que yo a vosotras —observa a la chica de la segunda jaula, confirma preocupado que es la histérica del encuentro de aquella mañana. Cierra los ojos y suelta un suspiro—. Aún no soy vuestro dueño, pero me gustaría salir de esta sesión con una mascota en propiedad. Ama Lucía me ha comentado vuestra palabra de seguridad, PETANCA, y las normas de seguridad e higiene, las respetaré al igual que vosotras tres me respetaréis a mí. Estas son mis normas.

José Ángel hace silbar la fusta asestando sacudidas al aire, un sonido inconfundible que hace babear el coño de toda masoquista que se precie. Sigue paseando, fusta en mano.

—No tenéis permiso para hablar a menos que os lo ordene expresamente. Cada orden que tenga que repetir, diez golpes. Cada orden mal ejecutada, diez golpes. Cada vez que os apartéis

por temor y me hagáis errar un golpe, veinte más de castigo. Cada vez que se finja dolor sin sentirlo de verdad o para contentarme, treinta golpes extra de castigo, y os puedo asegurar que me daré cuenta, así que ya podéis esmeraros en ser sinceras. No me miraréis a la cara salvo que yo os lo ordene, y puesto que no soy vuestro amo aún, os dirigiréis a mi como Señor Kayser. ¿Lo habéis entendido?

—Sí, Señ... —la pobre 2309 se da cuenta demasiado tarde del terrible error que acaba de cometer por los nervios. Cierra los ojos y baja la cabeza.

José Ángel suelta una risa triunfal.

—Vaya, vaya... —se dirige a la jaula de 2309— me habéis ahorrado el trabajo de elegir. Empezamos con una voluntaria, me gusta que las putas busquen su propio dolor. Sal de la jaula —se quita el reloj y lo pone en el suelo cerca de 2364—. Cuenta a partir de ahora quince minutos, te doy permiso para que hables y avisarme cuando llegue el momento.

Ordena a 2309 colocarse de pie, manos a la cabeza.

—Antes de recibir tu castigo, y teniendo en consideración que no conozco tu nivel de dolor, voy a calibrarte primero.

José Ángel cambia la fusta por una sencilla vara de ratán y una pala de madera con agujeros. Hace que 2309 sostenga la pala con los dientes por el cordón de sujeción.

—A partir de ahora, te doy permiso para hablar. Te golpearé y me dirás tu nivel de dolor.

José Ángel azota una vez el culo de la perra con moderada fuerza, esta aprieta los dientes. El cordón en la boca no le permite separar los dientes y le imposibilita hablar, aun así, hace un esfuerzo y pronuncia como puede el número seis. Vuelve a golpear otra vez

más fuerte, ella responde ocho. *Bien...*

Empieza dando suaves golpecitos desde los tobillos subiendo por las corvas, los muslos, el culo, la espalda, los hombros... cada vez más fuerte. Vuelve al culo y, tras tres o cuatro golpes suaves, golpea una vez con bastante fuerza.

2309 ahoga un grito y se le doblan las piernas, con mucha dificultad pronuncia diez. Está empezando a sudar.

—Bien, este golpe cuenta como uno de castigo. Solo te quedan nueve.

Golpe a golpe, la vara va dibujando unas preciosas rayas rojas en el culo de la sumisa. Vuelve a jugar con varazos suaves, esta vez por la parte frontal: muslos, pelvis, tetas... Juega con la punta de la vara y los pezones, golpea con firmeza uno de ellos. 2309 grita ocho como puede.

José Ángel sonríe de pura maldad y asesta al otro un golpe más fuerte, la perra salta hacia atrás del dolor y se lleva la mano al pezón. La pala colgada de su boca se bambolea acompañando a su portadora, la imagen le divierte. Unos segundos después, la sumisa consigue recomponerse y vuelve a su posición inicial momento que aprovecha José Ángel para asestar otro golpe de la misma intensidad, evidentemente con el mismo resultado. Repite el juego varias veces más: la perra va saltando de golpe en golpe, la pala a su vez va por libre y se balancea tropezando con su cuerpo.

Cuando se cansa del pasatiempo, cambia de estrategia. Le hace separar las piernas a golpe de vara. José Ángel marcha al mueble modular y duda en su elección... *¿El flogger suave o el duro? Nah, el duro.*

2309 mantiene la posición y espera la siguiente tanda. Esta vez carga los golpes en la zona perineal. De igual manera, va midiendo intensidades, jugando, probando y, de vez en cuando,

ZAS ¡Sorpresa!

—Te voy a llamar Conejito, me gustan tus saltitos. Veamos que tal te llevas con algo más duro. Te doy permiso para hablar, Conejito. Di tu nombre.

—Cngjtg —dice la perra con los dientes cerrados sujetando la cuerda.

—Otra vez.

—Cngcg... —se esfuerza por intentar pronunciar algo coherente, pero no se atreve a abrir los dientes y arriesgarse a dejar caer la pala.

—¡Más fuerte, puta!

—¡Cngjcg! —2309 contrae la cara de pura impotencia.

El dom extiende su mano y conejito deposita la pala con la boca, le coloca el flogger entre los dientes, colgándolo también de la cuerda de seguridad.

José Ángel va directo al culo, como si fuese un tenista profesional con un largo movimiento de brazo contra una bola baja y asesta un duro golpe con la pala en el culo de la sumisa. Esta grita entre dientes, se le doblan las rodillas y cae al suelo. Comienza a llorar.

—¡Quince iguales! Puta, ¿qué nivel es este?

—Guefg fnf —levanta las dos manos abiertas con los dedos mostrando el número nueve.

—Bien... creo que este va a ser tu castigo. Considera este el segundo golpe. Cuenta, conejito.

José Ángel va descargando en el culo de la sumisa con fuerza los ocho golpes restantes con la misma intensidad. Ella intenta pronunciar cada número con la cuerda del flogger entre los dientes, cayendo al suelo entre gritos desgarradores y llantos. Está al límite

de dolor, aúlla y suplica.

—¿Cuánto tiempo me queda, Rolex?

—Cinco minutos, Señor.

—Bien, Conejito —comprueba, orgulloso, el estado del culo tras el castigo. Ha tomado un tono rojizo negruzco, con ligeros puntitos—. Mmm, me gusta la carne al punto de sangre. Te va a costar sentarte un par de días... De nada, perra. Como aún te queda media hora de espera para volver conmigo, vas a traerme de tus juguetes el plug más grande, la mordaza de hueso y el lubricante.

La sumisa obedece y trae los objetos requeridos. El dom lubrica bien el plug y lo introduce en el culo, la mordaza de hueso entre los dientes y, emulando a un perfumista con el perfume máspreciado del mundo, saca un bote del bolsillo y se pone unas gotas de tabasco en los dedos, pasándolos después despacio por su coño. La perra comienza a gruñir y abre mucho los ojos. A un gesto suyo, se marcha a gatas a su jaula a esperar.

—Mmmm, voy a dejar a Rolex para el final. Tú —señala a 2350—, ya ni me acuerdo de tu número. Sal y ponte tus muñequeras y las tobilleras —se dirige a uno de los polipastos de cadena preparados y selecciona un par de mosquetones mientras habla.

2350 sale de su jaula, coge las muñequeras con argollas de entre los objetos que tenía preparados y se las va colocando, de igual manera actúa con las tobilleras. Se asegura de que están bien sujetos y pueden funcionar a la perfección.

—Veamos, puta... a ti te voy a llamar Jamón. Lo de los números a mí no me va mucho, que tengo muy mala memoria. Rolex, cuenta quince minutos —señala sus pies—. Jamón, aquí.

La chiquilla se acerca gateando hasta donde está José Ángel y pega la nariz a la punta de sus zapatos.

—Mírate, qué bien adiestrada estás. Aprovecha y límpiame los

zapatos con tu lengua.

Jamón obedece y lame cada centímetro de los zapatos. Cuando termina, vuelve a colocarse nariz con puntera.

—Te doy permiso para responder. ¿Las muñequeras que llevas puestas están preparadas para suspenderte?

—Sí, señor, y las tobilleras también.

—No es mi material y, por tanto, he de asegurarme de que no corres ningún riesgo fuera de mi control. ¿Doy por hecho entonces que has practicado esto con anterioridad y asumes el riesgo?

—Sí, Señor.

—Bien, de pie.

José Ángel engancha las argollas de las muñequeras al mosquetón y este al gancho de polipasto de cadena. Con un ruido característico que llena la estancia, va accionando la cadena sin fin del polipasto, levantando muy lentamente a la sumisa. Poco a poco, va estirándose hasta que los pies se apoyan levemente en el suelo por las puntas. Jamón se balancea ligeramente, pero consigue estabilizarse abriendo ligeramente las piernas. Deja a 2350 así un par de minutos mientras la observa y maquina su nueva sesión. Vuelve del armario con un trozo de manguera.

—Bien, vamos a calibrarte. No tienes permiso para hablar. Levantarás las dos rodillas tantas veces como el número del nivel con el que te he golpeado —le da unos azotes con la mano en la barriga—. Te vendrá bien un poquito de gimnasia.

José Ángel golpea el culo de la sumisa con la manguera. Esta exhala aire para mitigar el dolor, levanta las rodillas seis veces.

El siguiente golpe, más fuerte, le marca la silueta de la manguera en el culo. La sumisa no puede mantener la compostura y gime de dolor, empieza a notarse el esfuerzo de levantar las

rodillas, ya solo las levanta una a la mitad y cada vez le cuesta más... consigue hacerlo hasta ocho veces. Ahora que ya controla el aguante de la sumisa, José Ángel comienza el juego de verdad. Va asestando azotes con la manguera, variando intensidades y cambiando la zona de azotes: tripa, muslos... Adora ese objeto y adora ver sudar del esfuerzo a Jamón, quien ya perdió la compostura del todo y grita y llora como una condenada tras cada golpe.

José Ángel ríe, divertido.

—He dado en el clavo llamándote Jamón, gritas como un puto cochino en una matanza.

La deja llorando mientras va a por otro juguete. Se entretiene un rato rebuscando cosas dentro de su bolsa y de los armarios, tiene que preparar algo. Una vez listo, se gira y muestra orgulloso un arma.

—¿Sabes qué es esto? —Jamón abre mucho los ojos, asustada—. ¿Sabes que en un principio estas armas servían para marcar al ganado?, por eso se llaman marcadores. Esta es mi arma favorita, DLX Luxe, totalmente brutal. Por supuesto, no lanzan pintura. Estas bolas me las hacen específicamente, son de gelatina, así no estropeo nada. Gírate, puta. Quiero probar mi puntería con tu culo.

A duras penas, usando solo las puntas de los pies, Jamón se gira quedándose de espaldas al dom. Este se coloca en la otra punta de la estancia, lejos de ella, apunta y... ¡BAAM! Una bola impacta sobre la parte baja de la espalda. 2350 pega un alarido tremendo, más por el susto que por el dolor.

—¡Joder, no te muevas! ¿Nivel?

Jamón, sin apenas fuerza ya, intenta levantar las dos rodillas: una... dos...

—La leche, esto es eterno. Te doy permiso para hablar.

Jamón respira aliviada, se sorbe los mocos y pronuncia el

número siete.

—Entonces puedo acercarme más. Estate quieta, como te muevas y falle el tiro lo pagarás caro, puta —gira la cabeza a la jaula de 2364—. ¿Cuánto tiempo me queda, Rolex?

—Tres minutos, señor.

—¿Ya? En fin, habrá que deleitarse menos. Prepárate, puta... Esto va a doler.

José Ángel dispara seguidas las treinta bolas del cargador al cuerpo de la sumisa, quien instintivamente, desesperada por no darle tiempo a asimilar tanto dolor, acaba moviéndose, levantando las piernas, girándose, gritando y llorando.

—¡Guau, ha sido bestial! —José Ángel respira hondo para relajar la tensión. Besa el arma, orgulloso—. Cómo me gustas... Veamos los daños.

Se acerca a Jamón y cuenta los círculos rojos que le ha ido dejando por todo el cuerpo. El suelo se ha llenado de cachitos de gelatina, muchos bajo los pies, aunque también muchos en la pared.

—Rolex, empiezan tus quince minutos. Coge una bayeta y limpia todo esto.

Rolex sale de su jaula gateando a por un barreño y una bayeta a cumplir la orden, mientras José Ángel descuelga a Jamón y la ayuda a moverse. Tiene los brazos entumecidos de estar en aquella tensión, le aparta el pelo de la cara, la besa y le da las gracias. Al igual que hizo con la primera sumisa, le introduce un plug en el culo, esparce un par de gotas de tabasco por el coño y la deja que repose en su jaula. Respira profundo, está exhausto. Va al pequeño frigorífico de la esquina, coge un zumo y se lo bebe de un solo trago. Además, coge dos sándwiches y sendas botellas de agua. Se las pone a las dos primeras sumisas en sus jaulas.

—Tomad, perritas, os lo habéis ganado. Podéis comer.

Se sienta en el sillón mientras observa a Rolex limpiando. Tras unos minutos, se dirige a ella señalando sus pies.

—Ven aquí.

Rolex dobla el trapo y lo coloca al borde del barreño. Va gateando hasta colocar la punta de la nariz en el zapato del dom.

—Te voy a hacer una pregunta y quiero que seas completamente sincera conmigo. Mírame y dime si me has visto anteriormente.

Rolex levanta la vista, lo observa unos segundos y niega con la cabeza. José Ángel aprovecha para observarla también a ella. Aun no es capaz de asimilar cómo aquella mujer desnuda, arrodillada a sus pies, podía ser la misma histérica psicópata que le contestó desde la camioneta unas horas antes. Tiene sentimientos encontrados con ella y eso no le gusta, lo desconcentra... *Bueno, al menos ella no me reconoce. Iría tan en su puto mundo que ni se fijaría en mí.*

—Vete al centro, tumbate boca abajo. Brazos estirados pegados al cuerpo, palmas contra el suelo. Cuenta en voz alta hasta mil.

Rolex obedece y, tras tomar postura, comienza a contar. José Ángel aprovecha para recoger el reloj de su jaula y se lo vuelve a colocar en la muñeca, mientras observa los objetos que ella ha seleccionado para sesionar. Aparte de los plugs y varios objetos de azote, Rolex tenía doblada una extraña manta que, al desdoblarla, descubre con asombro lleva pegada cientos de chinchetas. *¡La madre que la pario! Mierda, a esta perra le gusta la sangre.* Se muere de ganas de reventarla a ostias, pero prefiere contenerse. Aprovecha para volver a la nevera y coger un sándwich y un refresco para comer, la escucha contar de fondo: ciento dos, ciento tres... Se sienta en el sillón y sigue mirándola, no puede permitirse tocarla. Hoy no, la dejaría ahí sus quince minutos.

—Doscientos treinta y siete... doscientos treinta y ocho...

doscientos treinta y nueve.

Le espera otra media hora más con las tres, debía prepararse. Aprovecha su sándwich para observar a las otras dos perras, el ardor del tabasco ya se las ha pasado y no gimen. Conejito está incomoda con el plug, ya lleva más de media hora y su esfínter debe estar pidiendo libertad. Ambas mueven ligeramente las piernas, las rodillas deben dolerles bastante, pronto se olvidarían de ellas.

Mira el reloj, aún le quedan cinco minutos. Marcha hacia el armario.

—Veamos... plugs grandes, pinzas, el Hitachi con cable, cinta adhesiva, las varas de ratán y el flogger de cadenas. Perfecto.

Dispone todo en orden en la tarima del centro. Acerca el sillón a la tarima y, accionando los hidráulicos con el mando, la baja a una altura adecuada a sus propósitos. Con tanto movimiento le entra un calor incómodo. Ha tenido el traje tiempo suficiente y quiere disfrutar de verdad, así que se desnuda dejando toda su ropa por el suelo.

—Seiscientos catorce... seiscientos quince... seiscientos dieciséis...

—Rolex, estás en tus últimos tres minutos. Ven y dobla mi ropa. Conejito y Jamón, a la tarima. Enseñadme vuestro culo, aún nos queda una sesión.

Las dos perras se colocan a cuatro patas exponiendo bien el culo al dom, este observa el estado de ambos y juguetea con los plugs que llevan insertados. Las dos sumisas disfrutan, se lo hacen saber contoneando las caderas y soltando sinceros gemidos de placer. Al sacarles el juguete del culo, ambas lucen unos grandes agujeros que no puede desperdiciar: les escupe dentro, introduce dos dedos en cada agujero, luego tres. Es brutal ver aquel espectáculo.

—Rolex, ven y chúpame la polla —le entrega de nuevo el reloj

y se sienta en el sillón—. Cuenta media hora.

José Ángel no puede estar más a gusto, está pasando esta última media hora sentado en el sillón mientras dos de las perras le van exhibiendo el coño, introduciéndose objetos la una a la otra por todos los agujeros, azotándose con las varas y dándose placer y dolor mientras la tercera, Rolex, sigue trabajándole la polla. De vez en cuando, se levanta para castigar duramente a alguna con el flogger de cadenas por no haber golpeado suficientemente fuerte a la otra... o para desahogar su impaciencia presionando enormes dildos en sus culos, provocando alaridos y lágrimas de dolor que le saben a gloria. Después vuelve al sillón, donde le espera la zorda para comerle la verga de nuevo.

Cuando la media hora llega a su fin, pone a las tres sumisa en fila, les da las gracias por lo bien que ha ido todo, y se marcha con su ropa a darse una ducha.

Capítulo 3

Madrid, septiembre de 2008

A pesar de ser las dos de la mañana, Seuba no tenía ninguna intención de dar por terminada la cena. Había sido un gran día, que finalizó con la firma de un contrato con un cliente importante y quería celebrarlo invitando a su pupilo a su casa para pasar una velada inolvidable. Para Seuba, José Ángel no solo era un buen fichaje en la empresa, en la que apenas llevaba unos meses, sino que se estaba convirtiendo en un aprendiz de amo ejemplar. Como recompensa, quiso obsequiarle con la cesión de una de sus dos esclavas, acompañándolos y sirviéndoles durante esa cena. No era la primera vez que lo invitaba a su casa, pues era muy conocido por sus fiestas en la empresa, mas aquella zona en la que se encontraban no la había frecuentado ningún vainilla. Seuba reservaba toda un ala de su enorme chalé a vivir el BDSM con todo lujo de detalles, como correspondía a un amo de su categoría, de hecho, la estancia estaba decorada con grandes fotografías de sus torturas, prácticas y objetos de placer que dejaban boquiabiertos incluso al más sádico de los dominantes.

José Ángel observaba a aquellas dos chiquillas embelesado, ambas afeitadas de arriba abajo y marcadas con el número de serie en la nuca. Lucían un collar rígido de acero ancho y muñequeras y tobilleras de cuero, todo con sus argollas correspondientes para ser ancladas en cualquier momento que apeteciese. Ninguna debía pasar mucho de los veinte años, su aspecto así lo denotaba: cuerpos perfectos y blanquecinos con alguna que otra cicatriz, así como

varios moratones en culo y senos. Permanecían arrodilladas en el suelo con las manos en la nuca, moviéndose únicamente para servir y retirar los platos cuando se lo ordenaban o rellenar una copa de vino cuando la levantaban vacía, haciendo gala de una coordinación de movimientos solo comparable a los engranajes de un reloj suizo. Estaba embelesado con tanta perfección.

—Me siento como...

—¿Cómo un amo? —terminó Seuba la frase entre risas—. Esa es la idea, pequeño padawan.

Ambos se encontraban ya en la sobremesa, disfrutando de las copas y el postre. Había llegado el momento del sermón paternalista mentor-pupilo.

—Te voy a dar un consejo. Si quieres que una sumisa dure muchos años, debes hacerte respetar, saberles dar lo que necesitan y tenerlas siempre con algo en su cabeza para que estén activas porque se aburren pronto y puedes perderlas. En mi caso, es más difícil que suceda con las esclavas, aunque puede ocurrir que se depriman, hasta pueden llegar a morir de pura tristeza. Por otro lado, también debes saber cuándo ser firme. Mírame a mí, por ejemplo —agarra la argolla de la esclava que tiene a su lado y está acerca la cabeza a la mesa—. Esta puta lleva conmigo más de dos años. ¿Ves su cara? Pocas veces verás a una puta sonreír de felicidad como lo hace esta. Es obediente y servicial como pocas, y tiene talento, ¿eh? Hace maravillas con la guitarra. Apenas he tenido que castigarla. Eso sí, debes asegurarte de que el castigo es lo suficientemente severo para que nunca vuelva a repetirse la falta.

Seuba acaricia la cabeza rapada de su perra con cariño y, con un chasquido de dedos, señala la superficie de la mesa. La esclava obedece en silencio y se sube a la mesa, se coloca en el centro a

cuatro patas con un cuidado extremo, asegurándose de no tocar nada de lo que hay sobre ella, e inclina el torso hasta que su frente toca la superficie de la mesa, exponiendo sus genitales al amo.

—Anda, enséñale al Amo Kayser lo que les pasa a las perritas que mienten a su amo.

La esclava se endereza y estira el brazo mostrando la mano derecha, le falta la uña del dedo meñique.

—Soy consciente de que esto baja su valor en el mercado, aunque aún quedan unos años para revenderla, pero mereció la pena. Desde aquel día no ha vuelto a mentir, ¿verdad que no, princesa? Toma, un premio para ti —Amo Seuba coge tres hielos de su cubata y se los introduce a la esclava en el culo—. Por supuesto, fue la otra esclava quien ejecutó el castigo, así matas dos pájaros de un tiro —levanta el cubata sin hielos. La esclava apostada al lado de José Ángel se levanta a buscar más a la nevera. Seuba sonríe a su discípulo de forma perversa—. Se me está ocurriendo un juego. Te apuesto a que mi perra aguanta más hielos en el culo que la tuya.

—¡Jaja! Vale, pero la tuya ya lleva tres.

—Nada, para cuando estén listas ya se habrán derretido. La hija de puta siempre está caliente. ¿Vamos a aquella zona? Ahí podremos jugar más cómodos.

Ambos se mueven hacia allí mientras las dos esclavas disponen todo para el juego. Tras rellenar las copas de los dos amos, colocan un gran bol de hielos sobre la mesita de madera del salón y se suben a esta, colocándose de forma que sus genitales quedan expuestos a los dos dominantes. Los amos se sientan, divertidos y con la expectación de la apuesta.

—La esclava que pierda —dice Seuba—, recibirá diez varazos. ¿Listo?

Los amos comienzan a rellenar a las dos esclavas con los hielos. Al principio costó un poco, pues se pegaban a la piel y tenían que humedecerlos en sus coños, a partir del cuarto ambas comienzan a gemir. Las tripas no perdonan el frío y ambas esclavas comienzan con los retortijones, lo que no impide que ambos sigan en su empresa y continúen abriéndoles el esfínter hielo a hielo.

Cinco... seis... ambas están al límite, gimen y lloran de dolor, pero aguantan. La esclava de José Ángel no puede hacer más esfuerzo por retenerlos y comienza a expulsarlos mientras llora de pura impotencia. Se derrumba en la mesa y termina de soltar por el culo cada uno de los bloques helados junto con un hilillo de agua, que José Ángel lame y succiona entre risas.

—Me bebería así el cubata, fresquito del culo de una perra.

Amo Seuba estalla en carcajadas.

—Elige, ¿quieres el cubata antes o después de los azotes?

José Ángel se lo plantea, ¿el culo limpito de la perra o el culo marcado por los ronchones y el olor a sangre del látigo? *Que gran tentación...* Decide que el placer del cubata bien puede esperar unos minutos.

—Venga, va. ¿Puedo elegir vara?

—Faltarías más —concedió Seuba complacido.

—Tengo que probar ese vergajo —José Ángel señala a la pared de la que cuelgan una decena de varas de toda clase—. Lo llevo viendo toda la noche colgado de tu pared y me muero de ganas por probarlo.

—Hecho —Seuba chasquea los dedos y la esclava marcha a la pared a por la vara requerida.

Tras entregársela al aprendiz con el ritual correspondiente, coloca un pequeño banquito bajo una de las cadenas que cae del techo

y ella misma se engancha. Se baja del banquito, quedando estirada completamente y tocando el suelo de puntillas.

—Joder... Yo quiero una de estas, solo de mirarla me empalmo. Vamos allá.

José Ángel se levanta y se acerca a la esclava, rodeándola mientras le acaricia el cuerpo. Sin dudar, da un sonoro palmetazo en la nalga, luego otro. Manosea una de sus tetas mientras su otra mano toca su entrepierna, se está empalmado y le molesta la goma del boxer, le relaja acariciarse la bragueta. Observa de reojo a su mentor, quien parece estar disfrutando de la situación mientras recibe una buena mamada proporcionada por su esclava. José Ángel sigue palmeándole el culo hasta que queda de un tono rosado oscuro.

—Bien, ya está preparada la zona.

José Ángel estira los brazos y gira el cuello de derecha a izquierda, como si se preparase para hacer un salto olímpico, qué ganas tenía de dibujar líneas. Alcanza el vergajo y lo hace silbar en el aire varias veces. Sin dudar, descarga con fuerza un latigazo sobre el culo de la esclava, que emite un largo grito roto, no solo de dolor sino de miedo. Van a ser nueve tan terribles como ese o más.

—¡Ufff, brutal!

José Ángel descarga uno a uno los golpes siguientes, sin inmutarse con los desgarradores chillidos de la esclava. El sudor, los temblores y los espasmos de esta lo excitaban más aún, haciendo que aumentase la fuerza de impacto sobre su culo, que ya mudaba del rosa al rojo oscuro.

Tras el quinto vergajazo, se para un segundo para comprobar los resultados.

—Mmm, demasiado paralelos. Habrá que cruzar alguno.

Sigue atizando a la esclava sin piedad y, en un alarde de creatividad, le hace abrir las piernas y golpea el último en vertical y hacia arriba, alcanzándola de lleno en el perineo y los labios vaginales, provocando que la esclava soltara un sonoro alarido.

—¡Dieeeez! ¡Joooder, qué bien sienta esto! —vuelve al sofá a descansar del esfuerzo, donde el Amo Seuba sigue disfrutando cubata en mano y con su perra haciendo su trabajo.

Mientras tanto, la otra esclava, aún colgada, alcanza como puede el banquito y entre quejidos, temblores e hipidos se descuelga. Aún queda la segunda parte. Marcha a la cocina y prepara un cubata nuevo. Al volver y mientras trata de disimular el castaño de dientes, se lo presenta a José Ángel junto a un embudo y se vuelve a colocar sobre la mesa, pegando esta vez el pecho a la superficie para levantar más el culo y facilitar el trabajo. El dominante se queda maravillado del estado que muestra la piel de la esclava, ronchas alargadas que crean una cuadrícula divertida. José Ángel no puede evitar acariciarla.

—Madre del amor hermoso... Sí que ha merecido la pena la espera, ¡qué espectáculo!

Coge un hielo del nuevo cubata y lo va extendiendo por cada línea, provocando gemidos de placer de la esclava. El fresquito del hielo sobre la piel herida hace que su coño comience a babear, cosa que no pasa desapercibida por ninguno de los dos amos.

—Hija de la gran puta... ¿Ves cómo disfruta? —dice Seuba.

José Ángel lame los jugos de la perra mezclados con el agua derretida del hielo. Pelliza con fuerza su coño y lo retuerce, provocando a la perra una oleada de placer tan fuerte que le tiemblan las piernas.

—¿No se irá a correr? No quiero que me ponga perdido el traje.

—Como lo haga, la mato a golpes. No puede salvo que se lo ordene yo. Puedes estar tranquilo.

José Ángel lubrica bien el culo de la esclava con los propios fluidos de su coño y le mete los hielos del cubata, uno por uno, en el culo. Una vez dentro el embudo, bien metido hasta la base del cuello, va vertiendo lentamente el contenido del vaso hasta desaparecer dentro de las tripas de la puta. Satisfecho, coloca la boca entre las dos nalgas, abriéndolas bien con las dos manos, y con un ligero golpe del dedo da la señal para que la perra suelte el líquido.

Cómo si lo hubiesen hecho cientos de veces, dominante y esclava se coordinan para ir dosificando el cubata a requerimiento de este. Finalmente, la perra expulsa dos minúsculos cubitos de hielo derretidos en la boca de José Ángel, quien termina de triturarlos con los dientes.

—Definitivamente, Señor, quiero tener una perra como estas.
El mentor suelta una carcajada.

—Paciencia, joven amo, aun te queda mucho que aprender.
Esto requiere tiempo, paciencia y dinero.

Madrid, 2 de mayo de 2018

Laura está tan desolada que rompe a llorar mientras se duchaba. ¿Por qué no la había calibrado a ella? Sabía que no debía esperar nada, era una norma vital en la vida de una sumisa: no esperar, adaptarse al amo y disfrutar con ello; solo así se conseguiría ser una buena sumisa... pero esperaba al menos un golpe, algo de dolor. *¿Tan mal le he caído?* La sensación de haber fallado se incrustó en

la boca de su estómago. Además, ¿por qué la había preguntado si la conocía? ¿Era alguien cercano a ella? Su cara no le recordaba a nadie conocido... ¿o sí? ¿Habría metido la pata al no reconocerlo? Habían estado tan bien en la reunión, hasta estaba convencida de que habían conectado, ¡sí hasta se ríe cuando le contó lo de la chapera en la frente!

No comprende nada. Se seca frente al espejo... y termina de rematar su ánimo. *Ha sido mi cuerpo. No le he gustado físicamente... Joder, ¡que son cuarenta y dos años!* ¿Qué esperaba? Las carnes caen, los daños del tiempo y las muchas sesiones hacen mella, además el trabajo duro también curte el cuerpo. ¡Era grande, pero ella era así! *Joder...* con lo que le había costado llegar a quererse. Mañana iba a pedir cita con Almudena, necesitaba una dosis de autoestima como respirar.

Con el pelo aún húmedo y desnuda, Laura se va al despacho de Ama Lucía.

Tras el parte de daños exhaustivo que la dómina siempre hacía a las mascotas tras una subasta (alguna vez tuvo que quitarle la fianza a un cliente para pagar al médico), las vuelve a sentar en fila en posición de descanso.

—A ver... He estado hablando con señor Kayser. Cree que la mejor opción de las tres eres tú, 2364 —a Laura se le abren los ojos como platos, aunque mantiene la postura e intenta que no se le abriese mucho la boca de puro estupor—. No obstante, me ha comentado un tema importante que le ha ocurrido hoy y, como algo extraordinario en la protectora, he accedido a permitir una segunda reunión sin rol esta tarde, solo vosotros dos, antes de adoptarte. Necesita aclarar algo contigo. Si no llegáis a un acuerdo, señor Kayser se decantará por 2309 —mira a las otras dos sumisas—. Vosotras dos podéis

marcharos y si al final te adopta, te haré llamar por el procedimiento de siempre, 2309.

Las dos sumisas se despiden de Ama Lucía siguiendo el protocolo establecido: beso de pies, beso de manos, agradecimiento por la experiencia y la oportunidad; y se marchan tras vestirse.

—2364, has quedado con el Señor Kayser dentro de una hora, en la cafetería de enfrente.

El aire huele a humedad. Esta época del año era la peor para hacer planes, tan pronto lucía el sol como te caían chuzos de punta. La terraza de la cafetería tenía muy buen ambiente, pero esta vez Laura necesitaba aislarse lo más posible y pensar... y comer.

Cuando entra al local, una mesa libre al fondo parece llamarla a gritos. Se muere de hambre y quiere estar tranquila. Mira el reloj del móvil. *¿Las seis de la tarde ya?*, aún queda tiempo para la cita. Está deseando acabar con las tres tortillas de patatas y las seis bandejas de tapeo que se exponen bajo las vitrinas del mostrador. Pide una jarra de cerveza y un par de raciones. Poco después, el camarero le sirve la cerveza y le dice que le llevará las raciones en cuanto estén listas.

Sentada al fin y con su jarra fresquita, Laura analiza todo lo que ha ocurrido durante el día. *Madre mía... han pasado tantas cosas...* Tenía muchas preguntas que hacer al señor Kayser. *Tiene que haber un error; se ha confundido con los números.* Todavía faltan cuarenta minutos. *Mente en blanco y a disfrutar de la comida.*

Tan absortaba está en sus pensamientos que se sobresalta al notar una mano en el hombro.

—Vaya... Tú también decidiste venir antes por lo que veo.

Ay, no...

—¡Señor Kayser! ¡Me has asustado! Eh... sí... —Laura intenta parecer simpática, pero su cara no es capaz de demostrarlo—. Bueno, vine a comer algo. Me muero de hambre. Ha sido un día intenso.

Dentro de su cabeza grita: *Vete, vete. ¡Veteeee!*

—Sí... tienes razón, ha sido muy intenso y muy interesante. ¿Te importa si me siento contigo? No quedan más mesas y, al fin y al cabo, nos tenemos que ver en un rato.

No, no. ¡Noooooooooooo! ¡Necesito estar sola!

—¡Claro! Pero solo comer, ¿eh? La reunión aún no ha empezado.

—¡Jajaja! Vale, solo comer. La reunión después.

El camarero trae las raciones a la mesa. Le toma nota a José Ángel, que pide otra cerveza y algo de picar. Cuando se quedan solos y tras unos segundos de intenso silencio, Laura no puede aguantar más.

—Laura.

—¿Perdona? —pregunta José Ángel sin entender.

—Que me llamó Laura.

—¡Ah! No te entendía, lo siento. Mi nombre es José Ángel.

Otro silencio... Laura no puede disimular más, estos silencios tan tensos la mataban. Como siguiera así acabaría engullendo de puro nervio y eso no era bueno para su estómago. Deja la jarra en la mesa y le mira a los ojos. Se acabó el fingir tranquilidad.

—¿Por qué yo?

—¡Guau! Eres directa. ¿No se suponía que íbamos a comer primero?

—No te gusto, me lo dejaste claro. ¿Entonces por qué me has elegido a mí?

—¡No, te equivocas! Sí que me gustas, por eso quer...

—No me has calibrado —lo interrumpe Laura con brusquedad—. No sabes si valgo para ti.

—¿Me vas a dejar hablar? —pregunta José Ángel exasperado—. Esta mañana... Joder, parece que han pasado días. Esta mañana hemos tenido tú y yo un encuentro en la Castellana, a la altura de la raqueta de Nuevos Ministerios. ¿Te acuerdas?

Laura se queda pensativa. Bebe un sorbo largo de cerveza sin dejar de mirarlo. De pronto, cae en la cuenta y se le abren los ojos como platos. Ese hombre tenía la capacidad de sorprenderla, ya era la segunda vez que la dejaba bloqueada en menos de media hora.

—¿Eres el capullo del Audi?

—Y tú la idiota que giró sin avisar y casi me provoca un disgusto.

¡Joder, hostia! ¡Venga ya! Así me sonaba...

—¿Por qué no me lo dijiste antes? ¿Querías vengarte y joderme o qué?

—No... No supe quien eras hasta justo antes de la sesión, cuando vi tu camioneta aparcada. Estaba muy enfadado contigo, por eso no quise tocarte. Podría dejarme llevar y no sería justo ni para ti ni para mí. No se debe sesionar sintiendo enfado hacia la otra persona. Fue algo que aprendí tarde y me costó caro, pero no lo he vuelto a hacer. No quería cagarla contigo.

—Repito: ¿por qué yo?

—Porque sin saber aún quién eras me gustaste en la reunión de esa mañana. Porque después de saberlo me llamó mucho la atención,

que alguien capaz de vocearme como lo hiciste en la camioneta, pueda convertirse en la sumisa que vi después.

—Yo no lo veo tan raro. Para mí, la sumisión es algo interno que cedo a otra persona, pero solo a esa. ¿Acaso esperas que sea sumisa con el resto de la gente? Me comerían a la mínima de cambio, no puedo permitírmelo. Tengo mi carácter, mi genio. Si me tocas las pelotas, te lo voy a decir, como me ha ocurrido contigo esta mañana.

—No, si eso me ha quedado claro, pero no puedo dejar de darle vueltas a la tremenda diferencia entre las dos mujeres que he conocido hoy. Me crea una curiosidad tremenda, ¿cuál de las dos eres tú?

—¿Perdona? —pregunta Laura sin dar crédito a sus palabras.

—Sí, que si es una fachada tu lado insolente o es tu sumisión lo que finges. Por ejemplo, ahora mismo. Estás tensa y creo que, de un momento a otro, me vas a saltar a la yugular. No hay atisbo de sumisión por ninguna parte. Desapareció por completo la sumisa de hace un rato.

—A ver... —dice Laura antes de tomar aire—. Yo soy así, no tengo filtro. Voy de frente, soy violenta si me siento atacada. Esta mañana me insultaste y te mandé a la mierda. En la subasta seguía siendo yo, mi sumisión es real. No veo la diferencia, yo decido a quien obedezco y a quien insulto. Si me siento atacada, reaccionaré, y sigo sin comprender tu elección. No me has calibrado, no sabes cómo voy a reaccionar en una sesión. No has elegido bien. Creo que esto es una pésima idea.

José Ángel se pone serio de pronto. No le está gustando un pelo el tono con el que le estaba hablando Laura. Si fuese suya en ese momento, la habría tumbado sobre la mesa y estaría recibiendo

vergazos hasta desmayarse. Aun así, mantiene la calma. Sabe que la va a tener a sus pies, solo hace falta que ella se dé cuenta.

La mira a los ojos antes de responder.

—Y yo creo que está bien equivocada y que me subestima, señorita. Sí que lo he hecho. Te he calibrado, aunque no como tú esperabas. Debo decirte que tu obediencia ha sido impecable, porque incluso esperando ser tratada como tus dos compañeras te has dejado llevar por mí y, a pesar de haberte tratado de forma diferente, has respondido como se espera de una verdadera sumisa. Consté que en un primer momento te descarté, pero joder, me hiciste la mejor mamada de mi vida, ¡y sin conocerme! Conseguiste que aguantase la media hora sin correrme, estuve en una montaña rusa todo el tiempo. Ibas reaccionando a las señales de mi cuerpo como si supieras exactamente lo que necesitaba en cada momento. Ha sido perfecto.

«Y sí, el tema del dolor será algo que tendremos que valorar, por supuesto. Soy sádico y para mí es vital el dolor en una relación D/s. Observé detenidamente los objetos que presentaste frente a tu jaula, me parecieron muy adecuados. Sé que vamos a congeniar, alguien que para una primera sesión de calibraje lleva una puta manta de chinchetas y un flogger de cadenas me dice claramente su nivel de tolerancia al dolor. Eso es justo lo que necesito, que me ofrezcan retos como sádico. Además, me gustan las mujeres con carácter, y me gusta más aún que una mujer con carácter sea mi puta y se doblegue ante mí. Lo tengo cada vez más claro, te he elegido a ti, así que bébete tu cerveza, disfruta de la comida y termina de soltarme a la cara todas las barbaridades que guardas en esa cabezota, porque te aseguro... que esta es la última vez que te permita hablarme así sin molerte a golpes por insolente.

Laura mira a aquel hombre, desafiante, pero sabe que tiene toda la razón. Además, ese último comentario había hecho que su estómago y su sexo reaccionasen. Si ya solo hablando conseguía intimidarla y excitarla así, ¿qué no haría si lo aceptaba como Amo? Tendría que asumir su error. Parece que sí la había tenido en cuenta y sí, se había pasado tres pueblos con el tono.

Baja la mirada en señal de derrota. José Ángel sonríe orgulloso.

—Eso está mejor.

Laura aprovecha para terminar de sincerarse, aunque el tono y la actitud han cambiado drásticamente.

—Está bien, quisiera decirte una cosa nada más. No me gustó el comentario que me soltaste sobre las mujeres y la camioneta.

—Dime que no pensaste que yo era un pichacorta por llevar un coche caro.

—Mmm... Pollafloja... y sin cerebro —respondió Laura avergonzada mirando al plato.

José Ángel soltó una carcajada.

—¿Y? —preguntó él, socarrón—. Al menos has podido comprobar que una de las dos cosas no soy, ¿verdad?

Laura levanta la mirada del plato y sonríe de medio lado.

—Me encantó comerte la polla... y ahogarme con ella. Disfruté muchísimo, la verdad, y, sabiendo lo que sé ahora, agradezco tu comportamiento hacia mí. Pudiste callar y desahogarte moliéndome a golpes... yo no habría sabido nada y te habrías quedado bien a gusto. En cambio, decidiste hacer lo correcto y te portaste bien conmigo. Eso dice mucho sobre ti como Amo. Gracias.

—¿Ves? Esto me gusta más. De nada, un placer. A ver... —se quedó mirándola unos segundos, pensativo—. Cuéntame más de ti. Me dijiste esta mañana que eras carpintero.

—Car-pin-te-ra —matizó Laura señalándolo con el dedo índice—. Si, yo hice los muebles que viste en la mazmorra de la Protectora. Trabajo en un taller y hacemos encargos para particulares y, de vez en cuando, nos sale algún proyecto para una compañía de teatro. Precisamente venía de entregar un bastidor en el teatro de la Zarzuela cuando tuve el... encuentro contigo.

—Buah, y encima manitas... Eres un chollo, ¿ves cómo he elegido bien? Así que, en lugar de tener una perra que me haga las tareas de la casa, voy a tener una perra encargada del mantenimiento de la casa y el sótano de juegos —José Ángel volvió a sonreír sonoramente—. Estoy deseando que seas mía. Vas a ser muy feliz en mi casa, soy un vago con las cosas de bricolaje. Yo soy más de diseñar, de hacer tratos, de reuniones y proyectos. Trabajo en una agencia creativa de branding arquitectónico. Digamos que funcionamos como un estudio de arquitectura, aunque en un nivel más creativo, con los objetos del edificio, marca de empresa y de imagen corporativa: cartelería interior, señalizaciones, etc.

—Suenan muy interesantes, me gusta la gente creativa. Disfrutaré si compartes conmigo tu trabajo, podemos tener buenas conversaciones. Por cierto, has hablado de tu casa... ¿cómo tienes pensado que te sirva? No quisiera perder mi trabajo.

—Ni yo que lo hagas. La verdad, aún no sé cómo. Supongo que comenzaremos instalándote los fines de semana. Ya he hablado con Ama Lucía y me ha explicado el procedimiento durante el primer año, lo del seguimiento y asistencia en la protectora, las sesiones obligatorias en la mazmorra como parte de tu evolución bajo mi pertenencia. Aún tenemos que redactar el contrato, pero tal y como le comenté a ella, no busco ni un 24/7 ni una esclavitud, al menos no

contigo. Quiero a alguien con quien desahogar mi deseo de dolor y que me haga salir mi yo más duro y dominante.

—Si tan claro lo tienes... espero estar a la altura. Por lo que parece, esta será la última ocasión que tengamos de estar de igual a igual, así que... —Laura le guiña un ojo, coqueta— me voy a permitir el lujo de invitarte.

José Ángel ríe abiertamente y acepta. *Así que esto es una zorda... va a ser divertido.*

Laura está como loca por que pase la noche, apenas unas horas la separaban de la firma de su contrato oficial y su primer fin de semana. Está un buen rato pensando dónde lo colgaría, el apartamento era pequeño... pero bien merecía la pena encontrar un hueco en la estancia, lo enmarcaría y lo iluminaría. Bien visible. Era todo un acontecimiento en su vida, después de tanto tiempo iba a tener Amo. *Cómo ha llovido, hay que ver.*

Nunca llegó a disfrutar del BDSM abiertamente. Como muchas chicas de su generación, siguió la senda vainilla clásica: novio, marido, amantes y divorcio. Siempre con la sensación de no estar en su lugar, de sentirse la rara a la que el sexo no satisface, aunque sin llegar a saber del todo qué era lo que realmente buscaba. Laura siempre fue una mujer independiente, autodidacta, no era amiga de pedir ayuda y pocas veces dependía de nadie para hacer nada.

Esto no supuso ningún problema en su relación con su marido, otro ser independiente como ella. Sexo esporádico de metesaca convencional una vez en semana y vidas separadas en los que ambos se sentían cómodos.

Las relaciones sadomasoquistas surgieron en sus últimos años de matrimonio. Teniendo un marido le era más práctico tener relaciones esporádicas, en las que intentaba liberar sus fantasías de sumisión y violencia, aunque sin mucho éxito. Debido a su incapacidad de ceder el control, al final siempre acababa ordenando a sus amantes cómo forzarla o de qué manera, en qué orden... lo que al final ni satisfacía a una ni a otros. Era más un “yo te digo cómo me tienes que obligar a tratarte”, un auténtico desastre.

El punto de inflexión lo provocó el suicidio de Alfonso. Un intento fallido de relación D/s extramatrimonial en la que el amor se metió de por medio y llevó a perder completamente el control a ambos. Cuando el amor hacia otra persona te lleva a ir en contra de tus propios pilares morales, al final acabas entrando en un continuo conflicto contigo mismo, lo que en una mente ya débil de por sí provocaría un cúmulo de pensamientos autodestructivos que conducirían a la muerte... eso fue lo que le ocurrió a Alfonso. Para él, agredir a otra persona le provocaba un dolor interno terrible, pero su amor por Laura era tan grande que cedía en ser violento para ella, lo que tras cada encuentro se convertía en una borrachera hasta perder el conocimiento.

Finalmente, tras un año mal llevando esta situación, Laura decidió romper con él, algo que terminó quebrando el corazón de su amante y acabó lanzándose borracho con el coche a toda velocidad por el mirador de Navacerrada, culpándola a ella de su desgracia. Solo quedó de él un mensaje en el móvil, que rezaba lo siguiente:

“Sé feliz como quieras... Tu marido tiene más cuernos que la ganadería de Salamanca. Aclara tu vida si puedes, ya terminaste con la mía”

Así acabó Laura, divorciada, rodando de psicólogo en psicólogo, cargando con una culpa que no le correspondía... hasta

que dio por casualidad con Ama Lucía y Almudena, acabando así en la Protectora de mascotas.

El adiestramiento fue duro. Todo iba encaminado a aprender a confiar y a ceder el control, lo que en un principio le provocaba una ansiedad enorme. Ama Lucía era excepcionalmente buena en el control mental y, poco a poco, fue inculcando en el alma de Laura el placer del no-control, del no-saber, no-conocer lo que hay más allá de la puerta y encontrar satisfactorio obedecer ciegamente.

Además, gracias a las sesiones con Ama Lucía, consiguió transformar esa ansiedad y esa culpa que la comprimían en dolor físico, una especie de “sadoterapia” en la que todas esas sensaciones internas eran exteriorizadas. El dolor la hacía gritar, llorar, expulsar toda la tensión, consiguiendo una catarsis brutal en la que el alma y el cuerpo de aquella sumisa potencial lograron encontrarse. Fue ahí donde Laura descubrió su identidad zorda.

De esa forma, una vez que se sintió definida todo se volvió más fácil. Parece mentira como algo tan sencillo como ser etiquetado dentro de un núcleo la hacía sentir normal, que encajaba en un hueco del mundo, aunque eso conllevase un trabajo extra a la hora de encontrar el amo adecuado. Eso acarreaba otra clase de problemas, aquellos relacionados con las devoluciones por falta de cuidados.

Pero todo eso quedaba ya en el pasado, mañana firmaría su contrato.

Laura no podría ser más feliz.

CERTIFICADO DE ADOPCIÓN

Por la presente, el abajo firmante, Don José Ángel Suárez, con DNI 52678726-M, consiente en adoptar como mascota a la referencia 2364, con DNI 673390466-L, aceptándola como propiedad y comprometiéndose a:

Velar por la seguridad de su mascota, ser fiel a sus compromisos como propietario y no faltar en ninguna de sus obligaciones, haciéndose cargo de la manutención y alimentación.

Se encargará, como legítimo propietario, de organizar su vida, costumbres y quehaceres cotidianos, respetando el actual entorno laboral en que se encuentre su mascota.

Quedan prohibidas las mutilaciones, las marcas permanentes en cara, brazos o piernas sin el consentimiento expreso por escrito de la mascota, así como los castigos de abandono, retirada de la alimentación básica o uso de ácidos o cualquier elemento corrosivo.

El propietario se compromete a velar por el estado mental y físico de su mascota, respetando sus citas médicas y psicólogos (si se diera el caso)

Ambos se comprometen a asistir al menos una vez cada mes durante el primer año a tener una sesión de adiestramiento en las dependencias del centro, donde se podrá constatar que la mascota está siendo cuidada como se merece.

A este documento se adjuntan los informes médicos de ambos, confirmando su negativa en enfermedades de transmisión sexual o cualquier daño incompatible con las prácticas sadomasoquistas. También se adjuntará el contrato de sumisión interno de ambos.

Madrid a viernes, 11 de mayo de 2018

CONTRATO DE SUMISIÓN

1.- La sumisa 2364, en pleno uso de sus facultades, acepta voluntariamente someterse a la voluntad del Amo Kayser, perdiendo el derecho sobre su cuerpo, así como al uso que hace de él, a partir de la firma de este contrato, siendo el Amo quien organizará la vida de su nueva propiedad conforme le sea conveniente.

El Amo Kayser acepta a 2364 como sumisa en propiedad y velará por su integridad sin perjuicio físico o psicológico, administrará el placer de su sumisa a su criterio y se preocupará porque tanto sus órdenes como los castigos se cumplan. Podría disponer de esta voluntad y tratarla como estime conveniente para su entero disfrute y placer, así mismo la sumisa antepone la complacencia del Amo a cualquier decisión que tome.

El Amo es considerado, a partir de la firma de este contrato, la única prioridad en la vida de la sumisa.

2.- 2364 acepta obedecer y someterse al Amo siempre, cuidando de cumplir con los deseos de este con diligencia, sin quejas ni reproches, y siempre dirigiéndose a él con un trato cordial y de respeto. No hacerlo se considerará una falta muy grave, así como el olvido de las órdenes o la pereza a la hora de cumplirlas.

3.- El Amo Kayser será quien decida los premios y administre los castigos según su criterio, siendo consecuente con el nivel de dolor de su sumisa y siendo el castigo correspondiente a la falta, manteniendo siempre la seguridad y salud de su sumisa.

4.- Las dos partes acuerdan que la palabra de seguridad sea ROJO, y con la sola mención de esta, quede anulada la acción establecida automáticamente. En el caso de los castigos, el Amo

determinará si la palabra de seguridad se tiene en cuenta o no (en este caso, prevalece el artículo 3)

El Amo se compromete a no castigar a su sumisa por el uso de la palabra de seguridad.

5.- La sumisa 2364 se compromete a no mentir, no ocultar información y no manipular al Amo para su propio beneficio y contestará a todas las preguntas que se le hagan con sinceridad y respeto. Podrá exponer sus deseos y fantasías a consideración del Amo, así como disponer de libertad, siempre que el Amo lo estime oportuno, para expresar su descontento o disgusto si se diera el caso.

6.- La sumisa 2364 cambiará su aspecto siempre que lo requiera el Amo, tanto físico como código de vestimenta o color de cabello. Si los cambios suponen una exposición pública, el Amo tendrá en consideración la opinión de su sumisa.

7.- El Amo se compromete a tener en consideración las emociones de su sumisa a la hora de tener otras amantes u otras sumisas. En el caso de que el Amo decida compartir sumisa, 2364 se compromete a ser correcta en el trato y no buscará enfrentamiento ni tensión. Hacerlo se consideraría una incomodidad para el Amo y, por tanto, una falta muy grave.

8.- El Amo posee el derecho de determinar cuándo otros pueden hacer uso de su sumisa y en qué forma ha de ser usada. El Amo tratará este tema previamente con ella si lo estima oportuno. 2364, como norma general, no tendrá derecho de elección.

9.- La sumisa 2364 no usará ropa interior excepto cuando le sea permitido, mantendrá siempre una higiene personal óptima, depilación genital incluida. Llevará pintadas las uñas de manos y pies. Del mismo modo, Amo Kayser determinará que prendas llevará

en cada momento. No cumplir se considerará falta y el Amo impondrá el castigo pertinente.

10.- La sumisa 2364 deberá pedir permiso para salir de cualquier estancia cuando el Amo esté presente. Del mismo modo, el lugar que deberá ocupar, siempre que esté el Amo presente, será el suelo, a sus pies, salvo que él determine lo contrario.

11.- La sumisa 2364 no pondrá en riesgo su seguridad, tanto en el trabajo como en sus funciones como sumisa. No cumplir las normas de seguridad supondrá falta grave y será castigada por ello.

12.- La duración de este contrato será de UN AÑO desde la fecha de la firma, pudiendo renovarse llegado el momento si ambas partes lo consideran oportuno.

13.- Las dos partes acuerdan rescindir este contrato cuando estimen conveniente. Este contrato no puede ser alterado a menos que las dos partes estén de acuerdo.

Firman las dos partes, a 11 de mayo de 2018

Amo Kayser toma las riendas de la relación en el preciso instante en que firman en el despacho de Ama Lucía, quien hace las veces de testigo y padrino en esta clase de compromisos. Apenas plantaron la rúbrica, Ama Lucía pasa la correa de la zorda a José Ángel, quien de un tirón seco la hace caer al suelo.

—Este es tu sitio, puta. No lo olvides.

—No lo olvidaré, Amo Kayser.

José Ángel agradece enormemente la profesionalidad y el buen trabajo que ha hecho la Protectora y, tras abonar la cantidad requerida y despedirse de Ama Lucía, excusando que tenía mucho que hacer ese día, mete a su nueva mascota en el maletero del coche junto con su equipaje y se marcha.

Capítulo 4

La luz del sol la ciega, no sabe el tiempo que ha quedado encerrada en aquel lugar. Agradece que el Audi tuviese un amplio maletero, ella no era precisamente pequeña y tenía que compartir espacio con su maletita de finde. *Menos mal, habría muerto si hubiera cogido la grande.* Recuerda vagamente los movimientos del coche, pero en cuanto calculó que habría pasado una hora o más desistió de memorizar. Curvas, rotondas, cortos trayectos en línea recta, frenadas, más curvas... Al final acabó perdiendo también la noción del tiempo.

Pararon cerca de seis veces, cada una de las cuales duró períodos distintos de tiempo, en una de ellas hasta se quedó dormida. Amo Kayser solo abrió la puerta del maletero dos veces: una rápida para lanzarle una bolsa de papel con restos de comida, costillas y patatas frías, y una botella de agua, acompañados de la orden de comer; y la otra para salir a mear a la cuneta. Laura no tenía muchas ganas, pero se forzó a hacerlo por no empezar con mal pie desobedeciendo al Amo. Distinguió un hito kilométrico en la carretera. No estaban muy lejos de Madrid, una carretera secundaria en dios sabe dónde... a la altura del kilómetro 21.

Al fin, tras lo que le parecieron mil horas, llegan al chalé.

En cuanto entran por la puerta, José Ángel señala con un chasquido de dedos el suelo frente a él. La zorda entiende que es una orden para ella y se pone de rodillas junto a su maleta.

José Ángel la lleva de la correa junto con la maletita escaleras abajo y acceden a un pequeño cuarto de servicio lleno de trastos,

productos de limpieza, herramientas viejas, herrajes de jardinería, una pequeña ducha, un váter y un lavabo. No hizo falta encender la luz, una ventanita deja entrar los rayos de la tarde, tiñendo de naranja los azulejos de la pared. Deja la maleta en el suelo y se dirige a ella.

—Desnúdate, aséate bien y me esperas con el collar y la correa en el recibidor. Quiero enseñarte la casa.

Tras decir eso, se marcha escaleras arriba.

En cuanto Laura se queda sola, se mira al espejo y su cara de cansancio junto con el mogollón de sensaciones vividas hasta ese momento la satura, hasta tal punto que rompe a llorar. Por un lado, tenía toda la tensión acumulada de las horas encerrada en aquel maletero. No sabe dónde la han traído ni qué sería de ella a partir de ahora. Está asustada, aunque le tranquilizaba saber que Ama Lucía estaría pendiente de ella. Este último pensamiento la tranquiliza un poco. Además, en el fondo tampoco era para tanto. Era solo un fin de semana y el viernes ya estaba terminando... ¡lo había pasado en un maletero!

Sonríe por lo surrealista de toda aquella situación. En el fondo necesitaba vivir experiencias y aquella había sido, con creces, la más extraña de todas en varios años. Eso la hace animarse de nuevo, lo importante es que ella fuese una buena sumisa y esa iba a ser, por encima de todo, su prioridad. En el fondo, Laura sabe que eso era lo que necesitaba.

Quiero más...

Abre el grifo de la ducha y a los pocos segundos respira aliviada al comprobar que sale agua caliente. No encuentra jabón para asearse, así que opta por usar un poco de jabón de lavadora que encuentra en una caja con asa. No ve ninguna toalla, por suerte tiene el secador en la maleta y un par de trapos que ve en una cesta

le servirán de momento. Lo importante era cumplir la orden, el cómo llegar a ella... ya se vería.

Bienvenida a tu nueva vida, zorda.

José Ángel se detiene un momento en mitad de la escalera, la imagen que ve bien merecía unos segundos de contemplación. En la alfombra del recibidor, su zorda desnuda espera en la postura de ofrenda con el mango de la correa entre las manos, esperando.

Qué gran sensación de poder tan extraordinaria, jamás pensó que una mujer como aquella podría estar en su casa en aquel momento. Por supuesto, no se parece físicamente a ninguna de las sumisas con las que había estado anteriormente: era grande, un poquito más alta que él, corpulenta, entrada en carnes como diría su abuela, mucho más mayor. Él apenas le llevaba tres años... sin embargo, algo morbosos y atractivo rezumaba aquel ser. Una mirada... una energía intensa, que pronto dejará salir a golpe de vara.

Al acercarse a ella, José Ángel queda desconcertado.

—¿A qué hueles?

—A ropa limpia, señor. No encontré jabón y usé el de la lavadora —respondió Laura sonriendo con timidez.

José Ángel suelta una carcajada.

—Vaya, ¡eres una perra con recursos! Me gusta, ya compraremos uno con mejor aroma. Ven, ponte de pie y sígueme.

Laura se deja llevar de la correa por su Amo. Comparado con su apartamento, aquello parecía un palacio. Habitación por habitación intenta traducir, en los elementos decorativos que ve, la personalidad de su nuevo amo, Kayser.

La casa era grande, demasiado para una sola persona. Pocas estancias, pero bastante amplias. Laura se imaginaba aquel rústico salón lleno de gente, todos yendo y viniendo al jardín, tomando copas y disfrutando de la barbacoa y la piscina en las noches de verano. Le llamó enormemente la atención la mesa de comedor, una imponente pieza maciza de madera hacía de separación visual entre el salón y la cocina. Acaricia su superficie y mira al amo con los ojos muy abiertos y una amplia sonrisa.

—Sabía que te gustaría.

Laura también se fija, aunque eso no lo exterioriza, en los grandes ganchos que lucen algunas vigas. Con el tiempo iría averiguando su uso, eso seguro. Uno de ellos le provocó un excitante nudo en el estómago, demasiado cerca de la chimenea.

En una esquinita, entre los muebles de la cocina y el aparador, advierte una robusta jaula de hierro con un comedero y un cuenco de agua. Se le acelera el corazón y se pone roja como un tomate. José Ángel lo advierte y vuelve a reírse.

—Pasarás muchas horas ahí.

—Gracias, Amo. Me gusta mucho —y no miente. La sola idea de tener su rinconcito en aquella casa la hacía feliz como una perra con dos colas.

—Ven, vamos arriba.

Pocas novedades en las habitaciones de arriba: el gran dormitorio principal (Laura calcula que sería como dos veces su apartamento, le sobraba sitio hasta para echar carreras de relevos), vestidor, baño espacioso, terraza abuhardillada y el cuarto de invitados. Su Amo es un soltero de oro... Seguro que se pegan por él las mujeres, otra cosa que no se le había ocurrido hasta ahora: las mujeres que entrarían y saldrían de aquella casa.

—Bien, ¿qué te parece? —dice José Ángel, interrumpiendo sus pensamientos—. ¿Te gusta?

—Claro, Amo. Es brutal. Yo adoro la madera y esta casa huele a madera nada más entrar. Seré muy feliz si me permites trabajar aquí.

—Estaba pensando una cosa... ya es hora de cenar y yo he tenido un día duro. No he parado entre reuniones y trabajo. Pedimos algo de cena y te cuento mis planes. Baja al salón y espérame.

Son las cinco de la mañana. Joder, me duele hasta el último centímetro de mí cuerpo. Hacía mucho que no dormía en el suelo y la jaula no me da para estirarme del todo. Cómo se notan los años... al menos Amo tuvo el detalle de pasarme una manta y menos mal que la jaula es de las buenas y está acolchada. No quiero ni pensar la tortura de las jaulas con el suelo de reja sin acolchar.

Amo me mandó pronto a dormir porque mañana el día iba a ser... ¿cómo dijo? ¿interesante? Él se quedó viendo la tele en el salón, así que he dormido poco, pero he tenido mucho tiempo para dejarme llevar por mis pensamientos...

Dejarse llevar... madre mía, si me hubiese visto por un agujerito hace unos años jamás me hubiese creído capaz de llegar tan lejos. Siento como si flotase en un mar de posibilidades. Ahora mismo tengo abiertos todos los caminos, absolutamente todos son posibles, pero solo tomaré uno y será el que Amo quiera que tome.

Estoy deseando comenzar mi rutina, tuve que escribirla para no olvidar nada. Amo espera que acabe haciéndolo

de memoria cada día. Cuando suene el despertador, claro, mientras puedo seguir sintiendo y respirando.

No debo olvidar que estoy aquí por elección propia, por necesidad y por placer. Ahora mi mayor placer es servir al Amo.

Madrid, 11 de mayo de 2018

Laura abre su jaula en cuanto apaga el despertador del móvil. Prepara una cafetera y, mientras se hace el café, sale al jardín a hacer sus necesidades en el cubo que tiene habilitado para ello.

En el cuartito de la limpieza vacía el cubo en el váter, lo friega y se asea. Esta vez sí tiene una buena toalla, aunque el jabón sigue siendo “Ariel polvo floral con toque de Downy” *¿Qué coño será el downy?*

Una vez seca y oliendo a ropa limpia, prepara el desayuno mientras ella se toma su café, sin azúcar y sin leche. No tiene permitido aderezar la comida sin permiso: si necesita un café por las mañanas, que sea café solo, y si tiene hambre, un pellizco de pan.

Laura sube la bandeja del desayuno. Entra con sigilo empujando la puerta con la cadera. Una vez dentro observa a su alrededor dónde colocarla... *Vaya, tenía que haberlo pensado antes.* Decide dejarla sobre la descalzadora, a los pies de la cama.

Se queda de rodillas en el suelo, al lado de la mesilla, esperando.

José Ángel abre un ojo, la mira y sonríe.

—Mmmm... Buenos días, puta.

—Shhh, duerme un ratito más, Amo. Aún no son las diez.

—Nah, ya me he despertado. Hiciste demasiado ruido. Habrá castigo, apúntalo.

—Sí, Amo... —*Mieeeeerda*

—Venga, ¿no tienes nada que hacer?

—Sí, Amo —dice Laura sonriendo maliciosa.

Se desliza bajo la sábana del amo y comienza a comerle la polla despacio, aún la tiene dormida y no es bueno excitarse demasiado rápido por las mañanas. José Ángel se va desperezando...

—Que rico, puta... que buena compra hice contigo... Recuérdame que hoy te expliqué la rutina del despertador. Esto me está gustando demasiado y quiero mejorarlo.

—Sí, Amo —Laura se saca la polla de la boca para contestar al amo bajo las sábanas.

Vuelve a su quehacer matutino, esta vez abriendo bien, ya se está poniendo dura y pronto descargará.

—¡Más rápido, puta...!

Laura acelera el ritmo. De pronto, nota una fuerte presión en su cabeza a través de las sábanas, que le hace clavarse la polla al fondo de la garganta. Se le corta la respiración unos segundos, mientras José Ángel se corre dentro. Una vez vacío el depósito de semen, él se relaja y Laura vuelve a respirar.

—Que rico puta... Apunta: adiestramiento de apnea.

—Sí, Amo.

Laura cuenta mentalmente las tres notas: *Castigo, apnea...y ... ah. Rutina de despertador*. Sale de debajo de las sábanas, se arregla el pelo (*Pedir permiso al amo para recogerme una coleta para este menester. Castigo, apnea, despertador, pelo*) y, de rodillas de nuevo y con su mejor sonrisa, le da los buenos días. Le lleva la bandeja del

desayuno y el móvil, y se mantiene a su lado de rodillas mientras él desayuna y comprueba mails y redes sociales.

—Apunta, mañana vas a hacer esta rutina con el plug azul puesto.

—Sí, Amo —*Plug, castigo, apnea, despertador, pelo.*

José Ángel le pone en la boca una tostada y Laura la pilla con los dientes.

—Que no se caiga, así no te aburres.

—fg gfg... (lo que se traduciría como “sí, Amo”, pero con la tostada en la boca)

Laura mantiene la tostada sujeta sin problemas... hasta que comienza a babear. Nota que el cachito de pan comienza a empaparse con su saliva y, poco a poco, va perdiendo la consistencia... a Laura le entra el pánico, sabe que se acabará cayendo tarde o temprano.

José Ángel mira de reojo a su puta y sonríe, se lo está pasando bomba... *Vaya sábado más interesante, y ni siquiera son las once.* Sigue consultando sus redes y su desayuno mientras espera con una paciencia infinita a que caiga la tostada al suelo. Solo por ver su carita de desesperación al no poder evitar lo inevitable, está mereciendo la pena el desayuno.

Finalmente, la naturaleza hace su magia. La humedad, la gravedad, las moléculas del pan de molde... Laura cierra los ojos esperando lo inevitable. Ambos saben lo que va a ocurrir, la diferencia es que uno está excitándose de ver sufrir a su puta y la otra se está excitando de puro sufrimiento.

Sin que ninguno de los dos pueda evitarlo, cae.

—Joder... Lo Siento, Amo —se disculpa Laura mientras recoge la tostada del suelo.

—No pasa nada. Ve a la cocina y me traes dos tostadas más, los posos del café en un cuenco y la pala de madera grande del cajón.

Laura obedece entre un mar de dudas... su cabeza, como buena masoquista, ya imagina los peores sufrimientos del mundo. Mientras coloca los posos del café y hace las tostadas, nota una gran humedad entre sus muslos. ¡Se está mojando como una perra!

—Seré puta...

Va instintivamente a secarse con un paño de papel pero, justo cuando tiene el cachito de papel entre las piernas, se lo piensa mejor. Igual es una mala idea ocultarle al amo algo tan importante, así que decide dejar las cosas como estaban... no fuera a ser que encima le cayese otro castigo.

En el cajón hay, entre mil cachivaches de cocina, varias palas de madera. Pone todas encima del mueble y elige la más grande, una plana ovalada de cabeza gruesa y mango largo. «Esto va a doler», piensa. Se golpea con fuerza la palma de la mano y lo corrobora. *Vamos allá. Para eso estoy aquí, para disfrutar del dolor.* Sonríe maliciosamente para sus adentros y sube feliz con todos los recados.

José Ángel ya se ha levantado y se está dando una ducha. Laura retira la bandeja y la deja en la descalzadora de nuevo, añadiendo las dos tostadas y el cuenco con los posos del café. Como por inercia y sin pensar, estira las sábanas y compone la cama con el cobertor y los cojines.

—Ah, ya estás aquí —la sorprende la voz de su amo.

José Ángel sin decir nada, deshace de nuevo la cama y se va a la bandeja del desayuno, coge una tostada y se vuelve a sentar sobre las sábanas con las piernas cruzadas.

—Recuérdame todo lo que te he pedido hoy.

Plug, castigo, apnea, despertador, pelo.

—Mañana hacer la rutina con el plug azul, el castigo por hacer ruido, adiestramiento de apnea y la nueva rutina de despertador.

—Bien, buena chica. Comenzaremos con el castigo por haberme despertado mientras hacías el desayuno. Durante este fin de semana, cada vez que hagas café te comerás además los posos, y vas a empezar ahora.

Laura traga saliva... *esto va a ser duro*. Va a por el cuenco del café, aprovechando para acumular saliva en su boca, imaginando que así será más fácil de tragar. Le viene a la cabeza los juegos de críos, cuando apostaban a tragar una cucharada de cola cao en polvo y acababan tosiendo como locos. Se coloca en el suelo de rodillas junto a la mesita de noche, con la mirada baja. Con tres dedos coge una pequeña cantidad de café y se los lleva a la boca. Su cara de repulsa es visible, intenta salivar más para facilitar poder tragarse aquello. Muere del asco cuando nota los granos bajando por su garganta.

Coge el segundo puñadito...

—¡Por dios...! —José Ángel pierde la paciencia—. ¿Vas a estar toda la mañana? Coge más o te lo hago tragar yo.

Laura abre la boca y se vacía el contenido del cuenco dentro. En cuanto cierra e intenta masticar, se da cuenta de la dimensión del tormento y comienza a llorar. Es tan desagradable... y peor aún. ¡Va a tener que hacer esto cada vez que haga café!

—¡Traga, puta!

Laura hace verdaderos esfuerzos por obedecer. Tiene ganas de toser y se reprime, ni se imagina que pasaría si tose y esparce el café por la cama. José Ángel comienza a impacientarse y sale a toda prisa de la habitación. Laura llora de verdad, está muy asustada, no sabe a dónde ha ido. Intenta masticar, salivar, tragar. Le viene una arcada....
¡Nooo! Sigue tragando, puta.

Aun sin haber conseguido tragar todo el café, ve llegar a su amo dando grandes zancadas con una barra de separación de tobillos,

una cadena y el vergajo. Se asusta de verdad y coloca las manos extendidas pidiendo clemencia.

—Vas a tragar por las buenas o por las malas —lanza la cadena y la barra sobre la cama y se dirige a ella con el vergajo. La agarra violentamente del pelo y echa su cabeza hacia atrás. Le pone el vergajo sobre la cara—. ¿Tragas?

Laura comienza a temblar. Asiente y se traga lo que queda en la boca. Se le atora a medio camino por la sequedad del polvo y le duele, pero al menos la boca se le va liberando. La abre y saca la lengua.

—No te enfades, Amo. Por favor... —intenta decir, pero a duras penas sale un hilito de voz. No puede parar de llorar.

—No he sido yo quien ha provocado esto.

—No baja... —Laura se aprieta el pecho como queriendo empujar la bola de posos.

José Ángel, sin soltarla del pelo, la fuerza a pegar la cabeza a la moqueta.

—Levanta el culo.

Laura obedece. Comienza a temblar.

José Ángel descarga cinco vergajazos con fuerza sobre su culo.

—Tráete la cuchara de madera, te tumbas boca arriba en la cama y abres las piernas.

Con el culo ardiendo y escocido de los azotes, Laura consigue levantarse y obedece la orden, ya ni se acuerda del café. Cuando entrega la cuchara, el amo la mira reticente.

—¿Seguro que es ésta la más grande?

—Amo... es la más grande que... vi en el cajón —balbucea Laura asustada.

—Está bien. Aún no te conoces la casa y no tienes por qué saberlo.

Ella se tumba en la cama y abre las piernas. José Ángel se sorprende.

—Hija de puta, ¡estás chorreando! Al final va a ser que te gusta este castigo. Tendré que ser más duro por lo que veo —le mete el mango de la cuchara en el coño, que entra con una suavidad pasmosa por la lubricación de la perra—. ¿Te gusta, puta? Pues sí que estás salida, a ver que tenemos por aquí...

Mete y saca el mango varias veces del coño y con toda esa baba lubrica la apertura del culo. Introduce el mango en el culo de la zorda, lo que le provoca un placer inesperado que le hace arquear la espalda y gemir.

—Vaya, vaya con la puta... Te gusta tener el culo lleno, ¿eh? Apúntalo, puta, rellenate el culo.

José Ángel comienza a menear violentamente la cuchara dentro de la zorda, mientras con la mano le pellizca duramente los labios mayores y los retuerce con saña. Laura entre grandes gemidos y con la cabeza a punto de explotarle del éxtasis, hace el esfuerzo y gime sin querer en voz alta.

—Plug... aaah... ca...stigo... apnea... despert...ador, pe.. lo... relleno....

—¿Perdona? ¿Qué dices?

Laura repite las palabras memorizadas más alto, aunque sigue gimiendo. José Ángel se parte de la risa.

—¡No te oigo!

—¡Plug, castigo, apnea, despertador, pelo, relleno! —responde Laura extasiada con muestras claras de sufrimiento en su tono—. ¡Amo... por favor, permiso para correrme!

—¡No!

Laura rompe a llorar de nuevo...

—¡Amo! Por favor....

—¡Cómo te corras, te meto la cuchara hecha astillas!

Laura aguantó así un par de minutos más. Finalmente, José Ángel saca la cuchara del culo de la zorda, dejándola respirar.

—A ver, veamos... ¿A qué hora me he despertado...? — pregunta José Ángel

—A las 9 y media, señor —contesta Laura resollando, recuperando el aliento.

—¿Y a qué hora me tenía que haber despertado?

—A las diez, señor.

—Eso suman treinta minutos, así que serán treinta azotes. Contarás uno a uno. Si te equivocas, comenzaré de nuevo. Manos a la nuca, abre las piernas.

Laura obedece. José Ángel le asesta un primer golpe entre las piernas. Ella suelta un gemido.

—¿Nivel?

—Siete, Amo Kayser.

Vuelve a golpear con más fuerza. Laura ahoga un grito y cierra los codos sobre su cabeza. Vuelve a colocarse en la posición.

—Nueve, Amo Kayser.

—Abre bien.

José Ángel prueba a golpear esta vez como si fuera un tirachinas: con una mano sujeta fuerte el mango, con la otra tira hacia atrás la cabeza de la cuchara y, cuando más tensión tiene entre las dos manos, suelta la mano que agarra la cabeza impactando ésta con mucha fuerza directamente en el clítoris de Laura, que de forma instintiva se encoje y suelta un grito.

—¿Nivel?

—¡Diez, Amo Kayser!

—Ahora sí, comienza el castigo. Abre las piernas, puta. No me obligues a atarte.

José Ángel va uno a uno asestando cada golpe por todo el sexo de su perra, haciendo que ésta se retuerza y gruña tras cada impacto. Cada vez tarda más en volver a colocarse en la postura requerida, lo que hace que el amo se impacienta y decida inmovilizarla. Coloca la barra de sujeción de acero entre las dos rodillas, le engancha ésta a la argolla del collar con la cadena y un mosquetón, de forma que Laura parezca una rana, con las piernas casi pegadas a los hombros y dejando la zona del sexo completamente libre. Laura comienza a temblar.

Continúa con el castigo. *¡Plas!* Doce... *¡Plas!* Trece... la piel comienza a tomar un tono rojizo oscuro, sus labios mayores se inflan con el castigo. José Ángel está visiblemente excitado viendo sufrir de aquella manera a su perra... quien aúlla y llora, suplica el perdón.

—¡Joder, con estos alaridos me vas a dejar sordo!

Coge el pico de la sábana y a puñados le va metiendo la tela en la boca hasta que no le cabe dentro ni un hilo. Continúa con los golpes. Veinticinco... *¡Plas!* Veintiséis *¡Plas!* Le gusta el sonido de la pala golpeando el coño, suena como una palmada hueca. Veintiocho... *¡¡Plas!!* Mira la expresión de dolor de su puta, se le van a salir los ojos...

—Agárrate bien. El último no lo vas a olvidar en tu vida —sin darle tiempo a respirar hondo, agarra el vergajo que tiene al lado y le asesta un golpe seco en todo el clítoris. El alarido de la zorda no se hizo esperar. De la fuerza arranca la argolla del collar de cuero, haciendo que salieran disparadas las piernas con la barra

de sujeción. Fue todo tan rápido que casi se lleva la mandíbula del amo por medio con uno de los talones.

—Espero que hayas aprendido a no despertarme antes de tiempo.

Laura, aún con la boca llena de tela y con la barra entre las rodillas, se coloca de lado en la cama con las dos manos entre las piernas, intentando calmar el escozor tan inmenso que sentía. Termina de soltar adrenalina a gritos, amortiguados por la sábana durante un par de minutos. Sin dejar de llorar, Laura se desata las correas de la barra de sujeción y se quita la sábana de la boca, que sale empapada de saliva y con granitos de polvo de café.

José Ángel chasquea los dedos y señala el suelo al lado de la cama.

Entre hipidos y sollozos y secándose la cara de mocos y lágrimas con el brazo, Laura obedece y se coloca lo más rápido que le permite su castigada entrepierna, que no es mucho. Al final, consigue ponerse de rodillas donde el amo le marca, ahuecando ligeramente los muslos para dejar que la zona respire.

—¿Qué has aprendido hoy, puta?

—Debo ser más silenciosa, Amo Kayser.

—Bien, princesa. No se te va a olvidar más, ¿verdad?

—No, Amo Kayser.

—A ver, más cosas de la lista. Recuérdamelo, puta.

Plug, castigo, apnea, despertador, pelo.

—Mañana hacer la rutina con el plug azul —Laura sorbe los mocos sonoramente, se seca bien la cara con las manos y se compone el pelo—, el adiestramiento de apnea y la rutina de despertador, Amo Kayser.

—Bien. Lávate bien la boca y la cara. No quiero verte con

los mocos pegados. Vamos con la rutina de despertador... Anímate, mujer, ¡si no ha sido para tanto!!

Para cuando quieren darse cuenta, ya son las dos de la tarde. José Ángel había quedado para comer con unos amigos, así que, por ser el primer día y sabiendo el dolor de su perra en la entrepierna le dio a elegir: descansar hasta que él volviera y comer algo de lo que había en el frigorífico sin aderezar, o acompañarlo a la comida en el maletero del coche y descansar ahí mientras él comía. Como había hecho el día anterior, le pasaría después las sobras si se daba el caso.

—Amo, si no te importa, preferiría quedarme y descansar.

—Claro, princesa —le acaricia la cabeza, le coge la barbilla para que le mire a los ojos y le hace un guiño cómplice—. Tus deseos son órdenes para mí.

Ella sonríe abiertamente. ¿Será de felicidad?

Quiero escribir el diario como parte de mi descanso. Olvidé preguntarle a Amo, pero creo que no me va a poner pegas considerando que estoy escribiendo dentro de la jaula. La verdad es que se me cierran un poco los ojos, ha sido una mañana agotadora. Aún me escuece y me duele mucho el coño, apenas puedo andar ni juntar las piernas... mear es un auténtico suplicio. He pedido quedarme en la jaula y no acompañarlo, habría sido demasiado duro el maletero de nuevo.

¿Sabes? He descubierto que Amo es más sádico de lo que imaginaba. Disfruta demasiado causándome dolor,

Lo he visto en sus ojos mientras me castigaba. He de ser extremadamente cauta y no hacerle enfadar o sufriré de verdad, aunque el ruido que hice hoy no fue a mala leche. Nunca fue mi intención despertarlo, así que imagino que, tarde o temprano, sufriré de verdad por volver a hacer algo mal sin querer.

Aparte del detalle del castigo, hoy Amo ha estado muy a gusto conmigo. Creo que le voy gustando. Ayer hablamos un poco mientras cenábamos y esta mañana me ha dado permiso para correrme un par de veces mientras practicábamos las rutinas del despertador. Me gusta mucho, hasta me ha permitido sugerir alguna idea...

Se me cierran los ojos... No sé qué va a ocurrir esta tarde pero, sea lo que sea, lo aceptaré de buen grado.

—Perdone, camarero. ¿Le importaría dejarme algo para ir metiendo las sobras para el perro?

—Por supuesto, señor.

José Ángel está encantado. Aquel era con diferencia el mejor asador de la zona y sin mucha parafernalia, cerca de casa y con un ambiente hogareño.

Los tres amigos de la universidad se volvían a juntar después de años de separación, trabajo, viajes, matrimonios, cambios de vida.

—Bueno, ¿entonces qué? ¿Qué tal la vida de “casado de nuevo”? —pregunta José Ángel a uno de sus amigos.

—Ahí estamos... —responde este—. Me pilla ya mayor, pero mi chica está con el puto reloj biológico...

—No jodas... —dice el otro—. A este paso vas a tener nietos en lugar de hijos.

Ríen abiertamente los tres.

—¿A quién se le ocurre juntarse con alguien veinte años más joven? ¡Te va a exprimir! —se ríe José Ángel.

—Buah, ya ves —responde el interpelado—. Aquí hay que cumplir como un semental, pero no veas lo que es ir a la playa y ver ese cuerpo escultural llamándote papito... Me corro solo de pensarlo.

—Ya te vale —se burla el otro.

—Mirad lo que me estoy tirando —les pasa el móvil con la imagen de una mujer espectacular en bikini y con el pelo lacio hasta la cintura, sonriendo coqueta a la cámara.

—Buah, chaval —dice el tercero—. Esa va a por tu pasta, ¡no me jodas!

El camarero trae un envase de plástico con tapa y una bolsita y los pone al lado de José Ángel.

—Aquí tiene, señor. Si necesita otro, avíseme.

—Gracias, ¿podría, ya que está, traernos otra botella de vino?

—Por supuesto, señor.

El camarero marcha a realizar el pedido. José Ángel abre el recipiente y va metiendo los huesos del plato.

—Si queréis ir metiendo aquí los restos, lo que no os vayáis a comer... Me vendrán bien.

—Claro, toma. ¿Te valen también las patatas? —preguntó su amigo—. No voy a comer más y se van a desperdiciar.

—¿Los huesos de pollo también te valen? —pregunta el tercero.

Los tres amigos acaban llenando el cacharrito con los restos, que José Ángel cierra y mete en la bolsa. Lo deja en el suelo.

—Buah, debe ser enorme —dice uno.

—¿El qué? —pregunta José Ángel.

—Tu perro.

—¡Ah! —José Ángel sonríe—. No es perro, es perra y si, es bastante grande.

—¿Mastín? ¿Gran Danés? —infiere su amigo.

—Sí, una mezcla extraña, pero es más estilo San Bernardo. Estoy enseñándola ahora a ser más silenciosa, se mueve como un caballo. De todas formas, la acabo de adoptar de una protectora, así que la pillé mayor ya... Va a ser más complicado adiestrarla.

—Bueno, en tu jardín al menos tendrá espacio para correr. Porque sigues en la misma casa, ¿no?

—Sí, ahí sigo. Está bastante aislada y ni molesto a los vecinos ni me molestan a mí. Es un lujo. Estoy pensando cómo llamarla, en la protectora tenía nada más un número de serie y estoy buscándole nombre.

—Buah, pues a mí no me preguntes —se desentendió su amigo—. Yo no salgo de Lassy o Rintintin...

—Los míos son Thor y Penca —responde el tercero—. Si te valen...

—No sé, ya veré. Dicen que los nombres salen solos, esperaré que salga.

—Si, ya saldrá. Por cierto, ¿tú sigues con... lo tuyo?

—¿Lo mío? — José Ángel mira a su amigo como intentando saber de qué habla.

—Si, coño, lo del... —baja la voz y acerca la cabeza al centro de la mesa—. El sado... eso que nos contabas de las chicas que se ponen berracas a leches...

—¡Ah, jaja! Sí, claro. Esto es como ser gay, una vez sales del armario ya no vuelves a entrar.

—Joder... —comenta el otro—. Yo a mi mujer no la saco del misionero. Intenté una vez atarla a la cama, para cambiar la rutina, ya sabes, lo que aconsejan los psicólogos a las parejas veteranas y esas cosas... y por poco soy yo el que acaba como un chorizo colgado del techo. Quitaa., quita. Tú tenías una esclava de esas, ¿no? La que nos contabas que quería probar de todo y se dejaba atar.... ¿Cómo se llamaba?

—Uf, espera que recuerde de aquella época... ¿Ingrid?

—No, hombre —lo corrige su amigo—, más adelante. La que nos contabas de los rituales y pollas de esas, que parecía que estabas en una secta.

—Ah, Lily —confirmó José Ángel—. No era esclava, ojalá. Fue al principio de mi “entrada oficial” como dominante. Buah, acabó fatal. Se me subió a la cabeza, me emocioné con los protocolos y al final no terminamos bien. Digamos que se me fue de las manos... No duramos mucho, errores de principiante. Lo malo fue la chica... no acabó bien por mi culpa. En fin, no quiero hablar de eso... Ahora he cambiado un montón, ya no me tomo en serio el “entorno protocolario”. Voy más a mi bola, a lo que me gusta a mí y, si os digo la verdad, me va mucho mejor.

—Pues mi hijo el mayor me tiene asustado —comenta el tercero—. Yo creo que le voy a mandar un día a tu casa a que le des una charla porque ve unos vídeos... que me asustan de verdad. Cómo ha cambiado el porno, macho. Yo que era de los que me la meneaba con el Benca de mi madre. Ahora tengo que andar con mil ojos con las novias que trae a casa, las controla hasta qué llevan puesto y con quien deben hablar. ¡Joder, con trece años!

—Madre mía, estamos volviéndonos locos —responde José Ángel—. ¿Más vino?

Un ruido despierta a Laura. Están trasteando en la cerradura de la puerta principal, pero no entra nadie.

José Ángel, tras varios intentos de atinar con la llave, entra a su casa visiblemente afectado por el alcohol. Lleva una bolsa de plástico en la mano. La mete como puede en el frigorífico y se gira para observar a su perra en la jaula. Sonríe cariñoso, ella le devuelve la sonrisa.

—Hola, princesa... Te traje la cena...

—Buenas tardes, Amo. Gracias.

—Me voy al sofá, estoy un poco... perjudicado —la mira con malicia.

—Sí Amo, ya lo veo.

—Voy a tumbarme un rato —chasquea los dedos y se da varias palmadas en el muslo—. Ven a hacerme compañía.

—Sí, Amo.

José Ángel se recuesta en el sofá. La sumisa sale de su jaula y va gateando adonde está él, se sienta en la alfombra pegada al sofá. Él la mira orgulloso y le acaricia el pelo.

—¿Sabes, puta? Tienes muuuucha suerte —declara José Ángel—. Estás conociendo la mejor versión de mí. Yo no he sido siempre tan majo...

—Supongo que todos cambiamos con los años, vamos aprendiendo de los errores —responde Laura—. Yo tampoco soy la misma.

—He sido una mala persona ¿sabes, puta? Pero también los sádicos aprendemos a ostias cuando nos equivocamos... por eso no quise tocarte el otro día. No está bien meter sentimientos en las sesiones, ¿lo entiendes? Estaba realmente enfadado contigo...

—Te agradezco que actuases así. En su momento no lo comprendí, pero fue una decisión muy sabia y digna de agradecer.

—Ven, puta, siéntate aquí —José Ángel da golpecitos en el sofá a su lado—. Te voy a contar una cosa.

Laura se sube al sofá y él se acurruca recostándose en sus tetas.

—¿Sabes? Adoro el tacto de una mujer desnuda.... Todas deberíais ir así siempre, el mundo iría mucho mejor —le acerca la mano al coño y la perra da un respingo de dolor. José Ángel se sonríe—. Este coño va a aprender a ser silencioso... ¿A que sí?

Laura sonríe.

—Sí, Amo.

—Oye, puta. ¿Tú qué piensas del protocolo?

—Conozco bien todas las pautas y ceremonias del BDSM. Me adaptaré a lo que tú me pidas.

—Bien... No, de momento no. Me gusta como estamos — José Ángel cierra los ojos y sonríe—. ¿Sabes, puta? Creo que vamos a llevarnos bien tú y yo... Te va la caña rota... como a mí. Mmmm, la caña... Se me ocurre algo para jugar... —empieza a hablar despacio y bajito—. No me despiertes, ¿eh?

José Ángel se acomoda entre las carnes desnudas de su perra. Ella aprovecha ese momento para buscar una postura cómoda que le permita aguantar el suficiente tiempo sin moverse. *No vayamos a cagarla... que ya tenemos un doloroso recordatorio.*

Madrid, abril de 2015

—¡Lily!

—¿Sí, mi señor?

—¡Al potro, ya! —ordenó a gritos José Ángel—. ¡Hoy rompo la pala en tu culo de puta desobediente!

—Sí, mi Señor...

La sumisa asustada se dirige a cumplir la orden, dispone el instrumento requerido y se desnuda. Se coloca sobre el potro.

—¿Qué te he dicho del protocolo?

¡Paam! Ni tiempo tuvo de respirar, con la misma inercia con la que levantó la pala la empotró contra el culo de la sumisa.

La sumisa comienza a llorar.

—No... no lo sé, mi Señor.

—Me dejaste en mal lugar delante de Amo Seuba... y eso no te lo voy a perdonar.

Paam Paam Paam, descarga con fuerza tres golpes seguidos que arrancan a la sumisa unos aullidos desgarradores. Empieza a entrar en pánico. Intenta taparse el culo con las manos en un fútil intento de sufrir menos, tiembla de pies a cabeza.

—Señor... No sé de qué me habla... —se excusó la sumisa—. Seguí todo lo que usted me ordenó. Creía que había cumplido bien con mi trabajo, mi Señor. Parecían contentos con esta puta, mi Señor.

—Te saltaste su lugar en la ceremonia de cesión —declaró José Ángel.

—Usted me dijo que primero me diera a los Amos del consejo y después a los veteranos, mi Señor.

José Ángel agarra a la sumisa por el cuello y la levanta hasta

que la tiene nariz con nariz. Tiene la cara congestionada por la falta de aire, le escupe y le dirige una mirada furiosa.

—Amo Seuba me dijo que te lo saltaste, que te ofreciste a todos menos a él y que tuvo que pedirte que fueras a él también — José Ángel la suelta.

Ella coge aire, intentando hablar.

—Amo... él... se adelantó, mi... Señor

—¿Estás cuestionando la palabra de un Amo? —preguntó José Ángel iracundo—. Jamás me habían avergonzado de esta manera, me he equivocado contigo. El consejo me ha reprobado por tu error, pero lo vas a pagar... ¡Ya te digo que lo pagarás!

La sumisa aprieta fuerte los puños y grita amargamente, suplicando su perdón.

Madrid, 11 de mayo de 2018

José Ángel se despierta sobresaltado, empapado en sudor. Laura lo mira preocupada.

—¿Te encuentras bien, Amo?

—Una pesadilla —de pronto, José Ángel se lleva la mano a la frente con una mueca de dolor—. Ostia, mi cabeza...

Se incorpora despacio y entorna los ojos, dolorido. Se compone la camisa bajo el pantalón mientras va tambaleándose a la cocina, donde se sirve un vaso de agua del grifo. Alcanza un paquete de aspirinas del cajón del botiquín y se traga una ayudado por el agua.

Laura aprovecha para ir moviendo despacio las articulaciones y el cuello para desentumecerlos. Le duele todo el cuerpo por la

postura, han sido un par de horas con su amo dormido encima y se le habían dormido las piernas. Va poquito a poco recuperando la movilidad en las articulaciones y, cuando se ve recuperada, se desliza de nuevo a la alfombra y se coloca de rodillas en dirección a la cocina.

Al fondo de la estancia, José Ángel ha rellenado un par de veces más el vaso de agua y los ha vaciado. Sigue aturdido y no atina a leer la hora en su reloj de pulsera.

—Se ha ido el sol de pronto... ¿Qué hora es? —mira el reloj de pared de la cocina—. ¡Joder, las ocho! —se dirige a la escalera, mientras sube los primeros escalones grita—. Voy a darme una ducha rápida. ¡Prepara papel y boli y coge el listado de prácticas del despacho!

El resto de la tarde la pasan rellenando el cuestionario de prácticas BDSM. José Ángel se decanta por la versión de Wipmaster de 2012, que era la más completa y con la que estaba más familiarizado.

Spank, Bondage, Facefucking, Inserciones, Pet play, Rape play, trios, lesbianismo, amas... Una a una, José Ángel va preguntando a su nueva mascota el nivel de interés sobre cada práctica y, si la había practicado, en qué nivel le agradaba. Está encantado con ella, nunca había conocido a alguien con tanta curiosidad ni con tantas ganas de probar cosas nuevas... además, coinciden en lo referente al nivel de dolor y de humillación. Laura le explica que durante el adiestramiento en la Protectora la estuvieron preparando sobre todo para perder la desconfianza en su futuro amo y suavizar la necesidad enfermiza con la que llegó de controlarlo todo. Casi todas las prácticas que conocía

iban en torno a la fe ciega y nunca sabía lo que podía ocurrir ni qué se iba a hacer, ni siquiera en qué nivel.

—Han hecho un buen trabajo contigo en la Protectora. Coincidimos en muchas cosas.

—Cierto, Amo Kayser. Me encanta.

—Yo no soy de esos amos que disfrutan luchando por ganarse la obediencia de la perra, si ordeno una cosa es porque quiero exactamente esa cosa —aclara José Ángel mirando fijamente a su perra— y de la forma en que quiero que se haga. Puedo entender que excepcionalmente se modifique mi orden por alguna causa, y hasta me hace gracia que se improvise —la señala con el bolígrafo con cara de advertencia—, cosa que tú haces mucho, como lo del jabón de la lavadora. No te acostumbres... que en una de estas igual no me río y lo pagas caro.

—Lo sé, Amo Kayser —Laura baja la cabeza con culpabilidad—. Siento si te he hecho creer que me burlaba o que no te tenía en consideración. Suelo improvisar cuando no puedo cumplir a rajatabla una orden. Prefiero medio acatarla, aunque no sea la instrucción original, que decirte “No tengo este material, o no puedo cumplir esto” y que tengas que ser tú quien se adapte a mi situación y solucionarme el problema. En el caso del jabón de la lavadora, pediste enjabonarme y al no encontrar ni gel ni una pastilla de jabón, fue lo siguiente que encontré... y me enjaboné.

—Lo sé, puta, y quiero decirte que valoro tu obediencia y tu interés por agradarme.

—Gracias, Amo Kayser.

—Los pondré a prueba en algún momento para saber cómo sales de... —sonríe— ciertas situaciones.

—Ala... cuánta maldad —dice Laura con malicia.

—Ya me irás conociendo, mi puta.

Cuando se quisieron dar cuenta, había avanzado la noche y se morían de hambre.

—Ve preparando la mesita baja del salón para cenar y tu alfombra. No quiero que me manches el suelo con la comida. Ah, ponte el plug azul en el culo y tráete la manta de chinchetas. Hoy te sentarás a cenar sobre ella. Yo me encargo de la cena.

—Sí, Amo Kayser —Laura traga saliva.

Mientras Laura cumple con la instrucción, José Ángel prepara una buena ensalada de jamón y queso. A su perra le vuelca en el comedero parte del contenido del cacharrito con las sobras que recogió en el restaurante, aún queda suficiente para comer otro día más. Lleva los dos menús al salón, mientras observa a Laura sudar de puro sufrimiento mientras intenta sentar poco a poco sus orondas posaderas sobre las puntas afiladas de las chinchetas.

—Puñetas, Amo... Hacía tiempo que no... auh.. usaba ...auh... este bicho.

—De nada, puta. Un placer agradarte y date prisa en sentarte o me subiré encima de ti.

—¡No! —responde Laura asustada—. No... ya... ¡Aaah! — Laura se sienta de golpe.

—Bien. Aquí tienes —le pone el comedero en el suelo, a unos pocos centímetros lejos de su alcance, con lo que la perra debe mover su cuerpo sobre las chinchetas para alcanzarlo con los consiguientes gruñidos de dolor. Divertido, la mira luchar por su sufrimiento. Coge el mando de la tele—. A ver, que podemos ver hoy... Por cierto, cuando termines la cena recoges todo y me traes un cubata, y por si tienes que preparar algo, mañana habrá sesión.

—Sí, Amo K.... au...

—¡Jajajaja! Eso, perra —responde José Ángel encantado entre risas—, Amo Kau... Me gusta.

Es tarde, pero hoy Amo durmió siesta y nos quedamos viendo una peli después de cenar. Estoy muy cómoda, a pesar de mi dolor de coño y culo. Creo que me saldrán unos buenos moratones.

Jooo, por fin vamos a sesionar... Muero de ganas.

Estoy viendo que Amo Kayser es poco cariñoso, en el fondo se lo agradezco, aunque tiene ratitos buenos. Hoy durmió la siesta abrazado a mí. Me reconfortó, a pesar de la hora y mucho que pasé quieta para no despertarlo. Me gusta cuando hablamos... es un hombre inteligente y me gusta compartir ideas con él. No es muy estricto con respecto al trato y no tengo que hablarle de usted, lo que me da cierto acercamiento, aunque he de andarme con ojo. No quiero sobrepasarme con la confianza y meter la pata.

Aún no he visto la mazmorra. No sé donde vamos a sesionar ni cómo va a ser. De momento, espero no ganarme más castigos por ruidosa... La verdad es que hoy armé un buen follón, ni sabía que no debía hacer ruido. Mañana tendré más cuidado.

¡Ah, me ha perdonado el castigo del café de mañana! Menos mal... ¿ves? Sí en el fondo le gusto, jajaja.

Capítulo 5

Madrid, 13 de mayo de 2018

—**U**h... que rico, puta.... —exclama José Ángel—. ¿Ves? No era tan difícil... Sigue... Ostia, esto sí que es un buen despertar.... Mmmm... buenos días, boca...

—Gfg gghf, ganf Kvfg.... —lo que traducido al castellano sin una polla en la boca sería “Buenos días, Amo Kayser”.

—Así mejor... ¿Ves cómo se puede ser educada sin dejar de hacer tu trabajo?

—Fggh fggh nfg, —“Tienes razón, Amo”.

José Ángel se despereza feliz, haciendo que se le hinche más el miembro y provocando una arcada a la zorda, que tose como puede con la boca llena mientras succiona y lame aquel pedazo de carne de su dueño.

Tras unos minutos, Laura nota dos golpecitos en la cabeza a través de la sábana, señal de la siguiente orden.

Se mete dentro de la cama desde los pies y se coloca boca arriba a la altura de la polla del amo. Este se gira tumbándose boca abajo sobre ella, de forma que pueda acceder a su boca y pueda follársela cómodamente, primero despacio, suavemente, para luego hundirla bien al fondo, hasta notar la pequeña abertura de la tráquea ceder con un ligero *clack*.

De vez en cuando nota una suave presión en el muslo, la forma que acordaron para que la perra le avise de que necesita aire. José Ángel levanta la pelvis ligeramente, deja que la perra coja un par de bocanadas de aire y que tosa para, justo después, volver a hundir

la polla en su boca hasta el fondo, acelerando de forma continua el movimiento para llegar a embestirla violentamente.

Tras un rato, José Ángel se corre dentro de su perra en un intenso orgasmo y, tras una buena limpieza por parte de su perra, se separa de ella y voltea boca arriba de nuevo.

—Señorita, —dice mientras recupera el aliento— se ha ganado usted un premio. Enséñame ese culo, vas a correrte para mí.

Laura sale de debajo de las sábanas con todos los pelos enmarañados y la cara completamente congestionada. Los ojos los tiene llorosos, provocado por las arcadas y la tos, pero su enorme sonrisa de felicidad satisfecha lo dice todo. Obedece la orden y se coloca a cuatro patas sobre la cama, mostrándole al amo el extremo del plug azul que lleva insertado en el culo y un gran brillo genital, fruto de la tremenda humedad que le ha provocado su desayuno.

José Ángel suelta una carcajada mientras niega con la cabeza.

—Pero que putísima eres...

José Ángel se queda pensativo mientras observa a su sumisa, abierta y completamente accesible a él. Al final, decidido, se levanta a por la bandeja del desayuno y la coloca en la cama al lado del culo de su perra. Se sirve un café, que aún humea en la cafetera, sin dejar de pensar en su próxima jugada. Mientras saborea los primeros sorbos, juega con el plug en la entrada del culo, lo que le provoca intensos gemidos de la sumisa...

—No te muevas... —advierte José Ángel.

Laura mantiene la postura. Muerde y aprieta las sábanas mientras José Ángel acelera el ritmo de su mano con el juguete entrando y saliendo, lo saca y lo mete violentamente.

—Aguanta puta... No te corras...

—¡No... ah! —responde Laura entre gemidos—. ¿Amo?... ¡No!

José Ángel le saca el juguete del culo y lo mete en el café caliente unos segundos. Tras estos, vuelve a metérselo a su zorda en el culo, lo que provoca un grito. José Ángel se ríe divertido.

—Ahora un poquito de azúcar para endulzar a esta perrita tan viciosa.

Espolvorea azúcar en el juguete mojado con el café y lo vuelve a introducir, esta vez se asegura de que los gritos de la zorda son de dolor. Sigue jugueteando con el plug y con sus dedos, presionando toda la abertura anal y extendiendo, tanto por la zona perineal como por el recto, los granos de azúcar, para que vaya sintiendo los arañazos hasta bien dentro. La perra se retuerce y gruñe de dolor, respirando cada vez más rápido.

—Amo Kayser... —gime Laura—. Amo... Permiso... ¡Amo!

—No, aún no.

José Ángel vuelve a meterle el juguete y lo remueve dentro.

—Cuenta desde diez y te corres.

—Ahh... ¡diez...! ¡Aah! ¡Nue...Aaah! ¡Nueveee...!

Laura rabia de dolor, el azúcar le está arañando las entrañas. Gruñe y gime, gime y cuenta. Cuando llega al número dos, su amo le pellizca con fuerza los labios menores, lo que le arranca de un intenso aullido el tan ansiado orgasmo. Se contrae como si le hubiese alcanzado un rayo y se tumba de medio lado sobre la cama, comienza a convulsionar durante unos segundos y, de pronto, se relaja, totalmente rendida. Vuelve a respirar. Tiene la cara completamente congestionada y llena de lágrimas, pero sonríe feliz.

—Gracias, Amo Kayser.

—De nada, princesa.

Como todos los domingos, José Ángel pasa toda la mañana en la cama con la tablet mirando noticias, revisando correos y trasteando internet en busca de ideas para sus proyectos. Laura se mantiene a su lado, observándolo, sentada en el suelo. No había una perra más feliz en el mundo.

Ama Lucía había hecho un gran trabajo durante el adiestramiento de Laura. La inseguridad y la impaciencia son dos armas terribles, sobre todo si sueñas con someterte a alguien. Para ella, la palabra sumisión va íntimamente ligada al verbo esperar, en todos sus significados: por un lado, esperar siempre al amo, adaptarte a él, y por otro, no esperar nada del amo, eliminar las expectativas. El objetivo es convertirse en un lienzo en blanco sobre el que el amo dibujará su obra maestra.

Cuando te entregas a alguien, asumes sus tiempos. Es uno de los trabajos más difíciles, porque uno está acostumbrado a hacer las cosas cuando tiene que hacerlas: hablas cuando te apetece hablar, duermes cuando tienes que dormir y las horas que te marcas... tardas diez minutos, o treinta, en ducharte, recoges la casa en cinco minutos o en una hora; cada uno tiene su ritmo de vida.

La cosa se complica cuando asumes el tiempo de otro. Eso quiere decir que tienes que aprender a esperar y a ser feliz esperando. Si tu amo tarda en hacer algo una hora, tu deber es asumir esa hora, y si tu amo acelera, debes acelerar con él.

¿Qué hacer en el tiempo de espera? Eso ya depende de cada uno. Aunque no nos lo creamos, ocurren muchas cosas cuando no ocurre nada. Solamente el hecho de asumir tu propia existencia ya

requiere de tiempo, ser consciente de uno mismo, de tu cuerpo... Al fin y al cabo, no deja de ser meditación.

Lejos del plano espiritual, la meditación que le enseñó Ama Lucía estaba más enfocada a vaciar la mente de sus propios pensamientos para dejar paso a los de la otra persona. En el plano de la sumisión debes asumir los gustos, los tiempos, las actitudes de la otra persona. Por algo es un sometimiento, una relación de poder y, para ser plenamente feliz, debes hacerlos propios.

Laura apenas llevaba dos días con su nuevo Amo y ya tenía material de sobra con el que trabajar, empezando por ella misma. Mentalmente iba recorriendo cada parte de su cuerpo, analizando los diferentes dolores que sentía: el escozor tan intenso del culo, el dolor del coño de los paletazos, aumentado por ese último pellizco que le arrancó el orgasmo; el de los músculos de las piernas y los brazos tensionados hasta el extremo... Todo aquello la ayudaban a ser consciente de quién era y por qué estaba ahí. Disfrutaba con el dolor, lo necesitaba para sentirse viva.

—¿Qué hora es? Tengo hambre —El amo rompe el silencio sin dejar de mirar su tablet.

Laura sale de su particular meditación, sonrío feliz mientras lo mira.

—La una, Señor. Te prepararé algo de picar.

Amo Kayser está viendo algo de porno BDSM en la televisión del salón, dice que así se inspira para la sesión. Me ha pedido que me marche a hacer cualquier cosa, necesita prepararse y no quiere verme "pululando" hasta las seis en punto. He

decidido salir al jardín a escribir las instrucciones que me ha dado, porque serán las que tenga en cada sesión y no debo fallar.

Previo a la sesión: ducha tibia y enema, pelo recogido en una coleta alta, depilación completa (Bueno, eso es siempre, pero también lo apunto). Uñas recién cortadas y pintadas de color negro, tanto manos como pies. Crema corporal olor a mango (hoy me la ha dado él, pero tengo que comprarme una). El plug azul dentro del culo.

Antes de la sesión:

· Posturas de espera:

De pie: piernas abiertas en ángulo de 45 grados, brazos cruzados a la espalda

De rodillas en el suelo: Rodillas separadas, pezones y nariz rozando el suelo, brazos estirados cruzando las muñecas, la izquierda siempre sobre la derecha

Durante la sesión:

Si no dice nada: postura de pie.

Un chasquido de dedos: nariz a su zapato.

Dos chasquidos: voltearme y presentar el culo.

No tengo permiso para hablar salvo que me lo diga. No incluye la palabra de seguridad.

Palabra de seguridad: Rojo.

Gesto de seguridad si no puedo hablar: dedo índice y corazón en V.

Hoy ha pedido que le espere desnuda en la jaula.

Voy a empezar a prepararme. No puedo más con los nervios. El plug azul me va a costar un huevo metérmelo, sigo con el culo escocido de esta mañana.

A las seis en punto, Laura se mete en la jaula a esperar. No ha visto a Amo en el salón, así que supone que se estará preparando. Dentro hay una caja con una cadena gruesa, un grillete y un antifaz opaco. Una nota descansa al fondo, reza lo siguiente:

“Póntelo. La cadena es para el cuello. A ver si éste no lo rompes”.

La zorda obedece. No ve nada con el antifaz, nota el peso y el frío de la cadena. El plug del culo le arde, pero es bastante soportable. Ha utilizado bastante lubricante y el esfínter ha respondido bien enseguida.

Espera...

Escucha ruidos, alguien está trasteando en el salón. Se oyen idas y venidas, algún golpe de... *¿cacharros?* Los pasos se acercan adonde está ella, se paran. Siente que su amo la está observando. Unos golpes metálicos sobre los barrotes la asustan. Nota unas manos desde arriba que le toquetean la cadena y se aseguran de que tiene bien puesta la cadena con el grillete, y lo suficientemente apretada.

Los pasos se alejan... *¿Qué ruidos son esos? Como de cosas pesadas sobre la mesa del comedor:*

Amo... ¿qué tramas?

Nada... Silencio... *¿Amo?*

—Sal de tu jaula, puta. Ponte de pie —oye Laura desde lejos.

Laura obedece y se coloca en la posición que memorizó: piernas abiertas en ángulo 45 grados, brazos cruzados a la espalda.

José Ángel se asegura de que todo está en orden: la polea bien sujeta a la viga, los dos extremos de la cuerda justo en el centro de la robusta mesa del comedor, el gancho anal en el congelador, los instrumentos de tortura dispuestos en un lateral de la mesa y, por supuesto, él. Esta vez no se puso el traje, simplemente un baquero cómodo y una camiseta.

Va hacia su sumisa, la agarra de la coleta y tira fuerte de ella hacia abajo. Se tensa asustada al principio, pero acaba cediendo y arquea el cuerpo para atrás.

—Abre la boca, puta.

Le escupe en la cara y la abofetea varias veces. Coge el trapo sucio de la cocina, aún húmedo de haber sido usado, y se lo mete en la boca con violencia.

—Te vas a lavar esa boca sucia para hablar con tu Amo. Yo mismo me encargaré de eso.

Sin soltarla de la coleta, José Ángel se la lleva al centro de la estancia y la empuja sobre el borde de la mesa. La inclina y le pega el torso sobre la superficie de madera, con dos patadas le abre las piernas. Coge la fusta con la lengüeta gruesa de caucho y le asesta un buen azote en el culo. La escucha gemir a través del trapo de la boca. Se lo saca, vuelve a escupirle y se acerca a su oreja.

—¿Dónde están tus zapatos, puta?

La puta mantiene el silencio. Está visiblemente nerviosa, acelera la respiración. José Ángel sonríe, disfruta como un enano torturando su cerebro, sabe que en ese momento está hirviéndole de dudas y miedo al castigo por si debe contestar o mantener la norma de no hablar sin permiso. Estará preguntándose si tenía que haberse puesto zapatos, repasando cada instrucción...

Animalito, qué fácil es hacerlas temblar...

José Ángel descarga tres fustazos seguidos lo suficientemente fuertes como para marcarle tres pequeños rectángulos en el culo. La perra gime de nuevo, cada vez respira más rápido.

—Buena chica. Tenía ganas de castigarte por hablar sin permiso, pero has sabido aguantar. Respira tranquila, no tenías que ponerte zapatos. Súbete a la mesa —chasquea los dedos dos veces.

La puta palpa los bordes de la mesa del comedor y se sube. Adopta la posición establecida con aquella señal. Expone bien el culo.

José Ángel la observa con hambre, tiene ganas de llevarla al límite.

—Hoy, como algo excepcional y por ser el primer día, en cuanto no puedas más me vale con que digas “para”. ¿Entendiste?

Laura asiente.

José Ángel aprovecha la altura de la sumisa para observarle bien el culo. Lleva puesto el plug azul, comprueba que tiene toda la zona muy escocida aún del juego del azúcar de esta mañana, nada preocupante. Unta bien la zona de lubricante y, lentamente, gira el plug y lo va sacando y metiendo en el tenso agujero. La perra gime y respira muy fuerte.

Se lo saca de un tirón y Laura pega un respingo. Le acaricia suavemente el esfínter con los dedos, mete uno despacio y lo saca. Juguetea con el agujero, luego le mete dos dedos y, finalmente, tres. Empieza a ponerse cachondo de verdad... *Joder*. Si por él fuera, se dejaría de remilgos en ese mismo momento y le metería la polla hasta el fondo. *Qué tentación... pero no*. Irá despacio, así sabrá mejor.

Va al congelador y saca el gancho anal, se asegura de que no se pega a la piel poniéndolo bajo el grifo y vuelve a la mesa donde la perra mantiene su postura, expectante. Le acerca la bola en entrada del culo, Laura pega un grito al notar de pronto el frío en su esfínter,

luego, a medida que va entrando la bola lentamente en el conducto anal, del susto pasa al dolor. Debería dejar de doler al entrar del todo, pero el intenso frío del gancho la mantiene muy tensa y no deja de gemir.

Con toda la tranquilidad del mundo, José Ángel toma un extremo de la cuerda que baja desde la polea y lo ata a la arandela del gancho, el otro extremo lo pasa por un eslabón de la cadena del cuello y tira despacio, tensando la cuerda lentamente. La perra, a medida que nota la tensión, va levantando el cuello y el culo arqueando la espada, cuando no puede forzar más la postura y ya no puede evitar el dolor, Laura gruñe. José Ángel continúa con la tensión un poco más y, cuando los gruñidos pasan a un gemido agudo, anuda la cuerda en el eslabón manteniéndola en aquella forzadísima postura. Tras un par de minutos, cuando se ha acostumbrado al dolor y pasa de los quejidos a los gemidos de nuevo, es momento perfecto para volver a sacarle un par de gruñidos de dolor intenso.

Con los dedos va calentando los pezones de la perra, marcándole el siguiente lugar de dolor. Los pellizca y los toquetea, abofetea las tetas y las manosea para que sea consciente de toda la zona. Finalmente, le engancha las pinzas japonesas. La perra responde a esta nueva tortura gruñendo con fuerza y respirando aceleradamente.

«Falta el toque maestro», piensa José Ángel mientras vuelve a la cocina. Esta vez coge de la puerta del frigorífico el botecito de tabasco. Se pone unas gotas en el dedo y lo unta en el coño y en la lengua de Laura. Su reacción es gradual, del suspiro intenso al gruñido y al llanto... *Dioos, como estoy disfrutando*. Vuelve a colocarle el trapo sucio en la boca y la deja así unos minutos para que vaya asimilando dolores.

Él aprovecha para descansar un poco y abrirse una cerveza fresquita. Mientras se la va tomando tranquilamente, pasea alrededor de la mesa de torturas. La perra está visiblemente dolorida, incómoda y se la ve luchar por encontrar una postura menos mortificante. El antifaz muestra dos grandes marcas más oscuras, señal de la humedad que ha ido acumulando con las lágrimas.

José Ángel apura la cerveza con determinación, es hora del siguiente paso. *Ahora sí... Comienza el espectáculo.* Aplicando spank con flogger, fusta y vara, va alternando intensidades y zonas: golpea nalgas, tetas, muslos, plantas de los pies y espalda, dibujando por todo su cuerpo líneas encarnadas, sonrosadas y granates.

Su juego favorito: azotar repetidamente, cada vez con más intensidad, una zona determinada, esperar unos segundos y golpear con fuerza en otro lugar. La reacción es brutal, al dolor se le añade la sorpresa, en este caso acompañado de un movimiento brusco y el consiguiente dolor por la tensión de la postura. *Magistral.*

Tras la tanda de azotes de la vara, para unos minutos más y la observa. No puede estar más orgulloso, su puta está soportando todo aquello como una campeona. Tras cada golpe llora, chillaba y gruñe como un cochino, pero eso parece que le ayuda a soltar tensión, así que, de momento, no se lo prohíbe.

Le quita el antifaz y la observa fijamente, tiene los ojos hinchados de llorar y la cara congestionada. Ella, tras unos segundos de parpadear para acostumbrarse a la luz, lo mira suplicante. Está al límite.

—Vamos a por un poquito más, princesa... aún no me has pedido parar —sin dejar de mirarla a los ojos, José Ángel le quita el trapo de la boca.

Coge la cajita de plomitos de pesca y va enganchándolos uno a uno en las pinzas japonesas que le cuelgan de los pezones, qué

buena compra hizo con aquellas pinzas. *Son geniales... ¡cuánto más tiras de ellas, más aprietan!* Va observando como su sumisa suplica a medida que aumenta el peso. Los pezones se van estirando cada vez más, la perra gruñe, aúlla, llora. Cuando la oye chillar agudo, deja de poner plomos.

José Ángel va moviendo los pesos con los dedos al tiempo que mueve el gancho dentro de su culo escocido... Se siente como un músico ante un piano, tocando y creando música. *¡Ah... qué placer!*

Se acomoda el paquete bajo el pantalón. Está duro, necesita un lugar húmedo y caliente donde descargar. Trae de la cocina el comedero de perro lleno de agua y lo coloca en la mesa, delante de ella.

—Enjuágate bien esa boca sucia, que voy a meterte la polla —le ordena José Ángel mientras va quitándose la camiseta.

Laura intenta bajar a lamer el agua del cuenco, lo que hace que la cuerda se tense y tire del gancho del culo. Le está costando un esfuerzo terrible, pero consigue enjuagarse la boca del sabor del trapo de fregar y el tabasco, a la par que aprovecha para tragar algo. Cuando cree conveniente, se retira del cuenco y, lentamente, se vuelve a colocar a cuatro patas. Descansa del esfuerzo y del dolor.

Asiente y abre la boca.

—Incorpórate.

La perra va levantando el torso muy poquito a poco, intentando mantener constante la tensión de la cuerda y que no sufra más ni su culo ni su cuello, ni que se muevan demasiado los pesos de las pinzas.

Él, ya completamente desnudo y visiblemente excitado, se sube de pie a la mesa y le mete la polla en la boca. La zorra abre todo lo que puede e intenta no moverse pero, con la tensión de la cuerda

y las embestidas del amo sobre su cabeza, está llegando al límite. Parece que a cada tirón va a pedir parar de pura desesperación, pero no lo hace. José Ángel llega al fin a su orgasmo y se corre en su cara, dejándole, además, un fuerte escozor en los ojos. Tras hacer que la perra lama bien los restos de semen de su polla, se baja de la mesa y coge el Hitachi.

Lo enciende al máximo y lo acerca al gancho del culo... Un sonoro *prrr* ahoga el gemido desesperado de la perra al sentir el vibrador. José Ángel lo acerca al coño y lo deja un rato. Laura empieza a gemir muy agudo y seguido, llora y patalea.

—Cuando vayas a correrte, levanta el brazo.

Laura lo levanta rápidamente, José Ángel suelta una carcajada.

—¡Pero chica! ¿Tanta prisa tienes? Aguanta...

Laura tensa el brazo levantado mientras gime desesperada y comienza a gruñir. Abre y cierra fuerte el puño, está en el límite. Amo Kaiser pega su boca al oído y susurra:

—Córrete para mí, puta.

Laura suelta un alarido desesperado, descargando de golpe toda la tensión acumulada. Respira hondo varias veces, parece que se va a relajar pero, de pronto, le viene un espasmo. Vuelve a gemir, levanta el brazo de nuevo.

—¡Ostia! —vuelve a reírse José Ángel—. ¿Otro? Córrete, puta.

Un grito agudo sale del fondo de la garganta de Laura y se quiebra al salir, el cuello muestra sus venas gruesas como culebras. Está roja y las mandíbulas se le marcan de apretar los dientes, comienza a temblar. Cuando pasa el pico y comienza de nuevo a recuperar la respiración, José Ángel acaricia su espalda y su culo suavemente.

—Bien, buena chica.

Poco a poco, Amo Kaiser va aflojándole las ataduras, el gancho, los pesos, las pinzas... La perra pega un berrido al retirárselas. José Ángel sonrío, sabe que el dolor aumenta de golpe al recuperar la circulación de la sangre en los pezones.

Cuando la zorda se nota liberada del todo, rompe a llorar amargamente. Se acurruca y se tumba de lado sobre la mesa, tiembla y tiritita como un pajarito mojado. El amo le acaricia la cabeza y el lomo, la tranquiliza, la abraza protector. Está tan orgulloso... Tira ligeramente de la cadena del cuello y la hace bajar de la mesa, la acompaña despacio hasta su jaula. Cuando ella se tumba dentro, acurrucada, le pone desde la puertecita una manta sobre su castigado cuerpo y un cojín bajo la cabeza. Vuelve a acariciarle el pelo.

—Descansa, princesa. Te has portado de diez.

José Ángel, aún desnudo, va ordenando despacio todas sus herramientas y llevando al fregadero los juguetes. Retira la cuerda de la polea, la enrolla y la coloca. Cuando termina, comprueba con satisfacción y orgullo que su boca sucia está dormida. Se prepara un cubata bien cargado y se sienta en el sofá, satisfecho. Brinda al aire en dirección a la jaula.

—Sí, señor, —dice en voz baja— qué buena compra...

Madrid, 14 de mayo de 2018

No hay una parte de mí cuerpo que no me duela, menos mal que no voy al taller hasta esta tarde. Acabo de mirar el despertador, ison las once! Hacía mucho tiempo que no

vivía tan intensamente como este fin de semana, aún no me puedo creer que hayan pasado tantas cosas y tan potentes. Soy feliz como nunca en mi vida.

Es que ahora mismo soy incapaz de numerar o valorar qué me ha gustado más de todo el fin de semana. Estoy tan llena que me da hasta miedo olvidarme de algo de lo vivido, así que escribiré cada sensación, cada momento. He de recordar este fin de semana el resto de mi vida. Amo Kayser no solo me ha llevado al límite (además tantas veces que ni me acuerdo), también me ha cuidado y me ha tratado como más lo necesitaba. He sufrido, le he temido, le he amado, itodo a la vez!

Al final, cuando ya era de noche, Amo me trajo a casa encerrada en el maletero. Me explicó que lo hace para dejarme decidir si continúo con él o no, así en caso de no querer se asegura de que no sé dónde vive. A mí me da igual, ya ves... Él sí sabe dónde vivo yo, pero no me meteré en las decisiones de Amo Kayser. Es así y lo acepto.

Café, necesito un café. Me tomaría un analgésico, pero no me lo permite. No quiere que nada me haga dejar de sentir el dolor que él me proporciona, solo puedo usar (de momento) la crema cicatrizante que me dio anoche.

Joder, he dormido boca abajo por el escozor tan grande que tengo en el culo. Cuando me toco, noto los relieves de los verdugones, el propio roce del edredón me provoca dolor. Ahora, en cuanto salga de la cama, me iré al espejo. Sé que lo tendré amoratado... que maravilla. No me lo puedo creer...

Aíns, bueno. Ahora sigo escribiendo. Voy a por el café... sí soy capaz de andar hasta la cocina... jajaja. Como diría la bruja Avería: que puta, pero que puta soy, jeje...

[14/5 7:04 PM] Amo Kayser: *Hola, puta*

[14/5 7:10 PM] 2364: *Buenas tardes, Amo Kayser*

[14/5 7:10 PM] Amo Kayser: *¿Cómo te encuentras?*

[14/5 7:10 PM] 2364: *Depende. Si me hablas de trabajo, tranquila, hoy estoy sola en el taller. Si me hablas de mí... estoy en una nube y acordándome de ti cada paso que doy. Me escuece el cuarenta por ciento de mi cuerpo, y es precisamente el que más se roza con la ropa*

[14/5 7:11 PM] Amo Kayser: *¡Jajajaja! Ahora toca cuidarse para que las heridas cicatricen bien. ¿Te echaste anoche la crema que te di?*

[14/5 7:11 PM] 2364: *Sí, Amo*

[14/5 7:11 PM] Amo Kayser: *Buena chica. ¿Qué tal has dormido?*

[14/5 7:11 PM] 2364: *Boca abajo, Señor, y evitando moverme. Nunca me había pesado tanto el edredón, pero he dormido como una reina*

[14/5 7:12 PM] Amo Kayser: *Eso me agrada, que tengas a tu dueño presente cada segundo del día*

[14/5 7:12 PM] 2364: *Cada vez que me roza el pantalón, Amo*

[14/5 7:12 PM] Amo Kayser: *¡Jajajaja! Bien, tengo instrucciones para esta semana. Te las pasé por mail a la dirección que me dieron en tu ficha en la protectora. Debes cumplirlo a rajatabla, quiero empezar tu adiestramiento cuanto antes. Si tienes alguna duda me lo consultas, ¿entendido?*

[14/5 7:12 PM] 2364: *Sí, Amo*

[14/5 7:13 PM] Amo Kayser: *Amo Kayser a partir de ahora, puta. Me llamarás Amo Kayser*

[14/5 7:13 PM] 2364: *Sí, Amo Kayser*

[14/5 7:13 PM] Amo Kayser: *Mañana Hablamos*

[14/5 7:13 PM] 2364: *Amo Kayser...*

[14/5 7:13 PM] Amo Kayser: *Dime, mi puta*

[14/5 7:13 PM] 2364: *Muchas gracias por este fin de semana, estoy feliz*

[14/5 7:13 PM] Amo Kayser: *Un placer, para eso estamos. Si sigues como hasta ahora tendremos muchos fines de semana como éste. Cuidate. Y no lo digo como coletilla, sino como instrucción, ¿vale?*

[14/5 7:13 PM] 2364: ¡jjajajaja! Vale. Me cuidaré

Laura guarda su móvil en el bolsillo de la pernera del pantalón, feliz y dispuesta a continuar con su trabajo. Quedaban pocas horas para la salida, ya miraría con detenimiento el mail en casa y con la cabeza solo para él.

Justo cuando empieza a moverse hacia el banco de carpintero, nota una humedad familiar que la obliga a salir corriendo al servicio.

¡Esto de no llevar bragas no está siendo nada fácil! ¡Joder.... y solo hemos chateado!

Saca un pequeño paquete cuadrado del bolsillo, de donde extrae una toallita con gel y perfume y se asea la vagina y el culo. Se seca la zona con un cachito de papel higiénico y se coloca otro más entre los labios. No sirve de mucho, pero al menos no empapa el pantalón.

De nuevo en el banco de trabajo, ya adelantando con las juntas del mueble que estaba construyendo, se le ocurre pensar que amo ha podido mandar una instrucción para cumplir en aquel momento. Le entra un pellizco en el estómago. Busca en el móvil el mail enviado por Amo Kayser y descarga el pdf adjunto.

Instrucción semanal:

Debes crear una oración para adorar a tu amo cuando te levantes y te acuestes.

Vas a levantarte todos los días a partir de ahora a las ocho y media, salvo que por motivos de trabajo tengas que hacerlo antes. Te colocarás de rodillas al lado de tu cama y me mandarás un mensaje con el texto “Buenos días, Amo Kayser. Tu perra está feliz de servirte. Hoy día ----- voy a hacer -----” y escribes lo que vas a hacer. Rezas

la oración de la mañana. Solo entonces puedes comenzar tu día.

Busca un cubo, ahí vas a hacer tus necesidades, el mismo procedimiento que en casa este fin de semana.

Desayuno, comida y cena sabes que sin condimentar: ni sal, ni azúcar, ni aderezos Si vas a comer fuera, lo apuntas y me lo mandas.

Cada vez que te laves los dientes, repetirás en voz alta mirándote al espejo “Soy una puta bocasucia” mientras te cepillas.

Habilitarás una zona en el suelo de tu cocina con un comedero y un cuenco con agua, comerás así siempre que estés sola en casa. No tienes permiso para usar cubiertos, lo que te obliga a trocear la comida antes de servírtela. Puedes usar las manos. Si tienes visita, tienes mi permiso para comportarte como una persona, pero me lo escribes.

Cuando dejes de notar el dolor de las heridas de la sesión de este fin de semana me mandas el mensaje “Esta puta ha dejado de sentir a su Amo en el cuerpo” y te mandaré nuevas instrucciones de dolor.

Cada día me enviarás una foto de tu coño exactamente a las siete y doce minutos de la tarde, ni un minuto antes ni uno después. Por cada minuto de diferencia, el castigo aumentará considerablemente.

Cómprate un anillo para el dedo índice de la mano izquierda, uno sencillo que te resulte cómodo y con el que veas que puedes trabajar (sé que utilizas herramientas). Debe ser de plata y debes grabarle la inscripción “Soy una puta boca sucia”. Lo llevarás a partir de ahora en todo momento.

En tu móvil añadirás a mis mensajes el sonido del látigo que te enviaré, lo tendrás siempre al volumen máximo. Quiero que, estés donde estés, tu Amo ocupe la estancia en la que te encuentras cuando contacte contigo.

Tienes permiso para socializar con la gente como has hecho hasta ahora, sin distinciones. La única condición es que me lo escribas.

Por la noche, antes de dormir, te colocarás con el torso sobre la cama, brazos estirados, levantas el culo, como para recibir azotes y rezas la oración de la noche. Me envías un mensaje con el texto “Buenas noches, Mi dueño. Esta puta se va a descansar”

En el diario harás un apartado nuevo: “Órdenes e Instrucciones del Amo Kayser”, donde irás apuntando cada instrucción que te dé. Incluye también este documento escrito a mano y, como imagino que te va a costar memorizar tanta instrucción, lo copias diez veces, así te será más fácil de recordar. Eso sí, esmérate con la letra o habrá consecuencias.

Si has cumplido bien tus obligaciones semanales, el viernes te daré la dirección de mi casa para que vengas en tu propio vehículo. Si me ves aparecer en tu casa con el coche... preocúpate, porque vas a lamentarlo.

De momento eso es todo, princesa. Cuídate mucho y ya me pondré en contacto contigo.

Siempre tuyo,
Amo Kayser.

La cabeza de Laura hervía...

¡Maaadre mía, qué cantidad de normas! ¿Cómo voy a cumplir todo esto? Lo tendré que imprimir y llevarlo en la cartera... o hacerme un calendario en el móvil y que me vaya avisando... Joder, ¿qué hora es? Las ocho menos veinte. Ostia, hoy ya no he hecho la foto de la tarde. Pero hoy no cuenta... ¿no? Mierda, ¿a qué hora ha mandado el mail?... Joder, la puta... a las ocho y media de la mañana... pero a las siete y diez estábamos hablando por el chat. Ah,

pues entonces no cuenta. ¡Tengo coartada, jeje!... ¿o me ha escrito a esa hora adrede para comprobar si había leído el mail? Ay, dioos... ¡Me muero de dudas! ¡Me va a dar un ataque! ¡Nooooo! Vamos a ver la lista de nuevo... jodeeeer...

Laura pasa las últimas horas de la jornada nerviosa y sin centrarse en lo que está haciendo. La cabeza le va a estallar de dudas entre tantos pensamientos:

Si le mando ahora la foto, seguro que cuenta los minutos desde las seis y doce y me caen ostias, si no lo mando me caerán ostias por no cumplir una instrucción. Si le escribo y le pregunto... igual me cambia la instrucción y, al final, las ostias me las voy a tener que dar yo... y si no le pregunto, pensará que le estoy ocultando algo... Cago en la putaaaa... ¡y solo es lunes!

Al final tiene que dejar el trabajo a la mitad, no puede estar así de nerviosa y utilizar maquinaria de corte. *Se acabó.* Saca de nuevo su móvil y busca el chat con Dani, su compañero del taller.

[14/5 8:32 PM] 2364: Oye, loco... Tengo un día de pelotas hoy, no doy pie con bola y estoy cagándola con la mierda del mueble. Igual estoy incubando algo, me piro a casa adormir. Mañana vengo antes y lo remato. Te lo dejo todo encolado y preparado para lijar.

[14/5 8:45 PM] DaniTaller: Hola tu. No te preocupes. Mañana le damos un buen repaso y nos lo terminamos. Tómate una pirula, espero que no sea mucho...

[14/5 8:45 PM] 2364: Nah, que es lunes y tengo el chocho flojo jajaja... Mañana recargo pilas y lo apañamos

[14/5 8:45 PM] DaniTaller: Ok, tranki. Un beso, cuerpazo. Y ese chocho... cuidalo, ¿eh?

[14/5 8:45 PM] 2364: Muack.

Cuando Laura entra por la puerta de su apartamento, agotada y cargada de bolsas, ya eran ya las diez y media. *Benditos centros comerciales...* cuando uno tiene turno de tarde no hay forma de encontrar una tienda abierta, menos mal que con el coche no se tarda nada en llegar, aunque aparcar en su zona a esas horas se cobra caro. Esta vez le ha costado casi cinco minutos de caminata desde donde aparcó hasta su casa.

Nada más dejar las bolsas en el suelo se desnuda. Amo Kayser no le permite la ropa en casa salvo que haga frío y ya no lo hace. Saca de una de las bolsas una botella de vino blanco, se sirve una copa y mientras va bebiendo coloca una a una las cosas que ha comprado:

Los comederos de perro metálicos junto con una alfombrilla, para no coger frío al sentarse sobre las baldosas de la cocina, el cubo, la lejía, el detergente para la lavadora, algo de comida y de verdura fresca de la que más le gustaba. Si iba a prescindir de la sal, mejor que tuvieran buen sabor.

¡Buah! Se le hizo la boca agua en el centro comercial cuando pasó por la zona de mascotas. Ver los transportines, los juguetes, los collares de castigo, los arneses de cuero, la correas... no pudo resistirse y compró un collar de cuero con pequeños adornos de calaveras metálicas. Había tantas ideas morbosas paseando por aquellos pasillos...

Como cuando era estudiante, lo que más le hizo ilusión comprar fue el cuaderno de anillas con separadores, dividido por temas y con la posibilidad de ir añadiendo hojas, fotos o algo impreso del ordenador; y una pluma con cargas de tinta negra. La zorda flotaba en ensoñaciones románticas: encadenada en su jaula, con su pluma y escribiendo en el diario sus sensaciones... Aun así, las primeras páginas escritas en casa del Amo Kayser aquel fin de semana las mantendría como estaban. Solo eran trozos de un pequeño cuaderno a medio acabar que encontró por la casa y que fue apañando, pero también tenían su encanto.

Vuelve a leer la lista de instrucciones del Amo. Lo primero: comer.

Bajo la barra de división entre la cocina y la sala a la esquina con la pared, ve el lugar perfecto para poner su comedero. Coloca en el suelo la alfombrilla, prepara su cena: un par de rodajas troceadas de pan de centeno, dos latas de atún, un tomate troceado y unos trozos de queso; rellena con agua el segundo cuenco y se lleva ambos al rincón de comer, encima de la alfombrilla. Allí, sentada en su nuevo lugar, con su nuevo collar de calaveras, fue cogiendo con las manos los trocitos de su cena.

Cena mientras revisa la lista de instrucciones... *el anillo, eso sí que va a ser un marrón*. El primero que le vino a la cabeza, como buena romántica masoquista, fue el de *Historia de O*, un verdadero símbolo que toda sumisa quisiera tener y lucir en el metro mientras grita “¡Mirad, vainillas reprimidas! ¡Tengo un amo que me revienta a golpes y me lleva al infierno cada puto orgasmo!”, pero para el trabajo no le valía. Solo pensar que se le pueda enganchar una pieza o una herramienta en pleno montaje en la argolla... eso no era masoquismo, era estupidez. Además, va contra el contrato jugarse la seguridad, así que no.

Laura trastea por internet desde el móvil con la mano libre. Todos los anillos que ve son super moñas, con jeribeques y piedritas de mierda... *Manda huevos, ¿para qué mierdas se pone la gente anillos? Es incómodo y muy poco práctico.*

Entonces lo ve, un sencillo aro ancho como una argolla... *¡En plata! Ale, pa la saca. Ahora el grabado, eso sí que va a ser un canteo.* Busca una joyería donde le hagan el pedido con el grabado...

¡Entrega en una semana! Su puta madre No me vale. Opción b: Me lo entregan en dos días y lo llevo a grabar a una joyería. Opción c: Mañana a primera hora, me doy una vuelta por el centro que está lleno de puestos hippies, me busco la vida. Y me lo graban en una joyería... Ains... Esto va a ser duro. ¡No quieroooooo!

Termina de cenar, Laura duda si beber directamente del cuenco o cogerlo con las manos... *Vale, apuntado para mañana en el apartado de dudas, punto setecientos cuarenta y tres: uso de la vajilla zorda. Sigüiente punto: Rezo.*

Tras recoger los trastos de la cena, Laura se va al sofá como una colegiala con el nuevo cuaderno, su pluma fantasía y su copa de vino a pensar en la oración para su Amo. *Vamos a ver... ¿Qué siento por él? ¿Qué me gusta? ¿Qué espero? ¿Qué soy?*

Al final, tras varios borradores, da con el punto perfecto.

Amo mío, que estás en mi corazón,
 a ti me entregue libremente y cada día lo hago de nuevo.
 Te debo mi felicidad, mi estima, mi ilusión y mi morbo.
 Te agradezco todo el placer que me das
 y cada orgasmo que me permites.
 Te deseo que pases un buen día (una buena noche),
 también te deseo buena salud y fuerza para afrontar cada día.

Soy tu perra, soy tu puta, soy tu zorda.

Te quiero

Laura comprueba su gran obra maestra. *¡Si es que soy la polla!* Estaba encantada, deseando que llegue el momento de dormir para rezar. Lo transcribe al diario, escrito con la mejor letra que sabe. Un poco torcido... ya se imagina como en el cole, con la plantilla-guía de líneas paralelas bajo el folio para no torcerse. *Todo es poco para el Amo Kayser...*

Más cosas... La copia del documento. Esto requiere un momento de solemnidad, después de todo son sus primeras instrucciones por escrito. Se baja al suelo, de rodillas, y pone el cuaderno en la mesita de café. Coloca el móvil en el soporte de tacones rojos para leer mejor el documento del amo y con su mejor letra se puso a hacer los deberes.

Instrucción semanal...

Para cuando termina con la transcripción a mano del mail, más un par de copias, ya es casi la una de la mañana. Decide parar, tiene toda la semana para escribir y aún queda el rezo y preparar la lista de dudas.

Se le caen los párpados. *A dormir ya, zorda, mañana será otro día.* Pone el despertador a las siete y media, no quería pillarse los dedos y equivocarse con las instrucciones. Coloca el torso sobre la cama con el culo en pompa, como si esperase recibir una buena tanda de azotes, reza su nueva oración con el papel delante y, feliz como un crío el día antes de su cumpleaños, se recuesta en su cama entre dolores y recuerdos.

De pronto se le abren los ojos. *¡El mensaje!*

*[15/5 1:32 AM] 2364: Buenas noches, mi dueño.
Esta puta se va a descansar*

Ahora sí. A dormir, puta.

Buenas noches, Amo Kayser, descansa.

Capítulo 6

Madrid, 15 de mayo de 2018

José Ángel se asoma al dormitorio y mira la pantalla del móvil de la mesilla. Acaba de sonar el tono que eligió para los mensajes entrantes de su sumisa. Vuelve al vestidor a terminar de secarse mientras elige la ropa del día.

Ya empieza el calor, hay que renovar armario. Apunta mentalmente hablar con Teresa. Aparte de los días establecidos para limpiar, debería elegir otro para dedicarle al cambio de temporada. No solo para la ropa, el jardín empieza a necesitar los cuidados específicos del buen tiempo: puesta a punto de la barbacoa, piscina y mobiliario exterior.

Sonríe malicioso, preguntándose cómo reaccionará al ver la jaula de la cocina. *Pobre mujer... le ha dado más sustos que a nadie. Pero como dice ella: “cada uno es cada uno y, mientras no vea sangre o cachos de cuerpos esparcidos por el salón, lo que haga con su vida es cosa suya”.*

Tuvo mucha suerte contratando hace años a Teresa. Es de estas mujeres que van a lo suyo, impecable en el trabajo y abierta a la hora de convivir con las cosas que no comprende. No se mete en la vida de nadie, pero tampoco carga a los demás con sus problemas... que los tiene y muchos. A cambio, José Ángel cuida de que no se encuentre ningún “cachivache de esos” o “cosas de torturas”, que tan nerviosa le ponen.

Baja a la cocina, se prepara el café y se sienta en la mesa ojear el móvil. Mmmm... ocho y treinta y dos minutos...?

[15/5 8:32 AM] 2364: Buenos días, Amo Kayser. Tu perra está feliz de servirte. Hoy, día 15 de mayo, voy a ir a comprar mi anillo nuevo. Iré al taller sobre las dos, me llevaré algo de comer. Estaré ahí toda la tarde. Saldré sobre las diez. Si no me entretengo y me tomo una cerveza con Dani, me iré a casa.

Mis dudas del día de ayer:

No sé si puedo coger el cuenco con las manos para beber agua o tiene que ser directamente del cuenco, ayer utilicé las manos. ¿Puedo echar en el cuenco de la bebida algo que no sea agua?

Puse una alfombra de baño en el suelo de la cocina para comer, en esa zona tengo azulejo y tengo miedo de coger alguna infección por sentarme desnuda sobre el suelo frío. No sé si tengo permiso o no, pero si no lo permites lo quitaré.

También compré un collar de perro chulísimo en el centro comercial. ¿Puedo usarlo o prefieres que siga usando el del centro de acogida?

Iré escribiendo en estos días el diario, así cuando nos veamos puedes ir corrigiendo y dándome pautas. Por cierto, ¿el no sentir el dolor incluye aunque presione? Ya no siento el dolor de ayer, pero tengo unos enormes moratones negros en el culo y en la espalda qué si los toco me duelen, y tengo un par de costras de haber sangrado. Sigo echándome la crema cicatrizante e intento hidratar las zonas para que sanen cuanto antes y puedas seguir usando a tu puta.

En mi móvil pone que son exactamente las 8:30. No sé cómo lo pondrá en el tuyo, espero que coincida. Si no es así, no querría que lo tomases como falta mía...

Creo que está todo.

Te deseo un buen día, Amo Kayser.

José Ángel lee el mensaje con una gran sonrisa interna, se siente super contento con su nueva adquisición. Hasta ahora su relación con las sumisas estaba más en una línea paternalista: *tengo que explicarte cómo comportarte... Así es como lo debes hacer... Hay que pedir permiso para hacer esto...* más en plan amo educador. Por otro lado, era totalmente lógico, ya que ninguna superaba los veinticinco y la mayoría eran bombones que tras leer *50 Sombras de Grey* buscaban un Sugar Daddy que las follara duro. El problema llegaba cuando subía el nivel en las prácticas sadomasoquistas. Tarde o temprano acababa viendo a alguna sufrir de verdad, lo que le hacía sentir culpable, y la relación dejaba de funcionar.

También tenía su puntito de morbo: ver a las chicas como colegialas, esforzándose por aprender y asustarse cuando dudaban si tenían que preguntar exactamente cómo era la orden, sobre todo con los pequeños detalles de las instrucciones... Ese es su juego favorito: las instrucciones con trampa, no terminar de especificar la instrucción para que ellas se vuelvan locas pensando qué podría significar y cómo deberían tomárselo... con boca sucia era diferente. Esa sumisa lo tiene todo interiorizado, él solo debe marcar el camino y, ciertamente, se la ve feliz siguiendo su pauta. Algo que le llama enormemente la atención, y aún es incapaz de comprender, es cómo es capaz de hacer esas mamadas tan espectaculares, cómo siente lo que él necesita a través de la lengua. Le saca las tensiones desde el fondo de los pies hasta los dedos de las manos... como si le diera la

vuelta del revés cada vez que le succiona la polla. Esa boca va a ser su gran inversión. *Esa puta boca sucia vale oro. Solo hay que darle lo que necesita, y dará su quinientos por cien.*

[15/5 9:00 AM] Amo Kayser: Buenos días, boca sucia. Espero que hayas descansado.

En cuanto a las dudas, sí puedes coger el cuenco para beber. No puedes echar en ese cuenco nada más que agua. De momento la alfombra está bien. Mándame una foto de los collares que tienes y yo elegiré cual te pones en cada momento y sí, el dolor incluye aunque te presiones. Debes no sentir nada para que yo te dé nuevas instrucciones de dolor, no quiero que se me estropee mi juguete nuevo solo por el ansia de querer jugar. Miraremos el sábado lo de los relojes, me ha llegado tu mensaje a las 8: 32. De momento el tema de compras es libre, elige lo que más te parezca siempre y cuando sean para servir mejor a tu Amo.

Pasa un buen día y cuídate.

José Ángel termina el café y marcha a trabajar, ya llega tarde. Hoy le espera un día intenso. Ha quedado a las once a desayunar con Seuba y unos clientes para ultimar los detalles de un contrato importante y debe prepararse mentalmente. Cada vez le cuesta más fingir amistad con su mentor.

Cuando entra por la puerta de cristal, ve que su compañero acaba de llegar y está preguntando algo en el atril de la entrada a un camarero.

—Buenos días, caballero. Perdona el retraso... estaba hoy la Castellana insoportable.

Seuba se gira sorprendido. José Ángel aprecia como se le ilumina la cara al verle y la sonrisa de oreja a oreja.

—¡Ehh! ¡¿Qué pasa, cabrón?!

Se dirigen el uno hacia el otro con los brazos ahuecados para fundirse en un abrazo, con palmaditas en la espalda incluidas. Hacía muchos meses que no se veían y, cuando lo hacían, apenas era para intercambiar unas palabras de trabajo en algún pasillo. Seuba era un tipo clave a la hora de conseguir nuevos proyectos y la junta directiva lo mimaba con grandes primas y succulentos regalos. Tenía las tres cosas más importantes en la vida para triunfar: pasta, olfato y contactos. José Ángel no era más que un jefecillo del equipo de diseño y su obligación era tratar con él cuando asomaban nuevos proyectos.

—¡Joder, la vida te trata bien...! —Seuba golpea con la mano abierta el brazo de su amigo repetidamente. Acusa con la mirada la barriga, que a duras penas intenta esconder bajo la americana—. ¿Cómo te encuentras, perro?

—Ya ves, la edad no me da tregua. En cambio, a ti te está sentando bien tener al diablo de tu parte —ambos ríen sonoramente—. Quién llegara a donde estas tú... y con la salud que tienes —extiende el brazo a modo de invitación hacia una mesa en la que hay esperando dos personas—. ¿Nos sentamos? Ya llegaron los demás.

José Ángel observa a aquel curioso hombre mientras van pidiendo el brunch a la camarera. La verdad, nunca dejó de admirar su capacidad de sacarle los colores a las jovencitas, incluso ahora, con la cosa más simple del mundo como pedir tres desayunos ingleses... *¿Qué podría ser... ¿su bisnieta?* Intenta hacer cuentas de cuántos años podía tener. *Ha llegado a los setenta, hijo.* Él ya lo conoció mayor, y con varias esclavas.

Madrid, marzo de 2007

Todo surgió a partir de una reunión en la que una marca importante de hoteles pidió presupuesto a la empresa para la que trabajaban. Seuba era entonces el mejor interlocutor a la hora de pactar los grandes tratos de empresa fuera de la mesa de negociación. Siempre se ha dicho que se llega antes a un buen acuerdo en una casa de putas que en un banco, y Seuba era el hombre perfecto para ello.

De esa forma, se encontraban a las tres de la mañana en el Crystal aquellos seis franceses con los trajes descompuestos, las corbatas atadas en la frente, borrachos y metiendo billetes en los sujetadores a las señoritas que los acompañaban.

Seuba le hace una señal a la camarera para traer otra ronda de cubatas. Se acerca al oído de José Ángel y le confiesa...

—Estoy deseando salir de aquí ya y dejar a estos gabachos que se vayan al hotel a dormir la mona. Estas señoritas son preciosas y todo lo que tú quieras, pero no le llegan ni a la suela de los zapatos a mis putas.

—¿Tienes putas? —preguntó José Ángel divertido—. Joder con el ricachón.

—Mejor que eso, esclavas.

—¡Venga ya! —se ríe José Ángel sonoramente—. ¡No me jodas! ¿Y las tienes encadenadas en casa o qué?

—Sí —la camarera trae las bebidas y Seuba levanta su copa en señal de brindis hacia ella—, a la pared del sótano de mi casa y con grilletes. En este puto momento están ahí, esperando a que

llegue su Amo —levanta las cejas repetidamente— de una cena de negocios.

José Ángel borró de golpe la sonrisa de la cara. Se apartó ligeramente, ¿ese hombre le estaba diciendo que hacía trata de mujeres? Seuba se da cuenta de lo que le pasa por la cabeza a su amigo en ese momento y lo tranquiliza.

—Eh, no es lo que piensas. No abuso de ellas, son ellas las que lo buscan —la cara de José Ángel parecía decir “sí, mis cojones treinta y tres” y Seuba se vio en la obligación de terminar su confesión—. Vale, espera. ¿Nos quitamos a estos de encima y nos vamos a un sitio más tranquilo a charlar?

Se levantaron del sofá y, justificando con gestos a los franceses una llamada de teléfono, se fueron con las copas a la barra. La música ahí no sonaba tan alta. Las chicas se quedaron jugueteando con los demás en el salón privado. Seuba levanta la tapa de su pequeño Alcatel, se ajusta las gafas y busca algo entre las teclas del pequeño cachivache. Al ratito le enseña en la diminuta pantalla una imagen de dos chicas desnudas, calvas, de rodillas mirando al suelo.

—Estas son mis nuevas putas. Las marqué hace ya dos años... bueno, a una un poco más tarde. Te puedo asegurar que no vas a encontrar dos perras más felices en este mundo —la cara de José Ángel le sigue transmitiendo incredulidad—. ¡Joder, sigues sin creerme! ¿Conoces el BDSM?

—No —respondió José Ángel con tono tajante.

—Sin embargo, por lo que me has contado, en el sexo eres de correa fácil...

—Mmmm sí, pero no todas se dejan —respondió José Ángel en un tono hastiado.

—Joder, lógico, porque no has sabido buscar en los círculos adecuados. Allí en Barcelona esto está mucho más normalizado —levanta el cubata ofreciéndole brindar, José Ángel le responde escéptico chocando los vasos—. ¿Sabes? Creo que puedo hacer de ti un gran amo.

Madrid, 15 de mayo de 2018

La reunión fue como se esperaba. Seuba estuvo a la altura, como siempre. Ese hombre era capaz de negociar lo que fuera con quien fuese.

Tras el brunch y la despedida formal con los futuros clientes, se quedaron ellos dos un rato más, ultimando el contrato para los abogados y terminando la botella de espumoso que pidieron con los desayunos ingleses. Tras los últimos retoques de estilo y enviados los mails pertinentes, Seuba pliega su i-phone por la mitad y se lo guarda en el bolsillo interior de la americana.

—Bueno, dejemos ya el trabajo —le rellena la copa a su pupilo—. Cuéntame cómo te va la vida, pequeño padawan. Desde que dejaste La Catedral, se te tragó la tierra del BDSM. ¿Te volviste vainilla o qué?

—No, que va —responde José Ángel sonriendo—. De hecho, acabo de hacer una compra.

—Uuuh... ¿un nuevo coñito al que corromper? —la mirada de Seuba cambia radicalmente a la de un depredador y observa a José Ángel con hambre en la mirada—. Cuéntame más. Empieza por su edad...

—Bueno, no es exactamente lo que he tenido hasta ahora. En realidad, es lo opuesto a lo que he tenido hasta ahora.

—¡Ostias, ¿te has ido al lado oscuro?! Bueno, un efebo bien cuidado siempre te puede hacer una mamada de órdago.

—¡No! No, no... —José Ángel se ríe por el curioso malentendido que han provocado sus palabras—. No es un hombre, es una sumisa, pero de mi edad. Bueno, le llevo unos tres o cuatro años, creo.

A Seuba se le abren los ojos, tanto que José Ángel teme que se le caigan al plato.

—¿Has comprado una gallina? —preguntó Seuba con incredulidad—. ¿Pero te ha dado un ictus? ¿Para qué haces eso?

—Pues la verdad, tuve mis dudas al principio... pero hasta ahora no me ha ido mal con ella.

—Pero ¿no has aprendido nada o qué? ¿A quién se le ocurre pillar una puta de segunda mano, pudiendo costearse un descapotable nuevo? —le reprendió Seuba, entonces su expresión mundo y sonrió burlón—. Ah, coño. Es eso, necesitas pasta... ¡Pero dímelo, joder! La nieve puede llegar a acabar con la paga de un año... lo entiendo, pero no hacía falta llegar a eso...

—Que no, que no es eso —respondió José Ángel.

—Pues no lo entiendo, chaval.

—Hace unos meses me llegó la historia de una especie de local de reciclaje de bottoms. Una protectora de mascotas, lo llaman. La directora es una tal Ama Lucía, estuve hablando...

—¡Venga ya, no me jodas! ¿La Puta de Calcuta? —Seuba suelta una carcajada—. ¿Qué me estás contando? ¿Esa loca defensora de las almas tristes? Jo, macho. Sinceramente, me decepcionas. Es como irse al rastro a comprar zapatos italianos —niega con la cabeza—. Ay, madre... Sabía que irte del club te jodería la vida.

José Ángel está cada vez más incómodo. Se arrepiente de haberse sincerado con su mentor, a quien cada vez ve más desconectado de él. Seuba tiene la capacidad de hacerle sentir como un crío con malas notas delante de su padre. Se muerde la lengua para no contestarle, pero por dentro le grita y le escupe a la cara el terrible error que fue entrar en la puta Catedral e intentar convertirse en alguien como él. Visiblemente tenso, se bebe de un trago su espumoso.

—Piensa lo que te dé la gana, pero me apetece probar con ésta. Estoy contento con mi compra —mira su reloj de pulsera—. Tengo un poco de prisa...

Seuba se da cuenta de que si sigue así va a perderlo, intenta tomar un tono más conciliador.

—Vaaaale... No me reiré más. No te marches, por favor. ¡Joder! Es que me has sorprendido, compréndeme. Ponte en mi lugar. ¡Ninguna de nuestras putas ha llegado a los treinta! Es de primero de Amo: las gallinas para el caldo. Nosotros somos la puta élite, solo necesitamos coños nuevos. A ver, cuéntame más de tu puta. ¿Cómo ha sido la compra?

José Ángel, un poco más relajado, le va contando toda la historia de cómo llegó a conocer a 2364, el sistema de selección de la Protectora... y las pocas vivencias comunes que han vivido hasta ahora como Amo y sumisa. Seuba comienza a intrigarle todo aquello. Ese submundo hippy en el que también existía el mercadeo de sumisas de bajo coste y segunda mano, en las antípodas de la manera de actuar en La Catedral. Aunque, cuanto más escuchaba a su pupilo, más se daba cuenta de que, de alguna manera, siempre supo que no estaba hecho para ser un Amo digno de los miembros del club.

—Vaya, vaya... ¿Sabes? Creo que conoces a esa Ama Lucía. ¿Recuerdas la feria de esclavas de Barcelona hace unos años? Tuve un encuentro desagradable con ella por desechar a una que tenía el culo caído...

José Ángel intenta hacer memoria de aquel día, pero estaba demasiado colocado y solo atina a la hora de recordar cosas sueltas. No, definitivamente no se acuerda. Se lo hace saber con una mueca.

—Nah, es igual. La muy imbécil me llegó a insinuar que mi vida era frívola y superficial y le ofrecí amablemente que se fuera a tomar por el culo, que yo hacía con mi dinero lo que me salía del rabo y que, si no compraba una esclava porque tenía el culo caído, se la quedara ella. Puta defensora de las almas perdidas... Desde entonces la llamamos “la Puta de Calcuta”. Lo que no sabía es que había montado una ONG... En fin... Por cierto, ya queda menos para el uno de junio. Nunca olvido la fecha de tu cumpleaños. Tienes la mala suerte de haber nacido al morir mi madre. ¿Qué tienes pensado? ¿Por qué no montas una fiesta y nos haces la presentación oficial de tu perra?

—No lo he pensado, la verdad.

«Una puta mierda», se dice José Ángel. Claro que lo había pensado, y era una malísima idea... lo que menos le apetecía era tener a aquel hombre fichando y probando a su boca sucia, pero le debía tanto... Su mentor siempre había compartido de buen gusto a las esclavas, aunque le hiciera heridas y las reventase. Las cambiaba y punto, sin reproches ni enfados. Ahora no podía decirle que no.

—Entonces, ¿marcamos ese fin de semana en el calendario?
—insiste Seuba.

—Claro, ya veremos qué hacemos... —José Ángel vuelve a mirarse la muñeca—. Ahora sí, en serio, me tengo que retirar —

empieza a hacer movimientos como de recoger e irse. La camarera se acerca—. Esto lo anotas a la cuenta de la empresa.

La camarera hace un gesto de asentimiento, al tiempo que se pone roja como un tomate y sonrío tímidamente a su acompañante. Le guiña un ojo, zalamera. José Ángel pone los ojos en blanco... *es increíble*.

Se despiden ya en la puerta ambos con otro abrazo, aunque esta vez, al contrario que el de la mañana, más protocolario que cariñoso. Seuba se da cuenta de la tensión y se separa de su amigo, le sonrío conciliador.

—Vamos, hombre. No te enfurruñes. Perdona por ser tan cabrón, ya me conoces. Te quiero como a un hijo, ¡sí te criaste a mis pechos! —José Ángel sonrío de medio lado al oír esa expresión— ¿Ves? Esto es otra cosa —Seuba se lleva el pulgar y el meñique a la cara—Vamos hablando de tu cumpleaños, y ya sabes, si necesitas pasta o “material didáctico” me das un toque.

Se separan y se levantan el brazo a modo de última despedida al alejarse en el semáforo. José Ángel, ya más relajado, cruza la calle y entra al edificio de la empresa.

Una vez dentro del despacho, completamente solo, mientras prepara la reunión con la junta directiva para transmitirle lo acordado aquella mañana en el desayuno, José Ángel nota un intenso ardor en la boca del estómago. Mientras saca un antiácido del cajón de la mesa se compromete consigo mismo a cortar cuanto antes cualquier lazo con ese hombre.

Madrid, 16 de mayo de 2018

—Buenos días, preciosa —saluda Almudena—. Pasa y siéntate. Termino con este paciente y te hago pasar.

Laura se siente extrañamente cómoda en aquella sala de espera. No es que estuviera bien decorada, apenas un par de posters mal pegados por las paredes con información sobre el maltrato de género, bulling y publicidad de las terapias y coaching que ofrecía la cooperativa. Encima de la alfombra verde césped, una mesa de cristal y bronce de los años cincuenta, y sobre esta una cestita cuadrada hecha de palos de polo llena de caramelos de regaliz. A su lado, dispuestos en abanico, una pila de varios ejemplares de la revista *Perdiz y tu mente* bajo la gran ventana de madera. El hecho, además de que el techo fuese tan alto, típico de las casas del Madrid de principios del siglo pasado, es que le daba una sensación extra de vacío mal conservado.

El sentimiento de confort que ella sentía, que estaba claro que no era por aquella sala, se daba más al hecho de que ese frío lugar había sido el protagonista de su encuentro consigo misma. Ir a terapia durante aquellos años había supuesto para ella una válvula de escape para toda su frustración acumulada desde la infancia, sumado a la baja autoestima y el deseo de autodestrucción.

Aún recuerda esos primeros días en los que acudir a la consulta era tan necesario que apenas entraba por la puerta, con la lágrima enganchada al ojo por no salir fuera de lugar, se descargaba apenas tenía a Almudena delante. Aquel “Hola, como est... ¡Buaaaaah!” que recordarían años después las dos entre risas... Laura decía siempre que entraba a la terapia como el que entra a casa cuando te llevas meando como loca quince minutos antes.

Hoy todo era diferente

—¿Laura? —la cabeza de Almudena asoma por la puerta—.

Ya puedes entrar.

En cuanto cierra la puerta del despacho, Laura se acerca tímidamente con los brazos abiertos.

—¿Te puedo dar el abrazo ahora?

Almudena suelta una carcajada.

—No, el abrazo es al final —sin dejar de sonreír, Almudena le ofrece asiento en el sofá— Ya veo que estás feliz.

—Feliz es poco... Verás... teníamos un montaje en La Zarzuela —Laura se sienta en el sofá, aparta su bolso y se quita la chaqueta. Mecánicamente y sin parar de hablar ni un segundo, se sirve un vaso de agua, coge tres pañuelos de papel del dispensador y un caramelo de regaliz, que desenvuelve y se mete en la boca—. Yo iba el día de la subasta con la camioneta, cuando un gilipollas con un Audi se me mete por la derecha...

Laura le cuenta con pelos y señales, hasta revisa un par de veces su diario por si algún detalle se le pasaba por alto, la aventura con José Ángel (“Es que me dijo su nombre, ¿sabes?, pero porque le di primero el mío...”) desde el incidente de la camioneta hasta el último wasap enviado minutos antes, incluidas la sesión, las instrucciones y las conversaciones diarias.

Almudena va escuchando atentamente a aquella mujer relatar nerviosa la historia más excitante del mundo, apuntando de vez en cuando en su cuaderno pequeñas ideas, que podrían ayudar en el proceso de la terapia. Es lo bueno de conocer el mundo BDSM: hay que distinguir bien cómo cuenta cada persona sus vivencias y saber diferenciar la sintomatología de un paciente maltratado de uno que ha vivido una sesión sadomasoquista, cuando alguien llega

a la consulta con claras evidencias de agresiones físicas, algo que choca frontalmente con la moral de los médicos no conocedores de las prácticas. Esto ocurre tanto en medicina general como en las ramas psicológicas.

—¡Vaya! —Almudena habla mientras escribe en su cuaderno—. Entonces por lo que comentas, ¿te hace sentir bien con lo que hace?

—Es que no sé realmente lo que hace... Pero me siento plena, satisfecha y querida como nunca... Es la persona menos cariñosa del mundo, te lo juro. Es frío, poco sensible, pero no hasta el punto de hacerme sentir mal, sino que, de alguna forma, me pica para que yo dé más de mí. No demuestra cariño, pero a su manera me demuestra que me quiere y que se siente orgulloso de mí.

—Vale, eso está bien. Entonces... me has contado... —Almudena mira sus notas, concentrada— que ya habéis tenido una primera sesión y, según cuentas, el nivel fue alto ¿Cómo lo viviste internamente? ¿Te sentiste herida o maltratada en algún momento?

—¡No, al contrario! —respondió Laura con fervor—. Me sentí cuidada, valorada y querida desde el primer segundo. Creo que él tiene un nivel de sadismo muy alto y espera que llegue a él. Supongo que su intención es poder desahogarse plenamente sin preocuparse por mi nivel. Estoy segura que soy capaz de llegar, aunque sé que necesitaré tiempo. Pero es increíble, es como si se metiese dentro de mi cabeza, parecía saber cuándo necesito un nivel más alto o un dolor mayor sin que yo le diga nada... y al contrario también, las dos o tres veces que me he visto saturada, en seguida ha bajado el ritmo. Me daba aire, me ha llevado al límite de casi decir la palabra de seguridad, pero no hizo falta porque lo intuía y paraba, y luego intensificaba el dolor... Hubo un momento que hasta nos picamos

y nos medimos la fuerzas, ¡fue la ostia...! Y con las instrucciones...
—Laura abre mucho los ojos— ¡¡Uf!! Consigue que le tenga en mi cabeza todo el tiempo... ¡Estoy mojada todo el día por su culpa!

Ríen las dos abiertamente.

—Me alegra verte tan bien, pero recuerda que estáis en el principio de una relación y es lógico ese sentimiento de euforia. Siempre hay un momento de euforia que luego, con el paso del tiempo, da lugar a la normalidad, lo que hace que parezca un bajón sin serlo realmente. Tenlo en cuenta, ¿de acuerdo?

—Sí, sí, lo sé... pero de momento no me importa. Disfruto de esta felicidad, y si me da el bajón... Te tengo a ti... ¿no? —Almudena vuelve a reír—. ¿Qué? ¡Es verdad!

Apenas unos segundos de silencio, en que Laura suspira mirando hacia el infinito, hace que Almudena vuelva a mirar de reojo sus notas.

—¿Y tu familia?

—¡Ufff! —Laura cierra los ojos. Siente como un jarro de agua fría en la cara. Se pone seria de golpe—. Pues no sé, supongo que bien... ¡Ah! Mi hermano se casó hace unas semanas.

—¿Y...? —pregunta Almudena, expectante—. ¿Fuiste?

—No, y le deseé todo lo mejor del mundo... le quiero mucho, ¿sabes? Pero se lo dije por wassap. No tuve los cojones ni de llamarlo por teléfono, menos aún verle, y eso que vive a diez minutos de mi casa.

Laura se queda pensativa unos segundos mirándose el esmalte negro de las uñas. Ninguna de las dos habló. Finalmente, viendo que Almudena no tenía intención de hacerlo, ella vuelve a romper el silencio.

—Es que aún no quiero enfrentarme a la gente... ¿sabes? Todos de alguna manera saben... lo que soy, y no quiero dar explicaciones. Mi divorcio fue traumático para todos. Y ya hace años de aquello,

¿eh? Pero mi madre no me perdona como traté a Luis. En cierta manera yo tampoco me lo perdono.

—¿Por qué dices eso?

—No sé... en el fondo sabía que ver aquel mensaje le sentaría como una patada en las pelotas... y no me importó —Laura centra su mirada en una de las pequeñas lamas del parqué mientras se araña el esmalte de las uñas hasta desprenderlo—. Lo provoqué porque no pude de decirle a la cara que me había equivocado casándome con él. Nunca me enfrento a nadie, me como la mierda de los demás y cuando me toca a mí soltar la mía... ¡También me la como! ¡No es justo, joder!

Laura deja caer las lágrimas que lleva reteniendo un rato. Almudena no dice nada. Tras unos segundos, Laura consigue materializar lo que siente en palabras.

—No puedo... ¡Aún no puedo verlos! Me van a juzgar, lo sé. Nunca fui ni la mejor hija, ni la mejor hermana, ni la mejor mujer... Todos esperan de mí lo que nunca he podido ser, y eso es frustrante de cojones —Laura se seca la cara con el burruño de clínex que lleva en las manos. Coge otro pañuelo de la cajita, se suena los mocos y, con el mismo papel, se termina de secar las lágrimas. Tira el papel a la papelera como para hacer tiempo. Está visiblemente incómoda y quiere que termine la sesión cuanto antes... sabe que queda poco para concluir la hora, así que decide cambiar de estrategia. Coge un caramelo de regaliz... Sonríe maliciosa y lo desenvuelve.

«Me gustan mucho... ¿sabes? He visto en el Ahorra Más de mi barrio unos iguales... En cuanto pueda, te compro un paquete para que no te falten.

Almudena le devuelve la sonrisa y cierra su cuaderno de notas, señal firme de que ya ha pasado una hora y, por tanto, la sesión finalizaba. Mira la agenda y busca un día con la punta del boli.

—¿Quieres que nos veamos en... quince días?

—Sí, por favor... —responde Laura enseguida, casi como una súplica—. ¿Me he ganado el abrazo ya?

—Claro que sí —Almudena se levanta y abre los brazos—. Ven. Ambas se abrazan.

—Gracias... gracias, gracias —dice Laura sin soltar el abrazo, pegada a su hombro. Se separan y se miran a los ojos—. Jo, eres más maja...

—Gracias a ti. Tú también lo eres.

Laura sonrío de medio lado haciéndose la interesante. Con los dedos pulgar e índice forma una L y haciendo el gesto como de disparar le contesta:

—Jeje... de nada, muñeca...

Almudena suelta una carcajada.

—Qué teatrera eres, jodía. Nos vemos en quince días. Empieza a rascar en tu familia... que ya no te voy a dar tregua, ¿eh?

Laura se marcha hacia la puerta como un crío se acerca a la ducha. No le gustaba un pelo hablar de su familia...

—Vaaaale...

Madrid, 18 de mayo de 2018

MENSAJE DE 2364: *foto*

En la mesa del despacho la pantalla del móvil de José Ángel se ilumina. Comprueba la hora, 07:15 PM. Sonríe, sabe lo que es... y le encanta.

Ya se ha convertido en rutina y, para ser sinceros, no lo está haciendo nada mal. Habrá que comprobar los relojes de ambos porque siguen teniendo tres minutos de diferencia, pero de momento todos los días salvo un par de veces, acompañadas de sendos castigos, ha cumplido puntual cada instrucción. José Ángel da por supuesto que se hace la foto previamente en algún lugar privado y, cuando llega la hora convenida, la envía. No es precisamente lo que quisiera, la idea era que se hiciese la foto en el momento, estuviera donde estuviese, y con la gente que tuviese delante, pero de momento no quiere presionarla más. *Que se confíe, ya iré tirando poquito a poco de la correa.* Sabe que el exhibicionismo con gente vainilla es una de sus líneas rojas, así que en ese tema irá despacio.

Eso le lleva al siguiente pensamiento: la presentación de su boca sucia entre su círculo BDSM, que no es muy amplio, pero quiere que la conozcan. Su fiesta de cumpleaños podría ser el momento idóneo. Una gran fiesta con un chorro de juguetes, con mucho, mucho vicio, comida, bebida, y grandes dosis de BD, DS y SM (Bondage y Disciplina, Dominación y sumisión, Sadismo y Masoquismo). Además, sería su primera fiesta fuera de La Catedral y sería mucho menos estresante.

El único problema era Seuba. Él era el continuo recuerdo de algo que necesitaba olvidar.

Lo quería como a un padre. Fue su mentor, su protector, quien le enseñó las bases y la esencia del sadismo y de la dominación, además de ayudarle a escalar puestos y conseguir grandes contratos dentro de la empresa.

Pero le ahogaba, le exigía tanto control que a menudo perdía los papeles y le daban arranques violentos, que descargaba siempre con sus sumisas, lo que lo convertía en una persona bastante

inestable y descontrolada. Intentaba justificarlo alegando que era un amo sádico y que las sumisas nunca estaban a su altura, aunque en su intimidad se odiaba por herirlas y se juraba una y otra vez que no volvería a ocurrir.

Aún se pregunta qué fue lo que hizo que aquel curioso tipo decidiera un buen día adoptarlo y tomarlo de pupilo. Por supuesto, en cuanto vio el tipo de vida que llevaba y los círculos que frecuentaba se dejó querer, aceptando de buena gana ser el joven aprendiz de amo a quien siempre llevaba a sus sesiones y fiestas organizadas en La Catedral.

La Catedral podría decirse que era (lo sigue siendo, aunque para José Ángel forme parte del pasado) uno de los más selectos y exclusivos círculos privados del BDSM de Madrid. Una versión made in spain del exclusivo y super selecto club sexual Snctm.

Para formar parte del club, aparte de los diez mil euros de cuota anual, el procedimiento era bastante parecido a su versión americana: una ceremonia de iniciación, donde los miembros, tras ser aceptados por el consejo de veteranos, firmaban un contrato de sangre, un acuerdo de confidencialidad y se comprometían a salvaguardar los valores heredados de las viejas glorias del BDSM, los rituales y sus consignas, con un riguroso y exquisito protocolo tanto de vestimenta como de comportamiento, donde la jerarquía y el orden de entrada se respetaba con escrupulosidad. Los miembros más antiguos eran los que tenían la última palabra con respecto a la admisión de los miembros, así como de las señoritas sumisas, quienes podían en algunos casos entrar gratis a cambio de pasar un exhaustivo examen de inspección previo: medidas, tamaño y tersura, tanto de los pechos como del culo, edad y posición económica.

Ahí se juntaron grandes empresarios, miembros de la nobleza, herederos ociosos de oscuros caprichos, futbolistas y,

desgraciadamente, más de un político que podía permitírselo gracias a las primas y los “favores extracurriculares”. En total los miembros podrían contarse en unos sesenta, siempre intentando no superar el número. En la actualidad también cuentan con la participación de amas, pero al principio, allá por los años cincuenta y en un entorno donde las mujeres no eran precisamente prolíficas, si alguno tenía la fantasía de ser sometido o incluso penetrado o con tendencias “sodomitas”, era una de las sumisas la que jugaba el rol de dominante. Afortunadamente, poco a poco, y tras eternos y muy tensos debates, sobre todo entre los miembros más veteranos, se permitió la entrada de amas, así como aceptar las opciones homosexuales de sumisión.

Para cuando aceptaron a Javier Seuba, éste ya contaba con cierta fama dentro de los círculos del sadomasoquismo madrileño y poseía uno de los locales nocturnos más exclusivos de la capital. Precisamente, gracias a su entrada, su local pasó a ser la sede de La Catedral durante algunos años. No era de los miembros más selectos, su patrimonio no era como para derrochar a aquellos niveles, pero se podía permitir el capricho. Su gran carisma y su morbosa imaginación a la hora de organizar fiestas y actividades acabaron haciendo de él un personaje indispensable dentro del club.

Un juego que proponían a menudo era el de reproducir las viñetas antiguas de las grandes orgías palaciegas del Marqués de Sade, con las que nuestros viciosos abuelos recreaban sus perversiones. Se escogía una estancia y se ambientaba toda la escenografía, se compraban trajes, se montaban poleas, columpios y hasta jardines, lo que hiciera falta para recrear la viñeta con total exactitud. No reparaban en gastos.

También se celebraban subastas de esclavas, quienes tras firmar el consentimiento previo (también con sangre) pasaban a

formar parte de quien pujaba más alto. Seuba nunca se perdía una. Las estudiaba, las medía y las probaba a conciencia antes de comprar. Siempre tenía dos en su poder y las iba renovando, bien mediante cesión o revendiéndolas, conforme se iban estropeando o se acercaban a los treinta años. Esta condición también se añadía a sus contratos de esclavitud, con lo que, cuando ocurría, la esclava debía asumir su cambio de dueño. Era muy estricto con el tema físico: para él, una esclava debía tener como cualidad indispensable el placer del amo, así que consideraba un placer la contemplación del cuerpo perfecto. No tenía ningún escrúpulo en cambiar de perra si veía algún signo de fealdad que no fuese provocado por él.

De igual manera, para Seuba el protocolo era básico. El trato debe ser el correcto, las posturas, los movimientos o la manera de servirle. Era un gran amante de la cultura japonesa, adoraba la dedicación y el duro trabajo de las chicas niponas que optaban a ser una buena maiko. La pena era que ninguna de las sumisas que adoptaba llegaba al nivel que él exigía y acababan marchándose por pura presión, así que su solución fue comprar esclavas. De esa forma, si tenía que invertir en ellas pagándoles cursos de música, gimnasios o lo que fuera para conseguir lo que quería, no reparaba en gastos. Con una esclava se aseguraba la inversión y la obediencia, además, una vez que se deshacía de ellas se revalorizaban al revenderlas en las subastas de esclavos.

Al principio, a José Ángel le encantaba todo aquello. Realmente era el sueño de cualquier hombre: disponer de un harem de señoritas desnudas, felices de servir y con las que hacer realidad las más oscuras fantasías. Le fascinaba todo el juego de máscaras, antifaces, correas... dignos del más turbio capítulo del Marqués de Sade.

Lo malo era que aquel interés por el protocolo y las formas por parte de su mentor no solo era exigido a sus chicas, sino que

lo fue traspasando también a su pupilo, quien sufría un gran estrés para contentar a su mentor cada vez que adoptaba una sumisa. José Ángel debía presentar a sus sumisas en el club y hacerlas pasar por el “control de calidad”. Si algo fallaba o no era del agrado de Seuba, lo reprendía duramente por no ser lo suficientemente duro y al final, frustrado por haber sido “un mal amo”, terminaba descargando su rabia a golpes contra sus sumisas, lo que llevó a una serie de episodios de violencia y malos tratos que le llevó al límite y acabó pasando una noche en comisaría.

Después del incidente, del que no contó nunca nada a nadie, y tras entregarle a la chica en cuestión una gran suma de dinero para que retirara la denuncia, se juró a sí mismo que jamás volvería a La Catedral y no seguiría la senda de Seuba. Él sí que era feliz en ese ambiente. Estaba hecho para ello, formaba parte de aquella “Vieja guardia” en la que la línea divisoria ente la dominación sexual y la dominación real era fina como un cabello; pero José Ángel no encontraba su lugar. Tendría que buscar su propio ser dominante.

Poco a poco fue alejándose de todo aquello. La relación con su mentor fue enfriándose, aunque al trabajar para la misma empresa el contacto era obligatorio, se esmeraba porque el trato entre ambos siempre fuera cordial.

Su boca sucia era la prueba del cambio, la herramienta que le iba a permitir sacar lo mejor de sí mismo. A través de ella debía buscar su dominante interior, aprovechar todo lo que había aprendido de su mentor y adaptarlo a sí mismo y preguntarse: *¿qué busco con ella?, ¿cómo puedo hacerla feliz sirviéndome y qué necesito de ella para yo ser feliz...?*

Vuelve a mirar su iphone y abre el mensaje de su sumisa.

[18/5 07:15 PM] 2364: Buenas tardes, Amo Kayser. Te envío la foto requerida.

[18/5 07:30 PM] Amo Kayser: Buenas tardes, boca sucia, gracias.

[18/5 07:31 PM] Amo Kayser: He estado evaluándote estos días. Aún me queda por leer el diario, pero tal y como he visto tus resultados y el cumplimiento de las instrucciones, he valorado el esfuerzo que estás haciendo por seguir siendo mi sumisa, así que creo que te has ganado el derecho de conocer la casa de tu Amo. Te paso la ubicación para que puedas venir esta noche.

[18/5 07:31 PM] 2364: ¿En serio? ¡Mil gracias, Amo Kayser! Me hace muy feliz. En cuando termine el turno, marchó para allá. ¿Te aviso antes de salir o prefieres que esté ahí a una hora determinada?

[18/5 07:33 PM] Amo Kayser: No te preocupes, ven cuando puedas. Avisame antes de salir para estar pendiente, con eso es suficiente.

[18/5 07:33 PM] 2364: Así lo haré, Amo Kayser. Muero de ganas de volver a tus pies.

[18/5 07:33 PM] Amo Kayser: Más te vale. Luego nos vemos, princesa. Sigue trabajando.

[18/5 09:38 PM] 2364: Amo kayser... quisiera pedirte algo. ¿Hace falta que pase por casa a asearme o me permites que lo haga allí cuando llegue? Tengo tantas ganas de verte que no quisiera perder ni un segundo... ya pillé antes de venir la maleta con todas las cosas que me pediste en la última instrucción y no necesito pasarme para nada más.

[18/5 09:38 PM] Amo Kayser: ¡Jajajaja! Que sepa usted, señorita, que la impaciencia no es una de las virtudes que espero de mi puta, pero por ser nuestro segundo fin de semana, te lo voy a permitir. Tengo que reconocer que yo también te tengo ganas, y no pocas precisamente.

[18/5 09:38 PM] 2364: UFFFF... Gracias, gracias, gracias...

—¿Pero qué cojones...?

El espectáculo que tiene delante de sí José Ángel en su porche al abrir la puerta bien valía aquella reacción.

Laura se encuentra de pie, maleta en mano, con el pantalón negro de trabajo, la camiseta de manga corta y el pelo lleno de polvo y pintura. Su cara luce la más feliz de las sonrisas, acompañada de grandes manchurroneos negros bajo la nariz y en las sienes, señales de haberse restregado con aceite o lo que coño fuese que había estado usando en el taller.

—Buenas noches, Amo kayser —dice Laura feliz como una cría.

—¿Buenas? Así tu no entras ni de coña en casa —a Laura se le borra la sonrisa de golpe— Desnúdate.

José Ángel cierra de un portazo y sonríe de purísima maldad, su puta acaba de darle la excusa perfecta para jugar esa noche. Se dirige al lavadero, agarra un estropajo de aluminio y el cubo de la fregona, que llena con agua fría y jabón en polvo de la lavadora. Vuelve a abrir la puerta de la entrada, donde se encuentra ella desnuda, esta vez de rodillas, mirando al suelo, con el collar de calaveras.

Le planta el cubo de un sonoro golpe enfrente de ella.

—Ahí tienes. ¿Tenías prisa por verme? Pues ya me has visto. Ahora toca asearse, ¡vamos!

Laura coge el estropajo del cubo y empieza a restregarlo suavemente por los muslos, el agua fría le hace estremecerse. Comienza a llorar. El amo, serio como un busto clásico, la mira impaciente.

—¿Vas a obligarme a que te lave yo?

—No, Amo Kayser —responde Laura con voz lastimera.

—Pues aprieta.

Laura, sin dejar de llorar, presiona más el estropajo sobre la superficie de sus piernas. El aluminio va marcando suaves arañazos rojos. Levanta la cabeza ligeramente y con su mejor cara de súplica, mira a los ojos a su amo e intenta hablar.

—Amo Kayser... es que vengo del taller...

—Ya veo, eso ya me lo has dicho. Me has pedido asearte aquí, pues eso estás haciendo —cruza los brazos y se apoya en el quicio de la puerta de la entrada—. Te sigo viendo sucia, puta. ¿Frotas... o te enjabono yo?

—No, Amo Kayser... —responde Laura, temerosa pero complaciente—. Gracias, yo puedo...

José Ángel está disfrutando como un enano con aquel espectáculo, ¡pero es que no es para menos! *Es para matarla a golpes... ¿A quién, en su sano juicio, se le ocurre aparecer llena de mierda en casa de su Amo?* Sonríe divertido para sí *¡Qué tía...! Esta puta boca sucia me va a dar un juego de cojones...* Por supuesto, por fuera la cara que tiene es seria, muy seria. Su sumisa no para de llorar, entre el dolor de los arañazos, el frío y la visible vergüenza que siente de haber tenido tan mala idea.

—Me estás haciendo perder la puta paciencia. Dame el estropajo —Laura se resiste, pero ante la orden de su amo es incapaz de desobedecer. Finalmente, cede y le ofrece el bicho de tortura temblando y completamente encogida—. Así me gusta a mí limpiar mis sartenes cuando están llenas de mierda.

José Ángel empapa el estropajo en el cubo de agua fría y lo lleva chorreando a la espalda de su sumisa. Comienza a restregar con fuerza el estropajo de aluminio sobre su cuerpo. Laura grita, llora y patalea, pero no opone resistencia. La piel comienza a enrojecerse, sobre todo por las partes más débiles: la cara interna de los brazos, las tetas, el cuello... Algunas marcas de la espalda comienzan a dejar asomar diminutas partículas de sangre tras repetidas pasadas del estropajo.

—Abre la boca —Laura, entre sollozos y tiritando como un pajarito obedece, y José Ángel le mete el estropajo entre los dientes con violencia—. Así llorarás en silencio.

Agarra el cubo, lo levanta y vuelca toda el agua fría sobre su sumisa. Ella grita de la impresión.

—Ahora sí... ¿ves? Ya puedes entrar a casa. Recoges esto, te vas a dar una ducha sin quitarte el estropajo de la boca y te presentas en el salón —José Ángel le da unos golpecitos cariñosos

sobre la cabeza empapada—. Buenas noches, princesa. Me alegro de verte — cuando está a punto de desaparecer por la puerta vuelve sobre sus pasos—. Por cierto, muy buena la elección del collar. Me gusta mucho.

Creo que hoy tuve la peor idea del mundo... No sé qué cojones se me pasó por la cabeza, me ilusioné tanto que no pensé que fuera a enfadarse. Ha sido terrible, me ha bañado con agua fría y un estropajo... ¡pero sí se lo dije! ¡Que venía del taller! Jooo, me escuece todo el cuerpo... y menos mal que me ha pillado de rodillas y solo me ha "frotado" la parte de arriba... ¡me llega a ordenar ponerme de pie y pierdo el coño de tanto frotar! Como el anuncio, ¡jajaja! Eso sí, creo que nunca he tenido el cuerpo tan limpio... ¡Au! ¡jajajaja! Que pelotas tengo... sí encima me río. Bueno, me río ahora pero antes fue un suplicio... Luego fue un amor y me dejó ducharme con el agua calentita, ni pregunté por sí me decía que no... Odio el agua fría. No se me pasó el temblor ni el castañeteo de dientes hasta que me sequé del todo. Díoooo que buena idea tuve trayéndome el secador. ¿ves? Una idea pésima y una buena, así soy yo... ¡éje...

Buah, esta noche hemos estado la mar de a gusto. Hasta me ha hecho una tortilla para cenar. ¡Qué noche...! Me encanta estar sentada a sus pies... además tiene una alfombra super mullida y es un lujo. Vimos una peli, una de esas de Marvel de super héroes de no sé quién. Uno de la coraza roja que lucha con otro robot negro... o algo así. La mitad ni me enteraba, pero me ha estado explicando.

¿Sabes? Hemos tenido un interesante debate sobre el BDSM, me ha preguntado qué espero de un Amo... y él me ha contado también lo que espera de mí. Le dije las cosas como las sentía. No me corté nada ni evité ser directa. Tampoco el peloteo, ¿eh?... No me sale, la verdad, pero es interesante escucharlo. Ha debido tener experiencias íntensas.

Le enseñé el anillo que compré, el que me ordenó llevar siempre, y le conté mis peripecias en el joyero para grabar la frase "soy una puta boca sucia". Fue horrible. Pasé por tres joyerías. Sí veía una mujer en el mostrador, me daba la vuelta... prefería a un hombre, creo que ellos juzgan menos. Lo pasé fatal... ¡No fui capaz de decirle la frase que debía inscribir en el anillo! Le pedí un papel y un lápiz, le puse la frase y se lo pasé dobladito, como el que negocia cifras astronómicas en los restaurantes de las pelis! El pobre señor al leer el papel se puso rojo como un tomate, me dijo el precio super rápido y yo pagué la señal y me fui, también super rápido. El problema fue que, con tanta tensión, no especificué dónde debía poner la inscripción y la puso por fuera. Amo se ha estado despollando de mí toda la noche... Dice que así no se me va a olvidar nunca lo que soy.

¿Sabes? ¡El Amo Kayser se ha estado riendo todo el tiempo conmigo! Le hago reír, y me encanta hacerlo. Eso es que está cómodo. No soy una sumisa de catálogo, lo sé, pero daré mí cien por cien para ser lo que él espera. Me gustaría que funcionase. Bueno... sí no la vuelvo a cagar.

Luego le he preguntado sobre las nuevas instrucciones para esta semana, y las mantiene todas. Salvo, claro está, la mamada despertador, y que, al fin y al cabo, lo que hago en

mí casa es lo mismo que hago en la suya. Díoooo, muero por desayunar mañana una buena polla de Amo... Ya me estoy mojando solo de pensarlo...

A ver qué tal se me da la noche, lo de dormir en el suelo se me sigue haciendo duro. Pero tengo suerte, en casa del Amo Kayser no hace frío. Es raro para una casa tan grande, ¿no? Y yo en el suelo de la cocina... No es normal tener la calefacción puesta en esta época.... ¿tendrá puesto algún aparato de climatización que te organiza todo para tener siempre la misma temperatura? Igual también tiene suelo radiante... La verdad es que me parece una idea cojonuda. Claro, que vale una pasta... ¿joder, como se me pira la olla. Se nota que estoy cansada, ¿eh?

Joder... me escuece mucho la espalda y las tetas.

¡Ah, le ha encantado mí collar de calaveras! ¡me muero...! ¡áins...

Capítulo 7

Madrid, 19 de mayo de 2018

Cuando Laura abre la puerta del dormitorio casi se le cae la bandeja del susto. Entra en pánico al ver a su amo sentado en la cama, esperándola, con su tablet en las manos. Se queda muda... pone la bandeja de patas sobre la descalzadora, y menos mal, porque la vajilla está traqueteando y amenaza con caerse por su propio temblor. Con la cabeza gacha y los brazos cruzados a la espalda, Laura se coloca al lado de la cama, de rodillas.

José Ángel ríe con fuerza.

—Tranquila, zorda, no me has despertado. De hecho, ni te escuché aun estando despierto.

—¡Amo, me asustaste! —Laura sonríe aliviada—. Ya creí que me tocaba castigo...

—No te preocupes, algo harás. Cuando tengo ganas de castigarte, sabes que necesito poco, pero no, esta vez no. Anda, sírveme el desayuno, puta, y haz tu trabajo.

Laura coloca la bandeja con las patas abiertas sobre el edredón, al lado de su amo. Por el otro lado de la cama, y con un cuidado extremo, se mete entre las sábanas y va derecha a por su premio matinal. Su amo le facilita el acceso acomodando mejor la bandeja, abriendo ligeramente las piernas y doblando las rodillas, creando bajo las sábanas un espacio de aire donde Laura podría trabajarle mejor.

Cuando, pasado un tiempo, el amo se termina tranquilamente su desayuno y, tras comprobar las lecturas de la mañana, coloca la tablet sobre la bandeja y esta a su vez en el suelo al lado de la cama,

no sin dificultad por la incomodidad de la postura. Laura continúa lamiendo, succionando, subiendo y bajando su masaje particular. Está como si se hubiese abstraído, tan absorta en su placer que ni nota los movimientos.

José Ángel activa el cronómetro en su reloj de pulsera y, con las dos manos, aprieta con fuerza la cabeza de su sumisa sobre su polla dura como un tronco. Se oye bajo las sabanas un “Gng”, característico de un grito de sorpresa ahogado y aguanta la presión unos segundos. Laura le señaliza, inocente, suavemente con los dedos el muslo que se había quedado sin aire, pero esta vez José Ángel ignora aquella señal y mantiene la presión mirando su cronómetro. Laura se empieza a revolver intentando sacarse la polla y respirar.

... veintisiete... veintiocho... veintinueve... treinta.

José Ángel suelta la cabeza de su sumisa, esta tose bajo las sábanas y coge sonoras bocanadas de aire.

—Sigue chupando, puta.

Laura vuelve a meterse la polla del amo en la boca y continúa el trabajo.

José Ángel la deja hacer durante unos minutos, para que se vaya relajando y pierda el miedo. Cuando cree que ya está lo suficientemente metida en su mundo y nota su respiración rítmica y firme, lamiendo, entrándola y sacándola de la boca, subiendo y bajando la cabeza acompasadamente, activa el cronómetro una vez más y repite la presión fuertemente sobre la cabeza de su perra, ahogándola de nuevo. Esta vez nota que la señal de que se queda sin aire un poco antes.

—¡Que puta! ¡Estás haciendo trampa! Ahora aguantarás un poco más, por lista —Laura comienza a revolverse violentamente. En esta ocasión, José Ángel se asegura de que no está haciendo trampas

de nuevo y es una reacción real de que se ahoga... aun así, mantiene fuertemente la presión sobre la cabeza usando las dos manos.

Veintiocho... veintinueve... treinta... treinta y uno... treinta y dos...

Laura presiona el colchón con los brazos tan fuerte que consigue zafarse de las manos del amo. Levanta el edredón asustada. Tose y respira con fuerza, tiene los ojos llorosos y la cara congestionada. Lo mira suplicante, pero no dice nada.

—Boca arriba.

Sin separar la vista de su amo, asustada, respirando hondo y llorando, Laura obedece y se tumba en la cama boca arriba. Él coloca sus rodillas a ambos lados de ella, sobre su cara, le sube los brazos y se los sujeta fuertemente. Le ordena abrir la boca y juguetea con el glande en sus labios un rato y, poco a poco, le va metiendo la polla hasta que nota el fondo y empuja un poquito más. Laura deja de respirar.

Mantiene la presión un rato hasta que nota como ella comienza a sacudir las piernas, cada vez con más violencia, y consigue golpear con las rodillas la espalda del amo, que no vacila ni un ápice y sigue presionando.

Finalmente, José Ángel levanta el cuerpo de la cabeza de su sumisa y esta coge aire y tose asustada.

—Por favor, Amo Kayser —suplica Laura amargamente—. Por favor...

—La última, princesa. Esta vez vamos a aguantar un poco más. Abre la boca y relájate. Confía en mí, no tengo ninguna intención de dejarte sin conocimiento.

Laura llora desconsoladamente, pero asiente. José Ángel le seca las lágrimas y le aparta el pelo de la cara.

—¿Confías en mí? —pregunta José Ángel colocándose de nuevo sobre ella y sujetándole las manos. Ella asiente sin dejar de mirarle a los ojos, ha dejado de llorar. Se mantienen la mirada unos segundos, cosa que ayuda a Laura enormemente a relajarse y dejarse guiar. José Ángel le da un beso en los labios y sonrío, ella le devuelve la sonrisa. Cuando cree que está preparada, se miran desafiantes y, tras activar de nuevo el cronómetro, le hunde la polla hasta el fondo.

Esta vez no hay movimientos ni espasmos. José Ángel no se cree lo que está ocurriendo. No deja de mirar el cronómetro, que avanza despacio, sin notar apenas nada más que los movimientos instintivos de la tráquea de Laura por coger aire con el glande inflado al máximo dentro de ella. Se le pasa por la cabeza correrse, pero desecha la idea de momento. Mira de nuevo triunfante el cronómetro...

Treinta y cuatro... treinta y cinco... treinta y seis... Ningún movimiento de su puta... ahora sí. Qué grande... ¡¡La adoro!!

Levanta la presión y Laura coge una bocanada de aire profunda y comienza a toser, se incorpora instintivamente apartando a un lado el cuerpo de su amo. Abre mucho la boca y sigue un minuto más respirando profundamente, agarrándose el pecho y mirando al suelo.

Ambos se mantienen en silencio unos minutos. Él observándola recuperarse poco a poco, ella sentada en la cama intentando volver a sus constantes vitales normales. Finalmente él rompe el silencio.

—Bien, puta. Te has ganado un premio.

José Ángel chasquea los dedos dos veces y mueve la mano en círculo, la perra obedece presentando el culo. Laura coloca el pecho sobre el colchón y arquea todo lo que puede la espalda, de forma que la exposición de culo y coño sea la mejor posible. El amo constata divertido lo que ha disfrutado su puta con aquel episodio hundiendo sus dedos en el coño completamente empapado en tibios

fluidos. Juguetea con dos, tres dedos y ayuda a lubricar el esfínter anal intercalando dedos y agujeros, Laura gime feliz y reacciona contoneando las caderas. José Ángel se muere por romperle el culo, ya no puede aguantar más, y colocándose de rodillas, la agarra con fuerza del pelo, echando su cabeza para atrás y le mete la polla con tal fuerza que la perra gruñe y muerde con fuerza las sábanas. Comienza a embestir a golpe de polla el diminuto agujero hasta que éste se adapta al diámetro y Laura deja de gritar con las sábanas en la boca y golpear el colchón. Los gritos van dejando paso a sonoros gemidos de placer.

—Mastúrbate, puta.

Laura estira el brazo bajo su cuerpo y accede al clítoris. Comienza a mover los dedos rápidamente mientras José Ángel sigue follándole el culo duramente. Laura comienza a convulsionar.

—¡Per...mi...sooo! ¿Amo?

—Aguanta. ¿Qué eres? —pregunta José Ángel entre embestidas, totalmente pletórico.

—Una puta boca sucia, Amo Kayser... —responde Laura entre gemidos de placer—. Por favor ...

—Mas alto. ¡¿Qué eres?! —José Ángel le golpea con fuerza la parte alta del culo y la espalda con la palma de la mano.

—¡Una puta boca sucia, Amo!

Laura llora, tiembla y comienza a gritar...

—¡Amo, por favor! —suplica Laura fuera de sí.

A José Ángel también le está llegando una oleada de placer muy intensa. Mantiene unos segundos más las embestidas y, cuando llega a su clímax, es cuando le grita a su puta que se corra. Ambos disfrutan de su orgasmo con un gran y sonoro gemido conjunto.

Se separan y se dejan caer sobre las sábanas desmoronadas, exhaustos.

Felices.

—Uf... ¿Qué hora es?

—La una y media, Amo Kayser —responde Laura sonriéndole desde su lugar de espera, en el lateral de la cama, sentada en el suelo con las piernas cruzadas.

José Ángel se incorpora sorprendido, entornando los ojos por el exceso de luz de la estancia. Comprueba por inercia su reloj de pulsera, igual es que ha escuchado mal, pero no. *Es la jodida una y media de la tarde...*

—Joder... Me quedé frito. Voy a darme una ducha, puta. Teresa me trajo ayer un pescado, por si te apetece hacerlo al horno.

—Claro, Amo Kayser. Además, nunca he cocinado para ti y me gustaría hacerlo.

—Pues ale, puta. Ya tienes trabajo —José Ángel marcha al baño y desde lejos le grita— Por cierto, mientras se hace la comida quisiera enseñarte algo.

—¿Y..? —pregunta José Ángel—. ¿Qué te parece?

—Pues no sé... —responde Laura con timidez—. La idea me atrae un montón.

—Además, piensa que lo vas a hacer para ti.

—La verdad, siempre quise hacer una mazmorra... —confiesa Laura con aun más timidez—. De hecho, tengo un pequeño escondite en el taller donde guardo piezas para cuando tenga mi propio espacio...

—Pues piensa que éste es tu espacio. Tú pones la mano de obra, yo el material y lo que necesites. Eso sí, soy nulo para el bricolaje. No cuentes conmigo para hacer nada.

Laura pega un saltito y lo mira ilusionada.

—¡Joder, sí! Acepto el proyecto, Amo Kayser.

Laura no puede creerse lo que tiene delante.

El espacio en el que se encontraban no podía ser más caótico. José Ángel nunca usaba el garaje, así que, actualmente, le hacía las veces de gimnasio y almacén. No es que fuera el mejor lugar del mundo, tampoco el más amplio, pero tenía mucho potencial y Laura lo sabía.

—Amo, si voy a encargarme de tu... bueno, de la mazmorra, deberíamos al menos tener un par de conversaciones sobre cómo te gustaría que fuera estéticamente.

—Me parece correcto, puta. Tienes toda la razón. De hecho, quisiera además añadirle elementos que te den morbo a ti.

—Uuuf... se me ocurren mil maldades, Amo Kayser... —Laura se pone colorada y mira al suelo—. Siempre he tenido fantasías con máquinas de tortura medievales...

—Lo sé, ya me contaste la semana pasada rellenando la lista de prácticas. Además, lo hiciste con ese mismo color en tu cara — José Ángel suelta una carcajada.

—¡Amo! Me da mucha vergüenza... No te rías de mí.

—¿Cómo me voy a reír de ti, mujer? Me río porque estás muy divertida cuando te sonrojas —José Ángel sonríe con malicia—. ¿Puedes exponerte a mí, pero no me puedes contar tus fantasías?

—Eso parece —respondió Laura aun colorada—. Jo, estoy deseando empezar cuanto antes. Amo Kayser... ¿puedo hacerte una pregunta?

—Claro, puta.

—¿Cómo es que no tienes ya una mazmorra en casa? —pregunta Laura curiosa—. Yo vivo en un apartamentito de mierda, pero si yo tuviera una casa como ésta sería lo primero que construiría, antes incluso que los baños.

—Imagino, pero es que nunca me hizo falta —le confiesa José Ángel—. Siempre sesión en el club o en casa de Seuba. En mi casa siempre que se hacen fiestas usamos los ganchos del salón y el jardín. Eso me recuerda que aún no te enseñé mis armarios, tengo ahí todo lo que necesito. Ahora todo es distinto, desde que te conocí tengo ganas de tener mi propio espacio de juego y que vosotras tengáis un lugar también donde estar.

José Ángel sigue contando sus proyectos y sus ideas, pero Laura ya no escucha. *Vosotras, ha dicho vosotras. ¿Qué vosotras? ¿cuántas vosotras? ¿dónde vosotras?*

—... ¿verdad?

—Uy, sí —contesta Laura mecánicamente.

—Pues no se hable más. Mañana domingo le dedicaremos el día a diseñar nuestra mazmorra. Por cierto, esta tarde tenemos planes. ¿Te trajiste ropa para salir?

—Sí, Amo Kayser.

—Bien, vamos a comer, puta. Llega un olor de la cocina... —responde José Ángel con placer en la voz—. ¡Uuuuf! No puedo aguantar más el hambre.

Laura está empapada de puro morbo. La idea de tener su propia sala de torturas medieval... La cabeza le da vueltas imaginando

muebles y estructuras mientras prepara la mesa y sirve la bandeja con el pescado recién hecho. Hoy toca comer en la mesa grande de madera maciza, la misma sobre la que sesionaron la semana anterior. Le echa una mirada cómplice a José Ángel, él sabe también lo que discurre por su cabeza y sonríe perverso.

—¿Ves como no necesito mazmorra, boca sucia? —José Ángel sonríe abiertamente y levanta varias veces las cejas. Ella baja la mirada y se pone colorada—. Madre mía... ¿cómo puedes ser tan tímida? Anda, vamos a comer.

Laura se coloca de rodillas a su lado con su comedero vacío entre las manos, esperando a que el amo le sirva su ración. José Ángel, a medida que va cortando el pescado le va sirviendo las espinas, la piel, la cabeza y algún que otro pedazo de pescado en el comedero de su puta. Una vez que ha dispuesto la ración de su perra y la suya, abre las piernas y sin dirigirle la vista, sirviéndose una copa de vino le ordena:

—Ya sabes cuál es tu primer plato.

Laura deja su comedero en el suelo y se coloca debajo de la mesa. Le desabrocha el pantalón, le saca con cuidado el miembro de los boxer, evitando que no se enganche en la cremallera y, tras acariciarla suavemente y darle un par de lametones de abajo a arriba para hacer que se excite y se endurezca, se la mete lentamente en la boca. José Ángel respira profundamente y se acomoda en el asiento para poder comer a gusto mientras la perra hace su trabajo.

—¿Ves? Así sí que se come en condiciones... Bien puta... sigue chupando. Y despacio... que no quiero comer con sobresaltos.

Laura obedece y va lamiendo con tranquilidad su primer plato, juguetea con el glande y lame arriba y abajo con todo el mimo del mundo.

Cuando José Ángel está a punto de llegar al orgasmo, le ordena colocar el comedero y se corre sobre las sobras del pescado.

—Ahí tienes la salsa. Límpiame bien y ya puedes comer.

La perra lame bien la polla de su amo hasta que queda limpia y, tras guardarla y cerrarle el pantalón, se vuelve a colocar a su lado, a degustar su plato. Él le da unas palmaditas en la cabeza.

—Buena chica. Apunta todo esto cada vez que cocines para mí. Por cierto, buenísimo el pescado. Gracias.

—De nada, Amo Kayser. Aunque tengo que decirte... que mi plato es mucho más rico que el tuyo —Laura mira con picardía a su amo— Está más jugoso.

José Ángel se ríe.

—Me alegro. Anda, come, que luego vamos a salir. He concertado una merienda a través de Fet Life. Será divertido.

Laura deja de comer y lo mira incrédula.

—No me digas que tienes perfil en Fet... —Laura abre mucho la boca como gesto burlón. José Ángel se ríe— y yo que te creía al margen de las redes sociales...

—¿Y qué te hace pensar eso? —inquieta José Ángel curioso.

—Como hablas siempre del Club... de La Catedral... Pensaba que formabas parte de otro círculo de amos exclusivo. Fet es para los pobres mundanos que no tenemos catedrales.

—Pues ya ves que no es así. Además, agradece que tengas un amo “mundano” —responde José Ángel con un tono más serio—. No te habría gustado aquel ambiente. Es más, ni te habría comprado de estar aún en aquel ambiente.

—Vaya... pues entonces me alegro de que seas así. Amo Kayser, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Dime.

—¿No echas de menos todo aquello? ¿No crees que de pronto un día te dé el flus y no te sirva alguien como yo y quieras volver a ser el de antes?

—Espero que no, puta —responde José Ángel despacio—. Para que me dé un “flus”, como tú dices, tendrían que pasar demasiadas cosas. Yo en el fondo no pertenezco a ese ambiente. No es que sea malo, muchos están cómodos siguiendo las tradiciones y los protocolos establecidos, pero yo no... es que me estreso mucho y no soy yo. Ahora estoy en proceso de descubrir mi lado dominante propio. De hecho, tú me estás ayudando mucho. El trato natural, la sumisión sin ceremonias... digamos que estoy pasando una fase “rebelde”. La verdad es que estoy cómodo contigo, puta.

—Gracias, Amo Kayser. Yo también soy muy feliz contigo. Espero estar a la altura de lo que esperas de mí.

—Más te vale, boca sucia. Anda, termina de comer mientras yo voy recogiendo esto —José Ángel vierte un poco de vino en el cacharro del agua de Laura—. Ten, te lo has ganado. Un gran almuerzo.

—¡Gracias, Amo Kayser!

Cada vez me voy a dormir más agotada... ¡He pasado una tarde increíble!

El Amo Kayser me ha llevado a una quedada junto a más amos y sumisos... Ha sido divertidísimo. Hemos pasado la tarde de charlas, juegos y grandes dosis de dolor del bueno. Era en Madrid, en el centro, en una gran casa con suelos de madera, altos techos y grandes ventanas, por la zona de Narváez. Ya creía que todos aquellos edificios eran oficinas... ¡pues parece que también hay salones de juegos, jajajaja!

Por cierto, casi me llevo un castigo. A las siete y diez estábamos en el taxi de camino. He tenido que bajarme los pantalones y hacerme la foto del coño. Casi me muero de la vergüenza... menos mal que había una mampara y el taxista apenas se enteró de lo que ocurría. Lo hablamos el Amo y yo todo a través del wasap. Cuando esté en casa, el lunes, imprimiré la conversación y la pegaré aquí en el diario.

Bueno... a lo que iba. La super tarde.

¿Sabes? He coincidido con dos sumisos de la protectora.... icon sus Amas! Me ha dado una alegría tremenda. A uno no lo reconocí por la máscara completa de perro, pero él sí me conoció y me saludó con ladridos, más mono... me he alegrado mucho por ellos, han encontrado quien les trate como necesitan. La verdad es que ha estado divertido. Al principio, Amo Kayser estaba un poco incómodo, pero al rato, y viéndome a mí reírme y participar a jugar a cada cosa que proponían, por supuesto con su permiso, se ha divertido y ha disfrutado de su perra.

Fue curioso. Los amos y amas estaban sentados en sillones y grandes sofás, los sumis todos al suelo, desnudos y con nuestro collar. Yo me llevé el de calaveras. No pega mucho con la estética del Amo Kayser, él es más clásico, pero estaba a gusto conmigo llevando ese collar. ¡Y yo más feliz que un marrano en un charco, jajaja!

Hicimos concursos de equilibrios, de coger galletitas saladas con la boca, de responder preguntas del trivial, aguantar pinzas en el cuerpo... Perdí un par de veces, y lo pagué bien caro. Me van a salir unos buenos moratones en el culo, esa puñetera pala de madera era criminal. Y el esclavo que

me golpeó sabía bien lo que hacía. Cabrón... También tuvimos un debate super interesante, Amo Kayser me permitía dar mi opinión cuando le pedía permiso y traté siempre de hacerlo correctamente, sin palabrotas. Luego, nos sirvieron la cena de canapés unas síssys con las bandejas enganchadas en el collar, los pezones y en la jaula de castidad. Jo, a una de ellas se le volcó la bandeja, afortunadamente salimos ganando los sumís, porque pudimos comernos lo que cayó, y de paso limpiamos el suelo a lametones jajaja Lo malo... Al esclavo lo castigaron muy duramente, se escuchaban los alaridos y las súplicas en todo el piso. Animalito, no valgo yo para ser sádica ¿eh? Yo conmigo que hagan lo que quieran, es más, soy extremadamente sádica conmigo misma... va a flipar el Amo Kayser cuando le presente mi proyecto para la mazmorra de abajo. Pero con los demás... soy incapaz de dar un azote a nadie, aun sabiendo que le estoy dando placer.

En fin. Que me voy por los cerros de úbeda. Que me lo he pasado como una perra. Feliz y agotada. He recibido grandes dosis de dolor, morbo, sumisión en grupo y he conseguido que mi Amo Kayser se sienta orgulloso de mí.

Una experiencia superenriquecedora y repetible cien por cien.

Mañana después del desayuno, empezaré con el proyecto de la mazmorra. Aíns... me muero de ganas.

Amo me ha pedido el diario para leerlo. Igual se alarga un poco la mañana, hay mucho que leer... jajaja

Voy a dormir... ya no puedo más.

Hasta mañana, mi Dueño (por sí lees esto también, jeje...)

Madrid, 20 de mayo de 2018

—¿En serió me voy a tener que leer este tocho? —pregunta José Ángel desde su cama levantando el cuaderno de anillas.

Laura sale de debajo de las sábanas y se coloca en el suelo, al lado de la mesilla de noche

—Tú me pediste el diario, Amo Kayser. Esto es lo que tengo. Además, he añadido algunas conversaciones transcritas desde Whats App. Ah, y las copias de las instrucciones del lunes pasado...

—¿Las conversaciones del wasap? ¿Para qué? —pregunta José Ángel entre risas—. A ver si vas a ser tú una de esas psicópatas que van almacenando pruebas y luego me asesinas y te quedas con mi dinero.

—¡Nooo! —responde Laura entre risas—. Solo lo importante para que mi diario tenga más sentido: las conversaciones que merecen la pena o no quiero olvidar, como la de las instrucciones, o alguna orden que me das por mensaje que no quiero perder. Es un coñazo transcribirlo desde el móvil, y tardo menos imprimiéndolo.

José Ángel sonríe malicioso y la mira de reojo. Ella adivina al segundo lo que está pensando y abre mucho los ojos.

—¡Amo! —protesta Laura—. No me hagas pasarlo a mano... por favor.

—Mmmm... de momento no. Pero ojo, que el próximo castigo que te mande será ese... y desde el principio, así que procura no cagarla. Tráeme los cojines para la espalda, al menos quiero leer cómodo.

José Ángel lanza un largo suspiro de resignación. Una vez acomodado en la cama, abre el cuaderno y comienza a leer mientras se toma el café. Laura lo observa atenta.

Tras un par de páginas frunce el ceño.

—Mmmm...

Laura se alerta, pero se mantiene en silencio. José Ángel continúa concentrado en la lectura sin decir nada.

De vez en cuando le salen pequeñas risas, otras veces se la queda mirando unos segundos, parando la lectura y, tras la pausa, la vuelve a retomar... Laura está histérica. Sea lo que sea lo que el amo está leyendo, desde luego no le está dejando indiferente.

En un momento dado, sin dejar de leer, le ordena bajar a hacer más café y más tostadas, cosa que Laura agradece enormemente. No puede soportar la tensión de seguir observando leer a su amo sin saber lo que piensa, así al menos se distrae.

Casi una hora más tarde, que a Laura se le hizo interminable, José Ángel acaba de leer, cierra el cuaderno, apura despacio el último café y se estira. Le entrega el cuaderno de vuelta.

—Bien. Vamos abajo, hay mucho que hacer.

Madrid, 21 de mayo de 2018

—¡Ey! ¿Qué pasa, Laura...? ¿Cómo vas?

—Hola, Dani —saluda Laura por teléfono—. Quería hablar contigo, ¿te pilló en mal momento? Te oigo con eco.

—Pues más o menos... —responde Dani cortado—. ¿Me das tres minutos que me limpie el culo y te llamo yo?

—¡Joder, que puto cerdo! No me mola que me hables desde el váter.

—¡Juas! Pues vete mentalizando... —Dani hace una pausa— porque es el único lugar desde el que cojo llamadas.

—Cuelgo, ¿vale?

Laura suelta el teléfono sobre el sofá como si realmente oliese a mierda. Cada vez que hacía eso le daban ganas de desinfectar su móvil. No podía comprender que nadie hiciera cosas sentado en el váter que no fuese cagar o mear... o en su caso, una vez al mes, cambiarse el tãmpax. Llevarse libros, mirar el móvil... *¡qué guarrada!* Estarse horas con el culo sucio, sentado, mirando Facebook. No lo podía comprender.

En el sofá, Rihanna le avisa de que Dani ya ha dejado de cagar.

Na, na, na. Come on, come on, come on...

I like it, like it!

Come on, come on, come on...

S-S-S-S, M-M-M...

Desde que escuchó aquella canción por primera vez en la radio, y después de asegurarse de que lo que estaba escuchando estaba bien traducido, porque no se lo podía creer, había sentido un especial cariño a aquella cantante, hasta entonces ignorada por completo. *Con dos cojones, sí señor. Sadomasoquismo al poder.* Descuelga el teléfono.

—¿Qué? ¿Ya terminaste?

—Oye, te recuerdo que fuiste tú la que llamó —responde Dani riéndose—. Si invades mi vida, es posible que me encuentres en situaciones comprometidas. Dime, corazón, ¿qué querías?

—¿Vas a ir esta tarde al taller?

—Sí, claro. ¿Por?

—¿Podrías ir antes? Tengo un proyecto entre manos y voy a necesitar ayuda. Te invito a comer.

—Vale. No tenía nada pensado, así que acepto tu invitación.

—Genial, así me da tiempo a ir imprimiendo el material que tengo.

—¿A las dos en el kebab frente al taller? —pregunta Dani

—Mmm... —Laura se toma unos segundos para responder—. Mejor en la croquetería. Hay menos gente y podemos hablar con más tranquilidad.

—UUh... ¿Vas a proponerme algo indecente?

—Idiota... —responde Laura en tono cariñoso—. Te veo luego, anda.

—Vaaale... chao.

Laura suelta el móvil. Necesita las dos manos y tiene mucho que hacer.

El día anterior lo pasaron su amo y ella viendo imágenes de mazmorras y escenas de películas que les parecían sugerentes. A partir de ahí, y con el programa de diseño de José Ángel, fueron poco a poco concretando el proyecto.

Empezaron con la estética general: ¿una mazmorra medieval?, ¿un almacén abandonado?, ¿una habitación aséptica?... había mil opciones. José Ángel se decantó por el estilo industrial, aunque acogedor por si traía invitados. Tonos grises, negros y rojos. Grandes sillones, un sofá y una barra de copas para las fiestas.

Para guardar todos los instrumentos, habían pensado en unos grandes armarios metálicos, con puertas de guillotina, como los que tenían en la protectora. José Ángel los fichó en cuanto los vio el día de la subasta. Estructuras tubulares bien ancladas a las paredes, techo y suelo, que aguantasen la fuerza de una persona durante una tortura y pensados especialmente para Laura, unos meses atrás, sesionando en la protectora, de la adrenalina generada por el dolor fue capaz de

arrancar las dos argollas de la pared. También habilitaron una zona para poder verter líquidos y enchufar con una manguera a presión. En el centro, en una de las paredes, habría una robusta estructura de hierro multiuso, que hiciera las veces de tarima, jaula, cepo y portería para practicar shibari. Ligeramente acolchada, además de otra jaula extra, con posibilidad de ser colgada del techo.

Por supuesto, habría varios puntos de anclajes, polipastos de cadena y un motor, repartidos por la mazmorra, y una pequeña tarima hidráulica de altura regulable con ruedas.

El plano del proyecto lo sacaron aquel mismo domingo por la tarde. Laura se encargaría del despiece, la fabricación y montaje de todos los elementos; José Ángel de habilitar el espacio: calefacción, espejos, una zona habilitada para jugar con agua, con un desagüe grande en el suelo y un servicio, reforzar el techo para los anclajes... Estaban como dos críos jugando a las chapas. La comunicación fluía de forma natural, como si ambos hubieran tenido las mismas ideas desde hace años y solo tuvieran que dejarlas salir en aquel momento.

Luego, el tema de las herramientas de dolor, aparte de la que ambos tenían propias, que juntarían en la mazmorra, Laura se moría de ganas por sentir el dolor de una silla medieval de pinchos y de juegos con fuego, así que idearon una estructura que hiciera las veces de silla de medical, silla de tortura a la que se le podía añadir una espaldera y un asiento con pinchos (según decidiese el amo) y añadieron al diseño, como toque romántico, una pequeña estufa de carbón.

Además, se harían con una buena colección de tuberías de varios tamaños y codos para poder crear sus propias estructuras de sujeción a gusto del amo.

Había mucho por hacer.

—¿Qué me estás contando...? —los ojos de Dani parecían querer salirse de las cuencas—. ¿Una puta mazmorra? ¿Vas en serio?

—Sí, de hecho, necesito que seas tú quien me ayude, porque eres el único en quien confío. Necesito un trabajo fino y tú eres un crack con las soldaduras —Laura va dibujando, mientras habla, un par de bocetos rápidos de las estructuras principales—. Voy a ser la... “beneficiaria” de este trabajo y quiero asegurarme de que aguantan mi peso y mi fuerza.

—Pero tía, esto es muy raro... —empieza a decir Dani, pero se calla al ver la expresión de Laura—. A ver, ya sé que a ti te va el rollo sado y esas cosas. ¡Pero lo que vamos a construir va a ser para torturarte a ti! No sé si voy a ser capaz de fabricarlos sin imaginarte amarrada a semejantes bichos —señala el boceto— Me voy a pasar el puto día empalmado, que lo sepas.

Laura ríe y se pone colorada.

—Lo tomaré como un cumplido —responde complacida, entonces mira su amigo poniendo ojitos—. Bueno, ¿qué? ¿Me ayudas con el proyecto?

—Pues claro, mujer. Mira que hemos fabricado cosas raras desde que nos enganchamos a las escenografías... pero esto lo supera con creces. ¡Me encanta! —Dani mira más detenidamente el dibujo—. Vale, entiendo el bicho este... pero entonces, ¿estas argollas...?

—Son para mi cuello y para las muñecas —Laura sigue dibujando piezas sobre el boceto—. Pasas esta barra por estas dos piezas y así queda el culo expuesto.

—Me cago en la madre que te parió... ¡ya me empalmé! —protesta Dani, aunque no puede disimular la diversión en su tono—. Tú me quieres matar y no sabes cómo... hijaputa.

Laura sigue riendo, le encanta provocar a su compañero. *Pobres almas vainillas... son tan fáciles de impresionar...*

«Bien —continúa Dani, exagerando que tiene calor—. Voy a pedir otra cerveza y un cubo de hielo porque me estás calentando, cabrona.

—Venga, céntrate, anda —le responde Laura de forma cariñosa—. A ver... serían cuatro piezas... —vuelve a los papeles y los planos del proyecto— y estarían anclados por aquí y por aquí.

—Oye, ¿y dónde vas a montarlo?

—Eso es lo otro que tengo que contarte. No puedes saber ni la procedencia ni el nombre de mi... bueno, de mi... “pareja” —termina Laura de decir, totalmente sonrojada—. No sé si para el montaje te necesitaré, si es así tendrás que ir con los ojos vendados.

—¡No me jodas! ¡Me encanta! Dioooooos, qué aventura. Así que por fin encontraste a alguien que te dé cera, ¿eh? —Dani mueve la mano como si azotase al aire—. Joder, me alegro mogollón por ti. Dale la enhorabuena a tu... lo que sea. Se lleva una buena pieza — señala a Laura con el dedo en tono amenazante— y dile de mi parte que como te cuide o te trate con cariño, se las verá conmigo.

—Qué gilipollas eres... —Laura vuelve a reír y le lanza un gurrullo de papel. En el fondo sabe que lo dice en serio y que se preocupa por ella. Tiene mucha suerte de poder contar con amigos como él.

Brindan con las jarras de cerveza y continúan con los bocetos y planos hasta la hora de entrada al taller. Quedan en echarle después unas horas extras para terminar cuanto antes el mueble que tienen entre manos y poder empezar el nuevo proyecto.

—Oye, loca, ¿y qué les vamos a decir a los demás? —pregunta Dani dubitativo.

—Pues lo que es, que nos han pasado unas piezas para hacer y que no sabemos más.

—Pero se van a dar cuenta...

—Ya, no pasa nada —responde Laura encogiéndose de hombros—. Son para una mazmorra de un tipo que nos ha contratado, pero nada más. Ellos que se monten su película.

—Joder... ¡cómo me mola este trabajo! —dice Dani completamente exaltado—. Te adoro, ¿lo sabes?

—¡Jajaja! Y yo a ti, idiota...

Laura pide la cuenta al camarero. La tarde se presenta larga y llena de ideas, y hay que aprovechar bien el tiempo.

La jornada transcurre con normalidad. Laura lleva desde que volvieron de la croquetería en el despacho frente al ordenador, despiezando las estructuras y haciendo búsquedas de material en las webs de los proveedores. Quiere hacer un trabajo impecable, no solo por lo que supone hacer un proyecto con su amo, además es la primera vez que ella es constructor y cliente a la vez... y está empeñada en salir ampliamente satisfecha. Abajo, en el taller, ya se han incorporado los otros dos compañeros del turno de la tarde y el sonido de las máquinas y las sierras, al igual que el olor a madera, inundan la estancia.

Encima de la mesa, el estallido de un látigo avisa de un mensaje del Amo Kayser. Ha tenido suerte de estar sola, lo tiene puesto a todo volumen como instrucción y se muere de la vergüenza cada vez que suena.

[21/5 6:00 PM] Amo Kayser: Hola, puta. ¿Cómo llevas el día?

[21/5 6:00 PM] 2364: *Buenas tardes, Amo Kayser. Bien, bueno, mejor que bien. Ya he hablado con mi compañero Dani y vamos a hacer juntos las estructuras. Ahora estoy precisamente empezando con los materiales y el presupuesto.*

[21/5 6:00 PM] Amo Kayser: *Genial, ya me vas diciendo lo que necesitas y te voy ingresando*

[21/5 6:01 PM] 2364: *No hay prisa, hay mucho trabajo previo. Pero estoy muy ilusionada y quiero hacerlo bien.*

[21/5 6:01 PM] Amo Kayser: *Ok, no dudo que lo harás perfecto, puta.*

[21/5 6:02 PM] 2364: *¡Ah, Amo Kayser...!*

[21/5 6:02 PM] Amo Kayser: *Dime.*

[21/5 6:02 PM] 2364: *Hoy comí en la croquetería con Dani para mirar el proyecto.*

[21/5 6:04 PM] Amo Kayser: *Bien, puta. Pensaré cómo lo vas a pagar.*

[21/5 6:04 PM] 2364: *Si, Amo Kayser.*

[21/5 6:15 PM] Amo Kayser: *Mira... ya sé cómo. La foto de tu coño hoy te la vas a hacer en el taller. Quiero ver junto con ese sucio chocho de perra mojada las máquinas de fondo.*

Laura traga saliva y se pone roja como un tomate. Tarda un rato en escribir mientras asimila lo que acaba de leer.

[21/5 6:19 PM] 2364: Amo...

[21/5 6:21 PM] Amo Kayser: ¿Qué?

[21/5 6:21 PM] 2364: Por favor... pídemme otra cosa. Te lo compensaré... pero eso no. ¡Están todos aquí...!

[21/5 6:22 PM] Amo Kayser: No te estoy pidiendo nada. Es una orden.

[21/5 6:22 PM] 2364: Sí, Amo Kayser..

[21/5 6:22 PM] Amo Kayser: Y no te demores, ¿eh? No queda mucho para la hora.

«Mieeeeerda...»

[21/5 6:22 PM] 2364: Lo sé, Amo Kayser.

Laura se guarda el móvil en el bolsillo del pantalón y mira a su alrededor. De pronto, nota como si hubiese subido la temperatura del local veinte grados. Le sudan las palmas de las manos y se le seca la boca. Falta media hora para enviar el mensaje. *Joder. jodeeeeer... ¿por qué tenía que hacer aquello?*

Vuelve a coger el móvil.

[21/5 6:31 PM] 2364: Amo Kayser.

[21/5 6:35 PM] Amo Kayser: Dime

[21/5 6:35 PM] 2364: Es que no puedo

[21/5 6:35 PM] Amo Kayser: Vale. Entonces no te molestes en venir este fin de semana.

[21/5 6:35 PM] 2364: ¡Amo! ¡No!

[21/5 6:36 PM] Amo Kayser: No tengo más que decirte. No me escribas más si no es para enviarme la foto.

¡No, no, no, nooooo! Mieeeerdaaaaaaaaa.

Hirviendo de puro nervio y a punto de llorar de impotencia, Laura busca desesperada la manera de hacerse la puta foto. Mira por la ventana del despacho.

Están hoy los cuatro en plena faena, cada uno con una máquina. La cabeza le da vueltas buscando una estrategia.

—Vamos, puta... Piensa, joder...

Comprueba desde la altura que le da su observatorio cada rincón donde se podría esconder y hacer la foto, pero todos los lugares posibles tienen el riesgo de ser descubierta. Se muere solo de imaginar que la pillan con los pantalones bajados y el móvil entre las piernas.

—Espera. Igual no hace falta.

Con unas tijeras que coge del cajón de la mesa de la oficina, Laura se baja rápidamente al baño. Una vez allí se saca el pantalón y corta la costura entre las dos perneras. Al volver a ponérselos nota en sus genitales el fresquito del aire que circula gracias al corte. Interesante sensación, si no fuera porque no le estaba excitando nada

de todo aquello. Mentalmente le grita a la Laura de unas horas antes: *¿para qué coño te vas a comer fuera?*

Comprueba frente al espejo que no se le ve el tajo del pantalón ni nada de carne si mantiene las piernas cerradas. Prueba agacharse, andar con pasos largos, simula subir unos escalones, se da la vuelta... y apunta mentalmente lo que no debe hacer en el resto de la tarde. Ensaya un par de veces los movimientos para sacarse la imagen. Agacharse, abrir las piernas, dirigir el móvil al coño... no quiere tener que improvisar después. Una vez que se siente más segura, vuelve al taller y al banco de carpintero.

Casualmente, a los pocos minutos, a David se le tuerce algo y pide ayuda a los demás para sujetar un tablero mientras corta. Los otros dos compañeros dejan lo que están haciendo en ese momento y van a socorrerle, justo al otro lado de donde está ella. Suspira aliviada. Ese era el momento perfecto o perdería la oportunidad.

Laura hace como que se le cae algo bajo la mesa de trabajo y la separa de la pared. Es el momento. Enciende el móvil y activa el vídeo.

Con el corazón a punto de salirse del pecho y sin dejar de mirar adonde están sus compañeros, Laura se agacha tras la mesa y, a toda prisa, dirige la pantalla del móvil a su entrepierna y a la pared del fondo, donde están los listones apilados por tamaños. Lo mantiene ahí quieto un par de segundos.

—Ya.

Se levanta a toda prisa y apaga el vídeo. Vuelve a mirar a sus compañeros. Ninguno se ha fijado en ella, respira tranquila. Ahora, la segunda parte: hacer una captura de pantalla del vídeo que acaba de grabar. Reza al dios de las zorras por poder conseguir al menos un fotograma en el que salga su coño y algo del fondo del taller.

Faltan tres minutos para enviar la foto.

[21/5 7:12 PM] 2364: *Imagen:*

En el despacho, José Ángel abre el mensaje que le envía su sumisa. De pronto, suelta una sonora carcajada. *¡La hija de puta lo ha hecho! ¡Ole sus cojones!*

Mientras observa la imagen detenidamente, un montón de ideas y pensamientos le recorren la mente. La verdad es que la foto es una mierda, se ve medio movida, oscura. Se parte de risa solo imaginando la que habrá liado para hacérsela, ya está deseando leer el diario.

Por otro lado, tenía que reconocerle el mérito. Sabe que, para su boca sucia, el exhibicionismo era una línea importante de “no cruzar” y ya estaba empezando a andar sobre ella. *Si señor. Ese es su coño, y eso del fondo parece un montón de cosas de un taller.* Además, se arriesgó con la amenaza de no verla el fin de semana.

Al final, José Ángel da por cumplida la instrucción, aunque no piensa ponérselo tan fácil. Espera unos minutos adrede para hacerla sufrir un rato.

[21/5 7:40 PM] *Amo Kayser: Ya hablaremos tú y yo el viernes.*

[21/5 7:40 PM] 2364: *¿Eso es que puedo ir? ¡Gracias, Amo Kayser! Te juro que me ha costado la vida cumplir la instrucción, pero no quería que me dejases el fin de semana sin verte.*

Otro ratito más de sufrimiento le vendrán muy bien. Vuelve a esperar.

[21/5 7:55 PM] Amo Kayser: Te envié por mail las instrucciones para esta semana. No hace falta que lo leas ahora. Cuando llegues esta noche a casa.

[21/5 7:55 PM] 2364: Sí, Amo Kayser.

[21/5 7:55 PM] Amo Kayser: Una cosa más.

[21/5 7:55 PM] 2364: ¿Sí?

[21/5 8:00 PM] Amo Kayser: No te pienses ni por un momento que has cumplido la instrucción. La mierda que me has mandado no se acerca ni de lejos a lo que te he pedido, pero por esta vez lo voy a dejar pasar.

[21/5 8:00 PM] 2364: Sí, Amo Kayser. Lo sé. Te pido perdón, pero no vi la manera de poder hacerla con el taller lleno de gente...

[21/5 8:00 PM] Amo Kayser: Y que sea la última vez que me pides rectificar una orden. ¿Entendiste?

[21/5 8:00 PM] 2364: Sí, Amo Kayser. Lo siento, de veras. Me entró mucho susto. No lo volveré a hacer...

[21/5 8:01 PM] Amo Kayser: No te preocupes, princesa. Ya me encargaré el viernes de que no lo vuelvas a hacer, sabes que habrá consecuencias.

[21/5 8:01 PM] 2364: Sí, Amo Kayser. Lo siento...

Laura se guarda el móvil en el bolsillo del pantalón con un intenso nudo en el estómago, va a haber castigo y sabe que va a ser duro. Empieza a ser consciente del precio a pagar por tener un amo sádico. Tampoco fue tan malo hacerse una foto. Se arrepiente de haberle dicho que cambiara la orden... *Dios... el viernes*. Y aún era lunes. Intenta sacar de su cabeza el miedo y su intención es volver al trabajo, pero se encuentra parada en medio del taller mirando a la nada. Dani se la queda mirando preocupado.

—¿Estas bien? —le preguntó Dani—. ¿Te han dado una mala noticia?

Como si la despertaran de un trance, Laura reacciona. Se da cuenta que tiene el móvil agarrado fuertemente dentro de su bolsillo y tiene mucho calor.

—¿Eh?

—Que si te encuentras bien —insistió Dani—, estás sudando y te quedó la cara como si hubieras visto un muerto. ¿Estás enferma? ¿Tienes fiebre?

—No, que va. Solo cansada, ya sabes —Laura sonrió de medio lado—, el síndrome del lunes. Quiero terminar esto ya de una vez.

—Te dieron para el pelo este finde, ¿eh, jodía?

—¡Jajaja! Si... y lo que me queda.

Esa noche en el apartamento, ya más relajada tras una buena ducha, se sienta en el sofá con una copa de vino mientras abre en

el portátil el documento del amo con las nuevas instrucciones semanales:

Buenas tardes, mi puta. Te envió las instrucciones de esta semana. Por supuesto, se mantienen las de la semana anterior.

Elegirás dos días, los que tu creas convenientes, para dormir en el suelo. Por supuesto, desnuda, con el plug azul puesto en el culo y el collar de calaveras. Además, llevarás dos cinchas atadas a las piernas, una a la altura de los tobillos y la otra sobre las rodillas. Si el suelo está muy frío, tienes permiso para poner una toalla o una manta.

Por las noches, al rezarme, en lugar de hacerlo sobre la cama, lo harás de rodillas en el suelo sobre cinco puñados de arroz, uno por cada noche que duermes sin tu Amo. No quiero que olvides que soy tu placer y tu tormento. Tras rezar, y sin levantarte del arroz, te colocas un elástico alrededor de la cadera. Lo tensas todo lo que puedas y lo sueltas. Te azotarás así diez veces. Nivel de dolor de 8 para arriba.

Copiarás tres veces los rituales que te envió al final del documento. Quiero que los memorices y me los escenifiques el viernes, por cada fallo recibirás un azote con el látigo. Espero que te esmeres.

Elige una frase de presentación propia. Pronto tendremos invitados y te presentaré. Tu deberás repetir esa frase por cada nueva persona que conozcas.

Quiero que veas estos tres vídeos, cuatro veces cada uno, y que recuerdes bien cada detalle. No te pondré a prueba, si es lo que temes, pero si me interesa que te vayas familiarizando poco a poco con lo que espero de ti.

El viernes por la tarde te espero en mi casa. No creo que haga falta especificarte que vengas aseada.

De momento eso es todo, princesa. Cuidate mucho, ya me pondré en contacto contigo.

Siempre tuyo,

Amo Kayser.

¡Ya estaba mojada de nuevo! ¿Cómo era posible que aquel hombre consiguiera mantenerla mojada tantas horas a día?

Lee los rituales, eran laboriosos, pero no muy complicados. Con Ama Lucía tuvieron que aprender bastantes, sobre todo los básicos del protocolo D/s, por si eran adquiridos por un amo más clásico. La novedad de la situación actual era la presión que tenía ahora si fallaba. *Un látigo...* solo de imaginarse lo que podría hacerle en la piel se estremecía. Se juró aquella noche a sí misma que no lo tendría que usar.

En aquellos rituales, su Amo explicaba la manera de componer y servir la bandeja del desayuno tras la “mamada despertador”, en otro cómo debía servir un cubata y el último era sobre cómo debía proceder para desnudarse o vestirse. Laura mira además los enlaces de los videos por encima, los tres iban sobre la cultura japonesa: uno de ellos sobre la preparación de una chica para convertirse en Maiko, los otros dos sobre la vida de las geishas y el trabajo que hacen como animadoras de fiestas y reuniones.

Está deseando verlo todo, hacerlo todo. Nota una humedad en la entrepierna muy intensa, así que, aprovechando la excitación, decide cumplir aquella noche una de las instrucciones: dormir en el suelo, atada, con el plug azul metido en el culo.

Mira el reloj, aún era pronto. Las diez y media. Podría aprovechar para escribir el diario y preparar el arroz, incluso podía ver algún reportaje mientras cenaba.

No tuvo que mover mucho su cuenco de comida. Su piso es tan pequeño que apenas moviendo la mesita del salón puede ver la tele desde su rincón. Busca en youtube los enlaces que le apuntó su amo y, mientras prepara algo y cena, le da tiempo a ver al menos uno de los videos.

Siempre le llamó la atención el mundo de las geishas. Al fin y al cabo, era versión japonesa de la sumisa, aunque claro, a otro nivel y sin sexo, dolor sí, pero de otro tipo... los peinados, las prendas y los zapatos debían ser todo un suplicio. Era interesante que su amo la quisiera como animadora de fiestas o como dama de compañía... por supuesto, con el extra del sadomasoquismo.

Observa con mucha atención el primer reportaje, asimilando lo que se espera de ella. La verdad, no se imagina embutida en un traje de aquellos, pero si podía simular los movimientos y la manera con que cada objeto era tratado. Por supuesto, en una sesión no cabe nada de eso, menos aún con el nivel de dolor y violencia en el que parece que están ambos, pero sí durante el tiempo que convivían en la casa o incluso ella misma en su apartamento.

Reconoce que es bastante caótica y que, por desgracia, tiene la gracilidad de una gallina coja, pero si su amo le pedía aquello, daría su ciento cincuenta por cien para conseguirlo. *Nunca es tarde para aprender cosas nuevas, ¿no?*

Lo que aún no tenía claro era la instrucción de la presentación, ¿se supone que la va a presentar en sociedad? Le asusta la idea de ser el centro de nada, menos aun cuando se espera algo de ella. La Laura insegura hacía acto de presencia, claro que el incentivo del látigo la callaba de un golpe, así que lo mejor es mente en blanco y aprender y memorizar a rajatabla cada ritual. Ya se encargará el Amo de guiarla.

Llegó la hora de irse a la cama. Coge un cuenco y lo llena con arroz. Eso es fácil, la complicación viene con las cinchas. En el taller tenía mil, pero en casa ni una mísera cuerda... Su cabeza creativa empieza a trabajar, *¿qué tengo en su casa que pueda servirme?*

—¡Coño! Ya sé.

Va al cajón de la ropa interior y encuentra al fondo, hechos un burruño, unos viejos pantis que usa cuando se arregla para las bodas. Los corta por la entrepierna, de forma que le queden dos medias largas, una para atarse los tobillos, otra las rodillas.

Siguiente dificultad: el elástico. Marcha al armario y busca alguna prenda a la que le pueda quitar una goma... *El bajo del forro polar.* Ni tuvo que cortar, solo tiró de un extremo y salió solito de una pieza.

Bien. Ahora el plug azul.

Abre la maleta del fin de semana, que aún no ha deshecho, y rebusca entre la ropa. Empieza a pensar que el Amo le ha pedido el plug azul por algo... y se teme que es precisamente porque se lo ha dejado olvidado allí, en su casa. *¡Venga ya!*

Creatividad al poder, zorda. Hoy estaba en racha. *¿Qué puedo sustituir por el plug azul...? El plug inflable... podría funcionar.* Va al cajón de los juguetes, que más bien parece un cajón de sastre, y rebusca hasta que aparece. *Bien, punto para la perra.* Espera que su amo acepte los cambios.

Con todo listo y colocado en la mesita de la habitación, prepara su instrucción.

Primero el plug. No le hace falta ni lubricante, está tan excitada con todo aquello que puede usar sus propios fluidos para facilitarle el acceso al culo. De rodillas en el suelo y con las piernas abiertas, Laura va apretando la perita hasta que nota en sus tripas la sensación

de llevar del plug azul. Se rodea con la goma el trasero y lo tensa hasta que puede atarlo delante.

El siguiente paso: el arroz, cinco puñados por cada rodilla. Mientras los va echando en el suelo va contando los días de la semana. *Domingo... lunes... martes...* Cuando tiene los dos montoncitos hechos, coloca las dos rodillas. *Au... es muy incómodo, pero no duele excesivamente. Un dolor agradable, claro, que todo depende del tiempo.*

Se asegura de que la instrucción está correctamente, relee el mail en el móvil. La verdad es que podría esperar al día siguiente para hacerla y así tener tiempo de hacerse con el material exacto requerido, pero estaba tan cachondísima que necesitaba sentir a su Amo Kayser toda la noche.

Laura cierra los ojos y se concentra en su oración.

Amo que estás en mi corazón,
 a ti me entregué libremente y cada día lo hago de nuevo.
 Te debo mi felicidad, mi estima, mi ilusión y mi morbo.
 Te agradezco todo el placer que me das
 y cada orgasmo que me permites.
 Te deseo que pases una buena noche,
 también te deseo buena salud y fuerza para afrontar cada día.
 Soy tu perra, soy tu puta, soy tu zorda.
 Te quiero.

Curiosa la sensación de plenitud que le queda tras aquella plegaria. Las rodillas le recuerdan que aún queda una segunda parte, ya empiezan a molestar los granos de arroz.

Con el pulgar engancha el elástico que lleva en la cadera, estira hacia atrás todo lo que le da el brazo y suelta. El intenso dolor le hace soltar aire mecánicamente, calcula un nivel seis en su escala de dolor. Decide anudar la goma un poco más tensa alrededor de ella. Vuelve a realizar la maniobra, esta vez la goma hace mejor su trabajo. Un fuerte trallazo en el culo le avisa del nivel correcto y resopla para liberar la tensión del dolor. *Uno...*

Laura repite los latigazos otras nueve veces. Quiere que le quede una buena marca, así que no mueve el elástico para que golpee los diez en el mismo sitio, por supuesto, el nivel aumenta conforme aumenta el número de golpes. Los tres últimos son casi insoportables, pero no varía un ápice ni la fuerza ni el lugar. Necesitaba su buena dosis de dolor y lo estaba consiguiendo.

Respira hondo tras el último y se intenta levantar. El arroz también hizo un gran trabajo y le cuesta la vida moverse. Se apoya en la cama y se ayuda a levantar con los brazos. *Dioos.... el plug inflable tampoco ayuda mucho*. Nota unos intensos retortijones. Sus tripas piden paso y avisan con mucho dolor, gran error no haberse vaciado antes de ponerse el cacharrito.

Va al servicio, desinfla el plug y evacúa en su cubo. Una vez limpio todo, vuelve a colocárselo. Decide además ponerse una braga alta para recoger el inflador del plug y el cable. No sería conveniente que se rompieran en alguna vuelta durante la noche.

Recoge todo y apaga las luces. Ya sí que sí, es la una de la mañana. Se pone el despertador a las ocho con su móvil para darle tiempo a preparar el mensaje de los buenos días al Amo Kayser. Con una de las medias se da varias vueltas en los tobillos y finalmente hace un nudo, de igual manera procede con la otra media en las rodillas. Se coloca como puede sobre el edredón del suelo, que hará

las veces de colchón esta velada, y se tumba a dormir... o al menos relajarse, disfrutar del tormento y meditar las próximas siete horas.

[22/5 1:18 AM] 2364: *Buenas noches, mi dueño. Esta puta se va a descansar. No puedo ser más feliz. Gracias.*

Capítulo 8

Madrid, 24 de mayo de 2018

El chasquido de un látigo resuena en el bolsillo del pantalón, provocando a Laura un sobresalto. Hace días que su amo no contactaba con ella y ya se había acostumbrado a su ausencia, ni siquiera un “ok” o algo cada vez que mandaba la foto de su coño. Al principio se angustiaba, por si le pasaba algo o se habría enfadado, pero al final vio que, simplemente, tenía otras cosas en mente y ni le echaba cuentas. Si la contactaba hoy, sería por algo.

Laura tapa el bote de pintura negra para metales y deja el pincel en un tarro con disolvente. Es el momento perfecto para la pausa del desayuno. Necesita un café y el cachito de pan sin sal que ha traído de casa.

Mientras sale a la calle, desbloquea el teléfono y abre el chat.

[24/5 12:15 AM] Amo Kayser: Buenos días, mi puta. ¿Cómo llevas la mañana?

[24/5 12:15 AM] 2364: Buenos días, mi Dueño. A tope en el taller, haciendo pedidos al almacén de hierro y sacándole polvo al soldador... Dani es el mejor. Los otros tres compañeros se han ofrecido para ayudar, pero creo que solo es por enterarse de lo que estamos haciendo. Algo se huelen jajajaja.

[24/5 12:16 AM] Amo Kayser: ¡Jajaja! Es que es muy goloso y en el fondo todos tenemos nuestros morbos.

[24/5 12:16 AM] 2364: Ya, pues se van a quedar con las ganas. Luego te paso todos los pedidos y los planos y vas viendo cómo lo vamos a construir todo.

[24/5 12:18 AM] Amo Kayser: Vale, princesa. ¿Cómo llevas las instrucciones?

[24/5 12:18 AM] 2364: Bien, Amo Kayser. Me gustan mucho las nuevas ceremonias que me has marcado. Y los reportajes... no me importaría verlos más veces jeje... No solo lo hago por agradarte a ti, sino que también es algo que me ha fascinado desde siempre, así que estoy aprendiendo y disfrutando muchísimo. Gracias... y las noches... divertidas, ya lo leerás en el diario. El plug azul me lo dejé en tu casa, ¿verdad?

[24/5 12:18 AM] Amo Kayser: Si.

[24/5 12:18 AM] 2364: Lo sabía... lo he sustituido por mi plug inflable.

[24/5 12:19 AM] Amo Kayser: Esa era la idea, una buena puta resolutiva y con imaginación

[24/5 12:19 AM] 2364: Y morbosa, Amo Kaiser... muy muy muy morbosa. Amo Kayser, ¿viste las fotos del culo que

te envié, con las marcas del elástico? Se me ocurrió darme todos los días los diez golpes en el mismo sitio. Me duele la vida... hace tiempo que traspasé el nivel 12, pero estoy consiguiendo que quede una buena marca y que me dure mucho. No da tiempo a curar y vuelvo a darme sobre la herida. Te va a encantar cuando me lo veas...

[24/5 12:19 AM] Amo Kayser: ¡Jajajaja! No lo dudo. Al final vas a ser más sádica que yo.

[24/5 12:19 AM] 2364: ¿Conmigo? Seguramente, eso sí... con otros ya sabes que sufro lo indecible. Las veces que sesióné con Ama Lucía y me ordenaban azotar o golpear a otros sumis... me costaba muchísimo. No lo disfruto ni me gusta.

[24/5 12:20 AM] Amo Kayser: jajaja, lo sé. Pero todo se acaba superando, ya lo verás. De momento, céntrate en tus instrucciones y apréndelas bien. Este fin de semana lo dedicaremos exclusivamente al adiestramiento. Pronto serás presentada oficialmente y quiero que me dejes en buen lugar.

[24/5 12:20 AM] 2364: Creo que sé lo que es... Amo, quisiera confesarte algo...

[24/5 12:20 AM] Amo Kayser: dime

[24/5 12:20 AM] 2364: Sé que tu cumpleaños es dentro de un par de semanas. Después de nuestra conversación el

día de la subasta te busqué por internet. Encontré tu perfil en LinkedIn y un par de artículos de tu empresa...

[24/5 12:21AM] Amo Kayser: Vaya, vaya, señorita Fletcher... así que espiando al enemigo...

[24/5 12:21 AM] 2364: ¡Nooo, no quería espiar! Solo saber dónde me metía. Disfruté muchísimo con aquella conversación que tuvimos pero, antes de darme, quería saber algo más sobre mi futuro amo... y solo tenía curiosidad...

[24/5 12:21 AM] Amo Kayser: Pues sí, señorita. Mi cumpleaños va a ser pronto y quiero lucir puta delante de mis amigos. ¿Le parece a usted bien?

[24/5 12:22 AM] 2364: Puedo asegurarle, mi estimado Amo Kayser, que va a tener usted la mejor puta y la más preparada del mundo. Eso me lo tomo yo como reto personal. Va a ser el amo más envidiado de todos los círculos bedesemeros nacionales e internacionales.

[24/5 12:15 AM] Amo Kayser: No espero menos de usted... señorita. Pero eso no la va a librar del castigo, doble castigo esta vez, uno por fisgona y otro por haber tardado tanto en decírmelo. Se le van acumulando los castigos...

[24/5 12:15 AM] 2364: ¡Amo...! No fue mi intención ocultarte nada... No he visto la ocasión hasta ahora... ¡Lo siento muchísimo!!

[24/5 12:15 AM] Amo Kayser: Tranquila, princesa. Después de este fin de semana, no te cabrá la menor duda del tiempo que mi puta debe guardarse información. Recuérdame los castigos que llevas hasta ahora.

[24/5 12:15 AM] 2364: Los dos de hoy: por fisgona y guardar información, y el otro día por pedirte cambiar una orden, Amo Kayser.

[24/5 12:15 AM] Amo Kayser: Bien, buena chica. Mañana será lo primero que cumplirás, así tendremos el resto del fin de semana para trabajar más tranquilos.

[24/5 12:15 AM] 2364: Si, Amo Kayser. Lo siento mucho...

[24/5 12:15 AM] Amo Kayser: Mira, ahí estamos de acuerdo. Lo vas a sentir. Bueno, princesa, te dejo que tengo cosas que hacer. Sigue enviándome las instrucciones como hasta ahora, ya contactaré contigo. Si no lo hago, mañana por la tarde te espero en casa. Con que me avises cuando salgas de camino para acá es suficiente.

[24/5 12:15 AM] 2364: Está bien. Hasta mañana, Amo Kayser.

Laura mira el cachito de pan que tiene entre las manos. Ya no le apetece comer, el nudo del estómago vuelve.

Mierda, mierda, mierda, miiiiiiiiiiiiierdaaaaaaaaaa.
¿Por qué cojones soy tan puto bocazas?

Son las cuatro de la mañana, sigo sin dormir. Me tocan tres castigos y además el adiestramiento de los rituales. Voy a cubrir con creces mi cupo de dolor por lo menos para un año. Tengo un tremendo nudo en el estómago. Iba a tomarme una valeriana para dormir, pero temo que Amo Kayser lo considere una falta por mitigar un dolor que me ha provocado él. Precisamente estoy así por su culpa.

Sé que me quiere y que no hará nada para herirme de verdad, pero sé que no tiene ningún miramiento a saltarse mis límites cuando se trata de castigos. Lo acepté y sí, reconozco que no hice bien y me merezco el castigo, pero solo de pensar que pueda usar el látigo... le dije que no me importaría probar, pero en sesión y poquito a poco, no en castigo.

Casi espero que lo haga con el estropajo y el agua fría... o a cucharazos en el coño... Díoos, que torpe soy... Mañana ni sé en el estado que voy a ir a trabajar. Pedí ir antes para salir antes y no llegar de noche a casa del Amo Kayser. Soy gilípollas, lo sé, adelanto yo misma la hora del castigo. Cuanto antes pase, antes podré seguir disfrutando de mi Amo. Sé que pasará, pero tengo mucho susto.

Voy a intentar no pensar en ello. Me ha ido bien toda la semana. No merece la pena sufrir por adelantado, se sufre dos veces. Pero ya hoy... no puedo más.

Amo, si lees el diario antes de mi castigo... te pido que no seas muy duro con esta puta, que nunca hice nada para perjudicarte, solo soy torpe. Torpe y bocazas, muy torpe y muy bocazas. Solo eso.

En fin... voy a intentar dormir. Igual me pongo la radio y así, oyendo las movidas de los demás, la mía no me parece tan mala. Además... soy muy afortunada de haber dado con un Amo como él, de verdad, a pesar del acojone que tengo...
Mierda, mierda, míeeeeerda...

Madrid, 25 de mayo de 2018

Laura tiene que sujetarse la mano, le tiembla demasiado. No es capaz de apretar el timbre, ya no hay marcha atrás. Está sucediendo. No sabe lo que será de ella en las próximas 48 horas. Se repite a sí misma como un mantra: *Tu querías esto. Eres posesión de Amo Kayser porque tú lo has querido. Todo está ocurriendo por y para tu placer.*

La puerta se abre. Amo Kayser sonríe.

—Buenas tardes, princesa. Sabes lo que va a pasar ahora ¿verdad?

—Sí, Amo Kayser —Laura mira al suelo por dos motivos: por puro miedo a mirarlo a la cara y para evitar que su amo lea el pánico en sus ojos.

José Ángel agarra a Laura del pelo y tira violentamente de ella obligando a entrar al recibidor. Laura suelta la maleta del susto y, agachándose todo lo que le deja el cuerpo para no tensar tanto el pelo, sigue los pasos de su amo. Este acaba por lanzarla al suelo en medio del salón.

—Vas a pagar bien caro tus faltas, puta.

Laura se hace un ovillo sobre la alfombra y le mira los zapatos.

—Siento m....

—¡Cállate, puta! —José Ángel le atiza dos patadas con la suela del zapato que caen en su espalda y en su hombro—. Como vuelvas a hablar te reviento a golpes. De rodillas, ¡ahora!

Laura obedece y se coloca de rodillas, encogida como un pollito mojado.

—Mírame a la puta cara.

Laura no reconoce a su Amo Kayser en aquel rostro colérico. Siente verdadero pánico y comienza a tiritar.

—¿Temes a tu Amo? No tienes ni puta idea lo que es temerme de verdad.

Le escupe y la abofetea fuerte varias veces. Laura instintivamente se tapa la cara, lo que provoca a su amo y acaba agarrándola del cuello, con la cara sujeta vuelve a escupirla y a golpearla. Finalmente, José Ángel la empuja y la lanza de nuevo al suelo. Va a la cocina y trae el trapo de limpiar.

—Así podrás gritar sin que te oiga, boca sucia —le mete con fuerza todo el trapo en la boca.

Laura siente una sensación de ahogo intensa, llora. Aprovecha que tiene la boca amordazada para soltar sonoros lamentos que, gracias al trapo, son imperceptibles a su amo y a ella le ayudan enormemente a soltar nervios.

José Ángel vuelve a agarrarla del pelo, esta vez Laura no tiene tiempo de reaccionar y levantarse, con lo que él acaba arrastrándola por todo el salón hasta llegar al porche. Vuelve a patearla sin piedad por toda la espalda y el culo con el empeine del zapato y con la suela. La mente de Laura se lo agradece, si le diera con la puntera podría herirla de verdad. Ahí comprueba que en el fondo su Amo sí que la está cuidando y su nivel de miedo baja ligeramente.

Poco tiempo dura la confianza. Siente la tensión al agarrarla del pelo nuevamente, además de la camiseta y la obliga a levantarse. La lleva por el jardín, atraviesan la piscina y llegan al fondo, donde Laura distingue en la penumbra gris de los últimos minutos de luz,

una enorme higuera con lo que parece una cuerda colgada de una rama. *Mieerda*. Laura se resiste e intenta echar hacia atrás. Su amo la empuja violentamente y Laura cae al suelo, entonces su amo la vuelve a abofetear. Se acerca a su cara, tanto que toca su nariz con la de ella. Le habla con un volumen alto y con la voz más grave que haya escuchado de su amo hasta ahora.

—Como te vayas, no te molestes en volver. Sabes que esto será rápido —José Ángel la suelta— Ya no te sujeto más. Vas a ir tu solita al árbol y lo vas a abrazar.

Laura vuelve a llorar amargamente. Sin parar de llorar, se levanta despacio y como si estuviese hipnotizada, se dirige despacio al árbol y coloca sus brazos alrededor del tronco.

—Buena chica.

José Ángel le ata fuerte las manos por las muñecas y éstas a una rama alta, de forma que no pueda moverse. Laura tiembla de arriba abajo. No deja de vocear y hasta parece que pide perdón a través del trapo empapado por sus babas y las lágrimas. Su amo le levanta la camiseta y se la engancha a la cabeza, dejando toda la espalda descubierta, le desabrocha el sujetador y le baja los pantalones exponiendo el culo.

La deja así expuesta unos segundos. Laura sigue gritando bajo el trapo, suplicando, rogando y llorando.

Un estallido a lo lejos le corta la respiración. El Amo ha traído el látigo y lo hace resonar al aire.

De pronto... Silencio... Vacío...

Oscuridad...

¿Amo...?

Madrid, junio de 2016

Era el cuarto año consecutivo que Dómine Flaggelo organizaba el 24/7 y cada año los invitados esperaban impacientes la siguiente celebración. Aquel fue sin duda uno de los más recordados por los asistentes, pues su anfitrión aprovechó el evento para casarse con su sumisa, Kitty, mediante la ceremonia de las rosas y la cadena, con lo que no reparó en gastos ni detalles.

Se celebró en una antigua casona de piedra situada a las afueras de Madrid, casi lindando con Guadalajara, que se alquilaba para eventos. En aquella ocasión, aprovechando la estética rústica que ofrecía el lugar, fue decorada como una espectacular mazmorra medieval. A lo largo de todo el espacio varias tarimas lucían enormes estructuras de tortura en madera: ruedas, picas, cruces..., que estaban a disposición de cualquier invitado que quisiera dar un poquito de espectáculo para animar la fiesta. Música, luces y varias pantallas en las que se proyectaba porno BDSM en todos sus niveles y modalidades. Buena comida, bebida y morbo, todo lo que una fiesta BDSM que se precie debía tener.

Ama Lucía no era muy amiga de grandes eventos, pero tenía muy buena amistad con Kitty y la ocasión lo merecía. Llevó además a sus dos nuevos perritos, recién recuperados en la protectora, con el fin de buscarles un nuevo dueño y, tal como le ocurría siempre, una vez que estuvo allí se alegró de haber asistido. Los presentó a la subasta que se había improvisado en el escenario central, junto con cuatro sumisas más, dos esclavas y un esclavo, y consiguió un muy buen precio por ambos.

En un momento de la velada, ya entrada la calurosa noche estival, algo le llamó la atención en una de las tarimas. Una pareja

estaba teniendo una sesión en un potro. El amo, vestido de traje y luciendo media máscara estaba azotando el cuerpo desnudo de su sumisa con una pala de madera mientras la agarraba del pelo, haciéndole subir dolorosamente el cuello. La escena no era especialmente dura, a pesar de que los golpes eran fuertes y muy seguidos, lo que le llamó realmente la atención fue la sumisa. Si algo había aprendido en los años que llevaba en la protectora, era a diferenciar en el grito de un bottom el placer por sentir el dolor del sufrimiento real. Aquella chiquilla no estaba disfrutando en absoluto con los golpes que le estaba propinando su amo, quien además le daba el pálpito por cómo se movía al golpearla de no estar en pleno uso de sus facultades precisamente.

Siguiendo ese mismo pálpito, Ama Lucía se acercó a la tarima y se dirigió al amo en cuestión.

—Creo que deberías parar. Esa chica no está disfrutando.

—¿Perdona? —preguntó el amo sin entender.

—Que deberías parar.

—¿Y tú quién coño eres para decirme a mi cómo tengo yo que tratar a mi puta? —le espetó este con violencia.

La chica ni se inmutó, pero la mirada que le proyectó a Ama Lucía confirmó sus sospechas.

La dómina amaga para salir a socorrer a la sumisa cuando un bastón le corta el paso. Un señor enjuto, entrado en años y vestido con un impecable traje blanco se acerca a ella.

—Qué raro... La puta de Calcuta anda buscando almas perdidas para rescatar —dijo el anciano en tono burlón.

—No me jodas... Seuba —Ama Lucía pronunció su nombre con desprecio, casi con asco—. Ya me extrañaba a mí que no tuvieses el hocico metido en esto.

—Este señor —Seuba señala con el bastón al hombre de la tarima— es mi pupilo y, por lo tanto, mi protegido. Si tienes que decirle algo, es conmigo con quien debes tratar. Su puta se ha ganado el castigo por haberme faltado el respeto, así que no te metas.

—Pues siento decírtelo, pero tu pupilo es un maltratador. Claro, que viniendo de quien viene... casi ni me extraña —las palabras salían de su boca a trompicones, Ama Lucía es incapaz de contener los turbios sentimientos que le expresaba ese hombre.

—Te lo digo por última vez. No te metas donde no te llaman y vete a buscar cachorros moribundos a otro lugar. Aquí no tienes negocio. Además —Seuba levanta la voz y se dirige a la sumisa— Lilly, cuéntale a esta... señora por qué te está castigando tu amo.

La chiquilla con un hilo de voz balbucea entre hipidos.

—Por faltarle al respeto al mentor de mi Amo Lobo.

—¿Crees que te estamos maltratando? —insiste de nuevo Seuba.

La sumisa tarda un segundo en responder.

—No, mentor Seuba —responde la sumisa temblando—. Me he ganado este castigo y lo agradeceré porque me hará crecer y servir mejor a mi Amo Lobo.

El Amo, debido a las alusiones a su persona, interviene en la escena. Ama Lucía nota que habla ligeramente ralentizado y tiene la mirada como ida.

—Bueno, ¿qué? ¿Vais a dejarme ya que termine? —a través de la máscara, los ojos del dominante la fulminaban—. Ya escuchaste, lárgate.

—No pienso irme —respondió Ama Lucía con firmeza.

Entretanto el espacio se ha llenado de gente curiosa que opina y comenta lo que está ocurriendo, ante lo cual, el amo se quita la máscara, agarra del pelo a su sumisa con violencia y se la lleva.

—Paso de estas mierdas, me largo —dice con un evidente tono de molestia—. Ya ni dejan a uno desahogarse en condiciones.

Marchan mentor y pupilo, con la perra detrás agarrada del pelo. Ama Lucía grita dirigiéndose a ella.

—¡Tesoro, si necesitas ayuda, búscame! ¡Soy Ama Lucía!

Madrid, 25 de mayo de 2018

—Princesa...

Laura abre ligeramente los ojos.

—Ey, tesoro. Mírame.

Laura se lleva lentamente una mano a la boca, ya no tiene el trapo. Mira desorientada a su alrededor. Está en el jardín, vestida, tumbada en el suelo. Recuerda lo que ha pasado y mira a los ojos a José Ángel.

—Amo... Perdóname...

—Tranquila, cariño —dice José Ángel con voz tranquila—. Hiperventilaste y te desmayaste. Te traje agua, ¿quieres beber?

La sumisa acepta el vaso y bebe despacio. Cuando vacía el vaso, se lo devuelve. Lo mira y rápidamente baja la cabeza.

—Perdóname, Amo Kayser —responde Laura con pesar en su tono.

—¿Estás tonta? No hay nada que perdonar, uno no se desmaya adrede... —contesta José Ángel, la confusión se aprecia en su cara—. ¡Pero si ni te toqué! ¿Qué te ha pasado?

—No lo sé, Amo Kayser... —dice Laura despacio, aún aturdida—. Estaba muy asustada, le tengo mucho miedo al látigo. Anoche ni dormí, no he comido apenas...

—¡Pero, chica, que ya tenemos una edad! ¿Crees que iba a reventarte sin calibrarte primero?

—No lo sé... yo no sé nada... —Laura rompe a llorar—. Me siento una idiota...

—Pero no llores más, mujer, que te vas a secar... y voy a tenerte que tirar a la piscina para que te hidrates —José Ángel ve que su perra se ríe entre lágrimas y le devuelve la sonrisa— Eso está mejor.

—Jo, Amo... Perdóname.

—Ale, ale, ya pasó —la tranquiliza José Ángel—. Vamos a recoger todo esto, volvamos a casa y pedimos cena. Con el mal rato que has pasado, doy por resuelto el castigo, lo que no quita que en algún momento vuelva a sacar a pasear a mi amigo para probarlo, ¿eh?

—Sí, sí... —responde Laura con rapidez—. Si fui yo quien te dijo que no tenía problema en probar, pero... no sé, me asusté tanto... Amo... ¿Puedo abrazarte?

—No, que te haya librado del látigo no quiere decir que no sigas castigada. Un abrazo sería un premio y aún no te lo ganaste.

Laura vuelve a llorar.

—Tienes razón, Amo Kayser. Siento mucho haberte faltado estos días.

—Bien, buena chica. Levántate y vamos a cenar. Necesitas reponer fuerzas, que este fin de semana va a ser duro.

Casi no puedo moverme. Amo me ha hecho comer por dos días y me ha mandado a descansar. ¡No son ni las once! Pero... tengo que coger fuerzas...Jo, me ha atiborrado a arroz

con ternera y a tallarines con gambas. ¡Me sale el rollo de primavera por las orejas!

Ahora que lo miro con perspectiva, la verdad es que no sé por qué me asusté tanto. Creo que me dolía más el saber que era por castigo que el dolor en sí. He aguantado muchísimo más dolor y maltrato sesiónando, y hasta me he corrido, así que no comprendo qué pudo pasarme. Me he sentido una idiota.

Quisiera compensar a Amo el haber boicoteado el castigo. Precisamente era por pedir que me cambiara una instrucción y ahora voy y consigo que anule un castigo. Me siento fatal.

Este fin de semana voy a demostrarle lo bien preparada que estoy y voy a aguantar lo que sea. Se lo debo.

Joder... No puedo creerme que tenga tanta suerte con el Amo que tengo. Me siento tan cuidada, soy tan feliz de tenerlo conmigo... no podría estar en mejores manos.

Voy a intentar dormir algo, aunque el estómago no me va a dejar. Lo sé.

Madrid, 26 de mayo de 2018

—Amo Kayser... —dice Laura saliendo bajo las sábanas y relamiéndose los labios—. Permiso para desear.

—Dime, puta.

La sumisa va a por la bandeja de patas y le va sirviendo el desayuno mientras habla.

—Sé que tienes programado todo lo que vamos a hacer este fin de semana, pero quisiera tener contigo un detalle, ya que te portaste tan bien conmigo.

El amo la mira interrogante por encima de la taza de café mientras bebe.

—He pensado que me gustaría cumplir el castigo y que hicieras lo que tenías pensado para mí ayer por la tarde. No tengo mi conciencia limpia y quisiera pagar mis faltas.

—¿Estás segura? —pregunta José Ángel con voz neutra.

—Sí, Amo Kayser. Lo estoy.

—Bien, puta. Pues entonces ya sabes lo que tienes que hacer, ¿verdad? Ve preparándote mientras desayuno. Ahora iré yo.

—Gracias, Amo Kayser.

Laura baja las escaleras hasta la cocina, busca el trapo y se lo mete en la boca. Luego sale al jardín. Agradece el sol en el cuerpo, ya se va notando la llegada del verano, aunque al llegar a la zona de la higuera refresca más. La humedad del césped le provoca algún escalofrío que otro, pero sabe que pronto pasará. El dolor y la adrenalina hacen que le suba la temperatura del cuerpo.

Se acerca a la higuera y la abraza. Aún cuelga del otro lado la cuerda con la que le ató las manos la tarde anterior. Cierra los ojos y espera.

Al cabo de una eternidad, finalmente escucha los pasos de su amo a través del jardín. Se le acelera la respiración. Ya no siente frío.

José Ángel baja desnudo a la cocina con la bandeja del desayuno, la deja con cuidado en la encimera y va hacia el aparador del salón. Pronto tendrá todos los instrumentos de tortura en su nueva

mazmorra. Ese mueble lo usará como expositor de piezas exclusivas. Descuelga el látigo de su gancho y lo estira con las dos manos. Adora el tacto del cuero trenzado. José Ángel lo agarra del mango y lo hace estallar en el aire, se siente poderoso con ese bicho. Coge aire y marcha al jardín.

Observa a su puta al fondo, abrazada al árbol, desnuda, esperando su castigo y, de pronto, siente un calor reconfortante. Hasta ahora, todas las sumisas que había tenido eran obedientes y serviles... pero hacía muchos años que no sentía esa entrega de alguien. *Muchos...*

Sonríe orgulloso y, tras acariciar su látigo una vez más, camina decidido hacia el fondo del jardín hasta llegar a colocarse detrás de su sumisa.

José Ángel pega su cuerpo al de ella, notando la piel fría en su pecho. Hunde la cara en el pelo de Laura y aspira su olor durante unos segundos. La hendidura del culo coincide con su verga, que va endureciéndose con cada bombeo de sangre de su corazón. Aprovecha y la mueve arriba y abajo dándose así un suave masaje con los dos cachetes de su puta, esta reacciona y balancea las caderas lentamente, lo que excita mucho más al amo... Finalmente, no puede contenerse más y con el látigo le rodea el cuello, con un par de vueltas. Tira fuerte de los dos extremos hasta que nota la dificultad de la sumisa para respirar. Laura expone más su culo separándose ligeramente del árbol y abre las piernas, sin dejar de contonearse. José Ángel usa la mano libre para jugar con el coño, que está inundado de babas. Le mete tres dedos violentamente y se los sacude dentro. Laura gime y le tiemblan las piernas.

—...ggvjfff —consigue decir Laura con un hilo de voz, apenas se la oye por la presión en la garganta y el trapo que aún lleva en la boca.

—No —responde José Ángel con firmeza.

Sigue sacudiendo los dedos y añade uno más. Empuja contra la tensa abertura del coño, pero no suelta la presión. *Van a entrar hoy los cuatro dedos hasta el fondo, por mis cojones.* Laura llora y suplica. José Ángel, cada vez más excitado, aumenta la violencia en las sacudidas y consigue meterle los cuatro nudillos dentro. Tras unos segundos más de sacudidas, la suelta y le quita el látigo del cuello. Laura cae, exhausta y dolorida.

—Al árbol, puta.

Laura obedece y vuelve a abrazarse al árbol con las piernas temblorosas. José Ángel le ata las manos a la cuerda, al igual que hizo el día anterior.

Se separa de ella y estalla el látigo en el aire. Laura grita instintivamente del susto.

—Ahora sí, puta —hay una promesa velada en su voz—. ¿Preparada?

Laura asiente.

—Primero el calibraje —José Ángel da un golpe con el látigo sobre el culo. Laura pega un alarido y temblando muestra 8 dedos.

Golpea de nuevo, Laura muestra los diez dedos de las manos repetidas veces de pura tensión, abriendo y cerrando mucho los puños y grita bajo el trapo con todas sus fuerzas.

—Bien, me debes tres castigos. Te los recordaré: uno por hacerme cambiar una orden, otro por fisgonear a mis espaldas y otro por guardarte información.

El primer latigazo hace que Laura encoja las piernas dejándose unos segundos colgar de las muñecas abrazada al árbol. No para de gritar.

—Colócate.

A duras penas consigue obedecer por los temblores. Cuando está colocada de nuevo, José Ángel suelta el segundo latigazo, que le saca una roncha granate en el culo. El alarido es aún más agudo y Laura convulsiona, intentando separarse del árbol.

—Y ahora el último, puta.

Laura a través del trapo grita desesperadamente por parar. No deja de suplicar. José Ángel hace caso omiso a los lamentos y le observa detenidamente las manos. Ni rastro de la seña de seguridad, así que... *¡adelante!*

El tercer latigazo le dibuja otra roncha encarnada en el culo. Laura vuelve a convulsionar y a sacudir los brazos para salir de ahí.

—Ya está, princesa —José Ángel tira el látigo al suelo y va a donde está ella. La abraza fuerte por detrás y le quita el trapo de la boca—. Ya, mi vida... ya.

Laura llora desconsoladamente, tiembla como un pajarito y tiritita de puro nervio. Le quita las cuerdas de las manos y la sujeta. Laura se desmorona y se deja caer al suelo, como si se derramara por el cuerpo de su amo... se hace un ovillo y termina de llorar. José Ángel se sienta a su lado y la acurruca sobre su cuerpo, le quita el pelo de la cara y la acaricia.

—Ha.. ha sido te.. rrible, A... mo... —dice Laura como puede entre temblores y llanto—. Joo.. der... no pue.. do pa....rar.... de ti.... ri....taar....

—Tranquila, puta. Te has portado de diez —le susurra José Ángel al oído—. Te quiero mucho, ¿sabes?

—Graa...ciaas a-amo, yo...taa-taambi...en

—Shhh... relájate, tesoro.

Se quedaron un buen rato ahí sentados. Laura cerró los ojos y respiró profundamente. Tras un par de arranques de llanto

espontáneos, para liberar tensiones, consiguió relajarse y parar de temblar.

José Ángel no dejó de acariciarla hasta que se recuperó del todo.

—Ya estoy bien, Amo.

—¿Seguro? —pregunta él preocupado.

—Sí, de verdad.

—Dame un beso, anda.

Laura se incorpora y le da un beso en la boca. Se sonríen felices.

—Tienes unas marcas maravillosas en tu culo.

—¿De verdad? —pregunta ella encantada—. Quiero verlas.

—Vamos dentro, anda. Recoge el látigo, lo desinfectas y lo guardas.

—Sí, Amo Kayser.

Durante la comida, y las horas siguientes, por fin le contó Amo Kayser su intención con los rituales. Iba a haber una velada el sábado siguiente para celebrar el cumpleaños y quería, además, que fuese la presentación oficial de su boca sucia a los amigos. Laura se comprometió a comportarse como una perfecta sumisa y dejar a su amo en buen lugar. Pediría el viernes libre en el trabajo para así estar desde el jueves por la tarde.

“Buenas noches. Mi nombre es boca sucia, soy la puta de mi Amo Kayser, espero que pase una agradable velada”. Esa sería la frase que debería decir en caso de ser presentada.

De ella esperaba que fuese discreta, divertida, respetuosa y muy, muy morbosa. Por supuesto, cuidar el lenguaje, aunque

si había que decir alguna burrada para animar a la gente se podía decir; en esencia: que se comportase como cuando está con su amo, como era ella.

Habría gente que se iba a encargar de llevar el catering y las bebidas, pero aun así su misión sería que todos estuviesen cómodos, bien servidos y con las copas llenas. Por supuesto, y como capítulo aparte, trato prioritario al tal Seuba. Amo Kayser dejó bien claro cómo debía comportarse con él: nunca mirarlo a la cara, el trato sería “Mentor Seuba” y de “usted”, por supuesto; siempre sería el primero a quien atendería, incluso por delante del amo. José Ángel le fue contando, a medida que iban practicando los protocolos y rituales, lo que aquel hombre significaba para él. En sus palabras, Laura notó que si bien en el pasado fue alguien importante, hoy era más bien un compromiso. Seuba encarnaba todo aquello de lo que había huido y dejado en el olvido, el último coletazo de una vida que no le pertenecía, pero ahí estaba, siendo el protagonista incluso sin serlo.

—Necesito que tu comportamiento sea impecable. Como mi mentor me haga llegar una queja de ti soy capaz de....

—Amo Kayser... —lo interrumpió Laura— sabes que siempre te he respetado y que voy a estar a la...

—¡No quiero que seas la de siempre! —José Ángel golpea con la fusta la mesa de madera con tal fuerza que le arranca lengüeta. Laura se aparta sorprendida por la reacción de su amo—. Quiero, ¡exijo que me des tu mil por ciento de una jodida vez, puta de mierda!

Se queda en silencio un rato, mirándola con violencia, respirando fuerte. De pronto, como si despertase de un trance, mira la fusta rota en su mano y se da cuenta del efecto de sus palabras en aquel objeto y en su sumisa. Respira hondo un par de veces y baja el tono de la voz.

—No te imaginas cómo es ese hombre, lo que es capaz de hacer.

—Amo... —comienza a decir Laura.

—No hables —la corta José Ángel, autoritario—. No tienes permiso para hablar hasta que te vayas mañana por la noche. A partir de ahora, tu adiestramiento será duro. Nos queda poco tiempo —José Ángel lanza la fusta doblada al suelo y coge del mueble del salón el vergajo. Lo sacude en el aire un par de veces haciéndolo silbar—. Volvamos al principio. Inclínación de saludo.

Madrid, 29 de mayo de 2018

Aquella mañana en la protectora el trajín de personal es de locura. En la cocina, una mujer grande, exageradamente maquillada, está sentada tras la mesa, rodeada de papeles. Mientras habla por teléfono, trastea con el ratón buscando datos. Su voz suena grave y profunda, señal de que las hormonas aún no le han hecho el efecto de feminización en el habla.

—Hola, buenos días. Mi nombre es Coral, le llamo de la protectora de mascotas. ¿Podría hablar con el señor Luis Padilla?

Al otro lado del teléfono alguien le contesta.

—Buenos días, señor Padilla. Verá, el motivo de mi llamada es el siguiente: debido a unos contratiempos, la estructura del tejado de la protectora se ha dañado y estaremos de obras unos meses. Por esa razón, la cita que tenía para la mazmorra el día 5 de junio vamos a tener que anularla y posponerla para más adelante. Esperamos no haberle causado algún contratiempo.

De nuevo, el señor Padilla interviene.

—Claro, señor. Le dejo apuntada la llamada y le avisaremos cuando podamos retomar nuestra agenda. Muchísimas gracias y perdone las molestias que hayamos podido ocasionarle. Que pase un maravilloso día, señor.

Coral suspira estresada mientras en el documento de Word clica al lado del nombre la casilla “AVISADO”. Ya solo le quedan quince clientes a los que llamar.

Ama Lucía se asoma por la puerta de la cocina y sonríe cariñosa —¿Cómo vas, corazón?

—Todo controlado, querida —con las largas uñas, Coral señala el montón de cajas del pasillo—. Tú sigue con lo tuyo, que esto te lo soluciono yo en un pliqui.

—Gracias, amor —responde Ama Lucía con emoción contenida—. Nunca podré pagarte esto...

—Ya me lo pagaste, querida... Ahora me toca a mí devolvértelo.

Ama Lucía estaba como loca de un lado a otro de la casita moviendo cosas. Sabía que el tejado estaba en malas condiciones, pero aquella carta obligando al “inmediato desalojo del edificio por riesgo de derrumbe” le había roto todos los esquemas.

Al guirigay montado con el movimiento de gente ayudando en el traslado de papeles y mobiliario “delicado”, se le suma una cuadrilla de obreros apuntalando vigas y travesaños. Las dos sissys tuvieron que colgar indumentaria reglamentaria y arrimar el hombro con el traje de calle, trasladando potros, armarios, motores, cuerdas, tarimas, hasta la cruz de San Andrés. Todo iba a ir almacenado en un pequeño sótano que tenía la casita y al cobertizo del jardín. Una de las sumisas trans, Coral, a quien la protectora ayudó con la operación de cambio de sexo, se había ofrecido para hacer de secretaria extra

a tiempo completo e ir anulando todas las citas concertadas en los próximos dos meses.

Ama Lucía se encarga de las fichas de los clientes y de las mascotas. No quiere que nadie toque esos papeles. La información confidencial iría siempre con ella, demasiados datos para que estuviesen por allí expuestos. Al final, después de darle muchas vueltas, había decidido llevárselos a casa. Allí estarían seguros.

Precisamente, cargando una de las cajas de fichas, para llevarlas a la furgoneta, tropieza con un cable y allá que va con la caja por los aires. Todas las fichas se abren y se desparraman por el suelo. Al ruido de la caída, se le suma el grito de la dómina al golpear contra el suelo.

—¿Ama Lucía, se encuentra bien? —Antonio, uno de los sissys, vestido con baquero y camiseta, entra en el despacho, alertado por el grito.

—Sí, muchas gracias, corazón —Ama Lucía se sienta y respira hondo mientras se frota el tobillo. Está a punto de llorar de tanta tensión. Se arregla el pelo y, sin levantarse, empieza a recoger las carpetas—. Sigue a lo tuyo, amor, que haces más falta en el otro lado. Yo voy organizando este desastre. Estoy bien, ¿ves? Esto es lo bueno de ser bajita, que no caigo desde muy alto —se ríe con su propio chiste, haciendo que desaparezca la cara de preocupación de su sumiso. Este sonrío con cariño.

—Sí, Ama Lucía.

Va recopilando los papeles sueltos, las fotos y recortes desperdigados por el suelo y apilándolo todo en montones para después ordenarlo. Se anota mentalmente un autocastigo por no haber guardado las fichas en carpetillas con gomas. La de veces que lo había pensado y al final no lo había hecho.

De pronto, una ficha concreta asoma de entre todos los papeles. Ama Lucía se paraliza. Le entra un intenso calor... De frente, la foto de una joven sumisa, 2390, de nombre Lilly. Estuvo unos meses en la Protectora por maltrato de su anterior amo.

Su anterior amo...

—¡Hijo de puta! —maldice Ama Lucía voz en grito—. ¡Ya sé quién eres!

Recoge rápidamente todo del suelo y lo mete sin organizar en una caja. Ahora las fichas han dejado de ser importantes, hay algo prioritario. Se levanta como puede del suelo, los cincuenta años de sus rodillas le recuerdan que ya no se debe ser tan torpe, y cojeando se acerca a la cocina, donde Coral sigue pegada al teléfono con el portátil abierto y rodeada de papeles. Espera a que cuelgue y le aparta la mano del ratón.

—Déjame un momento, amor, que busque una cosa.

Pegada a su secretaria de emergencia, Ama Lucía alarga el cuello para mirar más de cerca la pantalla del ordenador. Abre la agenda y busca un teléfono. Balbucea en voz alta para sí.

—Aquí estas, tesoro... a ver cómo me las apaño ahora para que no... —Ama Lucía coge su móvil y marca un número— parece lo que parece. Me cago en la leche... ¿Cómo se me ha podido pasar por alto algo tan gordo?

Na na na na na, Come on! Come on! Come on!

I like it, like it...

Los ojos de Laura se abren como platos al mirar la pantalla de móvil. Descuelga recelosa.

—¿Sí?

—¿Laura? —pregunta una voz familiar—. Hola, tesoro. Soy Ama Lucía.

—Sí, ya lo vi en la pantalla... ¡Qué sorpresa! Creo que es la primera vez que me llamas... Pensé que te habías equivocado al marcar mi número...

—¡Jajaja! Bueno, alguna vez tenía que ser la primera... ¿no?

—Sí, cierto —responde Laura recelosa—. ¿Qué pasa? ¿Cómo estás?

—Pues si te soy sincera... estoy hecha una mierda, cariño. Estamos haciendo un traslado de emergencia porque se nos cae el tejado de la Protectora...

—¡Ay, no! —dice Laura preocupada—. ¿Estáis bien? ¿Quieres que vaya?

—No, no, está todo bien. Hay mucha gente por aquí pululando y ya cualquier mano extra estorbaría. Muchas gracias, corazón. Verás... es que... me estoy encargando de llamar a los que tenáis cita en la mazmorra. Sé que el protocolo es hablar todo con los amos, pero esto es una emergencia y no localizo a tu amo, así que me he saltado todas las normas y te llamé a ti.

—Ah... claro. No creo que pase nada —la tranquiliza Laura—. Yo le digo al Amo Kayser. Qué pena, ¿no? ¿Y cómo lo vais a solucionar? Quiero decir... ¿van a arreglarlo y eso?

—Sí, ya hemos llamado a unos albañiles y nos están apuntalando todo... ya sabes, una locura. ¿Tú cómo estás? ¿Cómo te va con tu nuevo amo?

—¿Con Amo Kayser? De maravilla —responde Laura sonriendo sin pretenderlo—. La verdad es que aún no me lo creo. No he podido dar con nadie mejor, Ama Lucía. A ver... es duro,

pero también es un amor y... ¿sabes? Me lleva al límite. Mira que lo veíamos difícil... ¿te acuerdas que me lo decías? ¿qué para encontrar a alguien que me dé lo que necesito podría tirarme toda la vida buscando? ¿qué era una aventura?... ¿Cómo la llamabas, una odisea? Pues te aseguro que lo he encontrado. Se lo contaba el otro día a Almudena, tuve cita con ella. Que vivo como si tuviera 14 años de nuevo, descubriendo y disfrutando. Y ojo... que ya me he llevado buenos castigos, pero a pesar de eso soy super feliz bajo su dominio.

—Vaya, me alegra de verdad que me cuentes eso. Sabes que pase lo que pase me tienes aquí, ¿verdad?

—Claro. Tú eres mi protectora... siempre lo has sido, casi como mi madre... —confiesa Laura con emoción contenida—. Te debo mucho. ¿Estás bien?

—¡Claro! Nada, mujer, para eso estamos. Pues eso, lo dicho, saluda a tu Amo de mi parte y cuéntale lo de la cancelación. Tengo que llamar a un montón de gente y se me acumula el trabajo. Te quiero mucho, lo sabes... No te olvides de que estoy aquí pase lo que pase, ¿vale, mi amor?

—Claro, Ama Lucía. Yo también te quiero mucho a ti. ¿Me llamarás si necesitas ayuda en la casita?

—Cuenta con ello. Un abrazo y cuídate mucho, ¿entendido?

—Tú también. Un besito.

Laura cuelga el teléfono y vuelve a su quehacer en el taller. Agradece estar sola ese día. Tiene la cabeza en Babia y no le está cundiendo nada el trabajo. Entre el fin de semana tan intenso y lo que acaba de ocurrir en la protectora... *pobre Ama Lucía... el marrón que se le viene encima con lo del traslado, aunque esa mujer es pura dinamita. Es de las que se vienen arriba con los problemas y tira del carro pase lo que pase.* Recuerda la conversación que acaban de

tener. Todo lo que le ha dicho con respecto a su relación con el Amo Kayser es completamente cierto. No consigue borrar la sonrisa de felicidad desde que abandonó su casa el domingo por la tarde, aún nota el relieve en el culo de las marcas del látigo al tocarlas. Se siente tan orgullosa de sí misma...

Vuelve a contar los tubos por tercera vez, ese día no da una. Ya están cortados por tamaños y seleccionados por estructuras, solo queda ensamblarlas con los codos de juntas y darles la capa de antioxidante y la pintura. Le gusta mucho cómo va a quedar todo, le recuerdan a los parques infantiles de cuando era chica, los armazones aquellos de hierro con formas de cohete o bolas gigantes donde se pasaban las tardes colgados como monos. Sonríe divertida... *pensándolo bien, estar enganchada a estas estructuras sería casi como volver al parque, solo que con el toque adulto.* Se imagina volver ahora a aquel parque y tener una sesión con Amo Kayser enganchada a los columpios con todas las madres escandalizadas...

—Laura, céntrate —se riñe a sí misma.

Empieza a empaquetar tubos. Esa tarde Dani comenzaría a soldar. Está deseando terminar la obra. Tiene tanta ilusión por ver la mazmorra completa que se pasa el día entero en el taller. Se la imagina perfectamente con todo lujo de detalles, tal y como la tienen en el proyecto. *Benditos programas de ordenador, que ya te diseñan una estancia en 3D donde puedes colocar exactamente tus estructuras y ver cómo van a quedar.*

—Vamos, puta. Aún queda trabajo —se dice en voz alta para animarse—. Hay mucho por hacer.

Capítulo 9

Madrid, 1 de junio de 2018

—**B**uenos días, señorita.
—Eh... buenos días.

A Laura casi se le cae la bandeja del susto. Está bajando las escaleras, volviendo de despertar al amo, y escucha un ruido en la cocina. Una señora mayor, redonda y vestida con un chándal rosa, está subida a una escalera y ocupada limpiando la puerta de un armario. Al notar la presencia de Laura, la mujer se gira, la mira un instante y con toda la naturalidad del mundo, como quien ve cada día a una mujer desnuda con la cara congestionada, las tetas amoratadas, una correa de perro y una bandeja de café entre las manos, la saluda cordialmente y sigue su faena.

—Por fin la conozco —comenta la señora—. Es usted la inquilina del apartamento, ¿verdad? —dice señalando con el trapo la jaula.

Laura no es capaz de articular palabra, mira al suelo con la esperanza de que en cualquier momento se abra en dos y se la trague.

—... eh... sí, puede decirse que sí —consigue decir Laura tímidamente. Va despacio al fregadero y comienza a recoger los cacharros del desayuno de la bandeja, incluidos el plug azul, la pala grande de madera y el dildo doble, aún con restos de azúcar y fluidos pegajosos.

Laura agradece que la mujer siga de espaldas a lo suyo. Tiene además el culo en carne viva de los azotes que le ha propinado el amo unos minutos antes, tras la mamada despertador. De pronto cae en la

cuenta... *¿Habrá escuchado los azotes? ¿Y sus gritos? ¿Y el Amo lo sabía? Mieeeerda...* Se sentía tan avergonzada que no levantaba la vista del fregadero.

—Soy Teresa —la mujer sigue hablando como si nada mientras sigue pasando el trapo, balda por balda—, siempre vengo los lunes y los viernes, así que nunca coincidimos. Y mira, un viernes y aquí las dos, mira qué bien. No se preocupe, ¿eh? Conozco al señor Ángel desde hace mucho, llevo años trabajando en esta casa. Ya se sus... —Teresa mueve el trapo en el aire mientras encuentra la palabra— cosas... así que usted, como si yo no estuviese. Soy mujer de mundo, ¿sabe? Ya no hay nada que me sorprenda, lo que sí me alegra es que por fin haya encontrado una mujer de su edad. No me malinterprete... es usted muy guapa. Todas las mujeres en el mundo tienen su encanto. Es lo que le digo yo a mi marido... “no me mires los michelines, que esos no tienen que aguantar tus ronquidos”. Las cosas como son... —comenta la mujer con naturalidad— entre nosotras, hay mucha cera que dar después de los treinta, porque, ¿cuántos años tiene usted?

—Cuarenta y tres hago pronto —contesta Laura algo más tranquila.

—¿Ves? Lo que yo digo, la mejor edad del mundo. Que una ya empieza a importarles todo un comino, ni el qué dirán o dejarán de decir —la jovialidad impregna la voz de Teresa—. Ay, quien los pillara... Mi marido ya lo sabe, yo....

Laura sigue escuchando a aquella curiosísima mujer mientras friega los cacharos. *¿De dónde lechugas la habrá sacado? Qué mona, lo llama Ángel... Si lo hubiera visto hace unos minutos con la cara de sádico mientras exprimía el limón en sus heridas abiertas por los golpes del vergajo... no le habría llamado Ángel en la vida.*

Una palmada en el culo le arranca un gemido incontrolado. Amo ha llegado a la cocina y entre las palabras de su nueva compañera y su propio ensimismamiento, ni se ha dado cuenta. El trasero le arde horrores y el palmetazo, lejos de ser cariñoso, le ha dolido como si le hubieran azotado con un alambre incandescente. Él lo sabe y sonríe.

—Ya veo que os habéis conocido —dice José Ángel con una sonrisa pícaro—. Teresa, te presento a Laura.

—Buenos días, señor Ángel —le saluda con educación Teresa—, ya nos estábamos conociendo esta señorita y yo. Le contaba que me alegro de que por fin sea usted sensato y elija a gente en condiciones... No quisiera meterme donde no me llaman, pero las niñas estas con cuerpo de anuncios de perfume, no siempre saben lo que quieren y se pierden enseguida. Yo le digo siempre a mi marido, la carne es carne y la gravedad hace su trabajo con todos... ¡pero ellas qué saben!

José Ángel le hace un gesto cómplice a Laura mientras con la mano simula una boca hablando, esta sonríe divertida. Se dirige a su empleada y cortándole el discurso le dice:

—Teresa, hoy solo me preocupa el piso de abajo. Vacía el frigorífico y el arcón congelador. No hay mucho, llévate lo que quieras, lo demás se tira. Mañana tendremos velada y quis...

—¡Su cumpleaños! —lo interrumpe la criada. Se lleva las manos a la cabeza, trapo incluido— ay, que cabeza... Madre del amor hermoso, es verdad. Lo olvidé, siempre me pasa lo mismo. Al final me pasará como cada año, que le doy su regalo fuera de fecha, y conste que lo tengo elegido desde hace semanas, ¿eh? Que aquí, donde me ven, tengo buena memoria, pero para lo que no hace falta. Si es que los años...

Mientras la mujer sigue hablando, José Ángel se acerca al oído de Laura y le susurra al oído:

—Vas a irte a tu lavabo, vas a coger el alcohol el botiquín y te vas a vaciar el bote por todo el cuerpo, coño y esfínter anal incluidos, después te das una ducha tibia. Te espero en el jardín.

Laura traga saliva y, tras despedirse de Teresa, marcha a obedecer la orden de su amo, dejando los cacharros sin terminar de enjuagar. Mientras camina despacio, todo lo que le da su escocida entrepierna, un ligero reguerillo húmedo y pegajoso le baja desde el coño por la rodilla.

«Que puta perra que soy», piensa sonriendo, «y cómo lo estoy disfrutando»

Madrid, 2 de junio de 2018

Justo antes de la hora de comienzo de la velada, Amo y sumisa se encuentran en el salón para las últimas instrucciones.

—Amo... tengo un regalo para ti, felicidades —Laura le entrega un paquete envuelto en papel negro brillante.

—Vaya sorpresa... —responde José Ángel con una sonrisa—. Gracias, puta —comienza a desenvolverlo.

—No sé si es más un regalo para ti o para mí... —Laura se pone roja como un tomate y mira al suelo—. Pongamos que es para los dos... Lo vi hace un tiempo en una tienda...

El amo suelta una carcajada en cuanto descubre, por la fotografía de la caja, el contenido del paquete.

—¡Un collar de adiestramiento! —dice José Ángel encantado—. ¡Me encanta! ¿Puedes ponértelo ahora?

—Creo que hay que cargarlo primero, Amo Kayser. Para que tenga corriente suficiente.

—Brutal, ponlo a cargar —ordena José Ángel de inmediato—. Cuando esté listo, no hace falta que me pidas permiso. Te lo cambias y me das el mando.

—Sí, Amo Kayser.

—¿Todo bien? —pregunta José Ángel

—Claro, Amo Kayser. Nerviosa —aclara Laura con algo de timidez—. Espero caerle bien a tus amigos. Por cierto, estás... espectacular. Estoy humedeciéndome en este momento.

José Ángel vuelve a reír.

—Es que eres muy puta, boca sucia —José Ángel le besa la frente—. No te preocupes por la gente, eres la mejor sumisa que un amo pueda tener.

—Gracias, Amo Kayser.

La velada no puede haber empezado mejor. Los invitados, poco a poco van llegando. Unos más glamurosos y otros menos, pero todos elegantes y con su rol definido por el dress code: el negro como norma general con los hombres de pantalón y las mujeres con falda, toques de rojo para las dóminas y ropa ligeramente más informal, aunque negra también para los bottoms. Por supuesto, los accesorios no podían faltar: collares y correas, plugs cola, antifaces...

José Ángel eligió para su boca sucia un sencillo traje negro de tirantes, largo y con un efecto de capa por detrás, con el collar de calaveras. Por supuesto, nada bajo el vestido y descalza. Él viste también de negro, con traje de alpaca y camisa entallada de cuello redondo.

Los camareros marchan a lo largo de todo el jardín llevando bandejas con aperitivos a los pequeños grupos de invitados que se han ido formando. El anfitrión ha invertido mucho esfuerzo y dinero en que el espacio fuese lo más acogedor posible, con mesas altas para degustar los canapés y bancos cómodos dispuestos en semicírculo en las zonas abiertas para charlar y juntarse. Las luces colgantes, las lamparitas de los caminos y los pequeños toldos, junto con la música suave de fondo, crean una atmósfera muy confortable. La guinda del pastel es la zona de la higuera, al final del jardín, tras la piscina, donde hay preparado un rincón de tortura con un expositor a su lado, donde cuelgan fustas, floggers, cuerdas, palas... y una tarima alta para que el espectáculo pueda ser contemplado por los invitados sin problema. Además, en la rama más grande del árbol hay fijados un par de mosquetones con unas correas. Cada elemento perfectamente calculado para una velada bedesemera inolvidable.

José Ángel va paseando por los grupos, saludando y mostrando a su boca sucia, a la que lleva de la correa. En cada ocasión, esta cumple con el protocolo acordado, presentándose y haciendo una ligera inclinación de torso. Si se da el caso, participa de la conversación aportando ideas, comentando su opinión, por supuesto tras previo consentimiento del amo. Se la ve cómoda, divertida y respetuosa. José Ángel no cabe en sí de orgullo. Adora a esa perra.

Cuando el amo creyó conveniente, ya avanzada la tarde y con las últimas luces de la puesta de sol, tras hacer un par de rondas de saludos y conversaciones, decide soltar la cadena de su sumisa y la deja ir por libre, con la instrucción de comprobar que todo el mundo estaba servido y disfrutando. Todo estaba saliendo a pedir de boca, bueno, casi todo. Algo le tiene ciertamente preocupado y mira el reloj con impaciencia, falta precisamente quien más necesitaba tener

cerca: su mentor, no porque necesitara de su compañía, sino porque era impredecible y temía su reacción al ver a Laura.

No tiene que esperar mucho más.

Como si fuese el mismísimo Vito Corleone, Seuba hace acto de presencia por la puerta del jardín, vistiendo traje blanco, sombrero, puro y correa en mano. Al otro lado de la cadenita, a unos pasos detrás de él, un collar de cuero blanco y brillantes luce alrededor del cuello de una atlética señorita, afeitada de pies a cabeza y completamente desnuda.

—¡Mi joven padawan! —lo saluda efusivamente Seuba abriendo los brazos en cuanto se encuentra con la mirada a José Ángel. Éste sonríe abiertamente y repite el gesto en la distancia.

—Señor... Por fin —responde José Ángel correspondiendo al gesto—. Ya creía que no venías. Veo que el dress code te es indiferente...

—Nah, eso son mierdas de gente sin personalidad. Muero de ganas de conocer a tu gallina —Seuba chasquea los dedos y su esclava le agarra el sombrero y lo sostiene en las manos.

—No es una gallina, es mi sumisa —lo corrige José Ángel en tono neutro—. Por favor...

—Vaaaale.... —Seuba pone los ojos en blanco—. Respetaremos al amo. Preséntamela.

José Ángel busca con la mirada a Laura y, en cuanto la ve, le hace un gesto. Ella se acerca a pasos pequeños, sonriendo y con la mirada baja.

—Boca sucia, saluda al Amo Seuba.

—Buenas noches, Mentor Seuba. Mi nombre es boca sucia, soy la puta del Amo Kayser. Espero que pase una agradable velada —Laura junta las dos manos sobre el vientre, la izquierda sobre la

derecha. Hace una ligera inclinación de torso bajando las dos manos a la altura de los muslos y se mantiene en esa posición.

—Mmm... —Seuba inclina la cabeza para mirarle la cara, Laura ni se inmuta. Se dirige a José Ángel—. ¿Y cuantos años dices que tiene?

—Cuarenta y tres va a hacer —contesta el pupilo.

—Ponte recta —Seuba le ordena a Laura. Esta obedece manteniendo la mirada al suelo— Mírame, puta —Laura levanta la vista y lo mira directamente a los ojos, intentando parecer lo más neutra posible y disimulando su incomodidad—. Pues no lo entiendo, chico. No sé qué has visto en esto.

Seuba le tira del escote hasta que se le sale una teta por encima del vestido, se la agarra como el que le mira la consistencia a la ubre de una vaca en un mercado de ganado y pone gesto de asco. Laura se mantiene quieta, pero se le enciende la cara de rubor. Se da cuenta de que José Ángel empieza a torcer el gesto, parece que a él tampoco le gusta, aunque no dice nada. El mentor se percata del ademán de su protegido y pone los ojos en blanco.

—¡Joder! ¡Qué susceptibles, coño! —Seuba vuelve a guardarle la teta a Laura y le da unas palmaditas en la cara—. Bueno, ¿aquí no se bebe o qué?

Laura ve la oportunidad perfecta para poner tierra de por medio. Con las manos perfectamente colocadas sobre el vientre y mirando al suelo, se inclina ligeramente en dirección a José Ángel.

—Amo Kayser, permiso para ir a servir al Mentor Seuba — pide Laura con exquisita educación.

—Por supuesto. Tráeme también a mi otro cubata, ya sabes cómo servirlos —le especifica José Ángel, entonces su expresión cambia al asombro—. ¡Ah, casi se me olvida! ¿Sabes si se ha

cargado ya mi regalo? Tráetelo también, anda. Vamos a divertirnos un rato.

—Sí, Amo Kayser —responde Laura con obediencia, después se gira a Seuba—. Con su permiso, mentor Seuba. ¿Puedo retirarme?

Seuba chasquea los dedos en dirección a la puerta por respuesta.

Laura aprovecha para salir de aquel rincón, no sin antes dirigir una mirada de lástima a la esclava. *Madre mía... pobre chiquilla, vaya tipejo el Seuba*. Se alegra de que su amo no se parezca en nada a él. Solo de pensar que se comportase como su mentor, se le ponían los pelos de punta.

Tras desconectar el collar del cargador y recoger el mando, Laura va a la zona de las bebidas a servir los dos cubatas como le había enseñado el Amo Kayser, teniendo en cuenta hasta la posición del limón entre los hielos. Con todo servido, vuelve al lugar donde se encuentran ambos. Están en medio de un debate interesante con más gente, por lo que parece. Su amo nada más verla interrumpe su discurso y sonríe abiertamente. Recoge los dos cubatas, los compara y le entrega a su mentor el mejor presentado. Coge también el collar y lo mira curioso.

—A ver... —José Ángel tatea el collar y lo examina—. ¿Cómo funciona esto?

—Yo tengo uno. Es genial. Espera, te digo como va —otro de los amos del improvisado grupo de debate le explica el funcionamiento. El detalle del regalo y la curiosidad del nuevo juguete hace que los invitados se congreguen alrededor.

Cuando le abrocha el collar y se asegura de la posición de los electrodos, evitando la nuca y la garganta por razones de seguridad, José Ángel chasquea los dedos. Laura asiente y se marcha a la zona de la higuera, se desnuda y se coloca en posición de espera sobre la

tarima. Está tremendamente nerviosa, se arrepiente de haber elegido tan mal día para regalarle el collar... nunca lo ha probado y teme que, si es demasiado intenso, acabe diciendo la palabra de seguridad. Dejando a su amo en un muy mal lugar.

—Bien, boca sucia —José Ángel se junta con el resto de los invitados que poco a poco, curiosos, van acercándose a la zona donde está la sumisa esperando y la observa divertido desde uno de los banquitos de la estancia—. Vamos a jugar, primero el calibraje. Voy a probar intensidades y me vas a decir tu nivel de dolor.

Laura está tan nerviosa que le entra la risa floja. Sopla profundo para concentrarse, pero no puede contenerse. Aprieta fuerte los puños, sin parar de reír. Los invitados empatizan con ella y también ríen.

—Manos atrás —ordena José Ángel.

Laura intenta obedecer, pero los nervios le están jugando una muy mala pasada y es incapaz de mantenerlas atrás. Tiene los puños tensos y se los lleva instintivamente al cuello. El amo ríe divertido.

—Vale, capto la indirecta. Vamos a suavizarte un poco los nervios.

El amo se levanta despacio y va hacia el carrito expositor. Agarra la vara de bambú y la hace silbar sacudiéndola en el aire.

—Este dolor si lo conoces, ¿verdad, puta? —le pregunta José Ángel socarrón—. ¿Te sientes más cómoda si comienzo con esto?

La sumisa, visiblemente más tranquila al ver la vara, asiente agradecida y se coloca exponiendo el culo. En cuanto baja la cabeza, José Ángel pulsa el botón del mando del collar.

—¡Ostiaaa! —grita Laura por la sorpresa.

La concurrencia rompe a reír. Laura y José Ángel se unen a las risas.

—¿Nivel?

—Depende —responde Laura conteniendo la sonrisa—. Deputada nivel quince, Amo Kayser.

Los invitados ríen a carcajadas.

—¿Pero qué lenguaje es ese? —José Ángel vuelve a activar el mando y Laura pega otro grito.

—¡Aaaamoooo!

—Que qué nivel —insiste José Ángel.

—¡Siete, Amo Kayser!

—Bien. Ahora que ya sabes lo que hay colócate de nuevo —Laura vuelve a su posición de espera del principio—. Vamos a jugar.

José Ángel sube ligeramente el potenciómetro del mando y lo activa. Laura vuelve a gritar. Se lleva las manos al cuello, esta vez visiblemente más afectada.

—Nueve, Amo

—Bien, puta. Uno más.

Laura ya no se ríe, ni nadie de los invitados. Empieza el juego de verdad, José Ángel vuelve a pulsar el mando. Laura grita de nuevo y llora asustada.

—Bien, princesa. ¿Cuántos años cumplo?

Laura abre los ojos como platos y mira a su amo suplicante, pero no dice nada. Sabe que si dice algo va a ser peor, así que aguanta la postura y reza al dios de las zorras para que el amo no haga lo que cree que va a hacer.

—Cuarenta y seis... señor.

—Bien, este es el juego —comienza a decir José Ángel con una sonrisa perversa—. Tienes prohibida la palabra no. Cada uno de los amos que quiera te va a proponer algo, con sus sumisos o tú sola. Puedes rehusar hasta tres veces, sin decir la palabra prohibida, por supuesto. En caso de decirla, aunque solo sea una vez te ganarás de

castigo cuarenta y cinco descargas —se dirige a los invitados—. ¿Os parece bien?

Se oye una aprobación general. La atmósfera se llena de morbo y los invitados empiezan a maquinarse sus juegos: unos se han sentado a lo largo del espacio en bancos, otros, los sumisos, bien de rodillas en el suelo o de pie cargando con las copas de los amos, sonrían divertidos ante la propuesta del anfitrión, rezando para formar parte del tormento.

El juego ocupa entre risas y aplausos el resto de la velada. Uno a uno, los amos y amas del grupo competían por idear la propuesta más morbosa: unos la hacen masturbarse con objetos imposibles, otros ordenan a sus sumisos azotarla con fustas o palas, bien de manera individual, bien junto con otros sumisos, o la colocan exponiendo el culo y le introducen objetos y bebidas que luego expulsa sobre algún feliz sumiso, comer pollas, aguantar la tensión de cadenas enganchadas en los pezones junto con tres sumisos más hasta que uno de ellos se le arrancaban y rabiaba de dolor, lamer botas, pies desnudos y culos a sumisos...

Rehúsa, eso sí, con toda clase de elogios y agradecimientos, las propuestas de scat. “Agradezco enormemente la propuesta, señor, pero voy a utilizar el permiso de mi Amo para pedirle con toda la humildad complacerle en otro momento”. La concurrencia ríe y aplaude la reacción de la sumisa. En general, todos habían ido a pasar un rato divertido y morboso, así que, una vez que denegó las tres veces, ninguno le propuso algo que pudiera ponerla en la tesitura y recibir el castigo, que a todas luces se veía doloroso.

—Me toca —Seuba levanta la voz y todos se giran hacia él.

Está sentado en uno de los sillones más alejados de la tarima con el cubata en una mano, un puro en la otra y a su esclava entre las

piernas, por el movimiento continuo y pausado se veía claramente que llevaba un buen rato trabajándole la polla. Le derrama un chorrito de cubata sobre la cabeza, ella para de chupar, le guarda el miembro y le cierra la cremallera del pantalón. Se aparta para que pueda levantarse.

—Vamos a probar a esta gallina... —Seuba pasea alrededor de la tarima donde una Laura exhausta y llena de magulladuras respira nerviosa. Se le ve ligeramente afectado por el alcohol y habla despacio marcando las letras—. Ya he visto todo lo que es capaz y el aguante que tiene. He de decir que me has sorprendido, una pieza como tú parece que vale para algo más que para caldo. Veamos el nivel de obediencia.

Seuba chasquea los dedos sobre la tarima. La pequeña esclava se dirige a la tarima y sube de un salto, se coloca de rodillas junto a Laura, separa las piernas y baja el torso hasta apoyar la cara en el suelo. Una vez colocada, separa sus nalgas con las dos manos, exponiendo abiertamente sus genitales al público. Laura no puede evitar sentir una envidia terrible ante el atlético cuerpo de aquella chiquilla.

Cuando la esclava adopta la posición, Seuba le da una profunda calada a su puro y, ante los ojos atónitos de la concurrencia, lo presiona en su esfínter anal hasta que lo apaga. La esclava apenas deja salir un gruñido de dolor ahogado, que parecía salirle del mismo hígado. Los invitados están visiblemente incómodos: muchos ya lo conocen y apenas se sorprenden, otros se apartan simplemente y se levantan a servirse una copa o a la mesa del catering para no seguir viendo aquello. Seuba se acerca a Laura y le habla pegado a su cara.

—¿Ves? Esto es lo que el pusilánime de tu amo está acostumbrado a hacerle a sus perras hasta que, en un alarde de romanticismo que no sé de dónde cojones le salió, te rescató de

la ONG de la madre Teresa de Calcuta —Seuba se separa de ella, vuelve a encender el puro y tras una profunda calada se lo entrega a Laura—. Ya sabes lo que tienes que hacer. Apágale el puro en el puto ojete.

Laura está perpleja. Jamás, en todos los años que lleva entrenándose, la habían preparado para infligir ese nivel de dolor a nadie. Se queda petrificada con el puro en los dedos, mirando aquel diminuto orificio lleno de ceniza y ronchas blanquecinas de la quemadura. Laura mira estupefacta a su amo, quien ni se inmuta ante semejante escena. Tras unos segundos de tensión, Laura intenta acercar el puro al orificio de la esclava. Pero es incapaz de acatar la orden, le tiembla la mano. Va a tener que decir que no y aceptar el castigo.

Uno de los invitados, visiblemente incómodo, se levanta y se dirige hacia Seuba.

—Eh... amigo. Para ya —le dice en tono conciliador. Le toma del brazo, pero él se zafa con un movimiento brusco.

—No me toques, imbécil —responde Seuba con brusquedad.

—¿Perdona? —el invitado empuja el hombro de Seuba, quien se tambalea ligeramente.

José Ángel está de pie, observando todo, como absorto. De pronto, reacciona como si despertase de un bloqueo y se coloca rápidamente entre ambos consiguiendo separarlos. El ofendido se aparta maldiciendo hacia el otro lado del jardín, mientras se aleja le grita a José Ángel enfadado.

—Apáñatelas, tú eres quien lo ha invitado. Ya me cansé de aguantar bravuconadas. Me voy.

Mentor y pupilo se mantienen unos segundos la mirada, pero este es incapaz de aguantar mucho el poder de su mentor y enseguida la aparta. Laura está flipando con la escena. Mira de reojo a la esclava,

aún con el culo en pompa y la cara pegada al suelo. Bajo la nariz, en la tarima, se ve un pequeño charquito de lágrimas. Le pregunta bajito si se encuentra bien, ella ni se inmuta, sigue en silencio. Finalmente, José Ángel reúne algo de valor, aunque sin levantar la vista, y se dirige a Seuba.

—No quiero que te acerques a mi puta.

Seuba abre los ojos y se enfrenta enfadado a su pupilo.

—¿Tienes algo que reprocharme? ¿A estas alturas y con todo lo que hemos pasado te me vas a encarar? Me debes más de lo que podrías pagarme en tu vida —Seuba se dirige a la tarima y pega su cara a la de Laura. El fuerte olor a alcohol y tabaco de aquel viejo le provoca verdadero asco y no puede reprimir una mueca. A él parece que ni le importe y le sigue voceando a escasos centímetros de la cara—. Aquí tu señor, ha dispuesto de mis esclavas cuanto ha querido, nunca le puse una pega. Las ha herido y maltratado hasta que se desahogaba y quedaba tranquilo. Jamás le dije nada. Una me costó una pasta en operaciones por dañarle un ojo y tampoco puse objeción. Lo pagué y cambié de esclava, ni le pedí un puto duro. ¿Qué? —pregunta Seuba con brusquedad al ver la expresión de desconcierto de Laura—. Eso no te lo ha contado tu amo, ¿verdad?

Laura mira a José Ángel esperando que desmienta todo lo que estaba diciendo aquel hombre... pero su Amo ahora se ha convertido en un corderito débil y acomplejado incapaz de mirarla a los ojos.

—Ya no soy así —responde José Ángel con voz débil.

—¡Ah, perdone vucencia! ¡Que se nos volvió blandito y ya tiene conciencia de Amo! ¡No puedo acercarme a esta gallina porque te sale ahora del coño! —Seuba está fuera de sí, los ojos inyectados en sangre de pura rabia—. Pues va a ser que me vais a comer la polla los dos, tú y tu puta vieja gorda de saldo.

—¡Eh, Carapolla!

Laura está encendida como un misto, le sube un calor tremendo y es incapaz de disimular. Cada vez se siente más fuera de lugar y se pregunta que cojones está haciendo en aquella tarima aguantando insultos.

—¡Vas a llamar vieja gorda a tu puta madre, subnormal!

Seuba se queda seco. Mira a la enorme mujer desnuda que se baja de la tarima y se le acerca como un toro de miura. Apenas le da tiempo ni a contestar cuando recibe una patada en las pelotas que lo tumba en el suelo y le corta la respiración.

—Esto es lo que querías, ¿no? —responde Laura encendida de ira—. Es que como soy una vieja no he escuchado bien la orden, Señor.

José Ángel Se queda helado y mira a Laura como quien ve levantarse a un muerto.

—¿Qué has hecho? —pregunta José Ángel horrorizado

—¿Que qué he hecho? —le responde Laura volcando su rabia contra él—. Lo que tenías que haber hecho tú hace unas horas y ni has tenido los cojones de defender. Ya no soporto más esta mierda. Una cosa es que me guste la humillación y otra que me insulten, me hieran y me deje pisar —agarra de un manotazo el vestido que seguía donde lo dejó—. Me voy. No quiero ser más tu puta. Rompo el contrato.

—Laura... —apenas un hilo de voz sale de la garganta de José Ángel

—Perdona, Laura me llama mi madre y la gente que me defiende y me respeta —la voz de Laura es fría como el hielo—. Tú perdiste ese derecho.

Los pocos invitados que quedan se apartan al pasar Laura entre ellos. El ambiente se ha vuelto tan tenso que muchos han optado por

marcharse. José Ángel está avergonzado como en su vida. Se planta en medio del jardín con los brazos abiertos y cabizbajo.

—Perdonadme todos. No debí dejar que ocurriese esto.

Uno de ellos se acerca a él y le da unas palmadas en el hombro.

—Tío... no quiero meterme donde no me llaman, pero no debiste invitar a Seuba.

—Lo sé, no tengo excusa. Me siento un imbécil. Lamento que la velada haya terminado así, estábamos llevándolo tan bien...

—Sí y más te vale recuperar a tu sumisa —le dice en tono conciliador y dándole un apretón suave en el hombro—. Es de lo poco bueno que te he visto tener.

Se oyen a lo lejos los gritos e insultos del viejo amo, que sigue retorciéndose tirado en el suelo exigiendo cabezas por la afrenta. José Ángel observa la zona del altercado. Sobre la tarima, la esclava no ha variado un ápice su posición. Ignorando por completo las quejas y amenazas del mentor se dirige al carrito expositor, de donde saca un pequeño botiquín y de este un tarro de crema cicatrizante. Con todo el cariño del mundo, le unta la crema en el culo a la esclava sobre las quemaduras del puro y le acaricia la cabeza.

—Ven, tesoro —José Ángel tira suave de la correa, ella se deja llevar—. Te vas a venir conmigo.

Se la lleva despacio por el jardín, siguiendo el rimo de la esclava, que le cuesta andar por el roce del culo, hasta que llegan a la entrada, donde se encuentra uno de los amos con quien más confianza tiene. Le presenta la correa.

—¿Te importaría cuidarla unos días? —le pregunta al amo ofreciéndole la correa—. No sé qué voy a hacer con ella, pero no quiero que ese viejo cabrón se la lleve. Hazme el favor de ir despidiendo a todos. Tengo que llamar a la ambulancia.

Capítulo 10

Madrid, 7 de junio de 2018

—**H**ola, amor. Por favor, cuando puedas dame un toque. Acabo de enterarme. Quiero hablar contigo, no cargues con esto tu sola. Vente a la casita, tengo que contarte muchas cosas. Contéstame, anda... —Ama Lucía cuelga el teléfono, mira a los ojos a José Ángel visiblemente enfadada—. Estarás contento. Joder, cómo me engañaste. Mira que me diste mala espina desde el primer momento... y yo que lo achacaba al recelo profesional... Desde luego, me hago responsable de todo esto. Tuve que haberlo visto antes y avisarla, pero ella hablaba tan bien de ti, de vuestra relación...

—Te juro que todo lo que te ha contado de mí es cierto. Es así, ¡yo soy ese! —responde José Ángel suplicante—. Necesito recuperarla como sea, pero no me coge el teléfono y sé que a ti te escucha.

—No puedo hacer nada —responde Ama Lucía tajante—. Bueno sí, sí que he hecho algo. Acabo de añadirte a la lista de maltratadores, así que ni intentes contactar con ninguna de las sumisas de la protectora, o yo misma te cortaré las pelotas.

—Se me fue todo de las manos —trata de explicarse José Ángel—. Te he contado con pelos y señales cómo ocurrió. Fue mi mentor el que provocó todo y yo... yo no supe reaccionar.

—Seuba... Bendito hijo de puta —exclama Ama Lucía con una profunda ironía en la voz—. Ese hombre es lo contrario a lo que un amo debe ser. Menos mal que a cada cerdo le llega su San Martín... Tarde o temprano iba a salir de aquel club, le han hecho un

favor al BDSM —Observa a José Ángel, que ha puesto los ojos como platos— ¿No te has enterado? No puedo creerlo... ¿Acaso no sabes que lo expulsaron hace semanas de la Catedral?

—¿Qué dices...? —pregunta José Ángel a la par que el color se le va del rostro.

—Pues parece ser que ha salido su nombre de rebote en una operación y lo han involucrado en un negocio de trata de menores. Un miembro de la cúpula del club tiene contacto con el fiscal que lleva la investigación. Aún no hay nada confirmado, pero no quieren verse envueltos, ni parecer que lo encubren, así que ya sabes cómo funcionan. Ante la duda, patada.

—Me dejas de piedra...

—Pues tú vas detrás —lo sentencia Ama Lucía con dureza.

—¿Yo? —pregunta José Ángel aún más blanco.

—¡¿Pero de qué guindo te has caído, almapollo?! —salta Ama Lucía con profunda molestia en la voz.

—¡Yo no sé nada, hace mucho que no hablaba con él! —se defiende José Ángel de la acusación—. Trabajamos en la misma empresa y si, alguna vez hemos hablado en el último año, pero nada personal. Yo también estuve en La Catedral un tiempo como invitado suyo, pero no me gustó el ambiente y me distancié de todo aquello. Por eso contacté contigo. Decidí dar un giro a mi vida y buscar mi verdadera identidad. Siempre fui la sombra de Seuba... Necesitaba separarme.

—Pues no lo has demostrado. Para muestra un botón —contesta Ama Lucía negando con la cabeza—. Laura es más sensible de lo que aparenta, dudo mucho que la recuperes y, desde luego, a la protectora no vuelvas. No quiero tener nada que ver con gente como tú.

—¡Pero he venido a contártelo todo! ¡Estoy dando la cara! — responde José Ángel perdiendo la poca calma que le quedaba—. No quiero que esto acabe así. Por favor...

—Ya te he dedicado demasiado tiempo. Como ves, estamos de obras y tengo mucho que hacer —Ama Lucía señala educadamente con la palma de la mano la puerta, invitándolo a salir.

—Está bien —accede José Ángel, visiblemente abatido—. Te haré caso, me marcho... pero, por favor, no me cierres esta puerta. Boca sucia es lo mejor que me ha pasado en mi vida. Me está haciendo crecer como dominante... y la adoro. No quiero perderla.

—Adiós —dice Ama Lucía con dureza.

José Ángel, rendido, se gira y cruza la puerta. Intenta recorrer como puede el pasillo que lleva a la entrada de la casita esquivando cajas y cacharros embalados en plástico de burbujas. Se asoma curioso a las salas donde la última vez se reunió en la subasta y queda desolado. Está todo apuntalado con pies de obra. Los muebles más grandes están tapados con plásticos, de lo demás no queda nada.

El silencio le llama la atención. Lleva años visitando obras debido a su trabajo y el ruido siempre es ensordecedor: los traqueteos de las máquinas, golpes, voces y sonidos metálicos de andamios y herramientas... y, sin embargo, es un jueves por la mañana y apenas el aire de la calima entra por las ventanas.

Cuando sale a la calle, José Ángel se encuentra con un chico en baqueros y camiseta blanca cargando una gran caja de cartón.

—Disculpa... —lo para al pasar a su lado—. ¿Sabes si las obras van a durar mucho?

El chico suelta una carcajada, pero el tono con el que habla no suena divertido en absoluto.

—No creo ni que lleguen a hacerse —el chico deja la caja en el suelo con cuidado y se lleva las manos a los riñones—. La protectora no puede cubrir los gastos. Esperamos organizar una gala benéfica antes del otoño, a ver si se puede recaudar algo para las obras antes de que el clima lo empeore todo. Hay daños estructurales y apenas se nos permite el paso a nosotros por seguridad.

—Vaya, siento oír eso —responde José Ángel con pesadumbre—. Gracias.

—De nada, Señor Kayser.

José Ángel se para en seco y mira más detenidamente al chico.

—Perdona, ¿te conozco?

—No me reconoce, pero yo a usted sí. La última vez que vino yo llevaba la máscara de cerdo —le sonríe coqueto.

—¡Coño! Perdona —José Ángel le devuelve la sonrisa, avergonzado—. No, imposible reconocerte.

—Lógico.

—¿Estáis haciendo vosotros la obra? —pregunta José Ángel interesado.

—Más quisiéramos —contesta el chico con pena—. Solo ayudamos a Ama Lucía a recoger y poner a salvo todo lo de la protectora por si nos desalojan y tenemos que salir por riesgo de derrumbe.

—Vaya putada...

—Pues sí, la verdad —confirma el chico—. No sé qué sería de muchos de nosotros si no es por esa bendita mujer. Ha dado todo lo que tiene por levantar la protectora. No lo parece, pero está hundida. Un esclavo nota esas esas cosas. Por ella daría mi vida si la necesitara, mientras tanto le doy todo mi esfuerzo y mi tiempo.

—Eres un gran esclavo —lo elogia José Ángel—. Seguro que tu Ama está muy orgullosa de ti.

—Gracias, señor Kayser. Espero que todo le vaya bien —el chico vuelve a cargar la caja y se aleja, de pronto se gira— ¡Ah, y dele recuerdos a 2364! Es una gran mujer. Ha tenido usted mucha suerte, pocas hay como ella.

—Lo sé, lo haré —contesta José Ángel, disimulando el nudo que se le forma en el estómago por la mentira.

José Ángel recorre pensativo el camino de tierra que le lleva a la sombra del chamizo donde tiene aparcado el coche. *Pobre chiquillo, aún no sabe nada. Pronto su ama le contará todo y me odiará hasta la muerte.* Se lo merece, la verdad. Después de todo, cuando le ha contado a Ama Lucía todo lo acontecido en la velada del cumpleaños, él mismo se estaba dando pena.

Mira hacia atrás y ve la casita, llena de plásticos en las ventanas y escombros alrededor. ¿Cómo es posible que, en poco más de un mes, la esperanza de una nueva vida se hubiera truncado de aquella manera? La casita era la imagen perfecta de su propia situación interna, sin buenos cimientos era imposible mantener aquella estructura. Él había comenzado a construir un camino nuevo sobre otro sin arreglar y la consecuencia estaba siendo el derrumbe y el abandono.

Cuando era pequeño creía que tenía el poder de la luz. Pensaba que cuando él cerraba los ojos, el mundo entero se apagaba. El pobre tardaba horas en dormirse para que su madre llegara al dormitorio antes de que él cerrase los ojos para no tropezarse con los muebles del pasillo. Ahora le estaba ocurriendo algo similar. No mirar al pasado hacía que éste desapareciera de la historia de la humanidad... *otra ilusión infantil.*

Al final, el altercado en la fiesta de cumpleaños había ayudado a justificar la ruptura definitiva con su mentor. Por fin había cerrado

la puerta, pero no dejaba de ser un fracaso más y una demostración de los pocos arrojos que había tenido siempre para enfrentarse a nadie. Esperar que la situación se desborde para no tomar decisiones y que se desestabilice todo sin responsabilidades es, aparte de una muestra de cobardía, un error.

Todo lo que contó Seuba en la velada era cierto. Siempre fue un pusilánime pegado a las faldas de su maestro, imitándolo para hacerse sentir el puto amo, pero ni él era así ni se sentía plenamente feliz con aquella forma de vida. Una y otra vez repetía en su cabeza aquellos minutos críticos en los que el Amo Seuba volvía a tomar el control y cómo terminó en el suelo con las pelotas reventadas por su sumisa. No llegaba a comprender por qué él no aparecía en aquel recuerdo, como si hubiese estado viéndolo todo a través de un cristal, al margen de todo aquello. Nadie recuerda la escena de una película incluyéndose a sí mismo delante de la tele.

Realmente fue ella quien le plantó cara al abusador, quien realmente tuvo las pelotas para hacerlo, quien lo protegió, al fin y al cabo. Había fracasado de nuevo como amo, y lo peor de todo, había decepcionado a alguien que le importaba de verdad.

Una gota de sudor le entra en el ojo. El escozor le hace volver a la realidad.

Respira hondo. José Ángel arranca el coche, pone el aire acondicionado y marcha hacia su casa. *Se acabó el lloriquear. Hay que arreglar esto como sea.*

Madrid, 8 de junio de 2018

—Hola, buenos días. Verá, estoy intentando contactar con la Cooperativa Martillo y Pincel. Maderas y Arte.

—Si, es aquí —responde la voz del teléfono.

—Ah, genial. Mi nombre es José Ángel Suárez, soy cliente vuestro. Mi intermediaria en el proyecto es Laura Serrano. No sé si está ahí, pero quisiera hablar con ella —al otro lado del teléfono un preocupante silencio de varios segundos lo alerta—. ¿Hola?

—Si, estoy aquí. Laura marchó de vacaciones unos días — responde la voz con tono grave—. Usted es... el de la... lo de las... estructuras de hierro, supongo. Laura no llevaba, que yo sepa, ningún otro proyecto.

—Me parece que sí.

—La última noticia que tengo es que se canceló todo — contesta la voz inmediatamente—Con el adelanto que nos dio se han pagado los materiales y parte de la mano de obra. Lo que no se ha utilizado, lo vamos a devolver.

—Ya, me lo temía. Esto... —José Ángel se toma un momento para aclararse la garganta— quería disculparme por las molestias. Si ha quedado algo por pagar, estaría dispuesto a desembolsarlo sin problema.

—No, está todo bien —contesta su intermediario enseguida—. Si quiere pasarse por el taller, hay piezas que prácticamente están terminadas y podría llevárselas si tiene una furgoneta. Nosotros no vamos a usarlas... Como comprenderá, teníamos pensado tirarlas.

—Vale, no sé si me las llevaré, pero si me gustaría ir a verlas. ¿Cuándo puedo pasarme?

—Cuando quiera. Yo estoy aquí todas las mañanas.

—Está bien. ¿El lunes sobre las once me puedo pasar? — pregunta José Ángel.

—Aquí estaré. Le estaré esperando... —confirma la voz en tono neutro—. Me llamo Dani.

—Hasta entonces, Dani. Un saludo.

José Ángel cuelga el móvil y se recuesta cansado en el sillón abatible del despacho, tantas horas de duermevela nocturna le empiezan a pasar factura. De pronto, como si un gran hermano lo vigilase para no relajarse demasiado en las horas de trabajo, el sonido del teléfono provoca que enderece el asiento y se tense como un palo.

En la pantalla del aparato lee “DEP. PROYECTOS.”. *Mierda...* Carraspea fuerte un par de veces y descuelga.

—¿Sí?

—Señor Suárez —saluda la voz de su superior en la empresa—. ¿Podría pasarse por mi despacho un momento, por favor?

—Claro, señor. Ahora mismo voy.

Cuando cruza la oficina y entra en el despacho del jefe de proyectos, a José Ángel se le congela la sangre en un segundo. Seuba está de pie despidiéndose de su jefe, un fuerte apretón de manos muestra un cordial trato entre ambos. Al girarse hacia la puerta, cruzan miradas durante unas milésimas de segundo. Tras un ademán de saludo y con el semblante frío como una máscara, el anciano continúa su camino y marcha despacio por las oficinas hacia el ascensor. Va vestido como un pincel: traje blanco, sombrero y, esta vez como novedad, un precioso bastón lacado. Lleva el porte altanero y soberbio de siempre, pero no es ni de lejos la sombra de lo que, hasta hace apenas unos meses, era su tutor. Igual ahora que sabe lo de La Catedral y tras el terrible encuentro del fin de semana, lo ve como realmente es: un pobre y viejo diablo sin nadie a quien imponer respeto.

El jefe de proyectos se levanta y dirige una mano hacia uno de los asientos libres frente a la mesa.

—No se quede en la puerta, Suárez —lo invita a pasar—. Por favor, siéntese.

Como el que entra desnudo a una jaula llena de cocodrilos, José Ángel da unos pasos sobre la moqueta gris. Con todo el recelo que es capaz de generar se sienta en la butaca que le ofrece su jefe.

—Tenía que hablar con usted. El Señor Seuba ha estado tratando estos días algo con la empresa.

—¿Y qué tengo que ver yo en esto? —pregunta José Ángel sin tapujos. «Si me van a despedir, que sea rápido», piensa. «De perdidos, al río».

—Seuba nos ha hecho un anuncio importante. Tras tantos años de colaboración ha decidido jubilarse, no solo sale del departamento sino de la junta de accionistas a la que pertenecía. Se marcha del todo. Se retira, según dice, a vivir lo que le queda al margen del mundo. Vaya usted a saber a qué isla desaparece... —comenta el jefe en tono jocoso, pero rápidamente recupera el gesto profesional—. Antes de irse, Seuba nos ha hecho entrega de un documento en el que nos recomienda su persona como jefe de departamento creativo y elogiando su trabajo y su dedicación. Según escribe, ha debido caerle en gracia. Quiere dejarle sus acciones de la empresa. Ahora todo está en manos de los abogados, dice que se pondrán en contacto con los suyos.

José Ángel está boquiabierto. *¡No solo no me despiden, sino que me hacen accionista de la empresa!*

—¿Y no ha dicho por qué? —pregunta José Ángel desorientado.

—Dice que tiene una deuda grande con usted, que lo entendería.

—¡Puto viejo chalado! —salta José Ángel atónito—. ¡Pues no, no lo entiendo!

—¡Yo qué sé! ¡Igual está enamorado!

El jefe de proyectos ríe abiertamente intentando aliviar el tenso ambiente que se ha creado en aquel momento. José Ángel apenas tuerce el gesto en una media mueca y corrobora sus pensamientos. Un viejo con pasta que no tiene a nadie a quien manipular... más bien que realmente no tiene a nadie.

—La verdad, estoy sin palabras... —responde José Ángel al cabo de un momento—. No sé, como ustedes vean. Creo que siempre he sido fiel a la empresa y que tuve una estrecha relación con él durante mucho tiempo. Desde luego, en absoluto me imaginaba esto, pero, en fin, estoy dispuesto a asumir de buen grado lo que me venga. Estaré a la altura si llegan al acuerdo y aceptan ascenderme. Tengo grandes ideas y sé que puedo evolucionar profesionalmente y aportar mucho.

—Bien, ese es el talante. Estaremos en contacto con usted estos días —el jefe de proyecto se levanta como si tuviera un resorte y extiende la mano—. Hay mucho que hacer.

—Por supuesto, señor —responde José Ángel con el mismo gesto y se despiden con un apretón de manos—. Estaré por aquí si me necesitan.

Madrid, 11 de junio de 2018

—Buenas, busco a Dani.

—Sí, soy yo.

—Ah, encantado. Soy José Á...

El puñetazo que recibe corta la frase a la mitad. José Ángel Se tambalea hasta notar con las manos el capó de su Audi y se apoya sobre él. Nota que le gotea la nariz, está sangrando.

—Hijo de puta. ¡Tú eres el que ha herido a Laura! Como le hayas hecho algo... te mato. Que de la cárcel se sale, pero del hoyo no —Dani se acerca a él con el puño en alto dispuesto a volver a golpearlo. José Ángel en un acto reflejo lo empuja fuerte y, de un traspies, casi se cae al suelo. Vuelve a incorporarse y saca el pecho amenazante—. ¡Canalla! ¡Maltratador de los cojones!

—¡Eeh! —lo detiene José Ángel levantando las manos—. ¡Relaja, joder! ¡He venido a hablar!

—¡¿A hablar de qué, cabronazo?! —le impreca Dani con rabia—. No me gusta en lo que anda metida, pero viéndote la puta jeta es que siento más asco aún por la gente como tú.

—¿Te importaría calmarte un segundo? —José Ángel extiende una mano en señal de tregua mientras se lleva la otra a la nariz para intentar cortar la hemorragia—. Quiero a Laura. Estoy buscándola para hablar con ella. No sé dónde está.

—Pues yo si lo sé, y no ha querido contarme nada. ¡¿Qué cojones le has hecho, hijo de perra?! —vuelve a gritarle Dani.

—Me he portado mal con ella —Dani vuelve a amagar con el puño, José Ángel da un paso atrás—. No en el sentido que piensas. Por favor, cálmate y te lo cuento todo.

Dani encendido, y sin soltar la presión en el puño, lo mira a los ojos. No se fía un pelo de ese tipo. Si bien siempre apoyó a su compañera de trabajo en lo referente a su vida sexual, en la realidad le parecía una forma de violencia que ni le era atractiva ni en absoluto compartía. Era algo que siempre se interpondría entre los dos. Él nunca podría satisfacerla, así que se conformó con ser su amigo y defenderla hasta la muerte. Este era el momento de demostrarle su amor incondicional.

—Tú no la conoces, no tienes derecho a reclamarla —gruñe Dani mirándolo con ira contenida—. Ella te ha dejado, asúmelo y

espero por tu bien que no le hayas hecho nada porque te juro que no va a quedar de ti ni los dientes.

—Solo quiero hablar con ella. No la supe proteger, eso fue lo que ocurrió. La dejé sola por no enfrentarme a mis propios problemas, pero quiero arreglarlo. De hecho, fue ella la que me defendió a mí —confesar eso a un extraño le costó más de lo que jamás reconocería, pero José Ángel estaba dispuesto a hacer lo que sea por recuperarla. Mira a Dani con gesto compungido— y quería agradecersele. Es una mujer extraordinaria, tiene un carácter y una personalidad que ya querría yo tener. En estos meses que estuvimos juntos nos hemos complementado bien, es cierto que no la conozco lo suficiente, pero sé lo que necesita y se lo he dado con creces. No quiero que esto acabe así. Por favor, dime donde está para que pueda arreglarlo. No le pediré volver, solo quiero hacerme responsable por una vez de mis actos.

Dani duda un momento, instintivamente sacude la mano, le duelen los huesos del puñetazo, se ha desquitado bien. Finalmente, relaja la tensión de sus brazos y entra al taller a coger un trozo de papel higiénico para que José Ángel se seque la sangre de la nariz.

—Hablaré con ella y que decida —dice Dani a regañadientes mientras le entrega el cachito de papel— porque si por mi fuese...

—Te lo agradezco, de verdad —la gratitud impregna la voz de José Ángel—. Te juro que nunca la haría daño adrede. Sé que eres un buen amigo y confía en ti.

—No entiendo vuestra mierda, pero hacía mucho tiempo que no veía a Laura tan encoñada con alguien, así que algo bueno tendrás —Dani cierra los ojos antes de responder— y quiero verla feliz.

—Gracias. Ahí coincidimos los dos. Yo sé que puedo hacerla feliz.

—¿Y qué coño pasa con las estructuras? —pregunta Dani levantando la voz de nuevo— ¿Te las vas a llevar o qué?

—¡Ah, claro! —responde José Ángel recordando porque estaba allí—. Sé que es el peor momento del mundo, pero me gustaría que terminases el proyecto. Te pagaré por adelantado si lo necesitas. ¿Devolviste ya el material sobrante?

—No, aún no —Dani suspira profundamente—. Ya veré. Voy a pensarlo.

—Gracias de nuevo.

—Ponte hielo —le dice Dani señalando su nariz, mientras lo ve meterse en el Audi y arrancar. Se vuelve a meter en el taller farfullando—. Hijo de perra... cómo le haga algo...

Saca del bolsillo el móvil y abre el chat con Laura.

No puedo dejar de llorar. Joder, ahora que estaba tranquila... Me había costado un huevo pasar página. La verdad, me vino bien volver con mi madre... rompo cosas y luego no las arreglo. Mis hermanos no tienen la culpa de mi forma de ser, pero los quiero mucho. Tengo la cabeza que me va a estallar.

Dani me ha dicho que el Amo Kayser, bueno, José Ángel me está buscando... ¡joder, que nombre más raro! Sí es que siempre fue para mí Amo Kayser, aunque de amo me ha dejado un mal sabor de boca. Se supone que un amo debe proteger y defender. Bueno, también es raro ver a una sumisa cagarse en dios... y yo lo hago constantemente.

No puedo quitarme de la cabeza esos cinco últimos minutos... qué a gusto me quedé, la verdad. Ese cabrón se

merecía más, mira que no me gusta llamar la atención... pero cuando la lío, la lío.

Joder, con lo bien que nos habíamos complementado... ¿por qué tiene que ser tan blandito? ¡Es que cuando apareció el viejo ya no había ni un pelo de mi Amo! Se había convertido en un sumiso del cabrón ese... nunca lo había visto así. Creo que eso me dolió más que el trato que me dio. Estaba tan enfadada con él...

Yo que me paso el día sintiéndome orgullosa de ser una mujer fuerte y la cantidad de veces que he luchado por defender que se puede compatibilizar mi carácter con mi sumisión... y estoy haciendo lo mismo con él... ¿se puede ser un hombre blandito y el amo más sádico del mundo? Pues parece ser que así es. Sería injusto obligarle a ser amo todo el día y sí al chiquillo le gusta ser así... no seré yo quien lo juzgue, aunque lo hice. Me enfadé con él por ser blandito.

Lo jodí todo. Pude haber actuado de mil formas, pero fui a la violencia. Como siempre, todo lo soluciono a ostias... ¡Si es que me jode hablar!

Qué puto caos tengo en mi cabeza... ¿qué hago? Mierda... ha merecido la pena todo este tiempo con él... Es el mejor Amo que puedo encontrar, me lleva a mi límite... ¡y se ríe conmigo!

Nos lo pasamos tan bien... La cagué, la cagué mucho. Al menos le debo una disculpa por ser tan violenta... ¿no?

Jodeeeeer... ¿qué hago? ¡No paro de llorar!

Madrid, 10 de julio de 2018

[10/7 12:35 AM] 2364: Hola.

La pantalla del móvil lo paraliza en seco. José Ángel no se esperaba aquel mensaje. Han pasado varias semanas y ya daba por perdida toda esperanza. Menos mal que ya había llegado a la acera. Los coches retomaban la circulación tras encenderse la luz verde y él ni se había dado cuenta.

Mira a su alrededor y ve una pequeña cafetería a unos metros. Entra y pide un café mientras se sienta en la barra. Necesita concentrar toda su energía en esta conversación y no quiere que nada lo distraiga. Mira el reloj, aún tiene tiempo para llegar a la oficina. La junta de accionistas no comienza hasta dentro de una hora.

Mientras le sirven el café agarra el teléfono con las dos manos y vuelve a leer el mensaje. Coge aire.

Vamos allá, cabrón. Escribe.

[10/7 12:39 PM] Amo Kayser: Hola.

Mierda. No contesta. Igual cree que se ha demorado demasiado en responder y se arrepiente de haber sido tan... ¡En línea! Joder... escribiendo....

[10/7 12:40 PM] 2364: ¿Qué tal tu nariz?

José Ángel sonríe. Esa frase le confirma que ha hablado con su colega... a saber lo que se habrán reído de él... Bueno, en el fondo se lo merece.

[10/7 12:40 PM] Amo Kayser: Ya mejor. Tienes buenos amigos.

[10/7 12:40 PM] 2364: Lo sé.

[10/7 12:40 PM] Amo Kayser: ¿Cómo estás?

[10/7 12:41 PM] 2364: Sigo enfadada.

[10/7 12:41 PM] Amo Kayser: No esperaba menos... si sirve de algo, lo siento de corazón.

Laura tarda en contestar. José Ángel se bebe de un trago el café sin dejar de mirar la pantalla del móvil. Comprueba, esperanzado, que sigue en línea. No puede estar más nervioso. Decide pedir una tónica. Si se toma otro café le va a dar una taquicardia, pero necesita tomar algo. Entre el calor y los nervios, la garganta se le está secando. En la esquinita aparece la palabra "... escribiendo" *Bien, buena señal... o no.*

[10/7 12:44 PM] 2364: ¿Qué haces?

[10/7 12:44 PM] Amo Kayser: Acabo de pedirme una tónica. ¿Y tú?

[10/7 12:44 PM] 2364: Tomar el sol en la piscina de mi madre.

[10/7 12:44 PM] Amo Kayser: Vaya, aquí hace un

calor de muerte. Date un chapuzón de mi parte. Luego que llegue a casa me haré un par de largos yo también.

Otro silencio... Le está costando hablar, pero no va a apartar el móvil. Que vea que está para ella, no importa lo que tenga que esperar. Por fin, Laura vuelve a escribir.

[10/7 12:44 PM] 2364: Me ha dicho Dani que habéis continuado con las estructuras.

[10/7 12:45 PM] Amo Kayser: Sí, y la obra de la mazmorra está casi terminada. Solo quedan los muebles...

[10/7 12:46 PM] 2364: Ya, los que iba a hacer yo.

[10/7 12:46 PM] Amo Kayser: Sí. No he querido pedírselo a tu colega. Prefiero que los hagas tú, cuando te apetezca. Sin prisas. Siento decírtelo... pero me das tu más morbo que él.

Aunque, con mordaza y cola de perro, ganaría mucho.

[10/7 12:46 PM] 2364: ¡Jajaja! Eres idiota, ¿lo sabes?

[10/7 12:46 PM] Amo Kayser: Señorita. Un poco de respeto, soy un Amo de mucho prestigio y no tolero ese tono conmigo :p

[10/7 12:46 PM] 2364: Vaaale... entonces eres un idiota, Señor :p

[10/7 12:46 PM] *Amo Kayser: Eeeso está mejor, vamos aprendiendo.*

[10/7 12:46 PM] 2364: *¿Tú cómo estás?*

[10/7 12:46 PM] *Amo Kayser: Bien. Rematando trámites... provocaste un terremoto aquel día y han pasado muchas cosas. Cuando quieras te las cuento.*

[10/7 12:46 PM] 2364: *Vaya. Siento haberte jodido el cumpleaños*

[10/7 12:46 PM] *Amo Kayser: No tienes que disculparte, el cumpleaños lo jodí yo solito. Tú fuiste quien me puso en mi lugar. Te estaré eternamente agradecido, de verdad.*

Otro silencio demasiado largo... José Ángel se termina la tónica. Laura sigue en línea, eso es que se lo está pensando... *vamos, vamoos... mierda. Está escribiendo... joder... cuanto escribe. ¿Qué cojones estará contando...! ¡¿quieres dejar de escribir?!*

[10/7 12:50 PM] 2364: *Voy a estar unos días más aquí con mi familia. También tengo yo que solucionar historias con ellos, pero cuando vuelva a Madrid... ¿querrás quedar conmigo?*

[10/7 12:50 PM] *Amo Kayser: Por supuesto, señorita. Será todo un placer.*

[10/7 12:50 PM] 2364: *Invito yo, ¿eh?*

[10/7 12:50 PM] *Amo Kayser: Como usted quiera.*

[10/7 12:50 PM] 2364: *Bien... buen chico*

[10/7 12:51 PM] *Amo Kayser: ¡Eh! ¿Me estás provocando? Un Amo como yo no se doblega ante nadie.*

[10/7 12:51 PM] 2364: *Tú sabrás...*

[10/7 12:51 PM] *Amo Kayser: Sabes que esta actitud traerá consecuencias, señorita...*

[10/7 12:51 PM] 2364: *¿Qué actitud...?*

[10/7 12:51 PM] *Amo Kayser: Está usted buscando que la castigue severamente. Y sabe que lo haré.*

[10/7 12:51 PM] 2364: *Lo sé.*

[10/7 12:52 PM] *Amo Kayser: ¿Lo sé qué, pedazo de zorra?*

[10/7 12:52 PM] 2364: *Lo sé, Amo.*

[10/7 12:52 PM] *Amo Kayser: Esa no es la respuesta que espero. Aumentaré el castigo, diez golpes más con la pala*

[10/7 12:52 PM] 2364: *Lo sé... Amo Kayser.*

José Ángel respira profundamente... lo consiguió. *¡Bien! Pide al camarero una cerveza. ¡A tomar por culo, hay que celebrarlo!* Vuelve al móvil, Laura sigue en línea, esperando su respuesta.

Pues la va a tener.

[10/7 12:56 PM] *Amo Kayser: Eso está mejor, boca sucia. Y para que no te olvides de nuestra cita, desde hoy hasta el día que nos veamos vas a dormir con tus bragas del día metidas en la boca.*

[10/7 12:56 PM] 2364: *Si, Amo Kayser.*

[10/7 12:56 PM] *Amo Kayser: Bien, puta. Ahora vas a ir a la cocina y vas a meter tres hielos en tu sucio culo. Después te vas a meter en la piscina y te vas a masturbar hasta correrte.*

[10/7 12:56 PM] 2364: *Si, Amo Kayser.*

[10/7 12:56 PM] *Amo Kayser: Tengo que marcharme ya. Descansa y disfruta de tus vacaciones... porque te espera la paliza de tu vida. Por perra y por abandonar a tu Amo.*

[10/7 12:56 PM] 2364: *Si, Amo Kayser. Esta perra pagará sus faltas. Descansa tú también y cuídate.*

[10/7 12:56 PM] *Amo Kayser: Lo haré, princesa. Hasta pronto.*

José Ángel apaga el móvil y lo planta orgulloso en la barra como si fuera la mejor mano de cartas de su vida. ¡Joder, sí! Está al borde de las lágrimas... no puede creerse lo que acaba de suceder. Respira aliviado y se termina la cerveza feliz y orgulloso. Hay aún mucho por hacer. Le va a dar a su boca sucia una vuelta a casa que no va a olvidar en su vida.

Le planta un beso a la pantalla apagada del móvil.
—Gracias, perra. Te quiero.

Madrid, 11 de julio de 2018

Ama Lucía se levanta de la silla en cuanto ve aparecer por la puerta a José Ángel.

—Te dije que no volvieras por aquí. ¡Cocó! —llama a voces a uno de sus esclavos.

—Espera —le pide José Ángel en tono conciliador—. Lo sé, pero tengo que hablar contigo.

—¡Cocó! —continúa llamando Ama Lucía al esclavo.

El esclavo de baqueros y camiseta blanca aparece alertado por los gritos de su ama.

—Este señor me está importunando —se dirige a José Ángel—. ¿Por las buenas o por las malas?

—Me voy, me voy. Solo una cosa —José Ángel estira el brazo y coloca sobre la mesa de la cocina un portafolios—. Le dejo esta carpeta y le echa un vistazo cuando pueda. Creo que le va a gustar.

José Ángel levanta las manos en señal de rendición y cruza una mirada con el esclavo. Este está visiblemente enfadado, evidentemente ya sabe toda la historia. Piensa que mejor no molestarlo más y sale de la estancia.

Ya estando en la puerta de la casita, Ama Lucía le llama. Él se para en seco y sonrío.

—¿Ochenta mil euros? —pregunta Ama Lucía con incredulidad, mostrando una expresión a medio camino entre la sorpresa y la confusión.

Ama Lucía va andando hacia donde él se encuentra con la carpeta abierta y los papeles en la mano.

—Y el proyecto de la reforma gratuito. Ahí lo tienen todo detallado —responde José Ángel sonriendo.

—¿Está usted loco? —pregunta Ama Lucía aun confundida.

—Eso me dice mi madre, pero no soy yo quien pone el dinero —la sonrisa de José Ángel se vuelve más amplia—. Se lo debemos al señor Seuba.

—No quiero nada de ese tipo —responde Ama Lucía con profundo desprecio.

—Vale, me he expresado mal —vuelve a intentar José Ángel—. Es una donación. Me ha dejado algunas cosas tuyas y yo quería colaborar en la protectora. Hay además tres esclavas en propiedad que quisiera que viniesen aquí.

—Qué tipo... —contesta Ama Lucía más tranquila—. Ni pena me da, oye.

—Ya... a saber cómo acabará. Lleva desaparecido semanas. Seguro que le va bien.

—Me da lo mismo. Pero a lo que vamos —Ama Lucía levanta la carpeta y apunta con ella a José Ángel, como si

se tratase de un arma—. Esto me parece excesivo. No puedo aceptarlo.

—¿Por? ¿Porque le caigo mal? ¿Esa es la única razón? —le pregunta José Ángel cruzando de brazos—. Si le sirve, le diré que estoy en proceso de recuperar a mi boca sucia. Tenemos mucho de qué hablar, pero la quiero mucho y voy a conseguir que vuelva conmigo.

—Como le hagas daño... —le amenaza empujando la carpeta contra el pecho del dominante.

—Tranquila, me vais a lapidar más de uno —la tranquiliza José Ángel—. Ya estoy advertido por varios frentes. Esa zorda sabe rodearse de gente que la quiere.

—Bien. Mejor así —responde la domina en tono conciliador.

—Por favor, Ama Lucía —le pide José Ángel en el tono más amable que puede—. Acepte la donación. Me haría muy feliz poder aportar algo al trabajo tan noble que hace usted.

—Está bien, lo pensaré —concede Ama Lucía—. Le daré una vuelta al proyecto y lo llamaré.

—Bien... muchas gracias —José Ángel se dirige al esclavo—. Por favor, no me odies. Voy a hacer lo posible por tener a boca sucia feliz como una perra con dos colas.

El esclavo lo mira receloso y habla bajito.

—Yo también sería feliz si tuviera dos colas...

Ama Lucía se ríe con la salida de su esclavo y le da un manotazo en el brazo.

—Puto cerdo... qué vicio tienes.

José Ángel se queda un momento, pensativo.

—Señora, quisiera hacerle una petición formal de cesión de su esclavo —pide José Ángel dirigiéndose nuevamente a la domina y sonriendo de nuevo—. Quiero darle a mi boca sucia una sesión de

bienvenida... —mira al esclavo de reajo— y me vendría de perlas un poco de ayuda. ¿Podemos hablarlo?

Madrid, 13 de julio de 2018

Laura se acerca a la puerta de la casa. Está nerviosa como nunca. Lo último que habló con el Amo fue que se preparase a fondo para una sesión larga. Cuando va a llamar al timbre nota que la puerta está entreabierta, un sobre colgado en ella “Ábrelo antes de entrar” le llama la atención.

Deja la maletita de fin de semana en el suelo y lee el papel que hay dentro del sobre.

Cuando cruces esta puerta, significará que vuelves a ser de mi absoluta propiedad y el contrato, por lo tanto, vuelve a estar en vigor con todas sus consecuencias.

No voy a contarte nada de lo que va a pasar a partir de este momento, solo recordarte que tienes pendientes tres castigos:

Atacar a un amo.

Abandonar a tu Amo.

Provocar a tu Amo.

Tienes un saco de arpillera a los pies de la puerta. Póntelo en la cabeza y pasa adentro. Con que des tres pasos largos será suficiente.

De momento, eso es todo. Quiero que sepas que me hace enormemente feliz volver a tenerte bajo mi dominio y espero que disfrutes de tu sesión tanto como yo lo he hecho preparándotela.

Siempre tuyo,

Amo Kayser

Laura traga saliva. El miedo se ha multiplicado por cien al leer la nota. Teme al castigo pero, a pesar de todo lo que ha ocurrido entre ellos, no ha perdido la confianza en su amo.

Coge el saquito de arpillera y se lo pone en la cabeza. La tela es incómoda, pica en la nariz, pero piensa que será lo más suave que le va a pasar aquella noche. Por suerte, algo se deja entrever, las formas no se distinguen, pero las luces sí, detalle que agradece sin duda. Tira ligeramente del cordel para cerrarlo al cuello, lleva un pequeño cierre de muelle que acerca lo más que puede a su garganta. Mueve la cabeza comprobando que no se le caiga con los movimientos. Coge aire profundamente y sonrío orgullosa. Ya no hay miedo. Vuelve a casa con su Amo Kayser.

Cruza la puerta y con los brazos estirados para evitar tropiezos da un paso hacia adelante.

Epílogo

Laura cuenta los pasos con la cabeza cubierta por la bolsa de Larpillera. Apenas da el tercer paso, unos brazos la agarran por detrás del cuello y las axilas y la arrastran hacia atrás. Laura pierde el equilibrio y cae, pero la recogen en el aire y la llevan a la mazmorra. La colocan de pie en una de las esquinas de la estancia y entre el amo y el esclavo la desnudan violentamente, sin tener ningún cuidado por romper las prendas o arrancar botones. Mientras la desnudan, le van palmeando el cuerpo con fuerza: espalda, culo, tripa, muslos, hasta dejarle la piel roja.

Una vez desnuda, la llevan a empujones a otra zona de la mazmorra, la atan de espaldas a una columna cuadrada cubierta de arriba abajo de pequeñas pirámides terminadas en punta. La perra gime al notar los punzones, él sabe que le ponen cachondísima los pinchos y no duda en empujarla contra la columna para que se le claven más en el culo y la espalda.

—Sube los brazos, puta —ordena José Ángel. Le ata las manos por encima de la cabeza a la columna.

Este le abre violentamente de dos patadas las piernas. El Amo se dirige al esclavo.

—Ponte detrás de ella y pellízcale los pezones.

El esclavo es lo suficientemente grande como para abarcar la columna y a Laura, le agarra los dos pezones y, de paso, aprovecha para pegarse él también a la columna y notar los filos de madera en el pecho, la tripa y la cara. La jaula genital le traquetea en los picos de madera.

—Hijo de puta... —dice José Ángel con tono divertido—. Disfrutas como un perro, ¿eh?

José Ángel agarra un rollo de cinta adhesiva y le da unas vueltas pegando a Laura y al esclavo juntos a ambos lados de la columna, asegurándose de que están bien prietos.

—Cambio de planes, cerdo... —dice José Ángel con perversidad—. Ahora me desahogaré con los dos. Apriétale los pezones.

El esclavo aprieta los dedos alrededor de los pezones de Laura hasta que ella grita.

—Así está mejor, mantenla gritando. Como bajas la presión te castigaré a ti.

Comienza golpeándolos con el flogger de cadenas, dando vueltas alrededor de los dos y repartiéndolos por toda la superficie: primero suave, luego duramente, dejando líneas gruesas encarnadas en ambos cuerpos.

Tras el flogger, José Ángel utiliza para azotar la vara de ratán, después la vara de bambú gruesa y, finalmente, el vergajo. Cuarenta golpes con cada uno. Los dos aúllan y gimen a medida que van recibiendo.

—Cerdo, afloja los pezones, sin soltarlos.

Laura está exhausta de llorar y gritar... agradece el descanso.

—Bien, puta —le dice José Ángel—. Creo que estás preparada para el castigo.

Corta la cinta adhesiva y la arranca de los cuerpos a tirones, creando nuevos quejidos en ambos. Le deja las muñecas unidas a su perra, va a hacer falta para la siguiente práctica. A una señal de José Ángel, el esclavo dispone todo lo acordado en la esquina del agua: una tabla larga inclinada de madera vieja, un balde con agua, una jarra y un trapo de algodón.

Por fin, José Ángel le quita el saco a la zorda y aprovecha para limpiarle la cara. Entre el sudor, las lágrimas, los pelos pegados y los mocos, Laura tiene un aspecto lamentable.

Nada más abrir los ojos, Laura observa la estancia... sonríe.

—¿Te gusta? —le pregunta José Ángel con una sonrisa.

—Sí, Amo. Mucho —dice Laura mientras acaricia con curiosidad la columna. Al girarse ve la zona de la esquina y al esclavo.

—Hola, amor —le dice éste mientras termina de llenar el balde.

—Vaya, eras tú. Nunca lo imaginé... —Laura vuelve a sonreír, esta vez con más ganas.

—Ya sabes cuál es tu castigo, ¿verdad? —vuelve a preguntar el amo. Ella asiente sin dejar de mirar la esquina—. Pues ale. Todo tuyo, puta.

Laura comienza a temblar. Se acerca despacio a la tabla y se tumba sobre ella, la cabeza en la parte más cerca del suelo y los pies en la parte más alta, como debe ser.

—Sabes cómo funciona esto: te voy a cubrir la cara con este trapo de algodón, luego verteré agua poco a poco sobre el trapo hasta que notes que te vas ahogando. Ten —José Ángel le entrega una maza de hierro—. Cuando veas que no aguantas más suelta esto, será la señal para parar. ¿Lo comprendiste?

—Sí, Amo.

—Bien. Suéltalo.

Laura obedece y abre el puño dejando caer la pieza con un sonoro golpe.

—Perfecto. Vamos allá —José Ángel se dirige al esclavo—. Tú, sujétale los pies. No levantes la mirada. Como vea que subes la vista, te muelo a golpes y hablaré con tu Ama. Si te portas bien, también haré después esta práctica contigo.

—Si, señor Kayser —le manda un beso a Laura—. Vamos, amor. Siempre quisiste probar.

Ambos sumisos se lanzan una mirada de complicidad. No es su primera sesión juntos, en la protectora han vivido mil experiencias excitantes.

Laura se coloca. El esclavo baja la cabeza y le aprieta los tobillos.

—¿Estás lista? —pregunta José Ángel.

La sumisa asiente y agarra con fuerza el testigo de seguridad. Él le pone el trapo sobre la cara y comienza a verter el agua. A los pocos segundos, Laura comienza a mover la cabeza. El amo está pendiente del testigo de seguridad, pero la perra aguanta unos segundos más. Finalmente, lo deja caer. Rápidamente le aparta el trapo y Laura coge una bocanada de aire, comienza a toser y llorar. Se incorpora tosiendo con fuerza y soltando toda el agua por la nariz y la boca.

—Túmbate de nuevo —la sumisa lo mira asustada—. Te dije que esto es tu castigo. Te estaba calibrando.

Laura sopla fuerte por la nariz y traga mientras con las manos le pide tiempo para recuperarse y dejar de llorar. Cuando se siente mejor, mira a su amo y se vuelve a colocar. Recoge del suelo el testigo de seguridad.

El amo repite la acción: coge agua con la jarra del balde y va soltando un chorrillo continuo de agua sobre el trapo que tiene pegado a la cara, Laura aguanta de igual forma unos segundos. De pronto, respira con fuerza, se le pega el trapo empapado en la boca y apenas coge algo de aire, el trapo se hunde en su boca varias veces, comienza a sacudir la cabeza y a tener espasmos. Esta vez es el amo el que se adelanta y le quita el trapo antes de que ella lance el testigo de seguridad.

Laura se incorpora cogiendo aire con fuerza y, de igual manera que antes, el llanto, la tos y los mocos con agua salen de su nariz.

—Está bien, puta —la tranquiliza José Ángel—. No voy a seguir. Creo que has pagado con creces tu castigo.

Laura comienza a llorar y tiritar de pura tensión. José Ángel va a por una toalla y se la ofrece.

—Toma, sécate y limpia esto. Prepara todo para el esclavo. Ahora vengo.

José Ángel marcha al armario de herramientas y coge el tabasco, el Hitachi de cable, la cinta adhesiva y la barra extensible, a la que coloca un dildo en el extremo. Lo prepara todo sobre la tarima y coge un zumo de la nevera, tanta agua le ha dado sed.

Cuando Laura termina y lo prepara todo, espera a su amo en posición.

José Ángel chasquea los dedos dos veces señalando la tarima hidráulica. Laura se sube en ella, se coloca exponiendo el culo y pone la cara sobre la tarima.

—Bien, puta.

Le mete varias veces seguidas la barra del dildo en el coño, está mojada y lubricada de sobra. *Putta perra... se lo está pasando como en su vida.* Con esos fluidos lubrica el culo de su perra y le introduce el dildo, abriéndola y provocándole unos quejidos terribles. Lo saca y lo mete varias veces hasta que se le pasa el dolor en el esfínter y comienza a gemir. José Ángel pone una gota de tabasco en el culo, provocando de nuevo un gruñido de dolor y le mete el dildo hasta el fondo.

—Tumbada boca abajo —ordena José Ángel.

La perra, entre quejidos, obedece. José Ángel le fija con la cinta adhesiva la barra a la pierna derecha, asegurándose que no se

va a escapar el dildo de dentro de su culo, y el Hitachi se lo pega al interior del muslo izquierdo, presionándolo sobre su coño. Se acerca a su oreja.

—Extiende los brazos —la perra obedece, le pasa una cuerda por las muñecas encintadas y le estira los brazos atando el otro extremo de la cuerda a la pata de la tarima, mientras le habla—. Te vas a quedar aquí mientras me encargo de tu colega. Tienes permiso para correrte las veces que sean —chasquea los dedos en dirección a la zona del water boarding y el esclavo se coloca en posición sobre la tabla inclinada. Vuelve a dirigirse a Laura—. Eso sí, necesito mucha concentración. No quiero oírte.

Enciende el Hitachi, y la perra comienza a respirar intensamente. Comprueba que todo está colocado donde debe y se dirige a la esquina.

Repite la tortura del agua con el esclavo, tomándose su tiempo, calibrando primero una vez y después dos veces más. Al igual que con Laura, las tres veces el esclavo acabó tosiendo y soltando toda el agua por la nariz. Mientras, al otro lado de la estancia, en un quejido apenas perceptible, Laura ha tenido cuatro orgasmos, a cada cual más intenso.

Cuando el amo vuelve a la tarima hidráulica a quitarle los juguetes a su boca sucia, tiene que sortear un gran charco. La tarima, el suelo y sus piernas están empapados.

—¡Menos mal que el Hitachi aguanta el agua! —responde José Ángel entre risas—. Qué puta que eres... te corriste, pero bien...

Laura sonríe tímida. Tiene la cara completamente congestionada, señal de que ha disfrutado como una perra.

—Poneos los dos en aquella esquina, manos a la nuca. Boca sucia, de rodillas.

Ambos obedecen, se sonríen al mirarse. Van a la esquina de la ducha y se colocan.

—Cocó, quiero ver como la meas sobre la cabeza.

José Ángel alcanza una banqueta y una cerveza de la neverita y se sienta a contemplar el paisaje. Le encanta ver a su perra siendo sometida. Tras la lluvia dorada, ordena a Laura colocarse a cuatro patas y al esclavo follarle el culo con el strapon, su ama le tiene la polla encerrada en la jaula y no tiene permitido usarla.

—Señor Kayser —dice el esclavo a los pocos minutos—. ¿Me da permiso para correrme?

—Claro, cerdo.

Por entre las barritas de la jaula unas gotitas de semen asoman tímidas, mientras el esclavo sigue embistiendo a Laura con la verga de goma.

José Ángel apura la lata de cerveza y se dirige al lugar donde se encuentran los dos, desengancha la manguera a presión y abre la llave a tope. El agua sale lanzada contra el cuerpo de los dos provocándole unos fuertes gritos de dolor, mientras intentan coger aire.

—¡Seguid follando!

Laura grita, la fuerza del agua es tan grande que hunde la piel por donde pasa. José Ángel pasea el extremo del chorro por los cuerpos, asegurándose que quedan bien limpios. Aparta al esclavo con un gesto y deja a Laura sola a cuatro patas sufriendo la tortura del agua. La rodea con el chorro y le enchufa éste en el culo y el coño. Laura gruñe y, cuando no puede más, se hace un ovillo en el suelo para protegerse las zonas sensibles. Finalmente, José Ángel apaga el grifo y observa divertido cómo su perra comienza a soltar el agua y el aire por el culo.

—Así está mejor. Me gusta este bicho —sonríe con aire triunfal mirando a la manguera—Secaos los dos y recoged este desastre. Nos vemos arriba. Boca sucia aún tiene que satisfacer al amo. Ah, subid la barra del dildo, el separador de tobillos y la mordaza de araña, que la noche va a ser larga. — Cuando está a punto de desaparecer por la puerta, José Ángel asoma la cabeza— Cocó, tu ama te avisó de que estarías aquí todo el fin de semana. ¿Verdad?

—Si, señor Kayser.

—Bien... porque va a ser un fin de semana largo —comenta José Ángel con una sonrisa perversa—. Idos preparando.

ÍNDICE

Capítulo 1	11
Capítulo 2	35
Capítulo 3	61
Capítulo 4	85
Capítulo 5	113
Capítulo 6	139
Capítulo 7	169
Capítulo 8	205
Capítulo 9	233
Capítulo 10	251
Epílogo	277

En Ediciones Atlantis tenemos
una nueva forma de ver la literatura,
donde el espíritu creativo, el corazón,
el estilo y el pensamiento caminan juntos.



Atlantis Ediciones
Narrative Books

Calle Virgen de las Nieves, 62
28300. Aranjuez (Madrid)
www.edicionesatlantis.com
atlantis@edicionesatlantis.com

